

VIDA
DE LA B. MARIANA DE JESUS

DE PAREDES Y FLORES,
CONOCIDA VULGARMENTE BAJO EL NOMBRE

de la

AZUCENA DE QUITO;

escrita antiguamente

POR EL P. JACINTO MORAN DE BUTRON,
de la Compañía de Jesus.

VARIADA AHORA EN LA FORMA Y CORREGIDA EN EL ESTILO Y LENGUAJE

POR UN SACERDOTE DE LA MISMA COMPAÑIA.



IMPRESA EN MADRID

y reimpresa en QUITO, en la imprenta de V. Valencia.

1856.



En la Trinidad

B. MARIANA DE JESUS DE PAREDES Y FLORES

llamada

La azucena de Quito



ADVERTENCIA.

Desde que la liberalidad de N. Santísimo Padre PIO IX elevó á los altares á la Venerable Virgen MARIANA DE JESUS para que se le dé el debido culto, la piedad religiosa del clero y pueblo ecuatoriano, y especialmente del de Quito, patria de esta gloriosa heroína, ha demandado con encarecimiento y entusiasmo la obra en que consta su vida y milagros escrita por el P. Moran de Butron. Esta exigencia pública no podia ser satisfecha inmediatamente reimprimiendo dicha obra, sino despues de algun trabajo y consagracion para presentarla á los lectores en mejor estilo y correccion, como ya habiamos principiado, cuando hemos sido relevados de este con la que ha aparecido impresa en Madrid el año pasado de 1854, corregida por un sacerdote de la Compañía de Jesus, al que debemos esta adquisicion llena de mérito, por su lenguaje y escrupulosa conformidad en los hechos con la escrita por el P. Moran, y por haber comprendido perfectamente, al presentarla al público, la necesidad de dárnosla conforme al gusto del siglo; asi que, habiendo llegado á ser satisfecha esta demanda, y estimulados por la piedad del dignísimo Arzobispo de esta Arquidiócesis Ilustrísimo Sor. Dor. Don Francisco Javier Garaicoa, bajo cuyos auspicios y proteccion se reimprime, creemos será aceptada con agrado; pues esta obra contiene ademas un capítulo en el que se refieren otros milagros, declarados eminentes por la autoridad de la Iglesia, sacados de los procesos que existen en la Curia romana, de los que carece la antigua obra del referido P. Moran. Lo único que hemos tenido que corregir por nuestra parte, en la presente obra, ha sido el error de una cita geográfica, que al hablar del lugar del nacimiento de Mariana hace figurar la ciudad de Quito, capital de la República del Ecuador, como lugar perteneciente á la del Perú, advertencia que nos anticipamos á hacerla, para que no se crea que esta correccion nos ha llevado indebidamente á otras; pues en lo demas la impresion se hace ann con la misma ortografía de la edicion impresa en Madrid.

Felicitémonos, pues, con el mismo autor, por haber contribuido así á la mayor gloria de Dios; á la veneracion de una compatriota que colmada de virtudes eminentes es el honor y lustre de este suelo, y porque su publicacion satisface la ansiedad de un pueblo altamente religioso y católico, que en esta lectura aspira á imitar las virtudes de la que es el acabado modelo de perfeccion y santidad.

NOS EL LICENCIADO

DON JUAN MANUEL VELASCO

Presbítero, Vicario eclesiástico interino de esta M. H. Villa y su partido.

Por la presente y por lo que á nos toca, concedemos licencia para que pueda imprimirse y publicarse el manuscrito titulado: *Vida de la Venerable Mariana de Jesus Paredes y Flores*; mediante que de nuestra orden ha sido examinado, y no contiene segun la censura cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral. Madrid diez de diciembre de mil ochocientos cincuenta y tres.

LICENCIADO DON JUAN MANUEL VELASCO.

Por mandado de su Señoría
RAMON DE ORDUÑA

PROLOGO.

Entre la multitud innumerable de libros que ven la luz pública en nuestros dias aparece tambien el presente, escrito, si no me engaño, segun todas las exigencias de la época. En la vida prodigiosa y en gran parte inimitable de la angelical doncella Mariana de Jesus de Paredes y Flores, elevada al honor de los altares en noviembre del año pasado de 1850, y conocida con el nombre de AZUCENA DE QUITO, porque en aquella ciudad ilustre del Ecuador, nació, floreció y murió, como azucena escogida entre millares, para que desde allí embalsamase el mundo con su aroma. Y cuando digo que este libro sale á luz segun las exigencias de la época, no pretendo decir por cierto que haya de encontrarse en él lo que por desgracia busca una época de incredulidad y materialismo, acaso mas que en otras cosas, en los productos de la inteligencia. No, todo lo contrario: y si me espresé mal diciendo exigencias diré necesidades de la época; porque ella necesita sin duda producciones que vigorando el elemento espiritual llamen eficazmente el espíritu humano á la sobrenatural comunicacion con Dios, que formaba la mejor gloria de un siglo llamado de oro, acaso tambien porque era el siglo de la caridad y de los santos.

Satisface ademas el presente volumen á otra exigencia ó necesidad del dia por la parte de la tan bus-

cada verdad y autenticidad de lo que se refiere. Escribióle en su origen el P. Jacinto Moran de Butron, sacerdote de la Compañía de Jesus, varon de ciencia y prudencia, el cual alcanzó en vida á no pocos de los testigos oculares de lo que cuenta, ó que vivieron algun tiempo con los que pudieron observar los hechos de la sierva de Dios, ó por lo menos tuvo á la vista los procesos auténticos formados para su beatificacion con autoridad de los ordinarios, y trasmitidos despues á Roma é impresos, examinados y sancionados allí con la escrupulosidad de que hace uso la Iglesia en tan delicada materia.

Mas para que nada faltase á este libro de cuanto pueden exigir nuestros tiempos, fué menester variar de algun modo su forma y corregir y mejorar enteramente su estilo y su lenguaje. Nadie niega á nuestro siglo verdaderos adelantamientos en uno y otro, y pretender que se lea hoy con gusto y provecho la produccion del citado autor, tal como salió de su pluma, seria lo mismo que exigir de nuestros guerreros que prefiriesen para pelear la armadura de la edad media. Si por acaso viene á manos de alguno de mis lectores la obra del P. Butron dividida en cinco libros, correspondiente segun su idea á las cinco hojas de la azucena, verá cuan exacto es lo que digo, y desde ahora le elogio si, á pesar de lo mui interesante de la materia, llega á concluir el primero soportando los conceptos alambicados, las violentas transposiciones, los infinitos retruécanos, las atrevidas metáforas, las alusiones y aplicaciones mitológicas de que está plagada toda la obra. Si el referido autor volviera al mundo, ó no escribiría así, ó agradecería á una mano amiga que sin variar en lo sustancial su trabajo (que he cotejado por entero con los procesos) le diese una forma capaz de conseguir hoy lo que él se propuso escribiendo en su siglo.

Pero es preciso advertir aquí tambien que me ha parecido preferible esta fatiga á la no tan grave de

traducir la vida que en italiano escribió el presbítero Don Juan del Castillo, canónigo de la iglesia Catedral de Santiago de Chile y postulador de la causa de Mariana, despues de la extincion de la Compañía de Jesus, el cual llegó á ver emanado de la Santidad de Pio VII el decreto que declaraba heroicas sus virtudes. Aquel buen canónigo no hizo mas que compendiar esta misma vida del P. Butron, como puede verse, si se cotejan entrambas, período por período, y poniendo al frente su nombre propio, se llamó autor sin ser mas que copiante, y á lo mas compendiador. Si bien ni compendio puede llamarse su obra, y estoi por decir que hizo bien en apropiársela, porque el P. Butron no adoptaria por cierto un escrito, en que (acaso por amor de la brevedad) apénas hai vestijio de lo que era para esta sierva de Dios la Compañía de Jesus, si se exceptúa lo puramente indispensable y que no pudo omitir, v. g. quienes eran sus confesores y los directores de su espíritu. La vida pues escrita por el canónigo Castillo y reimpressa ahora en Roma por tercera vez, con ocasion de la beatificacion de Mariana es una verdad, porque es copia de orijinal verdadero; pero no es toda la verdad cual se presenta aquí, donde se restituye á la Compañía de Jesus la gloria, que no hai porqué cercenarle, de haber sido el instrumento de una santificacion portentosa, y á la misma alma santificada todo el consuelo de que sepa el mundo á quien tiene ella que agradecer, despues de Dios, el trono que ocupa en la mansion feliz de los bienaventurados.

Concluyo con la advertencia de que si bien he conservado toda la sustancia de la obra, he creído conveniente, ya que es tan comun emprender la lectura de un libro sin curarse del prólogo, hablar como de un pasado lejano de ciertas cosas que el P. Butron refiere como presentes ó próximamente pasadas; lo cual á nadie puede ocultarse que en nada altera la verdad é importancia de los hechos.

Quiera Dios que la lectura de este libro obre en

mis lectores con mejoras lo que en mí ha obrado la necesidad de manejar procesos y documentos para llevarle al cabo; amor de Dios y de su Iglesia, y un deseo de que todo el mundo oiga y comprenda esta exclamación verdadera, á la par que honrosa para ella. ¡Bendita planta, cuya fecundidad exclusiva sazona frutos de tanta hermosura y tan buen sabor, sin que malleen su tronco ni la voracidad de los siglos, ni el furor de las tormentas!

VIDA

DE LA BEATA MARIANA DE JESUS

DE PAREDES Y FLORES.

LIBRO I.

NACIMIENTO Y PRIMERA EDUCACION DE MARIANA.

CAPITULO I.

Patria y padres de la beata Mariana de Jesus.

Aquella Providencia que con altísimo y las mas veces inescrutable consejo dividió la tierra en zonas, que bajo la denominacion de climas indican el efecto compuesto de un agregado de causas físicas que enumeran los geógrafos, destinó uno tan apacible á la ciudad famosa de Quito en la América meridional, que bien pudo Lope de Vega dar el epíteto de *siempre verde* á su territorio embellecido con perpetua primavera. Fundada por el denodado Don Sebastian Benalcazar en el centro de la actual República del Ecuador, debe casi esclusivamente su privilegio de ciudad segunda de Sur América á la posicion geográfica. Medio grado escaso la separa de la línea equinoccial, y puestos allí en union amigable los ardores de la línea con los yelos de la erizada cordillera, es puramente arbitraria la division de estaciones en aquel pais, que extraña siempre á los rigores de helado invierno

y á los excesos de abrazado estío, jamas ve desnudas del todo sus plantas, ni seca en flor la rica esperanza de sus repetidas cosechas. Abrigan sus empinados cerros entrañas riquísimas de oro y plata, y son tan poco avaros de su opulencia, que forman en gran parte la de toda América y aun de Europa, con el beneficio de un terreno de doscientas leguas de largo de Norte á Sur, y de seiscientas de Levante á Poniente.

Favorecida de tan propicia combinacion de circunstancias la ciudad de Quito, rica y abundante ya á los diez años de su fundacion, y sin tener que envidiar á ninguna del continente americano, se dividió del obispado de Lima y formó uno aparte, tomando por armas dos montes, emblema de su nobleza y de aquella lealtad con que mereció que el año de 1556 el gran monarca de España Felipe II la honrase con el título de mui noble y mui leal en cédula de 14 de febrero.

Pero no son estos, si bien se mira, los mejores timbres de Quito, ni le merece esta cualidad principalmente el ser y llamarse vergel de América; porque si el dador de todo bien la plantó en suelo fecundo de materiales riquezas, aun mostró mucho mas su liberalidad para con ella, cuando dotó á sus hijos de una índole dócil y de un entendimiento despejado y dispuesto y tan inclinado á las ciencias, que no me desmentirá la historia si oso decir que Quito no tiene que mendigar de nadie la gloria de esclarecidos sabios, y que los célebres liceos conocidos con los nombres de colegio real y seminario de S. Luis, teatro de las fatigas y sudores de la Compañía de Jesus, por mas de doscientos años, y el real colegio de S. Fernando y la universidad de Santo Tomas á cargo de la ínclita orden de santo Domingo, fueron veneros riquísimos de verdadera cultura para aquellas dilatadas provincias.

No paró en esto sin embargo la predileccion divina. Compite allí con el terreno la índole de sus moradores, y si aquel es fértil y agradecido, es esta tan leal y tan á propósito para la ocultas operaciones de la gracia, que añadido el incesante riego de muchos años, ha llegado á pro-

ducir frutos de santidad y perfeccion, que mal se compendiaran en pocos volúmenes, y á ser, como llevo dicho, el vergel regalado de América. Hai en este vergel flores de todo precio y de diversos matices; pero de tan rara fragancia, que recrean con preferencia el olfato divino. Muéveme á insistir en esta alegoría del vergel ameno la idea feliz de llamar á Mariana la azucena de Quito, pues aunque no es este lugar á propósito para señalar su origen, no es ya poca alabanza de esta vírgen gloriosa el simbolizarse en la azucena, que en la República vistosa de las flores lleva por su candor la palma, y por la forma y actitud de sus hojas, elevada á los cielos, merece en sentir de Plinio el título de excelsa: *Nulli florum major excelsitas*. Enemigo de comparaciones en todo caso odiosas, y mas entre santos, no daré yo esta prerogativa de sublimidad á Mariana entre todos sus compatricios, indagando si hubo ó no entre ellos otra tan bella azucena: mis lectores lo juzgarán cuando hayan dado cima á la lectura de la narracion que emprendo; y si se ven obligados á aplicarle la exclamacion de Plinio, atribúyanlo á aquel Dios que matizó á su arbitrio las flores y previno con bendiciones de dulzura á ciertas almas privilegiadas.

Lo fué á no dudarlo Mariana de Jesus, y tanto, que desde el 31 de octubre de 1618, visperas de la festividad de todos los santos y dia de sábado, en que vió por primera vez en Quito la luz del mundo, empezó, como diré bien presto, á manifestar el cielo con prodijios que se trataba de criatura que llegaria á ser ejemplo de extraordinaria inocencia y digna del amor y veneracion del antiguo y del nuevo continente.

Tuvo la suerte de ser su padre el capitán Gerónimo Flores Zenel de Paredes, natural de Toledo, ilustre por la nobleza heredada de Alonso de Paredes y Mariana Sedeño. Su madre fué doña Mariana Granobles Jaramillo, nacida en Quito de Gabriel de Granobles, natural de Guadalcanal, y de doña María Jaramillo, de Alcalá de Henares, vástagos de la primera nobleza y de los primeros conquistadores de aquel reino. Pero estuvo tan lejos la nobleza de sofocar en este feliz matrimonio, como

suele en otros, la semilla de una educacion profundamente religiosa, que su casa era llamada vulgarmente por los de la ciudad *la casa de la oracion*. Ni tampoco lo consiguieron los bienes de fortuna, pues reconociéndose los virtuosos consortes mas bien depositarios que dueños de sus haberes, los emplearon en obras de caridad y en la educacion de siete hijos, que, ántes que naciese Mariana, fueron precioso fruto de su union.

Maduro ya y muy próximo á salir á luz el octavo, pudo conocerse su calidad no ordinaria en la detestacion del infierno manifestada con prodigios y en la predileccion del cielo, que ama por natural simpatía cuanto el infierno aborrece. Fué el caso que preocupada altamente la madre con una tritísima idea, le parecia á todas horas que abrigaba en su seno un verdugo de su vida y un objeto aborrecible, y si bien al cabo de reflexion y tiempo logró que se desvaneciese el funesto presentimiento, no tardó Satanás en hacer patente de dónde venia el tiro, con un descubierta asalto. Dormia ella tranquilamente una noche, cuando al despertar de repente su esposo, con el sordo ruido de unos pasos, ve un enorme mastin de aspecto feroz y horrible en ademan de abalanzarse á la consorte. Sorprendido de espanto é incapaz de reflexion, echa mano á lo primero que encuentra, y al lanzar contra la fiera unos zapatos, descubre que es una sombra sin cuerpo. Llama sin embargo á los criados, y para disminuir la impresion en el ánimo sobrecogido de su esposa, los manda que busquen aquel perro y le arrojen de casa: obedecen ellos, y siendo inútiles las pesquisas, se convencen todos de la operacion diabólica dirigida á conseguir el aborto de doña Mariana y la destruccion de una niña, de quien temia el abismo los primeros instantes.

Mas el cielo por el contrario aplaudia su nacimiento, é interesándose vivamente en la vida de Mariana, llegada la hora del parto, que el miedo y la edad avanzada de la madre pronosticaban funesto, mientras corrian acá y allá azoradas las mujeres asistentes al grave trance, levantó una de ellas los ojos al cielo en acto de rogar por la

que peligraba, y con inexplicable sorpresa vió que sobre el techo del cuarto en que aquella yacia, estaba como suspensa una estrella brillantísima y de primera magnitud, que servia como de basa á otra multitud de estrellas pequeñas agrupadas con un cierto orden y en figura de hermosa palma. Embargóle el pasmo la voz, y llamando como pudo por señas á los domésticos, acudieron todos y comenzaron, á una á alabar al Señor, reconociendo cuál era el objeto de aquel prodigio, el cual desapareció y no se volvió á ver jamas desde que apareció la niña. El mismo D. Gerónimo no se saciaba de mirar al cielo y bendecir á Dios que tanto le honraba y le distinguía, y cuando ya pudo desprenderse de aquella vista, corrió presuroso al aposento de Mariana á llevarle con tan inesperada nueva la paz, el consuelo y la mitigacion instantánea de los dolores y sobresaltos inseparables de tales lances. Bendijeron juntos al Señor, y creo yo que su imaginacion excitada vivamente con la novedad del prodigio volaria desde Occidente al Oriente, desde su casa de Quito al portal de Belen, y prestaria á su lengua lo que mi pluma meramente histórica se niega á producir al presente; pero que era propio, con la debida proporcion, de un presagio tan parecido por sus circunstancias al que anunció la ventura del universo, y no del todo desemejante por su certeza, ya que lo depusieron así con juramento los testigos que se consultaron en los procesos.

No consta porqué tardó en bautizarse la niña veintidos dias, y por cierto no es creible que padres tan cristianos le dilatasen este sumo beneficio, como lo hicieron, hasta el 22 de noviembre, día de la gloriosa vírgen y mártir santa Cecilia, sin mas causa que el acostumbrado prurito de ostentacion que introdujo y mantiene en muchos de su clase tan peligroso y chocante abuso. Lo que sí sabemos es que el nombre de Mariana se le impuso por complacer á la madre, y que desde aquel momento la gracia tomó de tal suerte posesion de su alma, que si ha de creerse á la universal y concorde deposicion de sus confesores, no solo no la perdió ja-

mas, sino que ni manchó siquiera con sombra de culpa leve plenamente advertida su preciosa vestidura.

Refinado en el corazon de su madre el amor materno con la hermosura angelical de Mariana, con la circunstancia de ser la única, y mas que, todo con tan nuevos y singulares pronósticos, quiso hacer lo que tantas madres de su clase no hacen por desgracia, y se propuso criar por sí misma á su amada prenda, acaso persuadida de la máxima de santo Tomas de Villanueva (1); que dificilmente se pierde la virtud que se gusta con la leche, cuando el natural suele formarse con esta. Pero ¿cuál fué su maravilla cuando observó que á pesar de la índole apacible que descubria la niña, y no dando muestras de padecer alguna dolencia, al acercar al pecho sus delicados labios se alejaba de él y desdeñaba el alimento? Repitióse la escena dos, tres y mas veces con pasmo siempre mayor de la madre, que no pudo obtener de la inocente criatura otra cosa hasta llegada la noche, en que se alimentó para no volver á hacerlo hasta la mitad del dia siguiente. Tan esquivada como el primero se mostró el segundo dia; y excusado es decir que temiendo la madre los nocivos efectos de tan escasa nutricion, apuró todos los recursos que le sugirió el amor, haciendo hasta el penoso sacrificio de entregársela á una nodriza española, por si acaso mediaba de parte suya alguna enfermedad ó defecto oculto. Pero todo fué envano, y la mudanza de leche no sirvió sino para poner mas en evidencia la operacion misteriosa del Señor, que preparaba para cosas mayores á aquella bellísima criatura. Ni una gota se la pudo hacer tomar fuera de las dos veces que he dicho, una al medio dia y otra hácia la media noche; con mas, que los lunes, miércoles y viérnes de cada semana suprimia la de la noche, contentándose con un solo pasto.

Pero ¿qué mucho que se complaciese el esposo celestial de Mariana en hacer pompa en ella de unos preludios de que le plugo hacerla tambien en otros santos,

(1) Sermon 1.º de S. Nicolas Obispo.

cuando celoso, por explicarme así, de la posesion temprana de su alma como de única esposa, la previno desde aquellos primeros dias con una honestidad y un recato, que cual barrera singular y milagrosa defendiese sus afectos de todo asalto enemigo? Se refiere en los procesos que si por acaso al sacarla de su cuna para pasearla un rato, la llevaban con el rostro descubierto, era tan inconsolable su llanto, que no habia recurso para acallarla hasta volvérsela á cubrir. Ni solo tenia por escudo de su pureza las lágrimas. Encontróla cierto dia en la calle el Dr. Juan Martin de la Peña, amigo de la casa, cuando aun no tenia tres años, é intentando, al verla tan hermosa, darle una demostracion de cariño con un beso en el rostro, fué tanto lo que se obstinó ella en retirarle y defenderse llorando y forcejando con sus brazuelos, que si quien ahora lee este suceso, lo atribuye por ventura á capricho ó mal humor infantil, no lo creyó tal el facultativo Peña, el cual devolviéndola á quien la llevaba en los brazos, sin atreverse á contristarla mas, empezó desde aquel momento á mirarla como á criatura no comun y venerarla como á futura santa.

CAPITULO II.

Providencia milagrosa con que protege y salva el cielo la vida de la niña
Mariana

Pero si Mariana ha de sersanta y formidable al abismo, no tardará este en agotar, como suele, sus esfuerzos para destruir la obra divina y demostrar que no ha perdido la esperanza de llevar á cabo lo que se propuso cuando la persiguió en el seno materno. En efecto no se habia repuesto aun enteramente su buena madre doña Mariana del quebranto producido por la pérdida de su esposo D. Gerónimo, que gozó por mui breve tiempo las caricias de su hija, cuando hubo de verse próxima á llorar sin remedio la de la tierna huerfanita. Vadeaba esta en los brazos de su madre y sobre una mula el caudaloso rio que atraviesa el camino de Quito á Cayambe,

en cuyo valle amenísimo, distante doce leguas de la ciudad, tenia aquella señora algunas posesiones; y estando ya á la mitad de la travesía tropezó con violencia el animal en una gruesa piedra, desencajada sin duda por la furia de la corriente, y al doblar, como era natural, ambas rodillas, soltó de sus brazos la madre á su niña por uno de aquellos ímpetus en que acude la naturaleza exclusivamente á salvarse como por instinto. No es para descrita la congoja de su alma al punto que sucedió en ella la reflexion á la sorpresa, tanto mas que no sabia perdonarse á sí misma el haberse dejado vencer de las reiteradas instancias de los que la animaban á vadear el rio y hacerse superior á no se qué funesto presentimiento. Bien que por aquella vez no pudo lograr mas el demonio, pues acudiendo la omnipotencia de Dios, perpetuo y poderoso guardador de Mariana, la sostuvo con un cúmulo de portentos sobre las aguas, las cuales, como si se hubieran consolidado de repente, no solo no la envolvieron, ni arrastraron con su corriente, sino que respetaron hasta su calzado y vestidos, sin poderse descubrir luego en ellos la mas mínima señal de haberse humedecido. El tránsito repentino de la lobreguez de una oscura noche á la claridad del dia lleno, no bosquejaria bien lo que pasó en el corazon de aquella madre al ver á su adorada Mariana sostenida por una mano invisible en medio de las aguas, y dando tiempo á que su mayordomo Hernando Palomeros, que guiaba la comitiva, retrocediese desde la orilla opuesta, y absorto y fuera de sí la tomase respetuosamente entre sus brazos para restituirla á los de quien la veia nacida segunda vez despues de llorarla muerta.

Nada tiene de extraño que siendo distinguida Mariana con tan marcadas señales de una proteccion especial y privilegiada del cielo, la amase sin medida su madre y todos la respetasen y tuviesen en concepto de criatura mui querida de su Dios; y mas si se agrega que observándola con singular atencion por lo mismo, descubrian en ella cosas ajenas de todo punto de sus infantiles años: un peso, una moderacion, un juicio como de persona provecta, una inclinacion exclusiva y nunca desmentida á los

ejercicios de piedad y cosas divinas, y un recato y un comedimiento tan nuevos en aquella edad, como lo era la reflexion en el obrar, de donde nacian.

Bien es verdad que si agradecido era el terreno de aquel corazon, solícita era á su vez é incansable la mano que le cultivaba; circunstancia importantísima, cuya falta suele frustrar á menudo las mas bellas esperanzas de la edad primera. Cuidaba doña Mariana de su hija como de jardin entregado á sus desvelos, y llegando con el ejemplo hasta donde no podia confiarse la cultura por entonces á la palabra, obtenia frutos tan en sazon, como el que no puedo menos de recordar aquí por no romper el hilo de la historia. El hecho es de bien poca monta á primera vista; pero si su narracion llega, como es de esperar, á las manos de algunas madres de familia, verán en él con algun provecho la fuerza del ejemplo y sus consecuencias. Dormia una noche la tierna Mariana al lado de su madre segun costumbre, cuando hé aquí que despertando de pronto vé á aquella piadosa señora postrada en tierra y en actitud de hacer oracion con los brazos en forma de cruz. Verla y arrojarle de la cama, ponerse á su lado de rodillas y estender tambien ella sus bracitos para acompañarla en la oracion, fué todo cosa de mui pocos momentos. Sorprendida no poco la madre, y pesarosa al mismo tiempo de que en vez de reconciliar el sueño interrumpido se levantase á pasar un mal rato, tan ajeno de aquella edad, y mas á tales horas, empezó á exhortarla á que se acostase de nuevo y la dejase sola en aquel santo ejercicio que ella haria por ambas; pero todo fué en vano, porque el fervor desató de tal suerte la lengua de Mariana para rebatir las razones que alegaba su madre, que no pudo esta menos de consentir á su lado á aquella alma inocente, cuyo ademan y súplicas por largo rato hubieron de enternecer á los ángeles y hacer dulce violencia al corazon divino.

Mas no plugo al Señor que la santa edificacion y mutuo consuelo entre madre é hija durasen largo tiempo, ya que á mui poco de la vuelta de Cayambe llamó para sí á aquella, apresurándose á coronar sus virtudes, y dejó

á Mariana en completa horfandad, que lloró ella con todo el sentimiento y la reflexion de persona adulta. Bien presto sin embargo enjugó sus lágrimas, cuando miró en su derredor y no se vió sola. Habian casado sus padres á la hermana mayor de Mariana doña Gerónima de Paredes Jaramillo con un capitán de noble nacimiento, por nombre D. Cosme de Caso, de cuyo matrimonio existian ya á la muerte de doña Mariana tres preciosos vástagos en otras tantas niñas, María, Juana y Sebastiana de Caso, y que por ser de la misma edad de su tia con corta diferencia vivian tan hermanadas con ella, que sus padres no creian tener tres sino cuatro hijas. Puso pues Mariana sus ojos en sus hermanos como en sus nuevos padres, estimulándola á ello no solo la propia soledad, sino tambien el ver en sus personas viva y animada la herencia de la piedad paterna. Agradecíanselo ellos á su vez, ya porque eran mui de agradecer la deferencia, el respeto y el cariño de Mariana, ya porque veian de este modo asegurada mas y mas la buena educacion de sus hijas, que á fuer de padres sólidamente cristianos tenian por cima de sus deseos. Y en efecto, crecian á la par aquellas regaladas plantas lo mismo en edad que en gracia para con Dios y los hombres, cultivadas en un mismo vergel y por la misma mano, contribuyendo no poco Mariana con su ejemplo al aprovechamiento no comun de sus sobrinas, que á su tiempo consignaré en esta historia.

Viendo por tanto el demonio que se cumplia lo que temió, cuando dos veces frustró el cielo sus planes de acabar con Mariana, lo intentó por tercera vez aprovechándose de ocasion propicia en que por orden de su cuñado Cosme se fabricaba un nuevo piso en la casa para mayor desahogo. Subióse la niña desacordadamente sobre una pared en que estaban ya para ponerse las vigas que habian de formar el techo, y á no haber acudido su Dios á salvarla, allí encontrara la muerte; porque impelida sin saber por quién y con violencia, cayó desde aquella altura, yendo á dar en un monton de piedras y cascote formado junto á la tapia para seguir la fábrica. A los gritos y lamentos de las sobrinas, que presenciaron la mortal

caída, acudió despavorido D. Cosme, e informándose de la causa voló á socorrer á su querida cuñada con toda el ansia de quien la creia víctima de una desgracia. Pero ni lo era, ni tuvo él tiempo de llegar á aquel sitio sin encontrarla ántes festiva y sosegada, como si nada hubiese acaecido, y dispuesta, como lo hizo, á ir con él á consolar á las sobrinas y llevarles por sí misma la nueva del amparo milagroso.

Y por cierto que si no fuese la obstinacion el carácter de Satanás, hubiera tenido ya mas que de sobra para desistir de hacer la guerra á quien tan á las claras veia cubierta con el divino escudo; pero nada menos, y firme siempre en su propósito de evitar futuras derrotas, intentó por última vez deshacerse de su adversario mientras le creia menos fuerte. Solian por aquellos tiempos ir en las procesiones de semana santa algunas personas cargadas con grandes cruces de madera en señal de penitencia; y gustó tanto á Mariana esta costumbre y la creyó tan agradable á su esposo, que dispuso imitarla en el retiro de su casa; y llamando á sus sobrinas y á otras personas domésticas, y exponiéndoles su pensamiento, las indujo á que se retirasen con ella á un patio apartado, donde pascarian procesionalmente en hábito de penitencia, cargada cada cual con la cruz que se hubiese labrado de antemano. Enseñábales pues la industriosa niña el arte de trabajar aquellas cruces, aprendido por ella sin mas escuela que el interior espíritu del amor, que empezaba ya á buscarse algun desahogo, cuando embebida un dia la piadosa comitiva en sus preparativos, se levantó Mariana de repente y alejándose de su sitio comenzó á decir á gritos á los demas, que luego, luego, se retirasen de aquel paraje; y porque no dejaban tan pronto lo que tenian entre manos, repitió de nuevo el aviso con mas voz y mayor instancia, hasta que obedeciendo todos y saliendo á la mitad del gran patio, vieron con indecible pasmo desplomarse toda la pared que los resguardaba ántes de moverse, y que los hubiera aplanado de fijo á no haber atendido á tiempo al aviso de Mariana. Dos fueron los efectos naturales de un acontecimiento á todas luces prodigioso: reconocer las so-

brinas y los familiares de aquella inocente criatura la joya que poseia, y empezar á profesarle una especie de culto como á predilecta del esposo divino, que en tan prematuros años le comunicaba ya sus secretos; y por lo que hace á ella misma, convencerse mas y mas de que una vida conservada á fuerza de prodigios y tan á despecho del abismo. no podia sin hurto sacrílego consagrarse mas que á la gloria y las delicias del mismo que la preservaba. Consagrósele en efecto entre lágrimas y rendidos afectos de gratitud para cumplir su palabra con las medidas y perfeccion que diré en el siguiente.

CAPITULO III.

Mayores hnezas de Mariana para con su Dios y nuevos favores que le mereció en la niñez

Convencidos los hermanos de Mariana de la profunda verdad que encierra el dicho del poeta gentil: que la vasija nueva conserva por largo tiempo el olor del licor primero que se le echa, y persuadidos por otra parte de lo bien que dijo un sabio español del siglo anterior al suyo (1): que la crianza y vida de la mujer cristiana es tan importante al vivir humano, que todo el bien y mal que en el mundo se hace, se puede decir sin yerro, ser por causa de las mujeres; se apresuraron á aprovechar los momentos apenas vieron despuntar clara en ella la luz de la razon, y á los seis años la proveyeron de maestros que beneficiasen sus admirables disposiciones y cultivasen á la par un corazon formado para la virtud, y una inteligencia precoz y nacida para poseer con ventajas todos los ramos propios de su condicion elevada. Lejos de resistírsele ninguno de los ejercicios á que la aplicaron, sobresalió bien presto entre sus sobrinas tanto en la costura, bordado y demas labores mujeriles, como en las que no son tan exclusivas de su sexo, leer, ercribir, tocar varios instrumentos y cantar. Mas no se crea que por tener una voz dulcísima y melodiosa, gracia no comun

(1) Luis Vives, *Instruccion de la mujer cristiana*, lib 1.º cap 1.º

en la ejecucion y pasion decidida por la música, consagrarse una vez siquiera Mariana tan bellas dotes, no diré á amores profanos y mundanas producciones, pero ni siquiera á objetos indiferentes. Jamas se la oyó modular cantar alguno que no fuese divino, como que ya desde aquella edad tenia la música no por vehículo de terrenos afectos ó por deleite de los sentidos, sino por recurso poderoso para meditar y pábulo de celestiales ardores. Así puede decirse que el canto para Mariana era una elevacion mental sabrosísima y de tanto provecho, que aun en edad mas proveya le consagró siempre un rato diario como á los demas ejercicios piadosos. Especialmente en ciertos dias se servia de él para dar algun desahogo á su inflamado corazon y lanzar vivas saetas de amor al de su divino esposo, y aun se conserva un sencillo romance. cuyas estrofas repetia con enamorado acento el dia de la festividad del cuerpo santísimo de Jesucristo, sin que nadie sea capaz de espresar lo que sentia su alma al repetir con exquisita armonía:

*Cristo Jesus de mi vida,
Hermosísimo cordero,
Con vestiduras nupciales
Sale enamorando al cielo &a*

Y es seguro que mas de cien doncellas apasionadas á la música sustituirian esta y otras letras á la que suele animar ciertas arias y fantasías, si lograsen, no digo gozar en sí mismas, sino solo ver en Mariana lo que vieron dos testigos y depusieron en los procesos de su beatificacion: que los ángeles mas de una vez la seguian con emulacion envidiable, y que cuando se ocupaba en la labor de manos, acudian á menudo á su ventana lasavecillas á acompañar con suavísimos gorjeos su canto y mantener fija en Dios la vista de su alma durante el trabajo.

Amantísima de él aprendió, segun he dicho, con perfeccion y maestría todo lo que completa la educacion de una jóven, de quien la sociedad haya de exigir

grandes cosas en su día, si bien no se propuso Mariana otro objeto en su aplicación, que el tener un capital permanente para sus pobres, á quienes distribuía el fruto de sus tareas, añadiendo esta á las otras obras de caridad, mas estimables por cierto y mas raras en edad tan temprana. Porque bien pudiera esperarse del corazón de una niña, naturalmente compasivo y nada mas, que hiciese suyas las miserias de su prójimo y les alargase una mano benéfica á costa de sus sudores; pero las obras de misericordia espiritual que constan en sus procesos, no podían conocer otro origen que el celo de las almas, el cual, siendo amor y amor sobrenatural, es tan raro en los primeros años, como lo es que una planta nueva y exótica eche en muy poco tiempo profundas y dilatadas raíces.

Consagraba Mariana á sus labores y á la oración la mayor parte del día, y en aquellas horas que otra de su edad hubiera dedicado á esplayarse y cobrar lícitamente nuevas fuerzas para el trabajo, reunía á sus sobrinas y otras niñas de la vecindad para ejercer en ellas, no pudiendo otra cosa, el apostolado del buen ejemplo y hacerlas adquirir un hábito saludable. Repartíalas en dos coros y las incitaba á rezar el santo rosario y cantar las letanías de María Santísima; lo que hacían aquellas inocentes criaturas con recogimiento y devoción envidiables á los ángeles que las acompañaban y contemplaban; y como si aquel obsequio pasajero no bastase al corazón de Mariana, enamorada de su reina y patrona desde sus mas tiernos años, concluido el canto y quedando aun algun tiempo libre, le empleaba con sus compañeras en adornar y alhajar un altarito donde tenía siempre presente y espuesta á la veneración común la reina de sus amores. Pero estos no estaban satisfechos si con la madre no campeaba también el hijo, y haciéndose por tanto con una preciosa efigie de Jesús niño, en quien tuvo siempre despues sus delicias, la esponía á su tiempo en el altar y le ofrecía el corazón con una clase de símbolos, que eran doblemente aceptables al amante divino. No le regalaban cosa

alguna de comer que valiese algo por lo rara, que no fuera á coronar la mesa del altarito, y como que para consagrarla á Jesus se privaba de comerla Mariana, tenia el doble mérito de ser cosa particular y fruto de mortificacion y amor al ayuno; lo que ocultaba siempre con esmero la penitente niña, atribuyendo aquellas privaciones á una cierta vanagloria de que no hubiese altar doméstico tan engalanado y precioso y de tanto culto como el suyo. Y en efecto no le habia, porque á mas de un singular esmero en alhajarle con cuanto podia haber á las manos los dias de fiesta, cuando se aproximaban las festividades de Jesus y de María, se redoblaban sus esfuerzos, y empezando desde las primeras vísperas desplegaba todo el aparato y ostentacion que permitian las circunstancias, concluyendo la tarde del dia solemne con una procesion que daba vuelta con gran pompa y suma pausa por los corredores en cuadro, cuyas esquinas adornaban otros cuatro altares, en que descansaban un rato las imágenes del niño y de la madre, dando tiempo para cantar festivas y amorosas letrillas.

Pasatiempos de la niñez, dirá por ventura alguno de mis lectores; y yo dijera otro tanto, si por acaso me ocurriese leer el trozo que llevo escrito y nada mas, ignorando todo lo que precede y sin pasar á leer lo que sigo escribiendo, sacado de los procesos. Dios mismo tomó sobre sí el encargo de desengañar á los que mirasen á la corteza únicamente de estos entretenimientos de Mariana, con una señal de aprobacion que de seguro no tiene reservada para juegos de niños. Disponíase en una de las tardes de solemne festividad la procesion de costumbre, y cuando ya estaba en orden la devota comitiva, acrecentada aquel dia con buen número de personas estrañas convidadas al festejo, de improviso se ladeó una vela, y cayendo sobre un precioso dosel de seda de color de rosa que cubria á la imagen, en menos que se dice prendió fuego materia tan bien dispuesta y fué toda una sola llama. Despavoridos los circunstantes y sin saber en aquel pronto á qué partido atenerse, prorumpieron en gritos é inútiles exclamaciones.

maciones, mientras Mariana con rostro imperturbable y aire resuelto se acercó al altar, tiró del velo ardiendo, le separó de la efigie, y como si le hubiera desprendido para volverle á colocar mejor con asombro de cuantos miraban tanta intrepidez en una niña, hubo de reconocerse el patente milagro que se obraba en sus manos, en las que quedó sano y sin lesion el velo como si jamas hubiese sufrido tal avería, y mejor, si cabe, que ántes de padecerla. Imagínesse quien pueda el pasmo de aquella gente, las gracias que como tan piadosa daría al Señor por el beneficio, y la veneracion que rendiria á la tierna doncellita que tan decidido y propicio tenia á su Dios en sus diversiones. Pero ¿qué mucho que á las que se tomaba Mariana por agradar mas y mas á su Dios, correspondiese él con nuevas finezas, si se las prodigaba á veces durante el sueño? Entregóse á él rendida una noche al cabo de muchas horas empleadas en la fatiga de no sé cuál de sus fiestas, cuando de repente y á hora bien avanzada la oyeron gritar las compañeras y decir como entre desasosegada y sorprendida: "Qué haceis, queridas mias? "Qué haceis? Despertad prontamente, porque no es justo que durmais mientras mi esposo por favorecerme está en vela. Venid y ved el "exceso de sus finezas." Acudieron á las voces, y fijando la vista en un cierto punto que les señalaba Mariana sobre su propia cabeza, en que decia ver tres estrellas luminosísimas, y no viendo ellas cosa alguna, lo atribuian al sueño que abrumaba sus párpados: frotábanse los ojos y aguzaban la pupila; mas todo en vano. Mariana las convidaba de nuevo y com mas ardor á participar de su dicha, y ellas todo era affigirse por verse privadas del inocente consuelo, hasta que dándose al fin por vencidas cedieron por entero á Mariana la gloria y el regocijo de verse distinguida por la augustísima Trinidad; la cual, segun ella misma respondió humildemente á sus compañeras deseosas de penetrar el misterio de aquella aparicion, la elegia mediante aquel símbolo por su templo y morada de su grandeza, sin atender al número y enormidad de sus culpas. En es-

tos términos se espresó siempre, aun cuando referia despues el hecho á sus confesores; y de este celestial agasajo tuvo origen la denominacion de *niña de la estrella*, que desde aquel momento le dieron cuantos supieron el caso.

CAPITULO IV.

Prosigue el mismo argumento con siempre nuevas finezas entre Mariana y su Dios

Si bien no ha menester quien ama de veras, de prenda ó señal esterna que le recuerde el objeto de su cariño y le estimule á inventar finezas, porque el amor es un fuego que ni puede ocultarse, ni estar ocioso; el título sin embargo de *niña de la estrella* era un recuerdo perpetuo y un incesante estímulo para Mariana, que al oirse llamar así asociaba con natural vínculo sus ideas y sentia toda la exigencia de un amor conquistado. Y en efecto no hai medio posible: ó negar toda fé á los procesos auténticos de su beatificacion (lo que no se hiciera sin una enorme temeridad), ó confesar que el amor ya en aquella edad agotó en ella con fruto todas sus pretensiones. Grandes suelen ser estas en verdad cuando el amor es subido; pero á quien ama así siempre le parecen pequeñas, como le parecian en realidad á Mariana; pues yendo un dia con una parienta suya á oir el elogio fúnebre que en la iglesia de la purísima Concepcion se dedicaba á la memoria de una religiosa de aquel convento, recién muerta con notable concepto de santidad, y oyendo que su compañera á la vista de tan sublimes virtudes exclamaba "¡O quién pudiese imitar á esta sierva de Dios!" no pudo contenerse la amante niña, y con un arranque impropio de su edad, "Todo, añadió, todo mediante Dios lo puede el amor." Como si dijera: Amó esta sierva de Dios, de quien se publican las glorias, y todo lo pudo; porque el amor á todo alcanza. Y de que no fuese aquel un concepto pasajero y afecto estéril, será mas que suficiente prueba la sencilla exposicion de los excesos á que se entregó ya des-

de tal tiempo, si exceso puede llamarse el ansia nunca satisfecha de padecer, y las invenciones de la mas fina correspondencia hácia un esposo de sangre. No olvide pues el lector que Mariana no cuenta aun sino poco mas de un lustro, y empiece á alabar al Señor en los hechos siguientes.

Todos ó la mayor parte se refieren á la cruz, único objeto de los entretenimientos pueriles de esta niña y único emblema de corazones amantes. El ejercicio de pasear procesionalmente con las sobrinas y otras niñas atraídas de su exhortacion y ejemplo llevando la cruz á cuestas, le repetia con frecuencia por los corredores de la casa, donde fijaba algunas crucecitas de trecho en trecho y guiaba ella la comitiva á visitarlas; pero como la mas fervorosa y amante, cargada con una cruz mucho mas pesada que las otras y superior á sus fuerzas. Su enorme peso y mas aun el tormento de los garbanzos que ponía entre el calzado y las plantas de los piés, la hacian succumbir no raras veces y caer en tierra con evidente peligro de que le costase bien cara una invencion hija del amor, el cual, si es fino, no suele creer necesaria la compañía de la prudencia.

Pero el espectáculo que no podia ménos de conmover y arrancar lágrimas de compasion y ternura, era el ver á aquella inocente niña en ciertos dias de fervor mas intenso. Esperaba ella de rodillas y con el ansia amorosa pintada en el rostro la cruz que le llevaban sus compañeras, á cuya vista prorumpia en ternísimas exclamaciones y (digámoslo así) requiebros amorosos á su Jesus que consagró con su sangre aquella señal divina, la que con ademán humilde recibia sobre sus delicados hombros para emprender con ella la visita de las estaciones. Llevaba en aquel viaje desnudas las rodillas, y Dios solo es testigo de lo que llegó á sufrir en un ejercicio, que repetia siempre ó con marcadas señales de placer, ó con lágrimas arrancadas no por otro dolor que el de los pecados que dieron la muerte en aquel madero á su esposo. Nosotros solo sabemos por deposicion de las sobrinas y amigas que por do quiera iba dejando el sello de su tormento en la

viva sangre que brotaba de las heridas y descarnadas rodillas; tormento que por necesidad le duraba por muchos dias despues de la funcion, toda vez que ni su espíritu de penitencia, ni su humildad la permitian descubrirse á nadie para que la curase. Y por cierto que es cosa mui para notada que habiendo en casa tantas personas á quienes Mariana no podia ser indiferente, ninguna advirtiese las penosas resultas de sus fervores, ó advertida aplicase algun remedio por tanto tiempo, cuya observacion será fuera de propósito para que se tenga como un indicio de lo mucho que agradaban al cielo los transportes de Mariana.

Subian estos de punto en ciertos dias señalados con algun recuerdo especial de su enamorado Jesus, por ejemplo en el juéves santo. Púsose una vez á discurrir de propósito cómo imitaria en tales dias á su esposo llagado y cubierto de sangre, y el amor ingenioso le dictó lo siguiente. Colocaba en derredor del borde de los altaritos del *via crucis*, engalanados particularmente para aquel dia, unos manojos de cambroneria, y luego suplicaba con lágrimas á sus devotas compañeras que cuando la viesen orrodillada para besar la cruz, colocada entre las espinas, cada una de ellas le diese un empellon en la nuca, á fin de que las puntas se le clavasen en el rostro. Y era tal y tan expresivo y tierno el ademan con que se le suplicaba que temerosas ellas de causarle mayor quebranto con negarse enteramente á la peticion, satisfacian con ventaja sus ansias, contribuyendo acaso en alguna la pueril travesura y la novedad de la ceremonia. Quedaba la pequeña mártir, como es de suponer, con el rostro lleno de punturas de mala especie y cuajado de sangre, pero con el corazon inundado de gozo y de gratitud hácia sus bienhechoras, la que no podia menos de hacer paciente sinceras y afectuosas demostraciones.

Mas porque el amor de Mariana era como fuego que no ha menester sino de un soplo para tomar cuerpo, redobló sus incendios en ocasion de llevarla su hermana doña Gerónima á los oficios de semana santa, que con gran majestad y decoro y no menor provecho de las

almas se celebraban todos los años en la iglesia de la Compañía de Jesus. Tan herida quedó su imaginacion y tan prendada su alma de aquel espectáculo, que no supo valerse de otro en adelante para sus habituales entretenimientos, ni imitar otra cosa que lo que habia visto en la iglesia. Dos fueron sin embargo los ejercicios que llamaron mas su atencion, ó mas viva impresion le hicieron: la disciplina del juéves santo por la noche y la adoracion de la cruz del viérnes por la mañana. Recogia pues segun costumbre á sus sobrinas y amigas, y repartiendo entre ellas algunas disciplinas ó cosa equivalente, inventada y fabricada por su amor ingenioso. y animándolas al doloroso ejercicio, cerraba puertas y ventanas, empezando ella la primera á menudear sobre su delicado cuerpo los golpes con tal ardor, que infundia aliento en las demas, y le ahorraaba palabras, las que no dejaba sin embargo de emplear, si por ventura observaba que alguna ó se retrajese, ó flaquease. Santa y feliz invencion, con que pudo Mariana encubrir en parte su espíritu de penitencia, huyendo la singularidad, de cuya tacha no hubiera podido librarse dedicándose ella sola á tan penosa tarea.

No lo era menos para ella la imitacion del otro ejercicio observado en el templo. Colocaba sobre un cojin ó almohadon la cruz que habia de adorarse, y en su derredor varios manojos de espinas tan agudas y tan bien entrelazadas que no podian menos de herir en varios puntos á quien presuniese tocarlas. Hacíanlo con mucho tiento las compañeras de Mariana al ir á adorar la cruz, como se lo aconsejaba el cuidado de no lastimarse; pero ella que veia en aquella invencion un triunfo, concertó con las otras que cuando le llegase su turno haria la adoracion con las manos cruzadas sobre la espalda, y que cuando la viesen en esta postura y ya próxima á acercar sus labios al santo leño, todas una tras otra le irian empujando con violencia la cabeza. El efecto era infalible y mui del gusto de Mariana; porque incapaz de evitar el golpe ó atenuar su ímpetu con las manos, recibia la impresion de las espinas en el rostro, la que, repetida

tantas veces cuantos eran los inocentes verdugos, con no menos dolor que peligro, sacaba parte de aquella sangre que hubiera ella vertido por su esposo hasta la última gota con mil amores. Así lo manifestaba, cuando informándose de quién entre las niñas le habia sentado mejor la mano, se deshacia en protestas de agradecimiento y le ofrecia algun agasajo por recompensa. Bien es verdad que como no se proponia su corazon mas que agradar á su esposo, apénas conoció su disgusto en el de sus mayores, que temerosos de grave riesgo le prohibieron aquel piadoso entretenimiento, desistió sin réplica, sintiendo no poco que por su causa sufriesen las demas una reprobacion con amenaza por si volvian á complacerla.

Pero á la manera que el torrente atajado ó contenido por robusto dique engruesa con rapidez hasta abrirse paso, y explayarse, y avanza con mayor ímpetu en direccion diversa; así el fervor sobrenatural de Mariana comprimido con esta prohibicion de los suyos, encontró bien presto por donde facilitarse un desahogo, que no creo pasará á mis lectores, prevenidos ya con la idea de que en Mariana todo era prodigioso y divino. Ya que no podia adorar de aquel modo la cruz, inventó una mortificacion inaudita para todos los viérnes. Buscó cinco grandes y toscas piedras, y llevándolas á su cuarto con otro pretesto, las engastó en el suelo delante del altarito en forma de cruz y de suerte que apareciese fuera del terreno la parte mas áspera y ruda de cada una. Este fué el lecho que se preparó para cada viérnes, y cuando llegaba el día, suplicaba á sus compañeras que la encomendasen al divino esposo, y luego desnudándose las espaldas se ponía boca arriba y con los brazos en cruz sobre aquellas piedras, con la cabeza sobre un madero y la mente fija en la consideracion de su Jesus estendido en el duro leño. Mas esto era poco, porque temiendo ella que la suma incomodidad y el dolor de la postura habian de desviar su cuerpo de las piedras, estendia en derredor de aquella cama de tormento una capa de ortigas, y cuando fatigada y oprimida del dolor llegaba á ladearse en efecto, se revolcaba en ellas y frotaba con tanta fuerza sus de-

licadas carnes en castigo de lo que creia flojedad y tibieza, que no pocas veces hubieron de cogerla en brazos sus compañeras y sacarla de aquel indecible martirio de una noche entera.

Ni se contentaba con esta sola venganza de su pretendida delicadeza; y lo que las piedras no habian dado de sí los viérnes, se lo exigia los lúnes y miércoles con ventaja. Apostaba en tales dias con sus inseparables compañeras á que no eran capaces, golpeándola con aquellos cantos, de arrancar de su boca un ay ó una palabra de queja, y aceptando la apuesta aquella gente inexperta é irreflexiva, que amaba sí á Mariana, pero que era por entonces el instrumento ciego de sus fervores por permission divina, acometian tan de veras la empresa y con tanto prurito de no quedar vencidas, que sin reparar dónde, ni cómo la herian y golpeaban por todo el cuerpo. Pero en esta lucha quedaba siempre victoriosa Mariana, de cuyos labios no pudieron jamás sacar sino afectos de gratitud manifestados en las espresiones que pudieran consagrarse al mayor de los beneficios, cuando lo hacian con entusiasmo y como á porfía, ó palabras de reprobacion, cuando las veia menos dispuestas á maltratarla que ella á sufrir sus golpes.

Bien se deja conocer que si el espíritu de Mariana se robustecia y medraba con esta clase de invenciones, tan impropias de sus años, el cuerpo no podia menos de resentirse y enflaquecerse. Pálida y estenuada era la compasion de todos sus domésticos; pero mui en particular de doña Gerónima su hermana, que con ocasion de ir á una hacienda, distante cinco leguas de la ciudad, en tiempo de cosecha quiso llevarse en su compañía á la tan desmejorada niña. Llegaron felizmente á aquel sitio, llamado *Saguanche*, y mientras tomado algun descanso, toda la familia procuraba irse colocando, como suele suceder cuando se levanta y traslada de una casa, y mientras las otras pequeñuelas inseparables de Mariana andaban espiando y registrándolo todo para ver de hallar sitio acomodado á sus pueriles pasatiempos, ella se descabullió de su lado. y sin que nadie advirtiese el cómo ó el cuan-

do, desapareció de su vista. Echó de ver la falta doña Gerónima, y buscándola en vano por todos los ángulos de la casa, empezó á sentir en su corazon el sobresalto mas vivo acompañado de remordimiento y pesar por haberse decidido á sacarla de Quito. Ordénase al punto una expedicion de personas que vayan en su busca por aquellos caminos desconocidos de la niña y le atajen los pasos: salen, buscan, preguntan, llaman: todo es en vano. Llegan á doña Gerónima las noticias concordés de que á Mariana no se la encuentra, y su corazon se encoge mas y mas, y siente toda la amargura del mas cruel arrepentimiento. Así las cosas, entra por último recurso un mayordomo de la casa en una selva vecina, y por el efecto se vió que el buscarla allí era inspiracion del cielo; porque á los pocos pasos descubrió en lo mas espeso del matorral á la perdida inocente, que arrodillada junto á un arbusto con las espalditas desnudas y armada de un gran manojo de punzantes ortigas y abrojos se disciplinaba sin piedad. Detúvose el mayordomo á los golpes, y creyendo una ilusion lo que veia, miró dos y tres veces, hasta que cerciorado del caso, sin atreverse á disturbar á la penitente, volvió desalado á sacar de penas á doña Gerónima. Voló ella con sus domésticos al lugar indicado, y vió con sus propios ojos lo que apenas creia por la relacion del testigo de vista; y entre el ansia de recobrar su querida prenda y llevársela á casa y el pasmo que producía verla derramar sangre á torrentes, por pecados que de seguro no eran suyos, estuvo como absorta un buen rato é incapaz de acercarse á ella. Advirtió Mariana que era observada, y como si la hubiesen sorprendido en algun delito, se sonrosearon sus mejillas y palpité su corazon; pero eso no impidió que basta tres veces fuese encontrada en la misma actitud y en el propio sitio, á donde la transportaban sus fervores, y que cuantas veces se descabullia y no se daba pronto con ella, se dirigiesen los de casa al bosque, segurísimos de encontrarla. Y sin duda que aquel bosque era la sagrada soledad á que la llamaba el amado, y que en ella hallaba á su corazon y la inundaba en delicias; pues por aquel

tiempo no bastaron para retraerle ni las súplicas, ni las reprensiones de aquellos á cuya voz no supo resistir en mil otros casos, así como tampoco pudieron conseguir que dejase de pasar dos ó tres dias enteros encerrada en una habitacion, solitaria, como estática y reconcentrada en sí misma, mientras que las sobrinas y demas domésticos se entregaban á los inocentes y sabrosos recreos de la vida del campo con que en vano la convidaban.

Eran sin embargo los de Mariana sin comparacion mas delicados y sensibles, aunque no podian menos de debilitar sus virginales miembros, ya que el vigor del espíritu y el del cuerpo son como los dos pesos de una balanza, que nunca suben ni bajan á un mismo tiempo. Volvia ella un dia al anochecer de su amado retiro tan rendida de flaqueza y de cansancio, que sin saber cómo fué á arrojarle en los brazos de su amante hermana, y en ellos se quedó dulcemente traspuesta. Amábala tiernamente doña Gerónima, y al verla tan macilenta y desfigurada, que parecian enteramente borrados en ella por mano de la penitencia los hermosos lineamientos de la niñez, la acariciaba y besaba con un amor que no se hubiera atrevido á manifestarle despierta, engolfándose en la consideracion de que aquel rostro era un espejo animado del poder sin límites de la gracia. Parecióle que descansaria mas á su placer en la cama, y empezando á desnudarla con mucho tiento, y logrando quitarle el vestido sin despertarla, advirtió en la camisa no pocas manchas de sangre fresca. Sobrecogióse á tal vista, y procurando indagar la causa empezó á descubrir un cilicio formado de espinosa zarza, que le rodeaba la cintura, el pecho y la espalda con tormento y destrozo que no es para dicho. Bien lo calculó sin embargo la amante y piadosa hermana, que sin poderse contener á tal vista, dió rienda suelta á dulcísimo llanto, dictando de paso á su corazon el amor y la piedad estas reflexiones: "¿Qué habrá de hacer por Dios quien le tiene ofendido, si así se martiriza la inocencia? ¿Cómo estoi yo tan tarda en exigir el castigo de mi cuerpo y solo pronta á halagarle? Apé-

nas conoce esta angelical criatura á su Dios y ya se sacrifica toda por él; ¡y yo en edad madura, yo con tanta luz del cielo me sacrifico solo por mi apetito! Mi hermanita tiene por vestidura un cilicio, por recreo los azotes, por alivio la oracion y soledad; ¡y yo, á quien incumbia enseñarla con el ejemplo, ando en busca de comodidad y deleites lo mismo en el vestido que en el trato de mi rebelde carne! La fé me enseña que esta inocente no va fuera de camino; luego la engañada ¡infeliz de mi ! soy yo: yo soy la ingrata, yo la merecedora de estos rigores.” Así discurría bañada en un mar de lágrimas doña Gerónima, al paso que iba procurando con suma delicadeza descubrir por entero aquel jubon de nueva especie, propio de los santos moradores de la Nitria ó del Egipto, aunque desconfiaba de poder seguir la operacion y llegar á quitársele del todo, sin que la que dormia se apercibiese. En efecto, ó pesarosa aun en sueños de que la despojasen de su mas preciosa gala y mayor riqueza, ó resintiéndose naturalmente al renovarse las heridas de las espinas clavadas en un mismo sitio desde dias ántes, lo cierto es que Mariana empezó á removerse, y despejados sus sentidos fué víctima de dos afectos, vergüenza y confusion por una parte al ver patentes las pruebas mas recónditas de su amor, y pena incomparable por otra considerando que por aquella vez era imposible oponerse al imperio de quien le quitaba resueltamente el instrumento de su voluntario martirio.

Llegó entre tanto el momento de volver á la ciudad; pero el corazon de Mariana se quedó entre las espesuras de aquel su tan regalado bosque, y en la soledad de aquella habitacion sabedora de su dicha y testigo de su correspondencia á la gracia. El retiro de *Saguanche* no se partía un momento de su imaginacion, y lloraba ella su pérdida como llora con la vista vuelta á la patria quien soporta prolongado destierro. Mas era demasiado vivo el interes del esposo de Mariana para que permitiera verla por mucho tiempo sin tener donde comunicársele á solas; y así valiéndose de la voluntad espresa de doña Gerónima, que queria que Mariana acompañase á las sobri-

nas despues de las faenas domésticas y ejercicios devotos por via de descanso á una huerta contigua á la casa, le proporcionó el modo de suplir en lo posible á la amada soledad del bosque de *Saguanche*. Bajaba pues con suma prontitud y gozo indecible de su alma á cumplir el encargo de su hermana, y aprovechando los momentos en que las otras niñas se entretenian con el gorjeo de las aves ó entre la lozanía de las flores, corria á esconderse en el ángulo mas remoto del huerto, y tomando por asunto de su meditacion lo mismo que á las demas servia de pasatiempo, se elevaba hasta la belleza del Criador desde la hermosura criada. ¡Ojalá hubiera habido quien nos transmitiese la suma de sus celestiales ardores en tan preciosos momentos! que no tendríamos que conjeturarlos ahora por alguna pequeña chispa de que no pudieron menos de aperebirse sus compañeras. Viéronla mas de una vez descubrirse el pecho como quien busca un refrigerio en la frescura del aire, y luego á poco hacer un manojo de ortigas, y llevada del ansia de asemejarse á su esposo, maltratado por su amor, azotarse la parte descubierta con tanta fuerza, que llegaba á hinchársele con el dolor de que solo Dios y ella eran testigos, repitiendo entre tanto con ardoroso acento: *¡O costado derecho de mi amante esposo! O costado herido de mi Jesus crucificado!* Al renovar estas palabras quedaba como muerta á cuanto pasaba en su derredor, y sin advertir siquiera que la observaban aquellas niñas, de quienes como mui amigos de observar por sus pocos años hemos recibido estas cortas noticias.

CAPITULO V.

Santo tenor de vida de Mariana: su devocion á los cortesanos del cielo, en especial á la Santísima Virgen quien la favorece extraordinariamente, su fervor en la primera comunion que recibe á los siete años.

Crecia por momentos esta envidiable reciprocidad entre Mariana y su Dios, y santamente interesada aquella en que por su culpa no se interrumpiera, tenia por perdido todo momento que no dedicase á la práctica de las

virtudes y al ejercicio santo de la union íntima con su amado; y como que su cortísima edad no la permitia pasar largas horas en la meditacion, adoptó varias otras devociones, á las que consagraba los ratos que le dictaba su espíritu fervoroso. Empezó á profesar devocion cordialísima al inefable misterio de la beatísima Trinidad, cuyos arcanos pudo penetrar de alguna manera con la luz que le comunicaba el cielo, y á que la hacia tambien hasta cierto punto acreedora la oracion, en que nada omitia de su parte para sacar fruto copioso. Amaba tambien cordialmente á S. José, al arcángel S. Miguel, al ángel de su guarda, á S. Ignacio de Loyola y á S. Francisco Javier, dirijiéndoles algun obsequio diario. Pero la cima de sus amores era la santísima y siempre vírgen María: para ella reservaba los afectos mas tiernos y los obsequios mas frecuentes y rendidos: á ella acudia en todo caso; y sin ella no habia para Mariana delicias. Estaba situada su casa en un ángulo del hospital real, y las ventanas de su habitacion venian á dar precisamente delante de una imágen de nuestra señora de los Angeles, retratada con pincel primoroso en la pared de otra casa de enfrente; por lo que puede decirse que no pasaba hora en que no le tributase algun obsequio ó desahogase con ella su corazon en algun coloquio amoroso. Temia sin embargo que de dentro ó de fuera de la casa la observasen, y por lo mismo reservaba las mas finas espresiones de su filial cariño para una pequeña copia de aquella imágen que guardaba en su cuarto, á la que prodigaba adornos y caricias, presentaba súplicas y procuraba el mayor honor que le era posible, haciendo que los de casa rezasen cada noche el santo rosario con ella en su presencia. Pruebas bien inequívocas de que salian del corazon las alabanzas que pronunciaba á todas horas, las que eran tantas, que el nombre de María, sus virtudes y méritos no se apartaban jamás de aquellos inocentes labios, los cuales al hablar así no tanto parecia que formasen un panegírico, cuanto que buscasen un necesario desahogo al corazon oprimido y abrasado de amor.

Hasta qué punto agradasen á María Santísima los

afectos y obsequios de la inocente Mariana, podrá colegirse de los raros acontecimientos que voi aquí á referir, sacados como todo lo demas del proceso auténtico de su vida milagrosa. Tenia tan mal parado un dedo de la mano, que no solo le ocasionaba grandes dolores, sino que amenazaba ya declararse la gangrena. Veíalo doña Escolástica Sarmiento, una de las niñas que se educaron con Mariana, y que despues hizo deposicion del prodigio, y movida de compasion le advirtió con mucho afecto que aquel mal era grave y que urgia se pusiese en cura. *No tengas pena*, le respondió Mariana con faz risueña, *no tengas pena; no he menester de tanto*: y como poseida de espíritu superior, *ahora verás*, añadió, *cómo yo me curo*. Y arrodillándose de pronto ante su pequeña imágen de María Santísima, y recurriendo llena de fé y de confianza á la señora, imploró su auxilio en aquella necesidad. Dicho y hecho: el dedo doliente apareció en punto sano y como si jamás hubiese padecido la menor cosa. Quedaron ambas niñas atónitas al ver tan raro é inesperado portento; pero recapacitando bien presto Mariana y volviendo de la sorpresa dió primero infinitas gracias á su insigne bienhechora, y luégo suplicó á la compañera que no hablase palabra sobre el caso con nadie de dentro ni de fuera de casa.

Cayóle en otra ocasion á los ojos una fluxion tan tenaz y ardiente, que hizo temer se quedase ciega; y por cuantos remedios se le aplicaron, no se consiguió mas que hacerla sufrir y casi empeorarla. Bien presto acudió á la proteccion de su dulce abogada y madre, y llamando á la referida doña Escolástica la suplicó encarecidamente que la pusiera sobre los ojos la pequeña imágen de la Santísima Virgen. Complacióla Escolástica, y tocar la parte enferma la imágen y desaparecer toda sombra de mal fué una misma cosa, confirmando así la benignísima señora lo mucho que amaba á aquella niña, á cuyas plegarias se inclinaba con tanta dignacion repetidas veces.

Veia con admiracion y placer doña Gerónima esta predileccion del cielo hácia su hermanita, y observando

por otra parte sus medras diarias en todo género de virtudes opinó que si bien no llegaba aun á los ocho años de edad, era ya aquella alma terreno bien dispuesto para recibir con esperanza de fruto la divina semilla del cuerpo sacratísimo de Jesucristo. Para mayor seguridad y descanso la mandó examinar sobre la sustancia de la fe católica acerca de aquel venerable y augusto misterio; y descubriendo en las prontas y sensatas respuestas de la niña que no solamente estaba impuesta mas de lo que era preciso é indispensable en las disposiciones y requisitos para aquel acto solemne, sino tambien que se deshacia en fervores, y no podia disimular las ansias de alimentarse con el pan de los ángeles, se resolvió que en tal festividad no mui lejana se confesaria y acercaria por primera vez á la sagrada mesa.

No recibe el infeliz desterrado la nueva de que por fin le es permitido el regreso al suelo que le vió nacer, ó el cautivo la esperanza de su próxima libertad con júbilo comparable al que se apoderó de toda el alma de la niña, viendo tan cercana la única dicha á que se creía capaz de aspirar en este mundo. Dos fueron las alas con que voló sin cesar hácia su Dios en aquel intervalo para merecer de su amor que la distinguiese y honrase con su primera visita, á saber, la oracion y la penitencia. Redobló su habitual espíritu de soledad y recogimiento; multiplicó sin número sus oraciones jaculatorias, que todas se reducian á llamar al esposo como quien pena y desfallece por la tardanza; y con crueldad sin medida empezó á maltratar su inocente cuerpo, decidida á no mitigar sus rigores, ni dejar de martirizarse, hasta que movido á compasion le acelerase el consuelo. Llegó finalmente cual le deseaba, amaneciendo el dia mas alegre para la enamorada virgen, que conducida por su hermana doña Gerónima á la iglesia de los PP. de la Compañía de Jesus, fué presentada á uno de ellos para que la confesase. Acogióla este con el espíritu de dulzura heredado de aquel que pedía no alejasen de su lado á los pequeñuelos, y empezando á examinarla, y descubriendo en ella una pro-

funda inteligencia de los misterios divinos, juntamente con un ardiente deseo de hacerse santa, no pudo menos de atribuir alguna desidia á los que hasta entonces habian defraudado á aquella alma de los bienes inefables que encierra la Eucaristía.

Comulgó, pues, finalmente Mariana por primera vez con la modestia exterior y el interior recogimiento que convenia á criatura tan privilegiada y amante; y solo Dios, autor de su dicha, y los ángeles, ocultos espectadores de lo que pasaba en aquella alma, serian capaces de describir la ternura de sus afectos en el acto de agradecer la dignacion de su esposo, y la plenitud de consuelos y de favores de que la inundó él mismo en tan preciosos momentos. Como niña de poca edad no avezada aun á rendir cuenta á su director de lo que pasaba en su espíritu, no tuvo mas confidente que su divino esposo, y nos dejó la santa curiosidad de penetrar los quilates de aquella mutua y amorosa correspondencia. Todo lo ignoramos á excepcion de que no bien hubo despues de largo rato llegado á casa, llamó á las sobrinitas, que por sus cortos años no habian entrado á la parte en su fortuna, y con el júbilo y alborozo de quien nada tiene ya que desear, pintado en el rostro, y mas hermosa de lo ordinario les dijo con mucha gracia, que de allí en adelante tenian que respetar su alma y hasta venerar su lengua, pues que el immaculado cordero Jesus la habia santificado con su contacto aquella mañana. En lo cual no pretendia mas sino que la imitasen, siendo así que desde el punto y hora que comulgó por primera vez, se miró ella á sí misma con toda la veneracion y respeto de quien se reconocia obligada á vivir en lo sucesivo para agradar al sumo bien únicamente y prevenir sus deseos en todas las cosas; por lo que dando de mano á los entretenimientos á que su corta edad concedia algun momento de vez en cuando, consagró todo su corazon y todo su pensamiento á Jesus sacramentado. En su presencia hubiera deseado pasar los dias enteros, y si bien á causa de sus poquísimos años no se le otorgó licencia de reci-

birle sino los domingos y dias festivos, con el corazon y las ansias le recibia diariamente.

Era pues natural que comulgando á menudo saliese tambien de casa con mas frecuencia, por lo cual se decidieron sus parientes á vestirla segun su clase y con algo mas de aliño y esmero de lo ordinario, mandando hacerle un traje ó vestido de seda. Púsosele Mariana por obedecer; pero con tanto rubor y violencia de su parte, que no veia la hora de volver á casa y hacer lo posible por despojarse de él para siempre, y con él de toda vanidad y pompa mundana. Y en efecto supo rogar con tanta gracia y tan abundantes y sinceras lágrimas á su hermana y cuñado que no la volviesen á obligar á cosa tan contra su genio, que temiendo ambos despues de alguna resistencia las funestas resultas de mas larga oposicion le dieron su consentimiento para que vistiese siempre de simple lana. Como si hubiera logrado un triunfo, gozó Mariana en lo íntimo de su corazon al verse ya sin trabas para dedicarse á agradar exclusivamente á su celestial esposo, y dando un total á Dios á cuanto podia lisonjear el espíritu de vanidad, se cubrió de nuevo con los vestidos de costumbre, propios de quien tenia á Jesus por modelo y símbolo de una alma cada dia mas pobre de afectos para el mundo y sus pretensiones.

No podia menos de agradar sobremanera al esposo que se apacienta entre lirios, una alma tan cándida y tan despojada de todo afecto terreno; por lo cual no es de estrañar que él mismo, celoso de conservar la posesion temprana de todos sus afectos, le inspirase una mañana, mientras se regalaba con ella sacramentado dentro del pecho, una consagracion de alma y cuerpo, heroica siempre, pero mas sin disputa ántes de los ocho años de edad. Para que Mariana respondiese al llamamiento y consagrarse á su Jesus cuerpo y alma con voto perpetuo de castidad, no era necesario que conociera la deformidad del vicio contrario, bastándole la voluntad de su amado y la hermosura de una inocencia sin mancha, cual se la descubrió él en tan venturoso

momento. Allí pues sin mas testigo que su Dios y los ángeles que se apresuraron, yo creo, á llevar aquella escritura irrevocable al trono del Altísimo, pronunció Mariana á poco mas de los siete años el voto que guardó despues con rara escrupulosidad y perfeccion hasta el último aliento. Y si como dice S. Gerónimo (1), ama Dios á las vírgenes porque dan libremente lo que no se las manda dar; ¿qué palabras encarecerán dignamente el agrado con que recibiria Jesus una ofrenda libre, por una parte, y por otra tan temprana y pronta, que sellaba por decirlo así los primeros crepúsculos de la razon de esta vírgen esposa?

Despojada ya de toda gala no menos que de los derechos de su cuerpo, buscó todavía el amor algo que sacrificar según su genio de nunca darse por satisfecho, y halló que no le quedaba mas que el título honroso que por su clase pertenecia á Mariana entre las gentes y conforme al uso de su patria; y aunque sacrificada ya en alma y cuerpo parece que poco debia costarle la renuncia de un mero título, ello es que tambien le renunció, si bien se quedó con otro, ó mejor dicho, se le apropió nuevamente, por ser título de otra esfera y de todo su gusto. En vez de *doña Mariana de Paredes y Flores*, como la habian llamado siempre, desde aquel dia quiso ser llamada de todos *Mariana de Jesus*. Dos fueron las causas, según ella descubrió despues, que la movieron á intentar y verificar este cambio: la primera su anhelo cada dia mas vivo de ser toda de su esposo y llevar esta dependencia hasta el nombre; y la segunda el especial amor que habia cobrado á la Compañía de Jesus, cuya casa habia sido por decirlo así la cuna de su devocion, y cuya filiacion espiritual apreciaba ella incomparablemente mas que la que recibiera de sus padres según la carne. Con lo que no parece sino que se cumplió en Mariana lo que prometió el Señor por Isaías (2) á los corazones castos y á los que eligiesen el estado virginal,

(1) L. 1^o de la virginidad, c. 23

(2) C. LVI.

segun entiende aquel texto el máximo doctor S. Gerónimo (1). Darles hé, dice el Señor, en mis muros y en mi casa mejor lugar y mejor nombre. Dió parte de esta determinacion, así como del voto perpetuo, al P. Juan Camacho de la Compañía de Jesus, y lo sujetó todo á su aprobacion y dictámen, habiendo empezado ya á comprender el mérito de la obediencia. Fué este P. Camacho el primer confesor de Mariana, que dirijiéndola desde niña la guió por largo tiempo en el camino de la oracion, con el acierto propio de tan gran maestro de espíritu, hasta introducirla en los secretos de la via unitiva, á donde sin especial luz y favor del cielo no puede llegarse á pesar de toda humana y natural diligencia. Grandes fueron sin embargo los obstáculos que tuvo él que superar hasta llevar al cabo su obra, y la hubieran destruido, de cierto, varones no ménos doctos que él y experimentados en la senda de la virtud, á cuya autoridad no podia dejar de deferir, á no haber tenido Mariana en su favor y de su parte á su esposo. En su oportuno lugar referiré todas las circunstancias de esta lucha y sus principales motivos; por ahora baste saber que Mariana no se separaba un ápice de los consejos é insinuaciones así de este como de los demas confesores de la Compañía que el Señor le deparó con el tiempo; á cuya sumision y deferencia debe sin duda atribuirse su triunfo, segun el dicho del Espíritu Santo, que quien obedece, cantará siempre victorias. Bien es verdad que aun humanamente podia creerse mui segura Mariana en someter su juicio á los que sucesivamente le señaló el cielo por directores; lo que me permitirá el lector que yo ponga aquí de manifiesto con una suscita noticia de estos varones recomendables, sacada de la memoria que de ellos conserva su madre la Compañía; con lo cual estoi seguro gozará no poco en el cielo la venerable vírgen, que se llamó siempre en vida hija de la misma, y á quien despues de Dios se confesaba deudora de cuanto tenia de bueno su espíritu.

(1) L. 1^o contra Joviniano

CAPITULO VI.

Breve digresion sobre la vida y excelentes méritos del P. Juan Camacho y demas confesores de Mariana de Jesus

En el puerto de Cádiz, de padres distinguidos por su honradez y nobleza, nació el P. Juan Camacho, y á los diez y seis años de edad renació para su Dios, consagrándosele en la Compañía de Jesus, que le destinó á cumplir el noviciado en la ciudad de Sevilla. Es fama que siendo exorcizado por aquel tiempo un energúmeno, y preguntado el demonio por un religioso quién era el que le atormentaba mas en Sevilla, respondió que un jovencito novicio de la Compañía, del nombre y señas de nuestro Juan; y añadió que no dejaria de vengarse á su tiempo con la guerra que pensaba hacerle durante toda su vida. Poco le aterró la amenaza diabólica, pues hizo tan señalados progresos en la escuela de Ignacio, que á los dos años le juzgaron los superiores digno de consagrarse al Señor con los votos religiosos, y en seguida le dedicaron al estudio de la filosofía y teología con tan plausible resultado, á pesar de sus muchos achaques, que no hubo reparo en dispensarle de un año de curso teológico, á trueque de verle sostener públicas y generales conclusiones. Consagrado sacerdote y desplegando raro talento de púlpito, le destinó la obediencia á uno de los mas lucidos colegios de su provincia de Andalucía, para que en él anunciase la divina palabra; lo que empezó á desempeñar con tanto fervor de espíritu, solidez de doctrina y belleza de formas, que donde quiera que predicaba el P. Camacho, era crecidísima y mui escogida la concurrencia. Enfervorizóse tanto un dia, entre otros, que al entrar despues del sermón en la sacristía, se le presentó en forma visible de negro el demonio, á quien debió haber arrebatado en aquel sermón alguna presa, y "aguarda, le dijo amenazándole, aguarda, que tú me la pagarás en las Indias." No poco se azoró el buen padre á tal vista; mas como por entonces ni remotamente siquiera pensaba pasar al nuevo mundo, tomó el dicho del enemigo infernal por una simple demostracion.

de su encono.

Pasaron algunos años, y temiendo con fundamento que los superiores quisiesen echar mano de él para el gobierno de algunos colegios, ya que no costó poco á su humildad evadirse del de un noviciado, concibió el designio de proponer con la debida indiferencia su traslacion á Indias; y el Señor que guia la mente y el corazon de sus vicarios y lugartenientes, le otorgó por boca de ellos que pasase á Quito, cuya provincia estaba á la sazón unida con la de Santa Fé de Bogotá en el nuevo reino de Granada. Empezó pues su navegacion, y la prosiguió felicísima hasta llegar á vista de Cartagena, donde empezando sin duda las prometidas venganzas del demonio, se embraveció de tal suerte el mar y arreció con tanta furia el viento, que caido el árbol mayor del galeon, despedazadas las jarcias y abierto un costado por el ímpetu de las olas, toda la tripulacion lloraba su naufragio y ruina á la vista del puerto. Pero el Señor que conducia al P. Juan á Quito, como á Jonás á Nínive, para que la transformase con su predicacion, dispuso con pasmo universal y no sin evidente milagro, que un fardo de los que componian el cargamento se ajustase tan perfectamente en la rotura de la nave, que impidiendo el hundimiento dió tiempo bastante para saltar á tierra. Lograron hacerlo así en la ciudad de Cartagena, desde donde prosiguió el P. Camacho su ruta á Portobello y Panamá, empleando en los puntos del tránsito su zelo y predicacion apostólica.

Destinóle el superior de la provincia al colegio de Quito, confiándole la cátedra de prima de teología en la universidad de San Gregorio, y la presidencia en la resolution de casos morales, que con tanto provecho usa la Compañía cada semana en sus colegios, y luego el cargo de prefecto de los estudios mayores, y fué tal el concepto que supo granjearse bien presto de insigne teólogo escolástico y positivo, de aventajado jurista, de conecedor profundo del instituto de la Compañía y de gran maestro de espíritu y de la teología mística, que todos sin distincion, propios y estraños, acudian á él en sus dudas, se-

guros de que oyéndole habian de salir del ahogo y seguir el verdadero camino, ya que sus dictámenes y resoluciones eran siempre ajustados al espíritu del Evangelio, evitando con igual esmero opiniones extremas. Llevado de la bien merecida reputacion de tan recomendable sugeto, quiso el Señor Presidente de aquella Real Audiencia valerse de sus luces y consejo para gobernar con acierto, y así se lo insinuó; pero el padre que comprendia mui bien lo mal que pudiera avenirse el retiro propio de la profesion religiosa con la disipacion y tráfago de un palacio, le respondió que no teniendo en este mundo mas ambicion, ni otro anhelo que el de salvarse, para lo que, aun queriendo, no podria ayudarle su señoría, le suplicaba que le dejase en su oscuridad y voluntario retraimiento. Respuesta que tiene bien poco de estraño, no pudiendo dar otra una persona que con tan relevante mérito de saber hermanaba el espíritu del mas perfecto y ajustado religioso. De la cátedra de teología pasaba al confesonario, en cuyo desempeño era tan diestro y feliz, que á todas horas le buscaban un sinnúmero de personas y de lo mas florido de Quito, convencidas de que aprovecharian en la virtud si lograban tenerle por director y maestro. Poseido del espíritu de Jesucristo deponia en el confesonario una cierta austeridad de carácter que le era propia, y abundando en caridad y mansedumbre, tomaba á su cargo hacer la penitencia que dejaba de imponer á sus hijos espirituales, poniendo todo su aninco en hacerles gustar el ejercicio de la meditacion y adelantarlos en ella hasta el grado que logró en muchos, de que viviesen en este mundo solo con el cuerpo. Sabia casi de memoria, de tanto leerlas y estudiarlas, las obras del V. P. Diego Alvarez de Paz, y persuadido de que no podia hacer cosa mas provechosa para la direccion de las almas que reproducir y poner al comun alcance los escritos de aquel varon prodigioso, escribió un compendio que dejó impreso, así como manuscritos otros muchos tratados dirigidos á procurar el acierto en el difficilísimo arte de la direccion y magisterio de espíritu. Su caridad y zelo por las almas no tenia límites, y se estendia

tambien á los cuerpos, procurando se acudiese á sus necesidades con cuantiosas limosnas, cuando conocia que la estrechez y la indigencia eran el alimento ó el incentivo de la culpa. Procuraba con la palabra, ó familiar, ó autorizada desde el púlpito, cortar escándalos y desarraigar malezas de toda clase de vicios en aquella parte de la mística viña; y ansioso siempre de ganar almas no cesaba de introducir ejercicios piadosos y devociones, entre las que descuella la congregacion instalada por él, bajo la advocacion de la Trinidad Beatísima, con notable aumento de culto de este inefable misterio y singular aprovechamiento de muchos.

No podia tolerarlo en paz el enemigo de todo bien, y empezando á cumplir lo que le juró en Sevilla, se le entró un dia en el aposento, bajo la figura de un hombrecillo mal portado, que sin saludarle le dijo con un aire entre desdeñoso y colérico: *¿Me conoce, padre? No*, replicó este. *Pues yo digo que sí me conoce*, añadió el maligno; *y si nó, acuérdesse de los agravios que me hizo tal domingo y en tal y tal ocasion*; y empezó á relatarlos. *Ahora, prosiguió, vengo á tomar venganza para que acabe de conocerme, pues como soi el demonio, todos me temen*. Mas no tuvo tiempo, porque invocando el padre Juan á la Santísima Trinidad, de quien era sumamente devoto, desapareció como un relámpago aquella infernal visita.

Rechazado así el asalto y alejado el enemigo, no por eso desfalleció este, sinó que intentó acometer por flanco mas peligroso y espuesto, suscitando al siervo de Dios encuentros y persecuciones por parte de los de casa, hijos de una misma madre. Fuese zelo de la gloria de Dios, pero mal entendido, fuese maleza de pasion humana, que no hai jardin tan bien cultivado en que alguna vez no crezca; lo cierto es que siendo el P. Camacho cjemplar dechado de virtud y observancia religiosa á los mas perfectos, no faltó quien obtuvo que los superiores le arrancasen con violencia del colegio de Quito, mientras le servia de mayor lustre y ornamento con sus letras y virtudes. Impúsole la obediencia que sin demora y sin esperar viá-

tico de ninguna especie se pusiese en camino para un punto bien distante; y aunque no ignoraba él que semejante precepto no tenia otro fundamento que falsos indicios y siniestras prevenciones, se sujetó como buen jesuita diciendo en el acto que obedecia: *No haya jamás de decirse por mí que un hijo de la Compañía no fué ciego y puntual en la obediencia.* Emprendió pues su viaje con inalterable sufrimiento y conformidad á toda prueba con las divinas disposiciones, no mirando á la piedra, sino á la mano que se la arrojaba. Y sin duda fué la del Señor, que no solo se propuso purificar y acrisolar á su siervo con una suerte de persecucion tan penosa, sino que intentó ademas que participasen otras muchas almas de los bienes de su presencia y ejemplo, mientras al peregrinar por toda aquella vastísima provincia, atravesando asperísimos y peligrosos lugares por las riberas del gran rio de las Amazonas, Marañon de los Mainas, isla de Santo Domingo y otros puntos, dejó en todas partes suavísimo olor de una gran virtud y edificacion y monumentos de un zelo apostólico é infatigable. Pero lo que fué sin duda de mayor agrado divino en aquella ocasion, y lo que debe conciliar toda nuestra veneracion y estima á este varon insigne, es que no se atrevió jamás á exhalar la mas mínima queja, ni salió de su boca el mas ligero desahogo contra los autores de su contratiempo, cuyos agravios procuró por el contrario recompensar siempre con beneficios. Su paciencia no se alteró nunca en medio de tantos trabajos, así como tambien puede asegurarse segun el testimonio de sus confesores, depositarios de sus secretos, que guardó intacta la virginidad, y lo que es mas aun, que no perdió la bautismal inocencia. Su obediencia fué siempre y en todas las cosas la que exige S. Ignacio de Loyola de sus hijos, pronta, espontánea, generosa; su pobreza la que es propia de un profeso de la Compañía; su mortificacion tanto interior como exterior, con lo cual está dicho todo, perfecta; y en cuanto á la exterior, al paso que benignísimo con los demas, era tan estremadamente rígido consigo mismo, que mas de una vez hubieron de moderarle los superiores. Tales

la idea que de este varon insigne nos da la carta, que segun la costumbre de la Compañía, se dirigió para edificación comun despues de su muerte á toda la provincia. Admirable conducta de la Providencia, que á tan digno y recomendable sugeto deparó una clase de prueba con que se cumplia lo mejor posible la amenaza de Satanás, si bien por el medio al parecer ménos á propósito.

En uno de los referidos viajes emprendido por obediencia á la ciudad de Loja, donde la Compañía no tenia colegio, le acometió una grave enfermedad, que le obligó á recibir los sacramentos creyéndose ya próximo á la muerte. Nada le dolia al buen padre tanto como el verse apartado de los suyos en aquel trance, y mientras daba una amorosa y sentida queja al V. P. Juan Pedro Severino, muerto poco ántes en gran concepto en el colegio de Quito, y con el cual habia tenido cordialísima correspondencia, le pareció que se quedaba traspuesto y veia como entre sueños á dicho santo varon, que teniendo al niño Jesus entre sus brazos y dirigiéndole con el cariño de siempre la palabra, le prometia la salud y un cambio favorable de circunstancias. Y fué así en efecto, que repuesto casi instantáneamente de su enfermedad y llamado de nuevo por el superior al colegio de Quito, desempeñó por algunos años el cargo de prefecto de estudios mayores en aquella universidad.

Finalmente despues de padecer graves y mui molestas dolencias, entre las que no era por cierto la última el verse privado del uso libre de las manos por una gota pertinaz que se le fijó en ellas, con el tormento que es consiguiente á tener que servirse para todo de brazos ajenos, quiso el Señor coronar su sufrimiento anunciándole el fin de sus penas por medio de una religiosa carmelita descalza, con la circunstancia de que no pasaria por el purgatorio; á cuya palabra dieron crédito los padres del colegio, que conocian á fondo su virtud y sabian lo mucho que el Señor se habia dignado de hacerle padecer durante la vida. Terminó esta el P. Juan Camacho á los sesenta y cinco años de su edad, cuarenta y siete de religioso y treinta de profeso de cuatro votos. Dia de luto

fué el 20 de junio del año de 1664 para toda la ciudad de Quito, y así lo manifestaron con repetidos clamores sus campanas, especialmente las de las monjas carmelitas, que como á padre y maestro de sus almas le amaban con singular ternura. Esmeróse en honrar su memoria la sagrada religion de nuestra señora de la Merced, cuyo dignísimo padre provincial tomó á su cargo las exequias fúnebres que se repitieron por tres dias. Lloraban muchísimos su orfandad perdido el P. Camacho, y se tenia por dichoso quien lograba arrebatár alguna cosa de su uso ó algunos cabellos para guardarlos como preciosa reliquia.

Este fué el varon cuyas virtudes me propuse recordar aquí rápidamente, con digresion utilísima á mi principal intento, ya que si es el mismo que veneró á Mariana de Jesus hasta el extremo que verá el lector en una carta de su puño, que insertaré en lugar oportuno, bien se advierte que cuanto mas elevado aparezca en todo género, de tanto mayor peso será su dictámen cuando califique el mérito de Mariana. ¡Ojalá pudiera estenderme, al menos otro tanto, en consignar tambien aquí la memoria de los demas confesores de nuestra bienaventurada vírgen, pues que ni lo merecieron ménos que el primero, ni seria ménos edificante su recuerdo para mis lectores! Pero aunque se prolongue otro poco mas la digresion, no puedo dejar de producir sus nombres con alguna circunstancia, que si bien referida brevemente, bastará para dar á conocer el cuidado que tuvo la Providencia de poner siempre á Mariana en buenas manos.

Dirijióla pues tambien el P. Juan Pedro Severino, romano de nacion, profesor de teología casi treinta años, que fué tres veces rector del colegio Máximo de Quito, y una vice-provincial de aquella provincia, con fama de insigne santidad y de muchos milagros, digno discípulo y heredero de la virtud y saber del venerable siervo de Dios cardenal Roberto Belarmino, señaladísimo por su devocion á la Vírgen María y protector de Quito, como lo demuestra el que habiendo hecho su natural esplosion un volcan en el monte Pichincha, en cuya ladera está fun-

dada la ciudad, vió el santo varon Fr. Domingo Bueba, del órden de S. Francisco, al P. Juan Pedro Severino que con su manto defendia á Quito á la boca del volcan é impedia que cayese sobre ella la lava destructora. Vénérale por esto aquella ciudad y sigue el ejemplo de Nápoles, preservada por S. Genaro de las iras del Vesubio, en la devocion y gratitud con que guarda sus reliquias.

Fueron tambien sus directores el P. Alonso de Rojas, catedrático de teología muchos años y dos veces rector del colegio de Quito, quien tuvo el consuelo de predicar la oracion fúnebre en sus exequias, la que se dió á luz en Lima: el P. Luis Vazquez, rector tambien de aquel colegio, infatigable en los ministerios de la Compañía, hombre de grande oracion y tenido comunmente en concepto de santo; y por último el celebre P. Antonio Manosalvas, de quien habré de hacer honorífica mencion mas de una vez en esta historia.

CAPITULO VII.

Renunció Mariana á los diez años el voto perpetuo de castidad, y añade los de pobreza y obediencia.—Concibe y ordena el plan de salir de su casa para convertir infieles y el Señor se lo descubrió.

Volviendo ya á seguir los pasos de Mariana, á quien por un momento perdimos de vista, lo primero que arrebató nuestra atencion, es un tenor de vida cada dia mas ajeno de todo apego á la tierra, y mas conforme á las exigencias del amor divino, único dueño de un corazon conquistado sin pelea y poseido sin contraste. A los diez años de edad, poco mas ó menos, buscó otra vez este amor alguna nueva ofrenda, y llegando ya el momento destinado en los eternos decretos para que Jesus tomase posesion irrevocable y por entero de aquel bienhadado espíritu, no se contentó con inspirarle y obtener de ella que ratificase la entrega de su cuerpo con todas sus posibles comodidades y placeres, sino que le descubrió un campo vastísimo de sacrificio en la consa-

gracion de su voluntad y de todas sus esperanzas por medio del voto, simple sí, pero para ella no menos obligatorio, de obediencia y de pobreza. Sin consultar pues con nadie, y llevada solo de inspiracion interior, y á no dudarlo divina, pronunció Mariana con abrasado afecto los tres votos sustanciales de la perfeccion evangélica, que comunicados despues al representante de su Dios para ella en la tierra, merecieron su aprobacion y fueron materia de la série de actos de heroismo cristiano, que irán siéndolo de esta historia.

No se concibe cómo el amor humano pueda llamarse fuego, siendo tan estrecha su esfera y sus miras tan poco elevadas, que no consiente se propaguen sus llamas, cuando celoso impide que amen otros al objeto de sus cariños. No es tal por cierto la naturaleza del amor divino, que no cesa hasta comunicar á muchos la actividad de su fuego, ni se sosiega hasta lograr que muchos le ayuden con su fomento. Y si el corazon de Mariana era un horno de vivo fuego, encendido y avivado por la hermosura de su único celestial esposo; ¿á quién parecerá extraño que trabajase por allegar materia y pábulo siempre mas abundante? Nada echaba ella menos en casa de sus hermanos; era dueño de cuanto poseian, hasta de su voluntad, de que no hacian uso sino á medida del deseo de su joya querida; todo reía en su derredor; la fortuna la halagaba y le prometia cuanto puede lisonjear á una jóven de su clase; y sin embargo todo era desasosiego en aquel corazon, y el sueño huía de sus ojos y la paz de su alma, cuando el interior fuego que la devoraba, recibia sin advertirlo (lo que era cosa de cada dia) algun nuevo incremento. Consistia su continuo y habitual quebranto en que hubiese uno siquiera entre los hombres que no participara de los frutos de la divina sangre; y llegaba su pena hasta el extremo de hacerla desfallecer, cuando oia decir á sus parientes que en la Morería, en el Japon y en las Indias oriental y occidental con mucha parte del dilatadísimo Perú se malograba y perdia la sangre de Jesucristo en un sin número de almas, que destituidas de la luz del Evangelio vivian sumidas en la

ignorancia, ofreciendo al demonio incienso y adoraciones. Ni aun esto solo: dijéronle tambien que no lejos de Quito estaban las inmensas provincias del Marañon ó sea de los Mainas, llenas de gentiles é idólatras; pero tan ciegos é ignorantes, y tantos en número, que todos los esfuerzos apostólicos de la Compañía de Jesus no bastaban sino para recoger una pequeña porcion de aquella mies tan copiosa. Oía la inocente y enamorada vírgen estas quejas; ¿y cómo (se preguntaba á sí misma acusando de frialdad un corazon todo fuego), cómo te atreves, Mariana, á protestar á tu esposo que le amas, si no procuras granjearle el amor de los hombres? Decir que le quieres y no impedir sus ofensas es amarle con labio infiel y corazon tibio. ¿Cómo puede blasonar de fineza quien dice que es su esposa, y sabiendo que reinos y naciones enteras le hacen la guerra no sale á su defensa, viendo que se pierden infinitas almas que tanto le costaron, no impide su ruina; y oyendo que le persiguen y despojan de su imperio en mil partes, no se mueve un solo paso por no perder su sosiego? ¿Y será posible que no hayas de tener aliento para ganarle una sola alma bajo pretexto de que son infinitas las que se pierden y de que es imposible ganarlas todas, cuando por una sola de estas preciosas perlas hubiera dado toda su sangre el divino mercader como la dió por todas? Ea pues, Mariana, manos á la obra, porque el amor no vive de palabras. Ya es hora de que abandones el reposo, y tiendas, á costa de mil trabajos, una mano amorosa á tantos que te la piden.

Con estas ó semejantes palabras, repetidas sin cesar en el secreto de su corazon, lograba inflamarle tanto Mariana, que anegada en amargo llanto repetidas veces y avergonzada de sí misma ¡O quién pudiera amar, exclamaba, quién pudiera amar como aman los serafines! ¡O quién pudiera conseguir que idólatras é infieles, gentiles y bárbaros, á quienes no llegaron aun los rayos de la fe, la recibiesen por mi medio, é iluminados é instruidos en ella reconociesen y adorasen al Criador eterno de cielos y tierra! Mas ya que tanto no se me concede, muévante

al menos, esposo mio, mis lágrimas y sollozos, y acelera el momento en que no pueda decirse que en vano prodigaste el infinito precio de la salud del mundo.

Acabó de inflamar su pecho la circunstancia de la canonizacion acaecida entonces de los tres santos mártires de la Compañía de Jesus, Pablo Miki, Juan de Goto y Diego Kisai, que en el Japon consagraron con su sangre las primicias de la fe en compañía de otros esclarecidos hijos de la familia seráfica. Asistió Mariana á las públicas demostraciones de regocijo y hacimiento de gracias que con la mayor pompa posible dió la Compañía varios dias continuos; y oyendo los sermones que pronunciaban sujetos distinguidos, y entendiendo el heroismo con que se sacrificaron aquellos campeones, y la tiranía que ejercitaba el demonio en aquellas gentes, fué tanto lo que se enardeció en deseos de ser mártir, y tan vivas las ansias de llevar al cabo la empresa de convertir infieles, que ya no hubo reparo ni miramiento que la contuviese; y llamando un dia á una habitacion apartada á doña Juana y doña Sebastiana Caso, sus sobrinas, y á su amiga doña Escolástica, comenzó á desahogar su pecho y participarles sus ansias con estas ó semejantes palabras hijas de su pasion amorosa: *Sabed, hermanas mias, que es tanto lo que padece mi corazon de algunos dias á esta parte, que sin especial auxilio de mi esposo se hubiera rendido á la pena. La sangre del único bien á quien amo, se pierde; su sacratísima pasion se malogra en el Japon y entre los Mainas; el enemigo comun triunfa y allega despojos; yo puedo en parte impedirlo, ¡y aun economizo mi sangre? N'ó y mil veces nó, hermanas mias. A Dios á vuestro dulce trato; á Dios á la patria, al bienestar, á la vida; á Dios á todo humano respeto. Tiempo es ya de romper con todo; y quién sabe si haciéndolo ántes me hubiera ahorrado esta angustia? Pero aunque tarde, yo lo haré ahora: emprenderé la fuga; acometeré generosa la difícil conquista; no temeré cruces; no me arredrarán tormentos; y mi mayor ventura será dejar en tan justa demanda la vida. Acepte mi Jesus la ofrenda, bendiga mi resolucion, y luego califiquela el mundo á su placer de delirio. ¡Ay amor de mi*

alma! Si mis culpas no lo estorban; no dilates sino por cortos momentos mi dicha. Perdonad, amadas mías, á mi dolor este desahogo; y creed que si os he descubierto mi pecho, solo ha sido porque no era justo que le ocultase á las que, compañeras inseparables de mi niñez y acreedoras á mi cariño, tienen un derecho á saber que solo por mi Dios que me llama seria yo capaz de abandonarlas.

Aquí puso fin Mariana, emulando los ardores de Teresa de Jesus y de Catalina de Sena; y no es difícil conjeturar el tumulto de afectos que exitaria con su arenga en el corazon tan bien dispuesto de aquellas niñas. Rompieron á una en llanto deshecho, y estimuladas parte del dolor de haber de perderla, parte de la santa envidia de tan bellas disposiciones para ir á predicar á infieles, al paso que ellas habrian de quedarse en casa, todas á una voz protestaron que á no ser que la molestase su compañía, no permitirian jamás tan dura separacion, ni dejarian de participar de la heroica empresa: que tambien ellas tenian corazon capaz de acometerla sin reparar en riesgos y desafiando á mil muertes; y que aun en el caso de que ella rechazase su compañía, encendidas en vivo zelo con sus palabras, serian capaces de precederla en el apostolado. Contraste á la verdad tierno y que conmueve, si se considera el sexo y la edad de quienes le sostenian; pero tambien admirable por parte de aquel Dios, que se complace en imponer á ciertas almas privilegiadas sacrificios contrarios á primera vista á las leyes de la prudencia para contentarse despues con la sola voluntad, como lo hizo con el padre de los creyentes.

Toda ponderacion seria corta para dar una idea del júbilo de Mariana cuando se vió con tan buena compañía para la obra meditada; y aceptándola desde luego y dándose el parabien mutuamente, solo se pensó en hacer los preparativos necesarios, que se redujeron á un hatillo de poca ropa y una corta provision de galleta. Lo mas difícil era apoderarse de la llave que guardaba la puerta principal de la casa; pero Mariana se encargó de ello fijando la hora de la fuga para ántes de amanecer del día si-

guiente, y mandando á las demas que aquella noche se recogiesen algo mas pronto de lo ordinario para estar listas á la hora convenida. Hiciéronlo así en efecto, y tambien lo hizo Mariana, que les prometió despertarlas á las dos de la madrugada; mas como eran planes pueriles, cuyo cumplimiento no entraba en los designios de Dios, sucedió todo al revés de lo que se proponian; y siendo así que Mariana pasaba por lo regular la mayor parte de la noche en oracion fervorosa, ni su santa costumbre, ni el cuidado con que hubo de recogerse, bastaron para que no durmiese plácidamente hasta las seis de la mañana. Empezaron á hacer ruido por la casa á aquella hora los criados, que no encontrando la llave, y alterándose por tanto el órden doméstico, sospechaban de alguna burla pesada y temian sus consecuencias. Figúrense mis lectores el aturdimiento, la confusion, el pesar de Mariana, cuando al despertar con aquel ruido vió la luz del sol y se apercibió de todo. No tuvo mas remedio que entregar la llave por evitar juicios siniestros; y para que se descubriese el objeto de apoderarse de ella, bastaron las otras niñas, no menos prontas el dia ántes á partirse con la apostólica compañera, que á revelar en aquel punto la trama y descargar toda la responsabilidad en su inventora. Edificóse no poco la familia de una resolucion tan nueva; pero temiendo con razon los hermanos de Mariana que tales impulsos del espíritu hubieran de llevarla á algun paso en que peligrase su decoro y aun su vida, dieron aviso de lo ocurrido á su confesor, quien con prudencia sí, pero con energía, reprendió á su hija espiritual y le afeó unos designios que por otra parte veneraba por santos y temia se repitiesen.

CAPITULO VIII.

Huye Mariana al desierto, y su Dios la vuelve á casa con un prodigio.

Levántase á poco trecho de la ciudad de Quito el escabroso y elevadísimo *Pichincha*, monte célebre por mas

de un título, pues al paso que fertiliza los contornos de aquella, y limpia sus calles con los arroyos que tributa, la amedrenta sin cesar por las explosiones del formidable volcan que abraza en su seno. Una de las mas memorables por el aparato y estruendo, y acaso la mas funesta para Quito y toda su provincia, fué la del año de 1580, con cuyo estrago quedó tan despavorida aquella gente, que el ilustrísimo cabildo acordó colocar en lo alto de la montaña y junto á la disforme boca del volcan una preciosa imágen de piedra de la Emperatriz de los cielos, que le sirviese de freno y atajase sus erupciones devastadoras. Cundió bien pronto la noticia, y con ella la devocion y confianza en tan poderosa defensa; y por muchos años se multiplicaron tanto las visitas á la devota imágen, que llegó á ser aquel sitio uno de los mas venerados de la comarca. Mas como al fin toda aquella veneracion era cosa humana, hubo de llevar al cabo de algun tiempo el sello de la ingratitude, y la benéfica imágen llegó poco á poco á verse en un total abandono, hasta que los padres recoletos de San Diego la bajaron y colocaron como preciosa reliquia en su propio templo. Allí, mientras les fué posible, compensaron el pasado olvido con un cordialísimo y continuo culto, que no dejó de pagar la señora con innumerables favores, de que dan fe los muchos votos con que se ve guarnecida su hermosa capilla.

Antes de esta época de la traslacion llegó á oídos de Mariana que aquella imágen habia sido en lo antiguo objeto de la devocion pública y el bálsamo de la confianza para todos los de Quito; y comparando el amor pasado con el desvío presente, se conmovió tanto, que sintiéndose echar en cara por María misma el que una hija suya no saliese á deshacer sus agravios, determinó ir en persona á hacerlo; y si bien al principio se propuso ir sola, no quiso emprender la romería sin dar parte de su resolucion á sus sobrinas y á su amiga doña Escolástica. Hízolo pues descubriéndoles con colores vivísimos la felicidad que la esperaba en aquel cerro y las caricias que se prometia de su esposo; y en esto.

llevaba tambien la mira de ver si alguna de ellas se decidia á seguirla, como lo obtuvo en efecto de todas. No dejaron de proponerle algunas dificultades, en particular sobre el modo de proporcionarse el sustento; lo que no pudiendo hacerse sin bajar con frecuencia á la ciudad y sin esponerse á ser conocidas, solo habria de servir para frustrar sus planes, llegando bien presto á sus parientes la noticia de su paradero. La observacion era sobrado natural y fácil de concebirse: mas como el amor de Mariana no conocia obstáculos, todo lo allanó diciendo que ya tenia aparejados unos pedazos de vidrio, con los que para no ser conocidas se rajarian las mejillas y toda la cara. echando en las hendeduras carbon molido: que en cuanto al hábito habian de contentarse con uno pobre y andrajoso, cual convenia á *esclavas de la santísima Virgen*; y que alejado así todo inconveniente, podrian bajar á la ciudad una por semana á mendigar de puerta en puerta el alimento para las pobres esclavas. Pareció bien la idea. y todas la tuvieron por inspirada del cielo; con lo que no fiándose ya de que Mariana las despertase, ni menos ella de su sueño, se decidieron á salir con dia claro en la primera coyuntura favorable que se les presentase.

Dióselas sin querer doña Gerónima, que saliendo de casa para no sé qué visita forzosa y de cumplimiento. hizo creer á Mariana llegado el instante propicio, y la decidió á llamar á sus compañeras y acelerar la partida. Eran las tres de la tarde, y cargando cada cual con su hatillo, disfrazadas como pudieron, cubierto el rostro y apretando á mas no poder el paso, emprendieron la marcha sin otra guia que el anhelo de responder al llamamiento de su divina señora. Llevaban ya mas de media legua de camino fuera de poblado, hácia el sitio que llaman la *Chorrera*; y cuando atravezada una zanja creian las inocentes que podian ya empezar á ensanchar el corazon y respirar un poco libres de la persecucion doméstica que tanto las arredraba, hallaron que se les presentaba de frente otra mas formidable al pasar un pequeño prado. Un toro cerril y bravío desembocó sin

saber de dónde, y embistiéndolas con veloz carrera no les dió mas lugar que para retroceder pocos pasos y arrojarse en la zanja. Cosidas allí unas á otras y temblando de miedo, como era natural, esperaron un poco á ver si desaparecia la fiera; mas al querer ponerse en camino de nuevo, vieron que las aguardaba en ademan de acometer si salian del hoyo. Formó entónces Mariana mas de una vez la señal de la cruz contra ella, por si era ardid del demonio, y viendo que cuantas veces intentaban proseguir, otras tantas se agitaba el animal y les impedía el paso, se recogió en oracion por un breve rato á consultar con su esposo; el cual, porque ni esta segunda vez pretendia de aquellas almas fieles otra cosa que el desapropio y menosprecio de todo lo terreno, la hizo conocer que no era su voluntad que viviese como ermitaña en desierto, sino como vírgen solitaria en su propia casa. Oida la voz interior, *hermanas mias*, dijo con inesperada resolucion, *no es voluntad de mi esposo que vayamos á Pichincha; y el amor que allá nos guiaba, nos manda retroceder*. No bien hubo pronunciado estas palabras, el toro dejó de amenazarlas, y en breves momentos le perdieron de vista. No hai que decir si apretaron el paso hácia casa las nuevas anacoretas, no pensando mas que en ver cómo podrian entrar sin que nadie lo advirtiese; pero como esto era mui difícil, y por otra parte queria el Señor servirse de la noticia de aquella nueva intentona para sus fines, doña Gerónima y su esposo la supieron bien pronto; y renovándose sus temores de algun azar imprevisto, reprendieron agríamente á la inventora de la expedicion y se resolvieron á ponerla en un monasterio de sagradas vírgenes, donde no le fuera posible escaparse á parte alguna.

CAPITULO IX.

Impide Dios el designio de los parientes de Mariana, que la quieren ver religiosa. A los doce años emprende vida solitaria en su propia casa.

No se ocultaba al capitán Cosme de Caso y á doña

Gerónima de Paredes que el paso dado por sus hijas á consecuencia de los consejos de Mariana habia sido puro fervor de espíritu, y que á los ojos de quien conocia su acrisolada virtud y corazon enamorado de Dios, no se traslucia en aquellos hechos mas que un deseo ardiente de agradar á su esposo; pero como personas de mas mundo temieron, y con razon, los juicios y dictámenes de este, fuera de los peligros á que pudiera esponer á gente tan jóven un proceder desaconsejado. Determinaron, pues, como he dicho, cortar la ocasion de raiz. sujetando los fervores de Mariana en un convento; con lo que juzgaban por otra parte hacer cosa mui del agrado de la niña y gloriosa para Dios, á quien por tantos títulos se debia aquella alhaja.

Vivia por aquel tiempo la venerable madre Ana de S. Pablo, priora que fué muchos años del convento de santa Catalina de Sena, entre la cual y Mariana mediaba una íntima relacion y familiar correspondencia, trabada la primera vez que se vieron por una inteligencia secreta de sus dos grandes espíritus. A ella pues acudió la niña, y descubriéndole su designio en el seno de la amistad, la suplicó que la admitiese á ser educada en su santa casa, hasta que en edad competente pudiese, como lo deseaban tambien los suyos, vestir el hábito. No se hizo rogar la buena madre priora, que veía una adquisicion en aquella súplica; y pareciéndole siglos los instantes que tardase en entrar tanta dicha por sus puertas, concertó con ella que se verificaria la entrada aquel mismo dia sin aguardar al siguiente. Era sin embargo preciso contar con quien Mariana tenia en lugar de padre, y así en alas de sus deseos corrió sin demora á buscar á Don Cosme y pedirle su bendicion; y no encontrándole tan pronto como quisiera, obtuvo que se despachasen varias personas en su busca, las que no dejaron plaza, calle, templo ó casa conocida donde no emplearan en vano sus diligencias, hasta que haciéndose ya noche tuvo que volverse á casa Mariana con el dolor que era natural en un corazon tan decidido y ardiente. Comunicó despues el suceso y juntamente su pena al cu-

ñado, quien no pudo menos de quedar como atónito sabiendo, segun él mismo lo declaró, que no se habia separado un momento de la plaza pública, donde le habian tenido patente á todas las atenciones de su comercio. Oyóle con asombro Mariana, y no pudo menos de reconocer en el hecho un visible portento de aquel Dios que ponía obstáculo al nuevo estado, y la advertía que jamás eligiese alguno segun sus luces y juicio propio.

Sujetóse pues enteramente al ajeno, y como era de de su deber, con preferencia al de su cuñado. Era D. Cosme persona de acendra da piedad, entendido y prudente, y un dia que hablaba con Mariana á poco del suceso referido, se puso mui de propósito á ponderarle las ventajas de que gozan las doncellas que se sacrifican al esposo en el claustro, las medras que hacen en poco tiempo en la santidad, y la seguridad que tienen de salvarse mas fácilmente: añadió que á ella no podian presentársele obstáculos de gran monta, supuesto su tenor de vida rígida y penitente; y que aun dado que hubiese de costarle algo, no podia él aconsejarle cosa mejor, segun el cariño que le profesaba, que la imitacion de mil doncellas de su clase que trocaron el oro y la seda por el tosco sayal de Santa Clara; para lo cual estaba pronto á adjudicarle en dote una cantidad decente. Oyó Mariana la propuesta con no menor atencion que placer y rendida gratitud, y bien conoció D. Cosme en sus lágrimas y cortadas palabras que las suyas habian hecho mella en aquel corazon; por lo que no se trató ya sino de hacer los preparativos de costumbre, pero con el aparato y ostentacion que convenian á las circunstancias de la pretendiente. Ella sin embargo que entreveia en todo aquel negocio un no sé qué, no mui fácil de esplicar, pero que no la dejaba del todo en calma, acudió á su acostumbrado oráculo, la oracion, y pidiendo á su Dios que se dignase de manifestarle su voluntad, la cual queria tener siempre por única guia, pero mucho mas en negocio de tanta monta, oyó en lo mas recóndito de su alma una voz que, sin dejar lugar á perplejidad, le decia que las delicias de su amado eran verla recogida

en su propia casa con la misma estrechez y abstraccion que entre los muros de la comunidad mas austera. Escuchó Mariana aquella voz, y se propuso procurar con sumo sosiego que no quedase por ella el seguir su impulso; pero como en gran parte no estaba en su mano el hacerlo, dispuso Dios las cosas del modo siguiente.

Hablaba ella un dia con su confesor sobre los preparativos para la entrada, y preguntándole este que cuándo llegaria tan venturoso momento; *Nunca*, respondió, *padre mio, nunca. ¿Cómo nunca*, replicó el padre, *si ya están hechos los gastos y todo pronto? Porque no quiere mi esposo*, añadió Mariana con tan estraña resolucion para una niña enemiga de toda palabra ociosa, que moviéndole á examinar de propósito la respuesta, llegó á conocer que en efecto era voluntad del esposo que se santificase en su propia casa, y resolvió ir en persona á hablar con sus hermanos y convencerlos de que Dios no la queria para religiosa. El éxito feliz de aquella entrevista dió á conocer la verdad de cuanto iba á manifestarles; pues si bien D. Cosme y doña Gerónima eran personas de estremada delicadeza, cuando se trataba de quedar bien con el público, y á pesar de que todo estaba en orden y hasta determinado el dia y la hora de la entrada, y convidados la parentela y los amigos, recibieron con tanta deferencia y devocion las palabras graves y medidas del confesor, que sin réplica de ninguna especie se sometieron á la sentencia, y depusieron toda idea de monjío entregando á Mariana con placer cuanto habian preparado para aquella circunstancia, á fin de que lo distribuyese á los pobres, como en efecto lo hizo con inefable júbilo de su alma.

Solicitaba cada dia con mayor viveza el divino esposo el corazon de Mariana; pero viéndose ella por otro lado imposibilitada casi del todo, por la necesidad de vivir en union con sus sobriñas, de entregarse á los excesos de su amor penitente y soltar la rienda á sus fervores, acudió segun costumbre á su padre espiritual, órgano para ella de la voluntad de su Dios; y al comunicarle su congoja y manifestarle las vehementes aspiraciones de su

alma, supo hablar con términos tan expresivos el lenguaje de un amor comprimido, que el P. Juan Camacho hubo de persuadirse á que el dejar así las cosas era permitir ociosa una voluntad gigante, era tener represado un benéfico arroyo, que para bien de tantos pudiera esplayarse; y contando con que sus parientes no habian de oponerse, fué á casa de Mariana á proponerles el plan de que le señalaran una habitacion solitaria, donde pudiese vivir á su modo y sin testigos. Accedió gustosísimo el capitán D. Cosme, y destinó para ella sola un departamento con tres piezas, arreglándolo de suerte que pudiera vivir tan independiente sin salir de casa, como si habitase en el desierto. A su tiempo entró á ver Mariana su alojamiento, y no satisfecha con las diligencias de su cuñado, añadió á cada puerta por dentro toda la seguridad que pudo con cerrojos y aldabillas, para que á nadie le fuese posible entrar á visitarla sin su consentimiento: mandó sacar todos los objetos de adorno que D. Cosme habia colocado, si bien no pasaban los límites de la decencia, y en su lugar puso cilicios, cadenas, disciplinas, cruces y particularmente un féretro ó ataud para el uso que diré despues. Se llevó consigo las dos imágenes de Jesús niño y de María Virgen, sus únicos amores desde la mas tierna edad, y las colocó en un altarito pobre, sin admitir mas muebles que los puramente necesarios, y aun algo menos. ¡O quién hubiera podido leer en su corazon, cuando despojado de todo preparaba su primera entrada triunfal en aquel retiro, hollando en el umbral todo el atractivo y la seduccion de un mundo que la acompañó hasta allí con sus halagos y promesas, fermentadas cuanto se quiera, pero al fin irresistibles para otra doncella de pocos años y de dotes no vulgares, á quien no hubiera poseido tan á tiempo la gracia! Con la energía propia de quien por amor á su esposo lo dominaba todo naturalmente, rechazaba Mariana al acercarse á entrar en aquel yermo doméstico las delicias posibles de mil mundos con acto no ménos heróico que el de María Magdalena, á la cual nos pinta el padre S. Agustin rechazando todas sus delicias gozadas y por gozar, que la tenian asida por

las vestiduras pidiéndole á voz en grito que no las abandonase.

Sorda Mariana á estas voces, y cantando como los hijos de Israel en el paso del Eritreo, se encaminó á su retiro; y pues pensaba abrazarle tan de veras que estuviese cerca de los suyos solo con el cuerpo, quiso despedirse de todos empezando por sus hermanos D. Cosme y doña Gerónima, mostrándoles la gratitud que abrigaba en su corazon por no haber ellos permitido jamás que en su orfandad echase menos la solicitud y caricias de sus amados padres. Tierno fué seguramente este paso; pero lo fué mas sin comparacion el de abrazar á sus sobrietas, testigos de sus virtudes y fidelísimas compañeras de su bendita niñez. Entre ósculos y abrazos amorosos de una y otra parte les dijo que desde aquel dia tuviesen por muerta á Mariana: reprodujo en breve lo mas sustancial de sus pláticas de otro tiempo sobre la caducidad y miseria de las cosas del mundo; y por último las exhortó á que estimasen aquello solo para que las crió su Dios, teniendo en lo que valen el donaire, la hermosura y las riquezas, flores delicadas que marchita el mas ligero viento. No habian menester de tanto unos corazones tan bien dispuestos para mandar á los ojos dos fuentes de lágrimas, é inspirar en aquel instante alguna resolucion parecida al acto mas heroico de la que siempre habian tenido por guia en sus empresas. Resolvieron ambas allí mismo consagrarse á Jesus con voto perpetuo de castidad; y si bien cupo un inmenso placer á Mariana en estas bellas disposiciones de dos almas tan parecidas á la suya, ilustrada con luz superior y espíritu profético, prohibió á doña Juana que hiciese el voto, anunciándole que Dios la queria para casada, y describiéndole las bellas dotes del que tenia destinado para esposo. A doña Sebastiana por el contrario, la alentó para que desde luego hiciese el voto como deseaba, y la animó á soportar toda suerte de males, aunque fuese la pérdida de la vida, por observarle: todo lo cual dijo con tanta entereza de semblante y gravedad de palabras, que bien se echaba de ver que quien hablaba por su boca,

era el celestial esposo que destinaba á la primera para modelo de virtuosas casadas, y á la otra de doncellas zelozas amantes de su tesoro. Puso fin á su arenga Mariana, y estrechándolas entre sus brazos y mezclando con las de ellas sus lágrimas, pronunció el último á Dios y se encerró en la soledad para emprender una carrera en que se la podrá bien seguir con la vista por algun tiempo, pero no con el paso, que desde su principio fué ya de gigante.

Esta carrera, segun la division que me he propuesto, será la materia del libro segundo de esta historia; mas no puedo prescindir de llamar de nuevo la atencion de mi lector á otra parte, seguro de que le agradará no haber de interrumpir mas tarde el hilo de la historia con un argumento que no podria ménos de disgustar á Mariana el que se omitiese. Hablo de una rápida ojeada sobre la vida y virtudes de estas sus dos sobrinas, á quienes tan á menudo hemos tenido y tendrémos que nombrar, y de cuya alabanza resulta no poca gloria á la que inspiró, mantuvo y promovió en ellas el conocimiento y amor divino, que las hizo acreedoras á una página entre las que inmortalizan á su maestra.

CAPITULO X.

Breve reseña de las virtudes heroicas de doña Juana Caso, sobrina de la beata Mariana de Jesus

En la ciudad de Quito tuvo su nacimiento Juana Caso y por padre al capitan Cosme de Caso Miranda, hijo legítimo de Juan de Caso y del Campo y de doña Juana Caso Miranda, todos oriundos de Asturias y señores de la primera nobleza del principado. Su madre, como ya se dijo, fué doña Gerónima de Paredes, hermana mayor de la vírgen Mariana, mas distinguida seguramente por este vínculo que por los pergaminos de su antigua y nobilísima parentela. Prevenida la niña Juana con una docilidad que no tardó en darse á conocer; apénas salió de la primera niñez la entregaron á su tia

Mariana, que le llevaba algunos años. Esta se propuso desde luego amaestrarla en la virtud y con inspiracion peculiar del cielo, escogió el camino, mas corto que era el del ejemplo, eficazísimo en la edad primera, y mucho mas cuando Juana estaba tan decididamente inclinada á imitar todo lo bueno. Túvola pues no solo por testigo ocular de los raros fervores que quedan referidos en este primer libro, mas tambien por indivisible compañera de sus empresas y ejercicios de piedad y de penitencia, con tan felices adelantamientos en la virtud y medras en el amor divino, que no pudiendo soportarlas el demonio, condenado á muerte eterna porque fué incapaz de amar eternamente, buscó ocasion propicia para quitarle la vida, y no tardó en presentársele. Saliendo un dia toda la familia de la iglesia de la Compañía de Jesus, los embistió con tal ferocidad un toro que se creyeron perdidos. Desbandáronse, como el miedo les aconsejaba, en un abrir y cerrar de ojos, y una tia de la niña Juana tiró para poder correr mejor una especie de chanclos, que con nombre de chapines estaban en uso por aquel tiempo. Vióla la niña, y con pueril ocurrencia olvidándose de su peligro se detuvo á cogerlos, con lo que dió lugar al toro de acercarse tanto á ella, que todos los espectadores la creyeron víctima sin remedio. Estaba, segun ya dije, su casa en el sitio que ocupó despues la magnífica fábrica de Santa Teresa, haciendo esquina con el hospital real, desde cuya iglesia se vió arrojar en el mayor peligro un sombrero blanco con forro verde, pero tan á propósito y con tanto tino, que entreteniéndose la fiera con aquel objeto y desfogando en él su cólera, tuvo tiempo de salvarse la inocente. Agradecieron sus parientes la oportuna y caritativa ocurrencia cuanto les dictaba su cariño hácia Juana, y con el sombrero en la mano fueron en busca del dueño para remunerarle segun su mérito; mas cuantas diligencias se practicaron todas fueron en vano, no habiéndose podido descubrir jamás el autor de rasgo tan noble, que por lo mismo se atribuyó al Señor, que con especial providencia conservaba para mayores cosas á Juana.

Cuando su tia la halló capaz, la preparó para los santos sacramentos y la impuso en su frecuencia, llevándola á la iglesia de la Compañía, donde ella tenia, por decirlo así, la oficina de sus fervores. Allí supo Juana aprovechar tanto, que servia de dechado por su devocion y modestia á las mas virtuosas, y se enamoró de manera de las virtudes, sobre todo de la que á todas les conserva su mejor brillo, la castidad, que segun queda referido en el precedente capítulo, quiso imitar á Mariana en consagrarla á su Dios con perpetuo voto, y lo hubiera hecho á no haberle asegurado esta que eran otras las miras de aquel que la esperaba en el mismo término, pero por diferente camino. Siguió bajo la direccion de su querida tia, quien solia admitirla en su retiro para tratar de las cosas del alma, hasta la edad de los catorce años, y apenas cumplidos, el capitán Juan Guerrero Salazar, igual á Juana por sus cualidades de nobleza y piedad acendrada, la pidió por esposa con gran instancia, llevado, mas que de intereses mundanos, de su virtud y hermosura. Cediéronsela, aunque tan jóven, sus padres que le conocian á fondo, y con aplauso de toda la ciudad se celebraron las bodas, sin que en los muchos años que vivieron juntos, se entibiase por un momento el amor primero, ni se alterase por consiguiente la mas perfecta concordia. De cinco hijos con que bendijo el cielo su matrimonio, tres varones y dos hembras, el primero entró en la Compañía de Jesus, donde murió fiel á su vocacion y con fama de ejemplar jesuita; los otros dos se desposaron con dos hermanas, entroncando con casa de la primera nobleza. Una de las hijas, á quien por respeto á su tia se puso el nombre de Mariana, casó con el capitán Juan de la Cruz y Zúñiga, y fué como los demas de la familia excelente matrimonio. La otra entró religiosa carmelita descalza, y llegó á ser primeramente priora del convento de Quito y despues fundadora del de la ciudad de Cuenca.

Viéndose casada nuestra Juana se propuso por ejemplar á la mujer fuerte, juntando con el amor á su esposo y la actividad y diligencia en todo lo que podia aliviarse y disminuir sus cargas, un zelo á toda prueba en el cui-

dado de sus domésticos. Velaba en ronda de noche por sus dormitorios, los reunía al anochecer en su propia habitación y los instruía en la doctrina cristiana y en sus obligaciones, rezando en seguida en su compañía el santo rosario. Exigia de ellos la frecuencia de sacramentos en las festividades de Jesús y de María, disponiéndolos desde la víspera con la oración y el ayuno y llevándolos después ella misma á la iglesia sin separarse del confesionario hasta que los veía reconciliados. Por este cuidado y solicitud puede calcularse el que emplearía con sus propios hijos. Desde la infancia exigía de ellos piedad, modestia y compostura. Hacia mayores caricias al que se distinguía en obedecer, y le agasajaba en particular y le recompensaba con regalillos de preferencia. Ni en hijos, ni en criados permitía el más mínimo desliz contra la ley de Dios; y tenía mandado que quien oyese jurar ó murmurar, le diese al punto aviso para castigar según su gravedad el delito, y esto para cuando hablasen en su ausencia, porque delante de ella ya se sabía que no era permitido pronunciar palabra disonante ó descompuesta por cualquier estilo. Aunque la visita fuese del mayor cumplido, si se deslizaba alguna lengua, mudaba con suma destreza la conversación; y si tanto no era suficiente, se encendía su rostro, y sin reparar en nada, corregía con libertad santa el atrevimiento. Célebre fué, entre otras, la ocasión en que aventurándose cierta persona, fiada acaso en su autoridad, á pronunciar algunos dichos no conformes con la modestia en presencia de Juana, se levantó esta de su asiento al ver que de nada servía mudar de conversación, y en ademán de ausentarse dijo con aire resuelto: *O mudar de tema, ó marcharse de mi casa*; con lo que quedó no poco corrido el insolente. Su singular recato, que no la permitía levantar del suelo los ojos, la hizo respetable á toda Quito; y el cariño que le profesaba su esposo, manifestado por él en proveerla á menudo de ricas galas, no pudo conseguir que aceptase una sola ó saliese de un vestido de pura lana, hasta que su confesor el V. P. Juan Camacho la mandó que al menos admitiese otro algo más vistoso para las fiestas y días solemnes; lo que hizo al punto y sin réplica, empezando á usar

uno negro, por ser opuesta á los colores y á toda clase de adornos. Cuanto podia aborrrar de vanidades mujericas, otro tanto repartia entre los pobres, cuya vista no le era posible soportar sin derramar lágrimas: en ellas veia el necesitado la esperanza de su próximo socorro, que solia ser segun la capacidad del corazon de Juana, de cuya puerta no se apartó jamás descontento un solo indigente.

Esmerábase todavía mas su caridad con los enfermos, y cuando tenia alguno en su propia casa, se constituia su enfermera, sin que su delicada complexion y natural horror á cierta clase de males y llagas, asquerosísimas en los indios y negros, fuesen capaces de arredrarla en los mas viles y repugnantes servicios. Pero no bastaban para limitar su caridad las paredes domésticas, y apenas recibia la noticia de que enfermaba algun pobre, se ponía, aunque no le conociese, á preparar hilas, vendajes ó medicinas con el esmero y aseo que pudiera emplear para un príncipe; y mientras que vivia retirada siempre de paseos y visitas, corria con sus preparativos á la casa que le designaban, á curar y asistir al enfermo, á darle la comida con sus propias manos arrodillada delante de la cama, á rogarle admitiese las medicinas, y mas que todo á infundirle aliento y lograr que soportase con resignacion sus dolores y penas, con una eficacia tal, que rarísima era la vez que no conseguia ver cumplidos sus deseos, sobre todo en el hospital, donde los enfermos estaban de ordinario mas bien dispuestos, y á donde acudia con frecuencia, dejando las comodidades de su casa y llevando dulces, bizcochos y mil otros regalos, ropas y lienzo para refrigerio y aseo de la humanidad doliente.

No se dejaba vencer en generosidad Jesus, á quien ella servia y consolaba en sus pobres; y entre los no pocos casos que pudiera citar, que tienen visos de milagrosos, elegiré uno, que demuestra lo bien que el Señor pagaba los servicios de esta noble matrona. Llegaron á su puerta dos indias, madre é hija, pobres en extremo y tan lastimosas por añadidura, que no se sabia qué llamaba mas la atencion entre la desnudez, la pobreza ó

las llagas asquerosas á la vista é intolerables al olfato de que estaba cubierto todo su cuerpo. Apoderóse del alma de doña Juana al ver tal espectáculo la compasion mas tierna, y venciendo con el poder de la gracia la delicadeza de la carne, las acogió con indecible agasajo y las condujo á lo mas apartado de su huerta. En seguida con ejemplo digno de ser imitado por la madres de condicion ilustre, mandó á sus propias hijas que calentasen gran cantidad de agua, y llevando hilas, paños y cuanto era menester para la cura, de rodillas y con sumo tiento y singular devocion fué lavando y enjugando aquellas llagas una por una; con lo que logró á la tercera vez, sin duda con prodigiosa cooperacion del cielo, que aquellas infelices recobrasen la salud y pudiesen trabajando ganarse en lo sucesivo el sustento.

Estas obras de caridad emprendidas por Dios y para Dios no distraian á doña Juana de la continua y fervorosa oracion, por la cual descansaba en él, como en el propio centro, su alma. Tenia sin embargo señaladas ciertas horas para la oracion mental, la que acompañaba con tantos sollozos, que muchas veces llamaron la atencion de la mayor de sus hijas, la que preguntándole la causa oía de su boca estas ó semejantes palabras: *Déjame en paz, hija mia: aquí estoi con mi Dios, presentándole quejas contra mí misma por la ingratitud con que le correspondo cuando me colma de beneficios.* Otras veces por el contrario rebotaba su alma de consuelo, y no podia menos de dar muestra sensible de su júbilo, tanto en la oracion mental cuanto en la vocal, á que recurria con frecuencia. Para poder orar tan largamente, sin desatender sus cuidados de esposa y madre, era por decirlo así avara del tiempo, del que no malogró jamás ni un solo instante. Con la oracion hermanaba la mortificacion y penitencia, segun el consejo del Espiritu Santo; y es cosa que asombra en una persona de sus circunstancias el rigor de su penitencia. Los mas dias de la semana eran para ella de ayuno; sus disciplinas tan atroces, que espantaban á sus domésticos; y sabia cubrirse de cilicios con tanta industria, que lograba ocultarlos hasta á su

mismo esposo. Pudo sin embargo rastrear algo de este género de austeridad una de sus hijas (la que con el tiempo fué carmelita), y viendo que ni en los meses mayores del embarazo dejaba su madre de atormentarse, le quitaba ó escondía con piedad loable los cilicios y disciplinas. Buscábalos entonces con ansia y sobresalto doña Juana, como quien hubiese perdido el mejor tesoro, y sospechando con fundamento quién podía ser el autor del hurto, era el paso mas tierno ver á la madre suplicar á la hija que le restituyese lo que estimaba mas que el oro y las perlas. Reforzaba con lágrimas la súplica, y cuando no bastaba pedirselo postrada en tierra, añadía algun regalillo que por lo comun conquistaba el ánimo de la inocente. Mas no por esto sufría quebras el espíritu de doña Juana, porque tenía buen cuidado de compensar en otros dias con medida doble lo que le faltaba por la pérdida de sus queridos instrumentos.

No era de estrañar que quien poseía el espíritu de mortificación en tal grado, tuviese una piedad tierna y profesase singular devoción á la augustísima Trinidad, á María Santísima, al patriarca S. José y á otros muchos santos; y que en sus dias reuniese á toda la familia y les leyese la vida, exhortándolos á su imitación con la mayor eficacia. Frecuentaba cuanto se lo permitía su estado los sacramentos de confesión y comunión, derramando en esta copiosísimas lágrimas, y era tal su ternura para con Jesus sacramentado, que todos los años el juéves santo desde que se depositaba la sagrada hostia en el tabernáculo hasta que se consumía el viénes, velaba casi siempre de rodillas en el templo cubierto el rostro con el velo al lado de su santa tia Mariana. En ese tiempo no salía de la iglesia sino para dos cosas, para andar las estaciones de noche cargada de cilicios y descalza y para repartir el viénes santo por la mañana una corta ración de pan á toda su familia, sin que hubiese uno en ella que se escusara de ayunar en tal dia á pan y agua á ejemplo de su señora, la cual alargaba aquel ayuno hasta el domingo de Pascua. Tan escesivos rigores no podían dejar de producir en su cuerpo acha-

ques notables y pertinaces, los que sufría con inalterable paciencia. Le repetían á menudo desmayos que le duraban casi una hora; pero nunca se amilanaba su espíritu, ni aun en ocasión de habersele formado un tumor en un pecho; pues si bien hubo de atravesarle el cirujano con un torzal de cèrdas, causando á la paciente un horrible tormento, ella misma ayudaba á la cura, y á quien mostraba compadecerla, *es bien poco*, decia, *lo que sufro, mientras solo me propongo imitar en algo los tormentos de mi Señor Jesucristo.*

A tan elevada perfeccion aspiraba doña Juana en la ciudad de Quito, cuando plugo al Señor acrisolarla con una clase de trabajos que hubieran hecho sucumbir á una alma menos dispuesta. De repente perdió su buen padre Cosme de Caso toda la hacienda por haber ejercido un empleo de confianza; y privado de todo, hasta de la libertad, llegó á verse en una obscura prision con tormento indecible de su querida hija. Tocaron en buena parte los chispazos del incendio á los dos esposos, y aunque conformes uno y otro á las divinas disposiciones, por evitar mayores peligros y resarcir infinitos gastos, resolvió D. Juan Guerrero Salazar ausentarse de Quito. Contó, como lo exigía su cariño, con el beneplácito de su esposa, á quien propuso el designio, suscitando sin pretenderlo en su pecho una cruda batalla entre el deseo de no desagradarle y el dolor que le causaba la idea de verse privada de sus confesores, que hasta entonces lo habian sido los padres de la Compañía, pero mucho mas de su amadísima tia Mariana, cuya presencia y saludables consejos eran el principal sostén de su espíritu ansioso de santificarse. Mas por esta parte bien presto la sacó el cielo de su perplejidad; porque mientras meditaba la resolución, plugo al Señor trasplantar á mejor vergel la cándida azucena de Quito llamando á Mariana de Jesus á recibir la corona de su inocentísima vida. Atravesada de un dolor que ni ella misma era capaz de describir, huérfana, sola, sin maestra, sin consejera, sin la mejor amiga del mundo, le fué ya necesario huir de aquella ciu-

dad de tan amargos recuerdos é ir á establecerse con su familia en un pueblo llamado San Miguel, que dista catorce leguas españolas de Quito y dos del asiento de Latacunga, donde su esposo habia arrendado unas pingues haciendas. Dió pues cuenta de todo á su confesor, y pidiéndole algunos documentos para el gobierno de su vida durante la ausencia, sin perjuicio de cartearse en todo lo que ocurriese, se partió para el pueblo de San Miguel, habitacion de los indios, doctrinados á la sazón por los zelosos padres de la familia seráfica.

Apénas llegó á aquel pueblo, enderezó sus desvelos mas á enriquecer su alma que á cultivar y acrecentar su hacienda; y lo primero que dispuso fué promover el culto y la devocion de la Reina de los ángeles, dotando de su bolsillo una misa cantada todos los sábados, y allegando en tales dias ramilletes y otros adornos; con lo que logró enfervorizar tanto aquellas gentes, que de mui distante acudian alegres á honrar y festejar á María. Celebraba cada año, con especial pompa, la fiesta de la espectacion del parto por via de preparacion para la del santo nacimiento; y conociendo lo mui provechoso que habia de ser para aquella gente, tan inclinada á lo sensible, alguna representacion á lo vivo de este misterio, mandó fabricar muchas figuras, que dispuestas en buen orden en una sala de su casa, declaraban en un golpe de vista á los indios las finezas de nuestro buen Dios en hacerse hombre y nacer por el hombre en unas pajas. Llevada del mismo anhelo por el bien de las almas se valia de otra industria el viérnes santo, dirigida á confirmar á los indios en las verdades de la fe católica. Vestia de angelitos á doce niños y los hacia ir con luces en la devota procesion del sepulcro del Redentor, y luego el dia de Pascua los vestia con mas rica gala y hacia que la luciesen diciendo que los que habian tomado parte en el entierro, justo era que participasen de la gloria de la resurreccion de Jesus.

No es creible lo que con esta clase de obras llegó doña Juana á hacerse amar en el pueblo de San Miguel; mas este cariño llegó á su colmo en ocasion de verse aco-

metida la provincia de una peste maligna de viruelas, que en breve tiempo hizo entre los indios espantable destrozo. Cundi6 al pueblo de San Miguel el contagio, y en la compasion que se apoder6 de su alma, y en el vivo deseo que concibi6 de acudir con el posible remedio, conoci6 que el Se6or le preparaba vasto teatro de caridad y merecimientos. Provista de limones, az6car y vinagre recorria las casas de los enfermos, y con sus propias manos les prodigaba el consuelo y los curaba; y porque la principal dolencia de muchos era la pobreza, mand6 que mientras durara la peste se preparase la comida en su casa en grandes ollas, para que todos supiesen d6nde tenian alimento y refugio. Mas ¿qu6 no inspira la caridad? Ide6 recetar como si fuera m6dico, pagando ella misma las recetas, y suponiendo que por el gran n6mero de pobres enfermos 6 los mas no habia de alcanzar el socorro, no pudiendo ella conocerlos 6 todos, hizo correr la voz de que todos sin escepcion podian acudir 6 manifestarle por s6 6 por otros sus necesidades, las que remediaba tan bien y con tanta presteza, que confesaban despues un sinn6mero que si vivian aun en el mundo era por la caridad her6ica de do6a Juana. Llev6base 6 su misma casa los difuntos que no dejaban con qu6 pagar el entierro, y todo corria por su cuenta, pasando de tres y cuatro los que enterraba as6 diariamente.

Tan se6alada y noble caridad fu6 virtud de toda su vida, y la ejercitaba con preferencia cuando llegaba 6 su noticia que los salteadores que abundaban en el distrito de Latacunga, quitaban inhumanamente la vida 6 los viandantes por robarles su pobre hatillo. Armada en tales casos de un 6nimo varonil, si el cad6ver yacia cerca del pueblo, iba 6 pi6, y si l6jos en una mula, y conduci6ndole 6 su casa les daba sepultura con muchas l6grimas. Era de tanto agrado esta obra de misericordia 6 los divinos ojos, que algunas veces permiti6 el Se6or, se le apareciesen varios en forma visible para darle espresivas gracias, como le sucedi6 con uno que habia muerto despe6ado, y que sepultado por ella con gran compasion se le dej6 ver 6 distintas horas con las manos cruzadas sobre el pecho,

como quien agradece un favor ó pide otro; y suponiendo doña Juana que seria el de algunas misas, se las mandó celebrar y no volvió á verle en lo sucesivo.

Con afecto mas que de madre recogió en su casa á cuantos niños de uno y otro sexo hizo huérfanos la peste, y prodigó halagos y beneficios á cada uno como si no tuviera otro. Uno de ellos sin embargo, como mas desvalido y miserable, tuvo derecho á particulares finezas. Era este un pobre indio, que empezó á frecuentar la puerta de aquella casa en busca de algun alimento con qué sostener la vida, y habiendo informado los domésticos á su señora de que aquel infeliz exhalaba de sus carnes un hedor intolerable, le mandó llevar á su presencia, y preguntándole sobre su achaque, supo que era una apostema cruel entre las costillas, de donde manaba un rio de podredumbre y que era ya un hervidero de gusanos. Acaricióle doña Juana con toda la ternura de que era capaz, y pasando de las palabras á la obra emprendió una cura, en que solo Dios sabe lo que tendria que pasar mientras le lavaba la parte corrompida, le quitaba con delicada mano los gusanos, y le enjugaba y cubria con sumo tiento hasta la cura siguiente. Por dos años enteros se dedicó á curar y regalar con cuanto pudo á aquel desdichado, hasta hacer que sus mismos hijos le sirviesen el primer plato en la mesa; y siendo preguntada porqué colmaba de tantas distinciones á aquel pobre precisamente, respondió mas de una vez, que se prometia de la divina misericordia una asistencia particular de Dios en compañía de aquel niño á la hora de su muerte, ya que todo lo que se hacia por los indios, que eran los mas desdichados entre las criaturas racionales, merecia una especial recompensa del Señor. ¡Dichosa mil veces esta noble matrona, que tan bien entendió el consejo de Jesucristo de granjearse á tiempo con obras de caridad amigos y protectores para cuando mas habrémos menester de ellos!

Pero si mui dignas eran de encomio tan heroicas y poco comunes obras de caridad con los cuerpos enfermos, no hai palabras para encarecer la misericordia espiritual

que ejercia con las almas. Apénas se advertia que la enfermedad era grave, ponía su principal esmero en disponer al doliente con los actos necesarios para recibir el santo viático; y porque veía que los párrocos no juzgaban oportuno administrarle á todos, ó por la suma rudeza de algunos, ó por la hediondez é indecencia de las chozas en que yacian, aplicó doña Juana todo su conato á superar estos dos obstáculos con el feliz resultado de la salvacion de muchos. Los instruía con paciencia y dulzura increíble: procuraba alentar su confianza y enervorizar su corazón á medida de su capacidad; y luego barria los zaguanes y patios, aseaba las camas, perfumaba la habitacion, y cuando todo estaba en órden, pedía para aquella casa el Santísimo, á quien acompañaba ella misma alumbrando con toda su familia, y no abandonaba al enfermo hasta que recibida la santa forma le enseñaba el modo de agradecer al Señor tamaño beneficio.

A pesar de lo mucho que veía doña Juana valerse el Señor de su cooperacion para obrar el bien de las almas, no descansaba un momento desde que pudo suponer que agradaría á su Dios, mas que todo, el que le consagrarse los dias que le quedaban de vida profesando perfeccion evangélica en religiosa comunidad con el beneplácito de su esposo. Llegó en esto á su noticia que en cumplimiento de una real cédula obtenida por el ilustrísimo Señor D. Agustín de Ugarte y Sanabria, Obispo de Quito, para fundar en ella un convento de carmelitas descalzas salian de la ciudad de Lima las fundadoras; y llevada de la opinion de la santa vida y ajustada observancia de aquellas madres, y sabiendo que la profecía de su tia Mariana, de la que hablaré en su lugar, que la fundacion habia de hacerse en su propia casa, pidió encarecidamente á su esposo la permitiese retirarse á aquella ejemplar comunidad con sus dos hijas, que por ser suya la casa no habian menester de dote. Apuró ella en este asalto todos los recursos, reforzando la palabra con ardientes y copiosas lágrimas, hasta que viendo que todo era inútil y que el ánimo de su esposo parecia inexpugnable, con voces cortadas por el pesar y casi ahogadas por los sollozos: *¡No*

quieres, le dijo, *no quieres otorgarme lo que te pido? Pues sepas que no lo atribuyo á amor, sino á rigor inhumano, porque negándomelo firmas contra mi sentencia de muerte: tu amor será mi verdugo, pues he de morir de parto, sin que haya en el mundo quien pueda alejar mi peligro.* Oyóla con sangre fría su esposo, como quien tomaba por un exceso de dolor y no por profecía su dicho, si bien mas presto de lo que pensaba le desengañó el suceso.

Sintióse embarazada doña Juana, y como que tenia conviccion de su cercana muerte, no quiso que la cogiese desprevenida. Envió al M. R. P. Fr. Gerónimo de Paredes, hermano de su madre, la limosna de costumbre por un hábito de S. Francisco, pidiéndole el mas pobre del convento. Cuando llegó á sus manos, se le puso delante de sus domésticos, cuya risa al verla en aquel traje desusado se convirtió bien presto en lamentos oyéndola decir con ansia: *No tardaréis mucho en verme con esta mortaja en un ataud.* Hubo de explicarse mas claro para tranquilizar los ánimos, diciendo que si bien todos eran mortales y no queria decir que moriria tan luego, era seguro que su vida no seria mui larga. No dijo mas por entonces, pero fué bastante para que en todos los que lo oyeron ó supieron el caso, quedase un cierto cuidado y sobresalto continuo. Entre tanto, ella no malograba un instante, como que se creia obligada á aspirar con mas anhelo á la patria que miraba de cerca. Empleaba todo lo mas del dia en oracion, redobló sus asperezas y dió cuenta por escrito de su conciencia á sus confesores antiguos. Tan buena y pronta voluntad para cumplir la de Dios, no quitaba el que de vez en cuando considerase la orfandad en que iban á quedar sus hijos, y se enterneciese, sin ser dueño alguna vez de comprimir toda su congoja en lo interior de su pecho. Observó un dia que su hija Catalina se ocupaba en una labor de manos. y preguntándole lo que hacia, y oyendo que el ajuar era para el parto que se acercaba, *Nó,* replicó la madre, *nó; ya te he dicho que no pierdas el tiempo en eso: no te atares, que ya tengo yo en mi caja cuanto necesito. Bien es que*

no será trabajo perdido, y vendrá bien para el parto de una pobre india. Hallóla en otra ocasion cosiéndole una camisa, y con los ojos arrasados en lágrimas, No la he menester, dijo; pero concluyela, y con ella tomarás el hábito de religiosa.

No es posible saber lo que pasó en aquel momento por el alma de Catalina; pero sí es cierto que su madre pronunció en pocas palabras una profecía sobre lo que formaba uno de sus mas vivos deseos. Supo por entonces que las fundadoras carmelitas habian llegado á Riobamba, y retirándose á la última pieza de la casa con su hija Catalina le dirigió la palabra de esta manera: "Yo me casé, hija mia, con tu padre, porque conocí mui á las claras la voluntad divina. Entre otros frutos de bendición te tuve á tí, y ya sabes cuánto te ha distinguido mi cariño. Yo te entregué á mi Dios desde el primer instante de tu vida; y cuando pedí, no há mucho, á tu padre licencia de retirarme contigo y con tu hermana á servir á Dios en el claustro, él me la negó segun su derecho de impedir que por mi sola voluntad mude yo de estado. No ignoro que tus prendas serian capaces de llenar mi ambicion si aspirase al engrandecimiento de mi casa; pero todo lo renunció con tal que por mi consejo logres la mayor de las dichas. ¡Ah! La vida, bien lo sabes, es breve; y no hai flor tan aplaudida, ni beldad tan estraña, que no se trueque en vil polvo apénas la toca con su mano yerta la muerte. A su yelo no resisten ni riquezas, ni hidalguía, ni donaire. Naciste llena de capacidad para descubrir la falacia del mundo, que con promesas trata de ocultarte la verdad de estos hechos. Pero aunque el mundo no te engañase, y pudiese alejar de tí la muerte, ¿merece la pena, hija mia, ir en busca de sus goces cuando es mas en ellos lo amargo que lo sabroso, sin que correspondan jamás los fines á los principios? Nó sucede así por cierto en el retiro del claustro, donde todo contribuye á hacer al alma feliz, todo le ayuda á ser santa, y aunque no hai uno que no me merezca grande concepto, profeso particular estima á la religion carmelita, que entra por

"las puertas de Quito. No permita el cielo que yo trate de violentarte en la eleccion de estado, pero sí quisiera que celebrases en mi lugar tus desposorios con un amante que nunca muere. . . ." Enterneci6se la buena Catalina al llegar aqu4 su madre, y mientras esta esperaba por respuesta la promesa de darle gusto, oy6 de su boca con asombro una resolucion no pensada en estas palabras: "No entrar6 jams, mientras viva mi madre, en religion alguna." Hall6la doña Juana tan decidida 6 no apartarse de su lado mientras viviese, por el ternsimo amor que le profesaba, que no dud6 ser aquella ocasion la mas oportuna para confiarle el secreto; y "si esta es, aadi6, "la causa de tu firmeza, no temas, hija mia, porque "Dios tiene decretada mi muerte para este parto que me "espera. As4 mi compaõa no te ser6 de estorbo." A lo cual no supo responder Catalina sino con una promesa de poner por obra lo que su madre le rogaba como por testamento.

Conseguido aquello porque tanto anhelaba, y viendo que se acercaba el dia del peligro, empez6, segun la costumbre, un novenario, en cuyo dia 6ltimo y primero del mes de diciembre hizo confesion general de toda su vida, recibió el cuerpo santisimo de Jesucristo, y pas6 casi todo el dia en el templo. Lleg6 finalmente la fiesta de S. Francisco Javier, de quien era especial devota, y entre ocho y nueve de la maõana empez6 6 sentir dolores violentos; por lo que llamando 6 una criada espaõola, le dijo con 6nimo valeroso que su hora era llegada y que le llevase la mortaja. A poco sintió que la criatura sacaba del vientre una piernecita hasta la rodilla, y pidiendo 6 su confesor, que era el p6rroco, que la bautizase con decencia, alegrsima al ver que tenia aquella alma por compaõera para la gloria, inclin6 con suma paz la cabeza, y en los brazos de su amada hija Catalina, entre amorosos coloquios con Jesucristo, entreg6 en sus manos el alma para poseerle y gozarle eternamente, como hace esperar su santa vida.

La pena que hubo de causar esta muerte solo podr6 calcularla quien atienda 6 que faltando doña Juana, ha-

bia de echarse menos la que era consuelo, ejemplo, socorro y bien universal de aquel pueblo. Apenas llegó á Latacunga la noticia, se pusieron en camino para honrar con su presencia al funeral los religiosos de cuatro órdenes establecidas en aquella poblacion con muchos de sus vecinos, y todos hubieron de admirar lo mui hermoso y agraciado que quedó el rostro de la difunta. Depositóse el cadáver en la iglesia de San Miguel, miéntras se fabricaba en Quito la de las carmelitas, á la que al cabo de seis años se trasladó y se le colocó en la bóveda de la capilla de nuestra Señora del Cármen, donde descansa, teniendo por sepulcro la misma casa que le sirvió de cuna. El capellan de Santa Teresa, sacerdote docto y virtuoso, hizo deposicion de que al sacar el venerable cuerpo para trasladarle se encontró tan entero y con el rostro tan hermoso y agradable, que no pudo menos de atribuirse á milagro, con el que el Señor pretendia honrar á la que en vida cuidó tan de veras de procurar su gloria. Murió esta santa matrona, dechado de señoras casadas, á los treinta y tres años de edad, en el mismo dia y hora que los cumplia; lo que bien puede atribuirse á favor especial de Cristo, que quiso se le asemejase hasta en los años la que estudió tan de propósito hacérsele en lo demas semejante.

De lo dicho hasta aquí de esta ilustre señora y venerable sierva de Dios, parte se declara con juramento por muchos testigos en los procesos auténticos de la vida y prodigios de su santa tia Mariana, y parte se refiere en un manuscrito de la madre sor Catalina de los ángeles su hija, carmelita descalza en el convento de Cuenca, quien al concluir la relacion de las virtudes de su madre, dice: *Esta es una reseña de las virtudes de mi santa madre, que de las interiores de su alma no era tan fácil que las dijese á quien como yo era tan incapaz y de pocos años. Las cosas que aquí van dichas, eran notorias á todos los de casa, y para mas satisfaccion mia llamé á dos mujeres españolas que servian á mi madre, y les leí estos papeles, y me aseguran que todo lo que he dicho es mucha verdad; y así lo firmo.—Catalina de los Angeles.*

Escribió tambien la vida de la sierva de Dios el P. Pedro de Alcocer, célebre en la provincia de Quito, si bien no pudo darla á luz sorprendido por la muerte.

CAPITULO XI.

Santa vida y dichosa muerte de la esclarecida virgen doña Sebastiana de Caso.

Nació Sebastiana en Quito á 15 de agosto de 1626, y como hermana carnal y legítima de doña Juana de Caso tuvo por padres á D. Cosme y doña Gerónima. De su niñez sabemos mui poco, si es poco el saber que desde niña tuvo por directora á la virgen Mariana, sin que se sepa que jamás mostrase en aquel tiempo asomo de resistencia á cuanto le insinuaba su tia, siquiera fuesen los ejercicios de la penitencia mas dura: bien es verdad que le nacia tan del corazon el mortificarse, que no comprendian sus domésticos cómo pudiese en lo humano sustentarse una vida con tanto ayuno y tan escaso alimento. Su oracion era tan continua y fervorosa, y su perseverancia en ella tan incontrastable, que todos á una voz afirman los testigos que era un vivo retrato de su tia Mariana de Jesus. Contaba aun poquísimos años de edad cuando hizo voto de castidad perpetua, profetizándole su santa tia, á quien se propuso imitar con aquel rasgo, los sinsabores y sobresaltos que habia de soportar por guardarle. Guardóle á pesar de todo con tan perfecta limpieza de alma y cuerpo, que no parecia sino que aniquilada en ella la carne, era por la virtud toda espíritu. Toda su vida tuvo por confesor y director al P. Juan Camacho, y por escuela de perfeccion la iglesia de la Compañía, donde se confesaba derramando siempre abundantes lágrimas de devocion y ternura.

Rayaba en los diez y nueve años de su vida, cuando el Capitan Cosme su padre empezó á sentir los reveses de la fortuna; pero con tal furia, que de rico llegó en breve á ser pobre, y de persona de estimacion y respe-

to á ser vilipendiado y tenido en poco, como sucede por lo comun á los que sufren algun gran contratiempo. No era la última de sus penas el ver que Sebastiana sola entre sus hijos quedaba sin estado y acaso sin esperanzas de tenerle segun su clase; pero bien pronto le consoló la providencia del Señor disponiendo que se la pidiese por esposa un personaje acaudalado y de sangre ilustre, el cual le dijo al pedirselo que desde luego renunciaba todo título ó derecho á la dote, como que de nada habia menester para hacerla feliz, y nada buscaba fuera de la virtud, nobleza y rara beldad que la naturaleza con mano pródiga habia depositado en su hija: en lo cual no exageraba por cierto, siendo ella por confesion de cuantos la conocieron, una de aquellas bellezas que llevan su mayor recomendacion en sí mismas.

Vió el desgraciado capitán en esta peticion una prueba de que no le tenia olvidado el cielo, y sin pérdida de momento propuso á su hija la boda con todo el encarecimiento que le dictaba el deseo de verla feliz y de mejorar la propia suerte. No exigió de ella en la primera entrevista una resolucion definitiva; mas contando con la deferencia de quien jamás se habia separado de sus insinuaciones, y pareciéndole un siglo cada hora de retraso, consintió en que se preparase el ajuar de costumbre y se compraran las joyas y galas indispensables para el dia que imaginaba cercano, pero con qué pudiera compararse la sorpresa de su alma, cuando al explorar de nuevo la de Sebastiana, y al decirle que todo estaba ya pronto y solo se aguardaba su consentimiento, vió que ella revestida de un espíritu semejante al de una Catalina, una Inés y una Bárbara decia con resolucion no esperada, que ya tenia otro esposo mucho mejor que el que le preparaba su paternal cariño? Para cortar de raiz todo asomo de esperanza manifestó á su padre el voto perpetuo de castidad con que era ya de un esposo no menos celoso que amante, y añadió que moriria mil veces primero que ser infiel á su entrega. El estrago de imprevisto rayo es una pálida figura de lo que desconcertaron estas palabras el espíritu de D. Cosme; mas todo

fué cosa de un momento, pues reflexionando que aquella seria veleidad de jóven y no resolucion meditada, discurriendo que aun dado caso que existiese tal voto era muy fácil su dispensa por haberse hecho en la niñez y sin el necesario conocimiento, y mas que todo esto, viéndose en tan grave compromiso por la palabra soltada ya y por su situacion cada día mas penosa, despreció el reparo de Sebastiana, y como si nada hubiese dicho, confirmó el convenio, dió aviso á toda la parentela y recibió, segun lo merecia el caso, la mas cumplida enhorabuena. Asegurado, y mas con tales pruebas el jóven pretendiente, pasó á visitar á doña Gerónima de Paredes, y no dudó apellidarse su yerno. Llegó todo á oídos de Sebastiana, y atravesada de pena y anegada en llanto volvió á desengañar á sus padres y repetirles que tenia un esposo que celaba su honor, y que ántes de disgustarle elegiría mil muertes. En seguida fué á desahogarse con su tia Mariana y pedirle consejo, el cual se redujo únicamente á que se armase de constancia para pelear contra la voluntad de un padre, que se empeñaba en lo que no habia de conseguir. *Yo bien sé, añadió, que con casarte pudieras proporcionarle algun alivio; pero es antes perder la vida que faltar á la promesa que se hizo á Dios con la escritura de un voto. No llores, ni te acongojes, aunque veas contra tí á todo el mundo, de tu parte está el esposo, que te libraré del riesgo, aunque sea quitándote la vida en premo de tu constancia. No llores, que yo sé que tú no te has de casar. Mañana irémos á comulgar juntas al colegio, y buscaremos algun medio eficaz en el prudente dictámen de nuestro confesor.*

Consoladísima se retiró Sebastiana llevando en el corazon aquel *no llores, que yo sé que tú no te has de casar*; palabras con que gozaba tanto su alma, como pudiera gozar con otras del todo opuestas una de las muchas doncellas que carecen de luz divina para conocer que hai en el mundo otra dicha superior á una buena boda. Amaneció el dia siguiente, y juntas se fueron á la iglesia de la Compañía en busca del P. Juan Camacho, el cual oyendo que ni lágrimas, ni súplicas eran bastantes

para doblegar el ánimo de D. Cosme, resuelto á llevar la empresa adelante sin reparar en el voto, le dijo con un sosiego y una autoridad que revelaban la inspiracion divina: *¿Por eso os afligís, Señora? Pedid á vuestro esposo que atendiendo á su honra os quite, si no hai otro remedio, la vida, y os lleve á celebrar las bodas en la gloria.* Escuchó la inocentísima doncella á su confesor como á un oráculo, y retirándose despues de comulgar á la capilla de Nuestra Señora de Loreto (y no cabia lugar mas á propósito para tal negocio), postrada con humildad profunda, cubierta del velo y alentando lo mas posible su confianza en María, le dirigió una súplica ardiente, que yo temo desfigurar con mi lenguaje, pero que es forzoso recordar del mejor modo que se pueda, para edificacion y estímulo de alguna alma que por acaso (y no es mui difícil) se hallase en parecido aprieto. "Tan amante sois, madre mia, le dijo, de la virtud amable de la pureza, que por conservarla hubiérais renunciado el ser madre del Altísimo. Vuestra humildad alegó por razon para dudar si podíais serlo la guarda de la castidad, y yo por imitaros en algo la ofrecí á mi Jesus con voto. Conozco, Señora, que estando firme en guardarle no renuncio tanto como vos, que renunciábais la dicha sin segunda de ser madre divina; pero aunque renuncio tanto menos, vos consagro lo mas que puedo dar, que es mi vida. Venga pues, madre mia, la muerte; venga en lo mejor de mis dias, y sírvame de verdugo el amor de vuestro hijo. Antes olvidada en un sepulcro teniendo á los gusanos por consortes, que acariciada en humanos brazos con ofensa de mi Dios." Tal fué la llama que salió del corazon de la enamorada doncella: esta fué su demanda, tan eficaz como encendida, pues apoyada tambien por los suspiros de Mariana de Jesus, que oraba al mismo tiempo en otro ángulo de la capilla, obtuvo con ventajas favorable rescripto. Apénas ofreció Sebastiana su vida en holocausto, se sintió acometida de una ardiente calentura. Su primera diligencia al verse agraciada como deseaba fué bendecir la bondad de María Santísima, que la habia atendido y consolado tan pronto, y luego dar

parte de la novedad á su confesor y á su tia Mariana, quienes con una santa envidia le dieron mil enhorabuenas porque se acercaba al desenlace feliz y deseado. Volviendo á su casa se fué flechada y sin cuidar de cosa alguna á su pobre lecho para esperar la muerte con mas gozo y entusiasmo que una doncella enamorada esperaria el dia del desposorio. Crecia por momentos el mal, sin que pudiesen atajarle los médicos, á quienes la encomendó con el ahinco que es de suponer el que se creia ya su esposo. Al quinto dia mandó ella llamar á su padre, y procurando templar una amargura que amenazaba robarle el juicio, le suplicó por último favor de su vida que pues era pobre, se la enterrase como á pobre sin hacer gastos en su funeral, porque le bastaba lo que para una esclava fuera bastante. Rompieron estas palabras el dique al llanto y descompasados lamentos del infeliz padre, que á donde quiera volviese la vista, no encontraba sino motivos de redoblarlos, llorando sin consuelo todos á una los domésticos, por lo mismo que veian á Sebastiana tan placentera como quien lograba al fin lo que le costara muchas lágrimas, y moria por eleccion y no por fuerza. Con el dolor que era natural, le dió su anciano padre la bendicion, y ella le besó la mano con el amor y respeto que le habia profesado siempre: otro tanto hizo con su buena madre despidiéndose con suma paz y contento de todos los circunstantes, que juzgaban seria aquella la última noche de su vida.

Al amanecer del dia siguiente fué la virgen Mariana, segun su costumbre, á la iglesia de la Compañía, y mientras estaba en profundo recogimiento dando gracias á Dios por la fineza que usaba con su sobrina, fueron á decirle que ya espiraba; pero ella que sabia mejor el momento destinado, respondió mui tranquila, que todavía daba tiempo, y acto continuo se dirigió despacio á casa y á la habitacion de la enferma, donde entró regocijada y festiva, como que no podia disimular la parte que tomaba en la dicha de quien amaba con preferencia á todos los de su parentela. *Adelante, hija mia*, fueron sus primeras palabras, *adelante; que pocos meses me llevaràs de ven-*

taja. Por Pascua del Espíritu Santo de este año nos veremos en el cielo. Y como si su sobrina se partiera á lugar conocido, le pidió que ofreciese á María Santísima en su nombre mil obsequios y mil actos de gratitud; que diese infinitos recuerdos á su padre S. Ignacio de Loyola y á S. Francisco Javier, sus principales amigos y protectores, y á otros muchos santos y santas con quienes mantenía finísima correspondencia. Retiróse despues Mariana, y á juzgar por el resultado, hubo de anunciar á la enferma antes de ausentarse algun favor singular que le preparaba su esposo; pues llamando esta con semblante risueño á una mujer española que la habia criado y asistido siempre, le dijo con una eficacia de que en sana salud no solia hacer uso, que era preciso adornar cuanto antes con lo mas precioso que hubiese á la mano toda la habitacion y poner sobre una mesa una colcha y luego once velas encendidas. No pudo contenerse la buena mujer, y preguntando el porqué de aquella novedad, mientras iba ejecutando lo mandado, le respondió con angelical candor la moribunda, que aguardaba una visita del Cielo. No quedó con esto satisfecha la mujer, y con segunda pregunta llegó á sacar en limpio que la visita esperada eran las once mil vírgenes con la gloriosa Santa Ursula. En efecto no se hicieron esperar mucho, reboándole á Sebastiana por todo su rostro el júbilo que no le cabia en el pecho. ¡O cuán desabridos le hubieron de parecer entonces los gustos con que le brindaba la tierra! ¡Cuántos plácemes y parabienes recibiria de cada una de aquellas heroínas, que ántes de recibirla en sus coros celebraban que tan á su costa hubiese vencido al mundo y al apetito! Estaban los circunstantes, y entre ellos su confesor, atónitos y embargada la respiracion observaban con profundo silencio los ademanes y demostraciones de la vírgen moribunda, la cual sin verse todavía libre de la prision de la carne gozaba ya con los bienaventurados espíritus las delicias del cielo. Así permanecieron hasta observar que sin inmutársele el rostro, ni perder por un instante el reposo de su alma, la entregó placidísimamente en manos del esposo, que para sí y nadie mas la habia

criado, recibíendola como es de creer sin demora en su tálamo, acompañada de aquel ejército de ilustres mártires, para dividir con ellas por siempre las aureolas de vírgen y de mártir que le labró el amor á la pureza; siendo mui cierto el dicho de S. Ambrosio (1) que la misma virginidad es la que hace mártires á las vírgenes y les sirve de tirano.

Quedó tan hermosa difunta como lo habia sido en vida, lo que contribuia no poco á que se derramasen lágrimas en mayor abundancia por tan inesperada y temprana muerte. Solo Mariana no pudo derramar una siquiera, y eso que le entregaron el cadáver para que le amortajase con hábito de S. Francisco, que fué el que eligió su padre. Al empezar Mariana á pagar aquel último tributo de amor hácia su predilecta sobrina, tuvo que arrancar con violencia de sus delicadas carnes los cilicios, que por el largo y continuo uso se habian introducido cruelmente en ellas; luego sacó de una pequeña caja las disciplinas que usaba teñidas en sangre, y con ellas en una mano y los cilicios en la otra, se presentó á sus hermanos, padres de la difunta, y les dirigió en estos términos la palabra: "Querer
"quitar á Jesucristo su esposa Sebastiana fué lo mismo
"que malograr en flor su vida. Ella consagró desde mui
"tierna á Dios su virginidad con voto perpetuo y os rogó
"muchas veces que no le pusiéseis estorbo á su observan-
"cia; porfiásteis por casarla; os avisó de que su esposo ce-
"laba mucho su honor; pero vuestra insistencia no tenia
"límites, porque os instigaba la pobreza; pues bien, ahí
"teneis las resultas. Mui digno era por cierto el caballero
"que la pretendia; pero anticipóse el rei de la gloria y
"poseyó sin rival sus amores. Su fineza para con él no
"pudo mejorarse, y una excelente prueba la teneis en es-
"tos instrumentos de su martirio. No bastó para alcanzar
"que cesáseis de perseguirla el sacrificio de su cuerpo, y
"hubo de hacer al esposo el de su vida. Testigo soi de
"de sus lágrimas, de su oracion y del favorable despacho
"que recibió de María Santísima de Loreto. Vosotros le
"habeis abierto el cielo por ventura sin pensarlo. Su be-

(1) Lib. de la virginidad hácia el fin.

"lleza está asegurada para siempre, y no teneis porqué
 "llorarla. Sois sus padres y principales herederos: aquí
 "teneis estos ásperos cilicios y crueles azotes; vuestra es
 "la sangre que los mancha, y ellos eran los únicos tesoros
 "de vuestra hija." Estas palabras pronunciadas con una
 dignidad superior por la virgen Mariana, que merecia á
 sus hermanos veneracion no ordinaria, fueron correccion,
 aunque tardía, y lenitivo de antiguas penas para aquellos
 padres que adquirieron nueva seguridad de que tenian
 en el cielo una eficacísima intercesora.

Y todas las apariencias por cierto eran de que no se en-
 gañaban, porque siendo así que la enfermedad habia du-
 rado solo seis dias, durante los cuales no la visitaron
 personas estrañas, apénas espiró, se vió divulgado por
 toda la ciudad milagrosamente su feliz tránsito con mil
 otras circunstancias prodigiosas. En el instante mismo que
 exhalaba el alma, entraron en su casa muchas indias en-
 viadas del convento de santa Clara con una guirnalda y
 una palma riquísima y vistosos ramilletes, para que to-
 do sirviese como de divisa y emblema de su constan-
 cia y victorias. Muchas señoras principales, de quienes
 no era conocida Sebastiana por su recogimiento y mo-
 destia, llenaron toda la casa de aromas, rosas y claveles.
 El Ilustrísimo Sor. D. Fr. Pedro de Oviedo, obispo á la
 sazón de Quito y luego Arzobispo de Charcas, envió una
 riquísima colcha para adornar con decencia el féretro. Y
 es cosa cierta que no procedió alguna humana diligencia
 que solicitase estos obsequios; por lo que hubo muchos
 que opinaron deber atribuirse á los ángeles, que con su
 inspiracion trataron de festejar á su eterna compañera. Se
 dispuso en efecto con tales preparativos un funeral mui
 lucido en la iglesia de los padres de S. Francisco, de que
 era síndico entonces el padre de la difunta, principalmen-
 te por haber llevado ella en vida el cordon y escapulario
 de la tercera orden, segun consejo de su confesor el P.
 Juan Camacho. Acudió, como era de esperar, un con-
 curso que dejó á la ciudad casi despoblada, y fué espec-
 táculo de ternura y consuelo la santa porfia de las gentes
 por llegarse á venerar el cadáver y alcanzar alguna co-

sa que le perteneciese para guardarla como preciosa reliquia.

Suele la muerte, al paso que reduce á cenizas el cuerpo, sepultar en el olvido la memoria de sus víctimas; pero esta lei parece no hablaba con Sebastiana, cuyo cuerpo se halló incorrupto al cabo de muchos años, y cuya memoria vive fresca y gratísima en Quito y en otros puntos en que plugo al Señor honrarla con reiterados portentos. Lo uno y lo otro se declaró auténticamente en una relacion remitida á la ciudad de Lima por el M. R. P. Fr. Fernando Cozar, provincial que fué de la provincia de Quito, con las siguientes palabras: "Al cabo de nueve años de sepultada, abriendo el nicho para enterrar á otra parienta suya, la hallaron, habrá unos veinte dias, tan entera y flexible como si acabase de espirar. Muchos religiosos refieren maravillas de esta sierva del Señor; y somos todos de parecer que debe trasladarse á otro sitio distinguido, porque abrigamos la esperanza de que Dios ha de hacer gala de sus misericordias por la intercesion y méritos de su sierva." Murió esta venerable vírgen á los diez y nueve años de su edad aun no cumplidos en el de 1645, y su cuerpo se trasladó en efecto á lugar mas decente, gozando de este inestimable tesoro los padres de S. Francisco. Muchas de las cosas referidas aquí las he sacado del breve resumen que escribió el Reverendísimo P. Fr. Diego de Córdova Salinas en el libro V, capítulo 18 de la Crónica peruana, y otra de los procesos auténticos de la vida y milagros de la beata Mariana de Jesus, su tia y amantísima maestra.

Dichosa una y mil veces Sebastiana, que mereció coronarse del iris de variedad de virtudes (1), pero sobresaliendo la riquísima perla de la virginidad; y dichosa tambien la doncella que leyendo estas páginas admire y envidie las finezas de correspondencia que ofrece el esposo de las almas á quien se resuelve, aun á costa de la propia vida, á seguirle y amarle renun-

(1) Apocal., c. IV v 3

ciando por su divino tálamo una vez conocido el hechizo de los bienes y deleites con que la brinda el mundo.

Pero ya es tiempo de anudar otra vez el hilo de nuestra historia y penetrar en el retiro de Mariana de Jesus, de donde nos apartó por un momento un acto de justicia para con ella, celebrando, aunque de paso, los frutos de su celestial ejemplo.

LIBRO SEGUNDO.

SU VIDA Y ASPERISIMA PENITENCIA EN EL RETIRO DE SU CASA.

CAPITULO I.

Industrias de la venerable virgen Mariana con que procura tener la idea de la muerte por despertador continuo para entregarse á la penitencia

Doce años y nada mas contaba Mariana, cuando con el último á Dios á todas las cosas del mundo, se encerró en soledad voluntaria en su propia casa, para casi no salir sino catorce años despues, y no á fin de habitar en compañía de aquellos á quienes abandonó una vez sobre la tierra, sino para vivir con los moradores del cielo, que eran sus verdaderos compatriotas. En aquella patria feliz tenia puestas sus ansias; y como el ocupar en ella un lugar preferente y distinguido se reserva solo á quien se niega á sí mismo y se aborrece en esta mansion de llanto, entró en aquella soledad resuelta á hacerse continua violencia, enfrenar sus inclinaciones y macerar sin tasa su delicado cuerpo con todo género de asperezas. No se ocultaba á su penetracion la dificultad de la empresa y lo espuesta que pudiera verse á desmayar en tan árdua senda una niña, á quien por orden natural debian de quedar aun luengos años de vida, ó que podria pensarlo así por lo menos á todas horas. Atormentábala esta idea no poco, y si bien encontraba en su enamorado corazon motivos para creer que aquel amor que la llevaba á espontáneo martirio, le conservaria el aliento y la firmeza necesaria para no desmentirse á sí misma; creyendo sin embargo que de su parte estaba el proveerse de algun arma poderosa para conquistar la corona de la perseverancia, la encontró en la meditacion de la muerte. Sí (exclamaba gozosa, como si hubiese descubierto un tesoro),

sí que juzgaré desde hoy que cada penitencia es la última de mi vida; que me restan ya pocos años; que en cada día, en cada hora, en cada instante puedo exhalar mi postrer aliento. Me consideraré muerta ya, y pensaré que con la muerte tuvieron fin el destrozo y la amargura de la penitencia; y si esto nó, al menos juzgaré de mí siempre como quien está para morir; y ni los rigores de la penitencia me arredrarán, ni su duracion será capaz de producir en mí otra cosa que nuevo ardimiento para proseguir como si estuviera siempre al principio.

Como lo ideó, pues, así lo puso por obra. Colocó en la primera pieza de su habitacion la caja ó ataúd de que hice mencion arriba, y dentro de él un madero largo figurando un cuerpo muerto, y le cubrió con el tosco sayal de S. Francisco á manera de mortaja. Por cabeza le puso una calavera, en el pecho un crucifijo y al extremo donde correspondian los piés, unos zapatos; de suerte que aquella figura tenia el aspecto de un cadáver verdadero. Tan horroroso huésped decia Mariana que era su retrato al vivo, y que le tenia prestado aquel hábito, que habia de pedirle á su tiempo para bajar á la tumba. Y dije horroroso huésped, porque era tal verdaderamente. Quiso ver un dia el cuarto de Mariana doña Josefa Fincó, dama mui noble de Quito, llevada de curiosidad mujerial, y no sabiendo cómo conseguir que la solitaria se le enseñase, acudió para su mal al confesor de la misma, quien la mandó que diese á aquella señora el gusto que deseaba. Incliné Mariana la cabeza á la obediencia á costa de su humildad, y franqueó su retiro á la dama; la cual viendo de repente á pocos pasos aquel espectáculo, concibió tal sobresalto, que cayó desmayada en tierra sin tener valor despues para llevar su curiosidad adelante; en lo cual favoreció á Mariana su esposo, pues le habia pedido que nó permitiese á nadie ser testigo de sus maceraciones con la vista de tantos y tan penosos instrumentos que estaban repartidos por las paredes.

Pero ella no se espantaba por tan poco; y poniendo de noche el féretro en la mitad de la sala con una vela encendida á cada lado, se entregaba á su vis-

ta á la meditacion profunda de los horrores de la muerte; y leyendo en aquel elocuente libro la inconstancia de la vida y la vanidad del mundo, se repetia á sí misma: "En esto has de parar, Mariana, y aquí recogerás lo que en vida sembrares. ¡Desdichada de tí, si no vives como en la muerte quisieras haber vivido! De nada pueden servirte galas, deleites y hermosura sino de lazos para perderte. Tu cuerpo será tu compañero en la gloria, si ahora le tratas como á enemigo. ¡Dichosos en la muerte los miembros que en vida no tuvieron descanso! Muere, pues, muere á tí misma, y vive toda y solo para tu Dios." Embebida largo rato en esta consideracion, de que sacaba siempre mayor desengaño, nuevo fervor y mas sincero despego de todo lo criado, con mayores ansias de hacer penitencias se levantaba de repente como para concluir, y llorando y sollozando tomaba un poco de agua bendita y rociaba el esqueleto diciendo al mismo tiempo: *Dios te perdone, Mariana; ¿dónde te habrá cabido la suerte? ¡O vida eterna! ¡O muerte eterna!* Lo mismo repetia cada vez que entraba ó salia de su aposento; y si alguna vez la visitaba su hermano Fr. Gerónimo de Paredes, ó su primo Fr. Lorenzo Fernández, ambos religiosos de S. Francisco, únicas visitas de su gusto: *Vamos, les decia, vamos, y veréis á vuestra hermana y prima Mariana de Jesus, que ya está muerta en su cuarto.* Suplicábalos que le dijesen un responso con *asperges*, lo que hacian ellos saliendo de allí edificados y confusos al ver el espíritu de una niña. Al recogerse para tomar un breve reposo volvía á rociar aquella figura con el mismo apóstrofe *Dios te perdone, Mariana;* y en una palabra de dia y de noche, como afirmó uno de sus confesores, tenia fija en su pensamiento la imágen de la muerte.

Era pues mui natural que quien á todas horas se consideraba como muerta, viviese tambien á todas para Cristo crucificado, y que tuviese bajo sus piés las cosas todas del mundo, y no sintiera sus vituperios ni escuchara sus halagos quien se creia ya fuera de su dominio. Por el hecho siguiente podrá colegirse la verdad de lo que voi refiriendo. Entró un dia festivo á oír misa en la

iglesia de la Compañía, un hombre que parecia forastero, y observando la gran compostura y modestia de Mariana, que estaba inmoble en oracion de rodillas y cubierta con su velo, llevado de espíritu abominable y sacrílego se acercó á ella sin conocerla, y con caricias y palabras melosas la rogó que le descubriese el rostro. Si Mariana le oyó la primera vez, no le escuchó de fijo; por lo que viendo el osado que seguia inmoble sin dar muestra de entenderle, volvió á repetir la misma instancia, si bien con el mismo fruto, porque Mariana era una estátua. Cansado entonces el insolente agresor le dijo que de seguro ó era ciega ó mui fea cuando no accedia á sus ruegos. Sobresaltada Mariana al ver que era, aunque sin culpa suya, el tropiezo de aquel desdichado, levantó de repente el velo y vibró como un rayo hácia él estas formales palabras: *Señor, ¿qué es lo que quiere de mí? Yo estoi aprendiendo á morir: haga U. lo mismo, si quiere salvar su alma.* Dicho esto corrió de nuevo el velo hasta el pecho; y el temerario sin saber por dónde escapar, avergonzado y lleno de miedo como si hubiese visto una fantasma, corrió hácia la sacristía, donde le aguardaba un amigo, el cual escuchando el caso y sabiendo quién era Mariana, le trató de demonio, que se habia atrevido á tentar en la iglesia á un ángel, y desde aquel punto abandonó su amistad. ¡Dichoso él si aprendió la importantísima leccion que le dió Mariana, y que tan necesaria es á todo mortal, de tener presente la muerte como consejera de la vida, y cuyo dictámen nunca yerra!

Tan convencida estaba de esta verdad Mariana, que inventó una nueva traza para no apartar jamás de sí su memoria y estímulo poderoso. Es el espejo el idolillo de las mujeres que son ó quieren parecer lindas, y con empeño, bien que no pocas veces inútil, le visitan casi sin cesar para mejorar, si es posible, la obra de la naturaleza. No podia pues estar sin espejo la habitacion de Mariana; pero tan distinto del que adornan los gabinetes mundanos, cuanto distaba el objeto de una vírgen toda santidad y espíritu del de una mujer toda vanidad y deseo de agradar á los ojos del cuerpo. Quería Mariana que su

espejo solo sirviese para el alma; y así mandó pintar en un pequeño lienzo una cabeza de mujer, pero de tal forma, que la mitad del rostro de arriba abajo era un pasmo de hermosura, y la otra mitad estaba medio corrompida y llena de gusanos y sabandijas. Mirábase en este espejo con toda detención y con orden. En primer lugar contemplaba la parte sana y hermosa, y se imaginaba que hubo un tiempo que los mas vivos colores alegraron aquella vista, las voces mas armoniosas deleitaron aquel oído, los mas fragantes aromas recrearon aquel olfato, y regalaron aquel gusto los mas exquisitos manjares: pasaba de contado á comparar tanto goce con la parte de cadáver gusaniento; lo que equivalia á cotejar con la eternidad el tiempo, con la belleza la fealdad y con el placer la muerte; y sacaba por consecuencia que lo que era hermosura, pasaba en breve á ser podredumbre, lo que era atractivo á ser horror, lo que era oro, á ser fango. Con agujon tan poderoso y continuo, fácil es de comprender que Mariana no corria, sino que volaba por el sendero de la penitencia, por el que se propuso llegar como por un atajo al perfecto amor de su esposo.

CAPITULO II.

Rígida distribución de las horas del día y de la noche entablada por Mariana en su retiro.

La memoria ó mas bien la presencia continua de la muerte servia como de despertador al alma de Mariana, que bien pudiera compararse á un reloj perfectísimo; y como en reloj que sea tal, todo es orden y concierto, así la vida de esta inocente criatura era una série de acciones ordenadas, á que la conducia con el mayor fervor y prontitud aquella idea siempre fija. Encontróse entre sus papeles, y escrita de su puño, una distribución de las horas del día y de la noche, en que no dejaba un solo momento al ocio, que suele ser el portillo por donde entra la tibieza. Hubo sin embargo de preferir á este reparto de ho-

ras el que le fijó la obediencia en un papel que tambien se encontró escrito por su confesor el P. Camacho, pero de tanta rigidez, que no hubiera dejado que desear á un perfecto anacoreta. Señalábale entre dia y noche cinco horas de oracion mental, dos disciplinas y cilicios todos los dias y cuatro horas de sueño; y aunque por obedecer le observó puntualmente algun tiempo, como que aspiraba á mayor vuelo su espíritu, pidió licencia al padre para someter á su juicio otra distribucion ideada por ella, y obtenido el permiso, y comunicándolo con el santo hermano Hernando de la Cruz, de quien hablaré á su tiempo, escribió una vaciada enteramente en el molde del amor de su esposo, que fué la que observó en los breves años que le duró la vida, y que sacada verbalmente de la que se encontró de su misma letra, es como sigue.

”A las cuatro me levantaré, haré disciplina, pondréme de rodillas, daré gracias á Dios, repasaré por la memoria los puntos de la meditacion de la pasion de Cristo. De cuatro á cuatro á cinco y media, oracion mental. De cinco y media á seis examinarla; pondréme los cilicios, rezaré las horas hasta nona, haré exámen general y particular, iré á la iglesia. De seis y media á siete me confesaré. De siete á ocho el tiempo de una misa prepararé el aposento de mi corazon para recibir á mi esposo. Despues que le haya recibido, el tiempo de una misa daré gracias á mi Padre eterno por haberme dado su Hijo, y se le volveré á ofrecer, y en recompensa le pediré muchas mercedes. De ocho á nueve sacaré ánimas del purgatorio y ganaré indulgencias por ellas. De nueve á diez rezaré los quince misterios de la corona de la madre de Dios. De diez, el tiempo de una misa me encomendaré á mis santos devotos, y los domingos y fiestas hasta las once. Despues comeré, si tuviere necesidad. A las dos rezaré vísperas y haré exámen general y particular. De dos á cinco ejercicios de manos y levantar mi corazon á Dios; haré muchos actos de su amor. De cinco á seis leccion espiritual y rezar completas. De seis á nueve oracion mental, y tendré cuidado de no perder de vista á Dios. De nueve á diez saldré

"de mi aposento por un jarro de agua, y tomaré algun
 "alivio moderado y decente. De diez á doce oracion men-
 "tal. De doce á una leccion en algun libro de vidas de
 "santos y rezaré maitines. De una á cuatro dormiré, los
 "viérnes en mi cruz, las demas noches en mi escalera:
 "antes de acostarme tendré disciplina. Los lunes, miérco-
 "les y viérnes de los advientos y cuaresmas la oracion
 "desde las diez á las doce la tendré en cruz. Los viérnes
 "garbanzos en los piés, y me pondré una corona de
 "cardas y seis cilicios de cardas: ayunaré sin comer toda
 "la semana. Los domingos comeré una onza de pan, y
 "todos los dias comenzaré con la gracia de Dios." Esta
 es la distribucion de horas y de ejercicios, que desde que
 se la propuso, no alteró jamás hasta la muerte, como no
 fuese por alguna de las tres causas que señala para dis-
 pensarse el padre S. Buenaventura, y eran la caridad
 fraterna, la obediencia á quien tenia en lugar de Dios, y
 la necesidad, por la cual á veces, viéndose sumamente en-
 ferma y desprovista de fuerzas, tenia precision de aflojar
 un poco en tan rígido tenor de vida.

No le creia tal Mariana, á quien siempre parecia ha-
 cer poco y padecer menos, segun aquel dicho de S. Agus-
 tin, que quien ama no padece; y permitió el Señor que
 nos quedase una excelente prueba de esta voluntad pron-
 ta en un papel, tambien de su letra, en el cual pide á
 su padre espiritual licencia para añadir penitencias en un
 adviento sin alterar su distribucion; y á la letra dice así:
 "Padre mio: Si V. P. gusta de darme licencia para añadir
 "á mis penitencias que ahora hago este adviento: siquiera
 "estaréme en cruz todas las noches desde las seis hasta las
 "siete, y los lunes, miércoles y viérnes con garbanzos en
 "los piés. Disciplina todas las noches á las once, á la una
 "y á las cuatro. Cilicios los de cardas todos los dias, y tor-
 "mentos en los brazos y muslos con unas cuerdas de cer-
 "das, y un cilicio de alambre de cuatro vueltas en la cin-
 "tura desde la víspera de Todos santos hasta la víspera
 "de Pascua, si Dios es servido. En los ayunos la regla
 "que mi padre me dejó, de comer cuando la necesidad
 "me obligare. Padre mio, véalo V. P. mui bien; que yo

”no tengo de hacer mas que lo que V. P. me mandare: ”comuníquelo con su Majestad, que él se lo inspirará si ”fuere su voluntad; que yo no deseo otra cosa sino es ”que que Mariana toda le sea agradable á sus ojos, y ple- ”gue á Dios que sea para mayor gloria suya. Amen.”

El solo formidable tenor de vida que se describe en estos dos papeles escritos por Mariana y observados por ella á costa de su inocente carne hasta morir, es mui capaz de hacer que se conciba una alta idea de la inaudita penitencia á que la obligó el amor, estimulado y aguijaneado, por decirlo así, de la presencia de la muerte; pero no está aquí todo lo que yo me he propuesto en este libro, y si no pasase adelante, daria á mi lector por un momento la vista de un gran mapa, sin dejarle tiempo de ver mas que el diverso colorido y el contorno del pais que figura. Es forzoso pues que para gloria de aquel Dios que coloca su virtud y gracia en vasos quebradizos, que presta su fortaleza á los que confían en él, y que obra maravillas en sus santos segun las sagradas letras, entremos á considerar parte por parte el delicioso á la par que horrendo pais que representa este gran mapa, y veamos lo que pudo el amor que le delineó con su dedo.

CAPITULO III.

Cruelles disciplinas con que castigaba Mariana su delicado cuerpo.

No era la disciplina un instrumento nuevo para la solitaria Mariana. Conocióale y le manejaba desde la edad de cinco ó seis años, si bien, como ya dije en el libro anterior, cuando se azotaba en el bosque de Saguanche y en el huerto de su casa, echaba mano de lo que tenia mas cerca, sin reparar en si eran ortigas, abrojos ó agudísimas espinas. Golpeábase cruelmente un dia en su cuarto, y en aquella tierna edad, con no sé qué instrumento, y entrando de repente una antigua doméstica, llena de pasmo al considerar tanta crueldad contra tan débil cuerpecillo le preguntó si no le dolian los azotes. *Y ¡cómo que sí me*

duelen! respondió bien lista la niña: *pero yo los tomo por mis pecados; y solo te suplico por Dios y por su amor que no se lo cuentes á mis padres y que me guardes el secreto.* Si tales eran sus aceros en edad tan temprana, ¿cuál sería la robustez de su corazón y la de su brazo en adelante? Dígalo el P. Juan Camacho, que escribiendo una carta sobre sus virtudes á quien debía pronunciar la oración fúnebre ó mas bien el panegírico de la sierva de Dios, dice: *Sus penitencias, mientras las regí yo, fueron raras y mayores que las que naturalmente parece pudiera tolerar un cuerpo débil; si bien por estar persuadido despues de mucha atencion y exámen de que eran iuspiradas de Dios se las permití.*

Su aposento pues en la parte mas retirada en que habitaba de continuo, era una espantosa armería. Disciplinas de cuerdecilla, unas sencillas, otras armadas en la punta de estrellitas de acero y mui agudas, manojillos de varas de membrillo y de ortigas, cadenillas de hierro, cilicios de toda clase de alambre, de cerdas, de cardas y de hierro, cruces de varias hechuras y de diferentes tamaños, todas en extremo penosas, y por último camas de distintos géneros, pero instrumentos á cual peor de desapiadado martirio. Y en cuanto á las disciplinas, que es de lo que ahora trato, las ordinarias eran dos cada dia y tres las extraordinarias, sin que pasase semana en que su fervor no añadiera alguna; y hubo un tiempo mui notable en que se azotaba cinco veces al dia, lo que hubiera practicado siempre á no haberla contenido su padre espiritual. Para que fuese mas sensible el mal trato de su cuerpo, variaba siempre de azote, y unas veces preferia la disciplina de cuerdecilla por parecerle el golpe mas doloroso y de menos ruido, otras la misma pero armada de puntas de acero, y otras la de cadenillas de hierro con agudos garfios. Mas en todo caso y con cualquier instrumento era tan desapiadada la flagelacion, que horrorizaba oír los golpes, se estremecía toda de piés á cabeza, el suelo quedaba hecho un lago de sangre y las paredes salpicadas de alto abajo. Estas infinitas y menudas gotas impresas en la pared no podian borrarse fácilmente.

te; por lo que permitió el Señor que quedasen allí hasta despues de la muerte de Mariana y sirviesen de ejemplo y confusion á muchísimos que las vieron y las veneraron como preciosas reliquias. Mas fácil era disimular sus rigores haciendo desaparecer de los ladrillos el rastro de su destrozo; para lo cual ideando que de nadie mejor pudiera servirse que de sus inocentes sobrinitas, mientras eran pequeñas, se valió de ellas mandándolas calentar antes el agua y luego lavar y raer el suelo con unos estropajos que tenia prevenidos al efecto. En adelante cuando las sobrinas eran ya adultas, empezó á valerse de ciertas indias ancianas y calladas para el mismo ejercicio de lavar los ladrillos, y permitió el Señor que le sobreviviesen, para que de su boca supiéramos el rigor increíble de su penitencia.

Pero si eran crueles y sangrientas las disciplinas de cuerda y las de estrellas y hierro, no lo eran menos las de ortigas. Quitaba las hojas á estas plantas, y formando un manojo de las varillas á que estaban fijos los nudos, á imitacion de la santa vírgen Teresa de Jesus, descargaba sobre sus virginales miembros tales y tantos golpes, que quedaban hechos una llaga. En los advientos, como consta en el papel que he trasladado, y en las cuasmas redoblaba las disciplinas. Solemnizaba con ellas y con cilicios las vísperas de los santos de su mayor devocion, y en la semana santa se enfervorizaba tanto, que por copiar en sí misma la imágen de su Jesus azotado de piés á cabeza, no habia parte alguna de su cuerpo en donde no descargase el azote. Sus espaldas el juéves y viérnes santo eran un arroyo de sangre; pero con un memorable prodigio depuesto en el proceso por una confidente suya, religiosa de Santa Clara, cuando le refirió, y es que las espaldas heridas y maltratadas el juéves santo aparecian el viérnes tan tersas y sin lesion como si nunca las hubiera martirizado; con lo que se sentia animada á hacerlo de nuevo en aquel dia solemne, pero de un modo mascruel y terrible.

Bien es verdad que por mucho que apretase la mano, nunca parecia á Mariana bastante el dolor de los gol-

pes, y anhelando cada dia á mas padecer inventó lo que no sé que se lea de algun santo en edad tan tierna. Tenia ella por singular confidente á aquella Catalina, que como dije poco há, la sorprendió azotándose, y solia darle la incumbencia de arrojar en un arroyo los manojos de ortigas empapadas en sangre: conociendo bien á fondo su sencillez por una parte y por otra el amor que le profesaba, y esperando poder aprovecharle para conseguir cuanto quisiese, la asaltó un dia con la singular pretension de que la azotase. Sorprendida la buena india á la idea sola de ejercer semejante crueldad con su señorita, empezó como era natural, á escusarse diciendo que ella no era verdugo, sino esclava fiel de su amada señora. Pero esta, que habia concebido su plan útil á entrambas, rogó, instó y porfió tanto, que al cabo Catalina hubo de empuñar el azote. Gozosa sobremanera Mariana retiró la luz, desnudó la espalda y empezó á recibir la descarga de rodillas. A los dos ó tres primeros y débiles golpes contuvo la mano la pobre Catalina, que mejor hubiera querido ver trocada la escena, y suplicó de nuevo á su ilustre é inocente víctima que por Dios la dejase en paz y no le acrecentase el dolor que ya tenia oyéndola castigarse tres veces cada noche de propia mano. *Nó, Catalina, nó* dijo la penitente, *no te canses: prosigue y ármate de furor contra mí, que con esto me ayudas á subir á la gloria; y te aseguro que si me veo en ella y tú lo sabes, habrás de gozar no poco de haber sido instrumento de mi dicha.* Violentada así Catalina prosiguió haciendo como mejor pudo lo que no hacia antes con blandura por falta de fuerzas. Duraron aquella funcion y aquel diálogo de nueva especie por largo rato, al cabo del cual, no quedando qué desear á Mariana, bañada toda en su propia sangre, mandó cesar á su bienhechora, de quien obtuvo en lo sucesivo el mismo favor otras muchas veces.

De lo muchísimo que agradaban estos extremos amorosos á aquel Señor, que tenia en sus tesoros bienes inestimables para premiarlos á su tiempo, podrá convencerse el lector, si considera que todo este destrozo y carnicería se ejecutaba en un cuerpo que jamás habia sido instru-

mento de culpa: pero no puedo dejar de referir un hecho que consta en los procesos, y que es prueba excelente de que en el cielo se aprobaban y bendecian tales extremos.

Un domingo de cuaresma del año de 1645 predicó en Quito á los indios en su lengua nativa el apostólico varon padre Gabriel de Arzola, y en lo mejor del sermon exclamó de repente: *¡Ay, Quito, Quito! ¡Cómo temo que tus culpas te han de sumergir y destruir!* Aquella misma noche un imbécil que andaba por la ciudad y era la risa del pueblo, salió gritando por las calles, sin que nadie fuese capaz de contenerle, que á la media noche habia de quedar asolada, y que así se lo habia dicho el Espíritu Santo; y aunque conocian al profeta, sin embargo como sabe el Señor valerse para anunciar verdades ó castigos hasta de irracionales, y como argüia á muchos la conciencia, los mas creyeron que en efecto aquel tonto era como otro Jonás para Quito. Unos pues mas temerosos salieron huyendo de poblado; otros mas cuerdos dejaron sus casas antes de la media noche y recorrieron las calles pidiendo á voz en cuello misericordia y azotándose cruelmente. Abriéronse las iglesias, en las que se espuso el Santísimo Sacramento, y á su presencia se hicieron muchísimas confesiones, y se restituyó mucho de lo que se debia así de honra como de dinero. Acrecentáronse no poco la zozobra y el conflicto con lo que dijeron algunos, y fué haber oido dar por dos veces las doce menos cuarto en el reloj. En tan terrible situacion, que solo estrañará quien no sepa lo que es un pueblo, acudieron varios parientes de Mariana á su cuarto, y la suplicaron alcanzase del Señor la suspension del castigo. Recibiólos ella con palabras de consuelo y los exhortó á que confiasen en la divina misericordia, con lo que los despachó mas animados; pero apénas se quedó sola, entró en su último retrete, y empezó á descargar sobre su inocente cuerpo tal lluvia de fieros golpes y á suplicar con tantos sollozos y lágrimas á su esposo que aplacase sus iras, que desde la calle se percibia uno y otro, sus gemidos y sus azotes. Decidida estaba á no cesar hasta

haber reprimido como otro Moisés con el vigor de su brazo la amenaza del divino, mas penetrando con ilustracion clara y no ordinaria las miras del Señor en permitir tan estraño suceso, que solo se dirigia á obtener contricion de muchas culpas, cesó de disciplinarse y envió á decir á sus parientes de parte de su celestial esposo que ya podian estar tranquilos. ¿Y podrá ponerse en duda que á Jesus agradaba la sangre de Mariana?

Bien lo manifestó él mismo con un milagro permanente en los dias de esta inocente vírgen. Nadie ignora que la sangre humana estraida del cuerpo, cuando se descompone y corrompe, como otra cualquier materia animal produce olor desagradable. Ahora bien los ladrillos del pavimento en que se postraba Mariana, estaban por mas que se lavasen, siempre saturados de sangre: su cuerpo fué toda su vida una sola llaga, y arrojando sangre sin cesar, era forzoso que de esta se empapasen los vestidos y que con el tiempo se corrompiese; sin embargo su aposento, sus vestidos y su cuerpo exhalaban esquisita fragancia con admiracion de cuantos dentro y fuera de casa sabian que jamás hizo uso de perfumes.

CAPITULO IV.

Rigor espantoso de sus cilicios.

Como las llagas de Mariana eran hechura del amor, al amor le tocaba vendarlas, y lo hacia con cilicios, pero tan ásperos y crueles, que solo el leer su descripcion aturde y espanta. Pasaron de treinta los que se hallaron despues de su muerte, unos de asperísima cerda, otros de puntas de alambre, de eslabones de hierro, de cadenas de acero armadas de puntas, de rallo y de cardas mui menudas y penetrantes. Ansiando ella siempre que todos sus miembros dieran gloria á su Dios, los sentenció uno por uno á singular martirio, á escepcion de la cara y garganta, porque nadie echase de ver su tormento. Tenia para la cabeza dos coronas, una de cardas

y otra de hierro, ambas con agudas puntas retorcidas hacia la parte de dentro; y para que estas hiciesen mejor su oficio, se rapaba casi á navaja, dejando solo un poco del cabello sobre la frente por disimulo. No todos los dias hacia uso de estas coronas, pero sí con gran frecuencia, en particular los viérnes; y solo Dios sabe con qué tormento, sobre todo al hablar, bostezar y estornudar, le atravesarian el delicado cutis. Cierto que la paciente estaba bien léjos de quejarse ó de creerlo una gran cosa, como lo dió á conocer en el siguiente caso. Iba ya á salir una mañana de su casa para ir á recibir al Señor en la iglesia de la Compañía, con dos mujeres devotas que desearon acompañarla al sagrado convite, y aunque llevaba segun costumbre vendada la cabeza, no reparó en algunas gotas de sangre que vertia de la frente. Reparáronlo las compañeras, y aunque al principio no se atrevieron á decirle una palabra, aumentándose despues las gotas y cayendo una en la mano de Mariana, le preguntaron á tiempo y con presteza qué era aquello. *No es nada*, respondió ella, *no es nada, aguardad un poco*; y volviendo á su cuarto se limpió bien, mudó el vendaje, y con la mayor serenidad se puso de nuevo en camino. Y por cierto que si para Mariana no era nada aquel tormento, por la vehemencia de su amor, fué muchísimo para quien en su última enfermedad le registró la cabeza y la halló con asombro toda llagada, y despues de su muerte encontró la corona llena así mismo de viva sangre.

Para el pecho y las espaldas inventó cilicios de varias clases; y á fin de que no quedase en estas partes lugar alguno sin su dolor propio, compuso una especie de jubon de cerdas; que entre el calor que naturalmente ocasionaba y las picaduras de sus puntas hubiera parecido insufrible á raiz de la carne á la persona mas sufrida y robusta. Poníase ademas á manera de estola una larga cadena de hierro entreverada de agudas puntas, y le daba cuatro vueltas al rededor del cuerpo. Usaba en cada brazo dos cilicios de alambre grueso, que alternaban ó con unas fajas de cardas, ó con unas cuerdecillas con que solia

ligarse uno y otro brazo con tanta fuerza, que al desatarlos le quedaba profunda señal y por largo tiempo no podia servirse de ellos. Fajábase la cintura con una especie de pretina de alambre, ó con cordeles de cerdas anudados: para los muslos servian otros cilicios de alambre, cardas y cerdas, y para las piernas los mismos instrumentos con que atormentaba los brazos. Mas como con tanto aparato de cilicios quedaban sin su tormento propio los piés, inventó hacer dos plantillas de cera, y engastando en ellas duros garbanzos metíalas dentro del calzado y caminaba así los lunes, miércoles y viérnes en su única excursion á la iglesia de la Compañía. Equivalia esta invencion al mas penoso cilicio para un pié tan delicado y sensible como el de Mariana; y bien lo conocian en su paso lento y poco firme, aunque no supiesen la causa particular los colegiales del seminario de S. Luis, que por estar enfrente del pórtico de la iglesia de la Compañía la veian entrar y salir diariamente. Adivinaban sin embargo en general el motivo por qué andaba de aquella suerte, y atribuyéndolo á los cilicios la tenian en tanta veneracion, sin conocerla de cara, que uno de ellos que llegó despues á ser párroco de S. Roque, en la declaracion que hizo con juramento de la santidad de Mariana, afirma que cuantas veces entraba en la iglesia de la Compañía y la divisaba en su rincon, hacia primero reverencia al Santísimo Sacramento, y luego volviéndose hácia ella se la hacia tambien profunda.

No satisfecha aun Mariana con dar á cada miembro su parte en la penitencia, quiso tambien que gozasen de ella todos á una, y compuso, segun refiere uno de sus confesores, una especie de jubon de gruesas cerdas, que desde el cuello le llegaba hasta la cintura y le cubria ademas hasta la mitad los brazos, con unas puntas de acero repartidas á trechos, tan agudas y crueles, que al verlas dicho confesor se le estremecieron las carnes. Para lo demas del cuerpo tenia una saya de la misma materia y con el mismo orden de puntas; y es fácil imaginarse cuál seria su tormento al variar de postura, al tomar asiento ó al dar un paso siempre que salia atavia-

da con esta gala, cuanto mas interior, tanto mas hermosa, que era los viérnes de todo el año y vísperas de los santos de su devocion, únicos dias en que su confesor se lo permitia. Estas fueron las invenciones de que la vírgen penitente hizo uso con odio santo contra sí misma, del cual no hubiera quedado memoria sin la curiosidad de las hermanas y otros parientes, que penetrando en su cuarto cuando estaba enferma, todo lo registraban, y sin la fidelidad de aquella anciana india, que era la confidente para el continuo trasiego de llevar y traer cilicios, y guardarlos, y limpiarlos cuando quedaban ensangretados, que era cosa de casi siempre. A esta fiel sirviente debemos la deposicion jurídica que dispuso el Señor pudiese llegar á hacer de todo lo dicho, concediéndole larga vida.

No hubiera podido Mariana con la carga diaria de tanto cilicio; pero si tenia alguna tasa en este género, era debida á la obediencia y no á su propia voluntad, que no conocia límites cuando se trataba de atormentarse. Aconsejándose con la prudencia, que es el condimento de toda virtud, le pidió su confesor cinco de los cilicios que usaba, y los vió tan crueles, que cortándolos por la mitad á lo largo se los restituyó quedándose con tiras de cuatro dedos de ancho. Mas yo me inclino á creer que esta disminucion no fué tanto por irle á la mano, cuanto por averzarla á rendir su propio juicio, ya que la permitia llevar diariamente cilicios á raiz de la carne, y variando siempre, para que la sensacion no llegase á ser menos aguda siendo siempre la misma. Los advientos, las cuaresmas y las vísperas de los santos patronos eran dias de gran gala, siempre con añadiduras á lo ordinario; lo que segun el juramento de la india consistia en nueve cilicios entre brazos, cintura, muslos y piernas. Lo mismo, poco mas ó menos, afirmaron el P. Juan Camacho su confesor, el P. Antonio Manosalvas que suplía en sus ausencias, y el P. Alonso de Rojas que la dirigió tambien en los últimos años de su vida. Pasmosa penitencia por cierto y sostenida por el divino esposo, con un perpetuo milagro en una criatura de complexion delicadísima y acosada siempre de mil

achaques, sobre todo, los siete años últimos de su vida, en que nunca la dejó la calentura acompañada de agudos dolores, uno de los cuales era tal, que por confesion de la misma Mariana diera con ella en tierra si le durara un cuarto de hora. Nada sin embargo era capaz de amortiguar sus ansias de padecer, ni las habituales dolencias, ni los extraordinarios insultos y ni aun la enfermedad última y mas penosa que todas. Visitóla en los postreros dias de su vida una mujer de gran intimidad en la casa; y hallándose Mariana sumamente inquieta con el ardor de la fiebre, se recostó sobre su pecho: á poco como si pretendiera hallar algun alivio, la suplicó que le diese con el puño algunos golpes sobre la espalda y los hombros. No se atrevió á disgustarla María Arias (así se llamaba la mujer), y creyendo que le proporcionaba algun consuelo la golpeó hasta dejarla satisfecha. Ella merecia sin duda algo para con Dios por aquel acto de caridad; pero quien acumuló méritos sin cuento fué Mariana, porque cuando se trató de descubrirle un poco los hombros y la espalda para hacerle la cura, se vió que su intento habia sido solo que se le hincasen bien las puntas aceradas que cubrian toda aquella parte; y así las vió con harto dolor de su alma la que tan sin pensarlo habia sido el verdugo de la penitente enferma. No necesitaba ella tanto para estar por decirlo así en un potro; pues con pasmo universal de Quito se vió despues de su muerte que tenia cubiertos de cinco cilicios los brazos, los muslos y la cintura, todos de rалlos, y el de la cintura tan difícil de arrancar ya por haber crecido la carne entre los agujerillos, que hubo de bajar con él al sepulcro, como para dar á entender que ni la muerte habia sido capaz de desprenderla de su amor al cilicio.

CAPITULO V.

Singulares penitencias de Mariana los viernes su costumbre de imitar á lo vivo la crucifixion de su esposo.

La operacion prodigiosa del espíritu del Señor en el

corazon de Mariana desde los primeros años iba produciendo mas sazonados y copiosos frutos á medida que se multiplicaban sus dias; pues cooperando á la gracia con la lectura diaria de las vidas de los santos imitaba á la abeja industriosa, la cual del esquisito jugo de cada flor compone un panal todo suyo. Bien es verdad que como aquellos héroes no pasaron de ser arroyos, y el esposo de Mariana era la fuente de la dulzura, donde debia por tanto buscarla en mayor copia y con mas pureza, emprendió ella mui de veras la imitacion de Jesus dolorido y paciente; y para lograrla se propuso llevar siempre la pasion del Señor en el alma como un espejo, mirarle crucificado, escuchar su enseñanza y dibujar en su cuerpo la cruz, penas y dolores del original divino.

Ya desde mui niña tuvo la costumbre de rezar treinta veces el credo con los brazos en cruz, y de tres grandes cruces que tenia escoger los viérnes la mas tosca y pesada, y á hora mui avanzada de la noche andar las estaciones bajo aquel peso por los corredores altos y bajos de la casa, deteniéndose en cada una á contemplar un paso de los muchos que suele meditar la piedad cristiana en la calle de la amargura. Cuando la casa por feliz combinacion se quedaba sola, andaba las estaciones de dia; y á cualquier hora que fuese, solia llevar cubierta la cabeza con una corona de cardas, como lo vió una criada de doña Juana Peralta, que fué en cierta ocasion á llevarle un recado de su señora. No contenta con andar todo aquel camino de rodillas, añadia á veces el tormento de algunos garbanzos sujetos á ellas con unos paños, sobre los que iba con mucha pausa levantando y cayendo por la fuerza del dolor y molestia de la cruz. Cuando no se ataba los garbanzos, llevaba las rodillas desnudas enteramente sin desmayar un momento, ni dejar la cruz, ni suspender el viaje hasta haber contemplado á su sabor los dolores de su esposo; pero con tanto afecto y tan copiosas y ardientes lágrimas, que no dejaban la menor duda de que semejante ejercicio era ya en aquella edad un exceso de amor que la convidaba á padecer sin medida. Los miércoles de semana santa trocaba la corona de cardas por

otra de espinas que le arrancaba sangre viva: los juéves tomaba en el camino una disciplina cruel, repartiendo en cada estacion un cierto número de golpes: en suma no desechaba idea alguna capaz de mejorar la copia que se proponia sacar en tan sagrado tiempo de su paciente Jesus caminando por las calles de Jerusalem hácia el Calvario.

Pero predestinada Mariana de un modo especial á la gloria, era preciso que se asemejase tambien de alguna manera no comun al divino modelo de los predestinados. Profundizaba ella cada dia mas, creciendo en años, en la meditacion del alto misterio de la cruz, y no encontrando en aquel gran libro otra palabra que *amor*, todas sus meditaciones iban á parar á esto solo: que pues el amor, que supo crucificar á un amante divino, no se paga sino con amor, era forzoso que el amor supiese crucificar tambien á quien amando pretendiese pagarle y asemejársele.

Concebida con claridad esta idea y fijada la resolucion en su alma, no quedaba ya sino idear el modo de ponerla en ejecucion en cuanto al cuerpo, supuesto que su espíritu se crucificó desde la niñez renunciando absoluta y completamente por amor de su esposo cuanto pudiera halagarle sobre la tierra.

Tenia otra cruz de madera, fuerte y proporcionada á su estatura, á cuyas cuatro estremidades estaban sujetos unos ramales de cerda en forma de argollas, menos en la cabeza donde los habia tambien, pero sueltos. Estaba toda la cruz clavada en la pared, y en ella se crucificaba Mariana, cuando se lo permitian las fuerzas, todos los viérnes del año. La dolorosísima é inaudita operacion se verificaba de esta manera á deshoras de la noche. Ponia al pié de la cruz un pequeño taburete ó un cajoncillo que sirviese de escalon; en seguida se ceñía la cabeza con una corona de puntas aceradas, y acercándose á la cruz con suma reverencia se subia sobre el taburete para llegar con su cabeza á la de aquella; luego se ataba fuertemente con el ramal suelto el pelo, que para disimular su penitencia y para estas ocasiones se dejaba crecer sobre la frente.

Sujeta ya la cabeza, metia la mano izquierda por la argolla de su lado hasta la muñeca, y lo mismo hacia con la derecha. Pasaba á los piés, y usando de cierta maña adquirida con la práctica, lograba introducirlos en las argollas que eran mas grandes, abandonando el descansillo y quedándose de aquella suerte suspensa de brazos, piés y cabeza, mientras se entregaba á la meditacion del amor inmenso que tuvo enclavado en la cruz á su esposo por tres horas, y que le hubiera tenido, si fuese necesario, hasta el fin del mundo. En general dijeron sus confesores que estaba muchas horas crucificada de esta manera; y es cierto que pasaba dos por lo menos en aquella cruel actitud sollozando sin cesar y anegada en llanto, no ciertamente por el propio dolor, sino por el de los pecados de los hombres. Durante el adviento y la cuaresma añadia nuevas finezas de amor crucificándose tambien los lunes y los miércoles, y ademas los sábados en memoria de los dolores de su amantísima madre al pié de la cruz.

Se ignora de todo punto la industria de que pudiera valerse para descender de su cruz, pues agarrotados y yertos por el frio y la tirantez dolorosa los brazos, era en extremo difícil manejarlos para desprenderse de aquel tormento: solo sabemos que en manos, piés y cabeza, por confesion de la india Catalina, le quedaban profundas y duraderas señales, y que estaba sin embargo tan léjos de agotarse el amor de su pecho, que no se aquietaba hasta haber obtenido de la referida su confidente que le apretase con su mano la corona por la parte que le ocasionaba mayor tormento. Alguna vez oprimida y próxima á desfallecer por el agudísimo dolor de las piernas, le pedia que por caridad pasase por ellas sus manos, como para darle unas friegas; con lo que experimentaba algun alivio.

Y no era un cumplimento ó una ceremonia inútil la atadura de la cabeza en esta invencion amorosa; porque en el piadoso inventario que se hizo despues de su muerte de sus numerosos cilicios, se encontraron muchos de sus cabellos enmarañados y enredados en las cerdas de la cabeza de la cruz y arrancados con la tirantez y el

peso. ¡Cuánto agradecerian, permítaseme esclamar, estos cabellos á aquel amante divino, que quedó preso con uno solo de la trenza de su esposa! De tan preciosa reliquia pudo apoderarse, desenredándolos con maña, una sobrina de Mariana, llamada doña Ana Ruiz de Alvarado, y los guardó siempre como un tesoro. Encontróse tambien colgada de un brazo de la cruz una disciplina empapada en sangre, y del otro la corona de hierro así mismo ensangrentada, como solia verla Catalina siempre que se la quitaba la penitente vírgen.

No permitian las circunstancias de esta crucifixion toda la propiedad de la copia que pretendia sacar Mariana de su amor pendiente de un madero, llagado y abrevado con hiel y vinagre, mas por esto no se creia ella dispensada de completar el retrato, aunque mediase alguna separacion de lugar y tiempo. Bebia pues todos los viérnes del año en lugar de agua, hiel y vinagre, que solia tener siempre á la mano en una alacena; lo que se llegó á saber por doña Juana Caso y otros testigos que despues de su muerte lo declararon así, esplicando el porqué se hallaba en aquel sitio una redoma con líquido, que probado por doña María de Paredes, tia de la difunta, y otras personas, se halló ser una mezcla de hiel y vinagre. A mas de las llagas que con azotes y cilicios se hacian de nuevo ó se refrescaban en su cuerpo, los viérnes solia representar las cinco de su esposo con cinco garbanzos bien secos y escogidos que se ponía bajo las plantas de los piés, sobre los que andaba todo el dia en su casa y fuera de ella en su única salida á la iglesia.

Estos fueron los principales desahogos y las mas notables industrias de esta vírgen, acaso no inferior á otra cualquiera en amar finamente y en desear transformarse por el amor en imágen acabada de aquel divino original, que es esposo de sangre. Desde los primeros albores de su vida le reconoció tal Mariana, y creciendo en años no hubo dia en que no fuese mas vivo su deseo de consagrarle hasta la última gota de la suya á trueque de amarle y asemejarsele, como quedará declarado en el siguiente

CAPITULO VI.

Prodigiosos sucesos á que dieron lugar las mui frecuentes sangrias de la virgen Mariana

No hai jurado rival que desee tanto cebarse en la sangre aborrecida como la inocente Mariana anhelaba por ver derramada la suya propia. Bullíale siempre en las venas, dice uno de sus confesores, hervia y como que porfiaba con vehemencia á verterse. Ni la muchísima que le sacaban á torrentes las disciplinas, ni la que se abria paso por las roturas de los cilicios y corona de espinas, parecia bastante á Mariana; y aguzando con el amor el ingenio, inventó una traza para quedar casi del todo exhausta de humor vital como su esposo enxangüe en el Calvario.

Aquejábala de ordinario alguna dolencia, y aunque no fuera de tanta gravedad que exigiese una sangría, se valia de su mal como de pretesto para hacerse abrir la vena mui á menudo: en los últimos años de su vida era nada menos que una vez á la semana. Alegaba para obtenerlo que ningun otro remedio equivalia para ella al de sacarle sangre; en lo cual no decia cosa que no fuese mui cierta, pues era tanto lo que gozaba su espíritu al verla correr, que pareciéndole en una ocasion á quien la sangraba excesiva la pérdida, y queriendo cerrarle la vena; *dejad salir esa sangre* (le dijo Mariana arrebatada de un ímpetu amoroso), *dejadla salir, que mas derramó mi criador por mí, y no será mucho que por su amor la derrame una pecadora*. Siempre que la postracion se lo permitia, daba muestras sensibles de regocijo al ver que brotaba la sangre, sobre todo en ciertos dias como el de la circuncision del Señor, y hubo vez que transportada su alma á contemplar la dignacion con que su dulce Jesus prodigaba aquel licor divino en el acto de este soberano misterio, convidó á que la acompañase en las demostraciones de júbilo á una mujer de la casa que se hallaba presente. Fabuloso pareceria y nada digno de crédito, si no lo refiriese su mismo padre espiritual en una cancion que compuso despues de la muerte de Mariana so-

bre sus virtudes, el que en un año la sangrasen ciento y setenta veces. Milagro casi se puede decir permanente, si se considera con el autor de dicha cancion que la sangre sin alimento ni se forma, ni vive, y que el alimento de Mariana, como referiré despues, era escasísimo é insuficiente para la vida.

Pero cuando parecia perder el tino y salir fuera de sí por la viva ansia de derramar sangre, era el viérnes santo. La consideracion de que en aquel dia la derramó toda su esposo por su amor, no le daba un momento de tregua; buscaba mil pretextos para sangrarse, y casi sin saber lo que se decia iba encargando á los demas que se sangrasen en agradecimiento á su Jesus cubierto de sangre. No faltó ocasion en que contra toda esperanza acudió su esposo á complacerla, y fué cuando al visitarla en tal dia el médico por indisposicion mui ligera la pulsó y ordenó que la sangrasen. *Gracias á Dios* (exclamó al oír receta tan deseada), *gracias á Dios que habré de verter hoy tambien alguna gota.*

Bien que otras eran y menos equívocas las señales que daba el buen esposo de Mariana de que aceptaba la sangre de su vírgen esposa, y se complacia en su voluntad de entregarla. Tenia mandado Mariana á la india Catalina que la sangre que le sacaban con las sangrías, no la arrojase en cualquier lado, sino que toda y siempre la fuese echando en un hoyo abierto en lo mas apartado del huerto de la casa. Obedecia la confidente, y no solo arrojaba allí un dia y otro la sangre, sino que en lugar de echar tierra encima tapaba el hoyo con una piedra. Repitió muchas veces esta operacion, hasta que movida un dia de natural curiosidad, introdujo en la poza una varita y revolvió con ella la sangre por ver si la encontraba corrompida, ó mas bien en la creencia de que la hallaria así: pero ¿cuál no seria su pasmo viendo que no solo aquella vez, sino cuantas otras repitió la misma prueba, encontró la sangre perfectamente conservada por igual y tan preservada de corrupcion, que léjos de exhalar mal olor despedia una fragancia suave? Cerciorada del caso le faltó tiempo para volar á su señora y decirle que la sangre

arrojada en aquel hoyo estaba roja y hermosa como recién sacada, y que por añadidura olía bien; noticia que recibió Mariana así aquella como otras veces con humilde hacimiento de gracias al Señor, que se dignaba de obrar aquel portento para mostrar su aceptación y agrado en la oferta, como ella decía, de una pobre pecadora.

El Dr. D. José Ramirez Dávila, canónigo magistral de la santa iglesia de Quito y juez delegado del Ilustrísimo Señor Obispo D. Alonso de la Peña Montenegro, para que en su presencia se hiciesen las informaciones sobre la vida y milagros de Mariana de Jesus, refirió que estando ella enferma en una ocasión, entró á visitarla doña María de la Peña, tia de dicho canónigo. Era precisamente el momento en que estaban sangrándola, y llevada de la gran estimación que le merecian las virtudes de la enferma, tomó con no menos ansia que disimulo la taza en que habia caído la sangre, y sacando un pañuelo metió en ella una punta y la empapó bien para conservarlo como reliquia. Púsole en seguida en la faltriquera, y yéndose á su casa complacida y gozosa como si llevara un trofeo, al querer desdoblarle para enseñar á los suyos la adquisición feliz y luego guardarle como rico tesoro, no daba fe á sus sentidos viendo que el pañuelo estaba tan blanco y sin sombra de mancha como ántes de intentar el hurto devoto. Así dicha señora como los que oyeron el caso, concibieron mayor estima de la santidad de una vírgen, cuya sangre agradaba tanto al Señor, que parecia quererla toda para sí y lo demostraba con milagros.

Fueron estos mui frecuentes y algunos tan notorios como el que voi á referir. Mas de doce testigos hicieron sobre él deposición jurada, y no hai acaso suceso mas público y creído generalmente en toda Quito. Curaba en esta ciudad á Mariana en sus enfermedades el Dr. Juan Martin de la Peña, hombre mui cabal y buen cristiano, y tenia hecho un pacto con ella, de que en cambio de sus desvelos en lo que tocaba á su cuerpo, le alcanzase del Señor remedios poderosos para las enfermedades del alma. O fuese por la esperanza de conseguirlo, ó por aprecio que le merecia la virtuosa doncella, lo cierto es que

el doctor la curaba y asistia con agrado, esmero y reverencia. Visitóla un dia ya á los últimos de su vida, y conociendo en el pulso la necesidad de una sangría y no queriendo fiarse de mano ajena, tomó la lanceta y con gran júbilo de la enferma, preparadó todo lo de costumbre, rompió la vena teniendo la copa para recoger la sangre un cierto José Rodriguez de Paredes, que despues fué sacerdote. Miraba este asombrado, y mucho mas el médico, el prodigioso efecto de la sangría, porque apenas picada la vena, brotó manifiestamente (son palabras del mismo facultativo) un hilo de agua clara, limpia y transparente, y luego que hubo caido toda en la taza, dió lugar á que saliese la sangre. Miró' entonces D. Juan Martin á Mariana, y sin poder contenerse le dijo: *Esto, señora, sucedió solo en el costado de nuestro redentor*; á lo que volvió Mariana una respuesta tan sábia y tan profunda, que no menos aturrido con ella, que por el milagro dijo entre sí el doctor: Esta mujer ha estudiado en superior escuela. Hecha la sangría, puso él su cuidado en dos cosas: la primera fué recordar la respuesta de la enferma; pero por mas que hizo, no pudo lograrlo, borrándole Dios las especies sin que le quedase mas que un alto concepto de aquellas palabras: la segunda fué consultar el caso con hombres doctos y de reputacion bien sentada, los cuales concibieron nueva estima de Mariana y apreciaron mas de allí en adelante á su médico. Acaeció este prodigio el último viérnes santo de su vida, sin que quepa la menor duda, pues aunque su confesar dijo en el sermon predicado en honra de la sierva de Dios que habia sucedido *en cierta ocasión* y nada mas, y el médico juró sobre el caso sin señalar el dia, y el que tuvo la copa solamente dice que fué en viérnes, muchos otros, y en especial María de la Santísima Trinidad y Catalina de los Angeles, carmelitas descalzas, esta como testigo de vista y aquella por relacion de sus padres, juraron que fué en el último viérnes santo.

Celebró este suceso el venerable hermano Hernando de la Cruz en la afectuosa cancion que compuso sobre la vida de Mariana; y dice, entre otras cosas, que por tener



en sus venas al que es fuente de aguas vivas, despidió agua su brazo. Y no faltan por cierto motivos para celebrarlo y creer que plugo á su divino esposo trazar en ella en dia tan señalado un rasgo de la divina semejanza á que Mariana anhelaba. Porque ¿á quién no parecerá cosa nueva y fuera del comun uso que una misma vena, canal por donde circula siempre la sangre, despida no ya agua mezclada con aquel humor, sino agua clara y tan cristalina como la que jamás tuvo alguna mezcla? ¿Cómo no hubo de haber misterio en que arrojase agua un cuerpo que pasaba, como diré despues, meses enteros sin probar una sola gota? Además el médico hacia de sangrador; el suceso era en viérnes santo; circunstancias notables que en ninguna de las innumerables sangrías precedentes se reunieron. Pero hai otra todavía mas digna de atencion y que nos confirma siempre mas en la idea de que el esposo de Mariana quiso delinear en ella un rasgo de semejanza con su pasion dolorosa. Sobre la cicatriz de la sangría se le formó una carnosidad ó botoncillo á la manera de la cabeza de un clavo, que le duró hasta la muerte, causándole tan vivos dolores, como si en efecto un clavo le taladrase el brazo. No quiero decir con esto que su esposo le imprimiese alguna de sus llagas, pues tales finezas ni él tuvo á bien dispensárselas, ni ella las apeteció, meditando siempre en lo que la santa madre Teresa de Jesus señalaba por ápice de la perfeccion y semejanza con Cristo, que era el padecer sin mas regalos ni finezas que las que él tuvo en la cruz, abandonado de todos, hasta de su mismo Padre.

Hai sin embargo otro prodigio que he dejado á propósito para el último, como la demostracion mas evidente de lo mucho que se pagaba Jesus de la sangre de su esposa y del afecto con que por su amor la hubiera ella deramado toda mil veces. Pocos dias despues de la gloriosa muerte de Mariana, al pasar la india Catalina por la huerta de casa y cerca del sitio en que iba depositando la sangre de su señora, vió con indecible asombro que en el mismo hoyo precisamente habia nacido una bellissima azucena. Poseida del instinto que se despierta sin querer en

quien observa un accidente á todas luces estraño, corrió á comunicarlo con doña Gerónima y D. Cosme y decirles que volasen al huerto, porque en el lugar donde solia ella enterrar la sangre de la difunta, acababa de brotar de repente una hermosa azucena sin sembrarla ni plantarla. Púsose al punto en conmocion toda la casa, y sin dar entero crédito al dicho de la india fueron corriendo hácia la huerta los llamados y algunos mas, y llegando al sitio vieron que en efecto salia de él una vara verde de azucenas con tres ramas, y en cada una su flor ya fuera del boton rozagante y olorosa. Miráronse unos á otros como pidiéndose razon de cómo habia azucenas en aquel huerto, cuando hasta allí no las hubo nunca, ni nadie pensó en plantarlas; y sospechando que no fuese plantada ó nacida allí, sino postiza, cavaron la tierra y descubrieron no una, sino dos maravillas, porque la sangre estaba fresca, roja y con buen olor, y la vara nacia de la misma sangre, en la cual se habian formado unas como venillas que le servian de raices. La agitacion de aquellos ánimos á tal vista no podria describirse: baste decir que incapaces por el momento de llamar mucha gente y convidar á todos sus paisanos para que rindiesen gracias al Señor y le tributasen alabanzas por un don tan raro, arrancaron el ramo de raiz, y sin atreverse á tocar sus flores le pusieron en la mano de una devota imágen de María Santísima, ofreciéndole así los primeros frutos de la santidad de Mariana despues de su muerte. Divulgóse al punto la pasmosa nueva por la ciudad, y aunque por entonces se contentó la gente con observar y venerar la azucena en manos de María, mas tarde se apoderó de sus hojas, que muchos años despues conservaba quien pudo haberlas como preciosa reliquia. Pareció tan estupendo y gracioso este portento y tan á propósito para formar de algun modo el carácter de la cándida é inocente Mariana, que en los primeros retratos que se sacaron de ella, se descubre al lado de su cuerpo un vistoso ramo de azucenas con tres flores abiertas, formando su raiz la misma sangre que le produjo.

Y hé aquí declarado el origen de apellidar á Mariana de Jesus la *Azucena de Quito*. Quiso Dios favorecer á

Quito como favoreció á Lima su metrópoli: si á Lima regaló una rosa, concedió á Quito una azucena; y si justo fué que la que en el bautismo se llamó Isabel, trocarse su nombre cuando una hermosísima rosa le cubrió el rostro en la cuna y se llamase *Rosa de Santa María*, no lo fué menos que Mariana se apellidase por el inaudito prodigio *Azucena*, aunque sin dejar de llamarse *Mariana de Jesus*. Y en efecto, nadie negará que estos dos nombres estan, por esplicarme así, en consonancia, si recuerda el doble fin que tuvo Mariana en llamarse de esta manera. Quiso ser de su Jesus hasta en el nombre; y de su Jesus fué toda, porque su alma conservó y acrecentó el candor á medida que perfeccionó y llevó á su colmo el ansia de padecer y derramar por él toda su sangre. Quiso tener en el nombre un reclamo amoroso, por decirlo así, hácia la Compañía de Jesus que la engendró y nutrió para el cielo; y no podia Mariana usar de mejor correspondencia que perpetuando con su blancura y fragancia la gloria de la que únicamente regó, cultivó y sazonó tan privilegiada azucena.

No entraré yo ahora en el vasto campo de relaciones y conveniencias que pudieran descubrirse entre la azucena que brota de la sangre de Mariana, y la gloria de la divinidad que de la humillacion y sangre del Calvario brotó como azucena hermosa de los valles. Acaso algun espíritu meditativo hallaria en estas relaciones el mejor indicio de semejanza entre Mariana y su esposo; pero este es campo vedado en gran parte al histórico, y recorrerle daña á la brevedad: concluiré pues el capítulo consignando las palabras del citado venerable Hernando de la Cruz: que *las ansias de verter su sangre en el martirio merecieron á Mariana transformacion tan peregrina*; pudiéndose decir de ella lo que de los mártires, que florecerán como la azucena en la ciudad de Dios. Por declaracion de las madres carmelitas sabemos tambien que en el sitio donde se enterraba la sangre y que estuvo despues en el recinto de su convento, nacieron por muchos años olorosas y delicadas flores, sin que las hubiese sembrado nadie, ni hubiesen menester de mas riego, ni de otro

cultivo que el cuidado del cielo. Poco asombrará este milagro á quien tiene llena la mente de los que obraba el Señor en la misma Mariana y que no hemos acabado de referir.

CAPITULO VII.

Jovencion austerísima de Mariana para padecer mientras daba algun descanso á su cuerpo

Si en el curso de esta historia he necesitado alguna vez que el lector tenga presente que solo un extraordinario concurso y eficaz auxilio de la divina gracia pudo sostener y dar vigor á una jovencita de complexion delicadísima en cierta clase de empresas tan opuestas á los derechos de la flaca y decaida naturaleza; mucho mas lo necesitaré cuando me propongo que el mundo sepa hasta qué punto perseguia su cuerpo Mariana de Jesus aun cuando se decidia á darle un breve descanso. Desde niña se propuso no acostumbrarle al regalo y deleite de cama blanda y deliciosa y contentarle con la dura tabla ó el desnudo suelo; pero crecida ya y adulta no solo de años, sino de espíritu y entusiasmo santo por padecer, oculta entre las paredes de su retiro y sin el registro de los domésticos, se propuso que la cama fuese para ella lo contrario de lo que en realidad significa. Tenia pues en un ángulo de su habitacion un lecho, que si no respiraba regalo, aparecia dispuesto con la mas esmerada decencia, á fin de que si alguien penetraba por allí, no la creyese penitente hasta el extremo de estar reñida con su reposo. Pero esta cama puede decirse, por lo mismo, que no era mas que de perspectiva, ó que tan solo era para los demas: para sí tenia otra tan singular y penitente, que bien pudiera llamarse potro de tormento. Así la llaman en efecto los que informan en los procesos; y de seguro que su descripcion hace creible cómo llegó á cobrar Mariana tanto horror á reclinarse en ella, que de tres horas de sueño que puso en su distribucion, pasase primero á dos y luego á una, como lo testifica su confesor et

P. Juan Camacho. Componíase esta cama ó este potro de siete maderos ensamblados de tal suerte, que venia á resultar una como escalera en forma de triángulo. Los cortes ó filos de los maderos habia tenido la precaucion quien los armó de que quedasen hácia la parte exterior, de suerte que si aquella armazon servia de cama, pudiera definirse bien diciendo que era una pauta de algunas cuerdas para un cuerpo. Y tal era en verdad para el de Mariana, que de ordinario no tenia otro lecho, y se arrojaba en él sin mas sábanas ni colchon que una frazada de lana, llegando á embotarse con el continuo roce de su cuerpo los filos de los maderos. Por almohada tenia otro madero grueso y tosco cubierto de crea, para que si alguien llegaba á verle, no le creyese un tronco, sino una almohada de las que usaba la jente pobre. Se colocaba este aparato de noche sobre el tablado de la cama de perspectiva, y allí dormia Mariana: al dia siguiente mui temprano Catalina cuidaba de quitarlo todo y poner la escalera debajo de la misma cama ocultando bajo la colcha bien compuesta y estendida hasta el suelo la penitencia de su señora. Quiso un dia Catalina estando sola y ocupada en componer la cama probar á qué sabian aquellos maderos y cómo tratarian á su señora, pues si bien no lo veía, estaba convencida de que dormia en ellos, ya por el ejercicio que traia de quitarlos del tablado y volver á poner los colchones y sábanas, ya por ver á veces ensangrentados algunos cortes y encontrar sobre ellos casi siempre libros espirituales é instrumentos de penitencia. No pudo pues resistir, y se echó sobre el potro ó escalera á tiempo que ya entraba por la puerta Mariana, quien al verla dijo con agradable sonrisa: *¿Qué te parece, Catalina? ¿Son blandos los colchones? ¿Es cama regalada? Nada tiene de eso, señora,* respondió con presteza la india; *y á mí ya me duele el cuerpo. Pero U. ¿duerme en ella? Y si duerme, ¿cómo le quedan los huesos?—Sí que duermo, Catalina, y sábete que para mí eso es un regalo, porque al fin algo se ha de hacer por merecer y ganar á Dios, que en camas blandas no se halla: y supuesto que tanto padeció por mí mi esposo, es nada mi recompensa. ¡O es-*

fuerzos de la gracia! ¡Tener por regalo el martirio, por algo que sufrir lo que era mucho penar, y por nada de recompensa lo que era el todo de la penitencia!

Bien es verdad que si con tanto denuedo se esplicaba el espíritu de Mariana, era tal la repugnancia que sentia su cuerpo algunas veces á acostarse en aquella cama, que hablando en una ocasion con su sobrina doña Juana Caso (á quien por órden de sus confesores solia comunicar algo de su conciencia) hubo de decirle que su corazon se congojaba al ponerse sobre aquellos maderos; que sudaba y le faltaba el aliento; y que la idea de que aquel suplicio no era para un dia, sino para todos los de su vida, producía en su alma un terrible combate, del cual sin embargo con el divino auxilio quedaba vencedor su espíritu arrojando el cuerpo con violencia en el potro. Y en efecto era tan eficaz este auxilio, que vencida ya en el primer pronto la carne se decia á sí misma: *¡Te duele, Mariana! Pues duélate enhorabuena, que mas dolió á tu esposo. ¡Lo sientes? Pues siéntelo una y mil veces, que mayor castigo mereciste. ¡Quiéres regalo? Pues yo te daré tan esquisito, que no te quede que desear.* Tenia una colcha ó cobertor que ella llamaba su sábana, tejida toda de cerdas y hecha á medida de su cuerpo, y cuando se sentia combatida del amor de su carne y empezaba á empeñarse la lucha entre ella y el espíritu, se levantaba de repente, y quitando el lecho de maderos, y estendiendo en el tablado el cobertor y sembrándole de menudas y escabrosas piedras, lanzaba su cuerpo sobre él con mayor tormento que el que padecia en el potro. Estando allí ya cobijada, *ya no tienes, decia, porqué tener congoja; si deseabas regalo, ya le tienes; si descanso, ya te le doi; si delicados lienzos, aquí los tienes: revuélvete en esta mullida cama y goza de lo que tanto apetecias;* con lo que se vengaba á su placer de la rebeldía de la carne. Y será bien dejar dicho, por no echarlo luego en olvido, que el dia que murió Mariana, sacaron sus hermanos en un azafate de plata aquella sábana con sus piedras y la mostraron al pueblo, celebrando así las victorias que con tanto mérito para el cielo reportó sobre sí misma.

Pero aunque su cama era siempre un potro, no era siempre el mismo, ó porque no se hiciese el cuerpo á una sola clase de tormento, ó porque el estado de su salud no siempre la permitia usar de la misma. Dormia pues unas veces sobre los ladrillos poniendo por cabecera un madero, una piedra ú otro ladrillo: otras veces se reclinaba sobre una cruz de madera tosca, pero de diferente modo. Guardaba á mas de esta cruz otra muy terrible, que se conservó despues de su muerte en el colegio de la Compañía de Jesus de Quito: tenia de largo poco mas de una vara, era redonda y gruesa como el brazo de un hombre y estaba claveteada toda de docientas y siete espigas tan agudas, que no podian tocarse con alguna violencia sin hacer sangre. En la distribucion de sus ejercicios habia anotado que los viérnes le serviria de compañera en la cama y lo cumplia exactamente. Echábase de lado y ponía dicha cruz á la espalda, de modo que á cualquier movimiento que hiciera la avisasen muchas punzadas á un tiempo; y porque no pocas veces en los arrebatos de sus fervores se abrazaba fuertemente con ella, no es extraño que quedara su cuerpo todo señalado y la cruz enrojecida de su sangre, como se podia observar aun muchos años despues de su glorioso tránsito.

A veces conciliaba el sueño, que es retrato de la muerte, dentro del ataúd que tenia en su cuarto, con el horror que era natural y la mortificacion de tener el cuerpo como en prensa y sin poder rebullirse ni mudar de postura. Al reclinarse en este pavoroso lecho solia meditar que la vida humana es como el sueño del navegante, que en despertando se encuentra en otro lugar, otro temple y otro clima; con lo que lograba dar á su alma algún descanso del género que apetecia mas, y quitársele á su cuerpo por mucho que le necesitase. Llegó su sueño á ser, como ya dije, brevísimo; y aunque para que fuese tal, no necesitaba mas que tener camas de tan mala especie, por si se dormia y no estaba pronta á orar, segun la distribucion de las horas, solia tener por despertador otra manera de buscar el sueño, que era ponerse de rodillas recostada de brazos sobre el asiento de una silla

mui baja de respaldo, de suerte que hubiera de despertarla al golpe que diese en él, si llegaba á cabecear de veras. Dormía de este modo poquísimo, y si se agrega lo que era su alimento, y diré despues, fué un milagro sin interrupcion el tiempo que duró su corta vida.

Queda por hacer memoria de otra suerte de cama, que sin duda tenia la admirable vírgen por singular regalo, cuando la guardaba para los lunes, miércoles y algunos viérnes. Mandaba en tales dias á su Catalina llevar unos manojos de ortigas, que en aquel pais se crian mas robustas que en el nuestro, con un tronco á veces grueso como un puño y ramas proporcionadas y sumamente espinosas. Poníalas al pié de la cama la criada, y aunque sabia que la mayor parte habian de servir á Mariana para disciplinarse, conocia tambien al dia siguiente, al verlas esparcidas por el colchon, ajadas y marchitas, que le habian servido de cama. Era comun creencia de los de casa que Mariana dormía sobre las ortigas, y la fundaban en el dicho de no sé quién, que la oyó decir mientras mandaba á Catalina que las deshojase dejando solo las varillas nudosas: *Mariana quiere dormir en cama blanda, yo se la daré como la merece*. Y en verdad que lo era, pudiendo aplicarse el dicho del divino amante de los Cantares: *Nuestro lecho está florido* (1), ó segun la leccion hebrea—*cubierto de yerbas verdes*.

CAPITULO VIII.

Abstinencia singular y ayunos extraordinarios de Mariana

Llegando á dar noticia de la prodigiosa abstinencia de esta inocente vírgen, es preciso convenir en que pasó todos los límites de lo humano, y que su memoria no puede servir á nadie para que se decida á imitarla, sino para que dé gloria á Dios, admirable siempre en sus santos.

Como nació con Job de un parto la misericordia, así

(1) Cant. I.—Corn. á Lap

tuvo Mariana por hermana gemela á la abstinencia, pues queda referido que siendo niña de pecho le tomaba dos veces al dia, y en dias señalados una y no mas. Abstinencia tan opuesta á lo que era natural en una niña de poco tiempo, creció con mayor rapidez que los años; y no hai memoria de que gustase alguna de aquellas cosas que tanto apetecen los niños, teniendo una india á quien daba á escondidas por una ventana cuantos regalillos le presentaba su madre. Cobró bien pronto tal ojeriza á la carne, que aseguraron los suyos no haberla probado por propia eleccion en todos los dias de su corta vida desde la edad del discernimiento; y era tan puntual en su abstinencia, no porque tuviese voto de no comerla, sino porque así creia agradar á su esposo, que no se la hicieron quebrantar sus muchas enfermedades. Solo sus confesores podian conseguirlo en tales casos; pero con la particularidad de que cuando lograban que la comiese por obediencia despues de haber ella dicho que no se avenia con su estómago, veian ellos mismos que removiéndose toda la arrojaba en su presencia sin poder remediarlo; por lo que llegaron á dejarla en paz y no imponerle el mandato por mui enferma que la viesen.

Ignoraba sin duda esta enemistad de Mariana con la carne su sobrina Sebastiana Caso, y compadeciéndose de su abstimente tia, le preparó con sus propias virginales manos no sé que vianda y se la llevó para que la comiese. Agradeció Mariana el agasajo, aunque rehusó probarlo; y viendo Sebastiana que no valian instancias, la amenazó con que se lo diria á doña Gerónima su madre y al P. Camacho; con lo que habria de comerlo por obediencia. Apénas oyó estos nombres, aceptó la favorecida el regalo y prometió comerlo. Gozosa la sobrina le destapó al instante; pero viendo Mariana que era guiso con carne se creyó desobligada de su palabra y enseñó á Sebastiana lo que acaso no sabia; que tratándose de carne, su declarada enemiga, nadie la queria tan mal, que se la hiciese comer á sabiendas.

No menos que la carne aborreció varias otras cosas de regalo, tal como el chocolate. Convidóla un dia siendo

mui niña á tomar una jícara en su casa doña Leonor de Estrada, esposa de un Oidor, y cuando á fuerza de infinitas instancias la hizo ceder, todo lo que pudo conseguir fué que tomase unos cuantos sorbos, que para ella fueron como de veneno; pues apénas se vió libre de la visita, buscó el único remedio de su revolucion interior procurando como lo logró, arrojarlo. El dulce, que con cortas excepciones es el manjar de los niños, fué para Mariana objeto de una severa regla de privacion absoluta, y una vez que tomando por inadvertencia un biscocho mojado en agua reparó en el azúcar de que parecia compuesto, le arrojó reprendiéndose por el culpable descuido.

Tampoco entraban en su cuerpo huevos, pescado ni leche; y en cuanto á los huevos le sucedia lo propio que con la carne, como lo dió á conocer en una ocasion que la visitó enferma su confesor. Era este el P. Antonio Manosalvas, quien echando de ver la estremada flaqueza de Mariana la mandó tomar tres yemas de huevos frescos. No pudo la obediente enferma resistir al mandato, y á poco tiempo ya estaba cumplido, yéndose el confesor á su casa mui satisfecho por haber logrado aquel triunfo de que tomase alimento. No quedó tan satisfecha Mariana en la suya, pues no tardó mucho en empezar á sentir una lucha intestina entre la naturaleza violentada, que pretendia arrojar de sí lo que habia tomado á la fuerza y le servia de peso irresistible, y la voluntad decidida á no permitirlo á todo trance por haber sido el mismo Dios el autor de la violencia. Tres dias enteros pasó la infeliz en aquel duro combate con harto pesar de su alma y tormento de su estómago y de todo su cuerpo, hasta que plugo al Señor sacarla de él enviándole otra vez su confesor al fin del dia tercero. Preguntóle el padre cómo lo pasaba, y oyendo por respuesta el desasosiego grande que habia sufrido, y que le pedia licencia para arrojar aquellas yemas, se la dió: en el mismo punto las lanzó Mariana con ímpetu en su presencia y quedó en perfecto sosiego, causando al padre no poca maravilla el ver las yemas tan enteras y sin alteracon, como si no las hubiera tomado. Y fué cosa de gran asombro para el mismo confe-

sor lo que se refiere en los procesos con juramento de testigos: que habiendo roto Mariana los tres huevos con un cuchillejo y tirado detrás de la cama las cáscaras, después de haber arrojado las yemas tomadas tres días ántes, se vieron salir aquellas cáscaras saltando como si tuvieran espíritu, y acompañándolas en los saltos el cuchillo. Sonrióse la sierva de Dios al ver las maniobras de Satanás con las que trataba de hacerla caer en vanagloria, y cogiendo las cáscaras las tiró al patio por la ventana y puso el cuchillo sobre unos libros devotos que tenia en su mesita.

Su ordinario alimento consistia en una rebanada de pan y alguna fruta; y si comia cosa caliente, era lo mas insípido y lo mas pobre, un plato de coles sin otro sainete que el agua y cocidas hasta sin sal. Pero esto no era de siempre, pues su mas usual alimento era un poco de pan mojado en agua y tan escaso que no llegaba á cuatro onzas; racion que se redujo después una cada veinticuatro horas. Visitándola un dia su antigua compañera en los fervores de la niñez doña Escolástica Sarmiento, le llevaron una cestita con panecillos tan pequeños que apenas pesarian la onza; y preguntándole aquella señora si eran panecillos de S. Nicolas, respondió que eran los que ella comia y que de sol á sol le bastaba con uno. Volvió á preguntar admirada que cómo podia vivir con tan poco; á lo que respondió Mariana, disimulando su abstinencia, que su estómago estragado sobremanera no llevaba, aun queriendo dársele, mas alimento. Refirió lo sucedido doña Escolástica á doña Gerónima, de cuya boca oyó que la abstinencia de su hermana llegaba ya á rehusar toda clase de comida caliente. Y era tal la repugnancia juiciosa, por decirlo así, de aquel estómago, que ni aun en las enfermedades se atrevia nadie á exigir de ella que tomase cosa alguna de sustancia. Declara con juramento á este propósito el médico D. Juan Martin que respondiendo Mariana á sus instancias para que comiese estando mala, decia que ella comia lo que le bastaba, y sabiendo él que lo que ella decia bastarle, era un bocado de pan, le dijo en latin: *Non in solo pane vivit homo*; á cuyo testo, citado á su parecer á propósito, respondió la enferma con

tal agudeza y tan á pelo, que le dejó sin saber qué añadir. Y no sé cuál seria la respuesta; pero no la tenia mui fuera del caso en las palabras que siguen á las citadas, una alma cuyo principal alimento y sosten era Cristo, verdadera palabra de Dios.

A las horas de poner la mesa para sus hermanos y demas familia salia Mariana de su retiro á servirles las viandas como si fuera su esclava; y rehusando ellos por creerse indignos de que criatura tan angelical los sirviese, y llegando hasta á variar muchos dias, por evitarlo la hora de la comida, nada pudieron conseguir, pues Mariana, sin que se supiese quién le daba el aviso, se hallaba siempre pronta al ir á comer burlando sus industrias. Servíalos pues con una afabilidad y exactitud incomparables, y por mas que la brindasen con alguna cosa, ya que no permitia sentarse á la mesa, jamás probó un bocado; con lo que no quedaban ellos poco edificados y confusos. Pedíales que destinasen su parte, como lo hacian, á una mujer mui pobre, y cuando concluia de decirles algunas palabras dulces y espirituales que les servian de sabrosa sobremesa, se volvia á su cuarto con el doble merecimiento de la caridad y de la mortificacion en ver comer y manejar las viandas sin probarlas.

De lo dicho hasta aquí se colige que la vida de esta santa vírgen fué un no interrumpido ayuno, pero tan estrecho y riguroso, que si no tuviera por testigos en el proceso jurídico personas de tanta veracidad y conciencia como sus confesores y hermanos y los domésticos de una casa que era relicario de virtudes, seria reprehensible quien lo creyese. Uno de sus confesores jura que Mariana ayunó todos los dias de su vida; pero este dicho es como un granillo cáustico, cuya virtud no se siente si no se despedaza y mastica.

En edad pues de cuatro años empezó á ayunar, dice la misma señora que la crió, ó por mejor decir, era tan innata en ella y venia tan de atrás su propension al ayuno, que solo parecia que gustaba de no comer, y ya en aquella edad tan tierna, guardando hora como cuando tomaba el pecho, se sentaba en un cojín de la habita-

cion de su madre á las doce en punto del dia esperando que le llevasen su refaccion, que era única y siempre escasa.

A los seis años, viendo D. Cosme y doña Gerónima los continuos desmayos y habitual flaqueza de la niña, lo achacaron prudentemente á los ayunos, y por temor de que se les malograra, procuraron con halagos y promesas obtener de ella que templara un poco rigor tan extraño añadiendo algo mas á la comida y cercenando el número de los ayunos. Todas las razones fueron inútiles para hacer que Mariana variase su ordinaria abstinencia; por lo que viéndola tan decidida y atribuyéndolo todo á inspiracion de Dios, que la guiaba por camino superior y divino, aunque estraviado segun el humano alcance, la dejaron en paz, y así en esta como en otras mil cosas se propusieron no irle á la mano, como no fuese viendo que peligraba su salud, pues entonces solian hacer frente y acudir al dictámen del director de su espíritu.

A los ocho años empezó á conocer lo que era ayunar á pan y agua y al traspaso (que es no comer desde el juéves santo á medio dia hasta el sábado santo al tocar á *gloria*); y dejando aparte los ayunos ordinarios en que comia una sola vez al dia, los que hacia en cuaresma, que llamaba ayunos de pasion, y los de Pascua florida hasta la del Espíritu Santo, que llamaba ayunos de gloria, los lúnes, miércoles y viérnes ayunaba á pan y agua. Lo mismo hacia en las vísperas de los santos de su devocion y vigiliias de precepto, con lo que se adiestraba tanto en la abstinencia, que pudo ya en aquella edad hacer una singular apuesta con una de sus sobrinas de que entrambas pasarian sin comer veinticuatro horas. Empezaron el ayuno, y no habian pasado doce cuando la sobrina desmayada y sin aliento hubo de comer algo por no morir; pero Mariana avezada ya á aquel combate completó sus veinticuatro horas sin desfallecerse y sin probar cosa alguna.

Ganaba siempre terreno con esta clase de pruebas, y á los once años supo pasarse sin probar bocado desde el miércoles de la semana santa á medio dia hasta el domingo de Pascua. Pero estos, como ella decia, eran los prin-

cipios de sus fervores, y siguiendo en progresion creciente, pudo llegar á decir el P. Alonso de Rojas en la oracion fúnebre, que no comia sino de quince en quince dias, y despues de ellos comia una rebanada de pan que volvía á vomitar.

Obligáronla sin embargo sus confesores, por razon de las continuas enfermedades que padecia, á comer cada ocho dias alguna cosa; pero sin mas regalo que una onza de pan ó de otra vianda mui ligera, y apurada por el respeto y deferencia á sus hermanos en caso de mala salud ella misma se amasaba unas tortas mui pequeñas de harina sola con agua y sin sal, del peso de una onza, y por ocultar su mortificacion las metia en el horno. Hacia de cada torta cuatro partes, y una de ellas era todo su alimento en veinticuatro horas: de suerte que con una onza de aquel pan insípido tenia para cuatro dias. Preguntábale Catalina porqué las amasaba sin sal, á lo que respondia admirada que no tenia Mariana méritos para ser regalada con tales melindres. Pero con sal y sin ella para su estómago no era un regalo el comer, ya que nada le entraba por la boca que no lo arrojase con insufribles bascas, pudiendo llamarse su comer tormento del cuerpo y alimento de un espíritu que solo se robustecia con la obediencia.

Pasó muchas cuaresmas con solas seis onzas de pan, cabiéndole á cada domingo igual cantidad. Otro tanto solia hacer desde el dia de Todos Santos hasta el de Navidad; y para que aun aquella onza mezquina perdiese todo sabor agradable, añadía por salsa ó bien un poco de hiel, ó bien algunas yerbas amargas de las muchas que abundan en aquel pais, y no raras veces ceniza, para meditar de paso en su polvo y afirmarse mas y mas en la idea de que alimentar la vida no es mas que entretener la muerte. Y aquí verá el lector si hice bien en decir que no puso el Señor á esta vírgen en el mundo por modelo imitable de mortificacion y victoria de sí misma para toda alma que trate de pasar al cielo por el estrecho de la cruz. Fué ella un verdadero fenómeno en el orden de la gracia; y no hai porqué estrañar que quien dió alientos á

Elías para pasar cuarenta dias con el solo pan subcinericio, que era sombra del pan divino de la nueva lei, pudiese y quisiese alimentar á esta vírgen con el sustancioso pan de su sacramento. Bien conocia Mariana misma que no falta un vigor milagroso á quien se decide por amor á sacrificar á su Dios el vigor y la vida. Aconsejaba un dia á su criada que ayunase á pan y agua y tambien al traspaso; y ella le respondió que lo haria de buena gana si fuese tan buena como su señora. Pues de tu parte está, le dijo Mariana, poner los medios y hacer las diligencias, y Dios cuidará entónces de conservarte la vida. Palabras de tanto fruto, que como declaró la misma india, pudo seguir el consejo de su señora, si bien no en el grado y con la perfeccion de que le daba ejemplo.

No menos que ayunar y mortificarse deseaba Mariana que nadie la tuviese por ayunadora y penitente; porque sustentar el espíritu con el aire de la vanagloria mientras ayuna el cuerpo, es condicion de los hipócritas. Dos eran sus mas frecuentes ardides para que no se conociesen sus ayunos, ó para que si se conocian, no fuesen tenidos por ayunos de penitencia. El primero era dar á conocer con disimulo é hipocresía santa que ella no ayunaba. Deseosa pues de atajar el daño que amenazaba al mérito de su abstinencia, si tomaba cuerpo la voz que cundia ya de que su ayuno era perpetuo, llamó un dia á su gran confidente y díjole estas palabras. "Ya sabes, "Catalina, lo que te estimo, pues no te hubiera hecho "partícipe y depositaria de mis secretos, si no te amase "en justa paga del mucho amor que me tienes. Sabrás "pues mejor que yo, lo que se dice en casa sobre mj "penitencia y ayuno: la especie puede difundirse y per- "derse todo mi trabajo, ó porque intenten esforzarme á "comer, ó porque me espongan al delirio de la jactan- "cia. Yo he de agradar solo á mi esposo, y él me dicta "que no coma; pero de tal suerte, que parezca á todos "lo contrario, y que para ejecutarlo me valga de tu amor "y tu industria. Hazme por tanto de vez en cuando al- "gunos platos, sazónalos bien y con aseo, éntralos en mi "habitacion cuando te vean, diciendo que son para mí;

”y no se malograrán, porque pobres hai en quienes poder emplearlos. Así lograrémos el doble fin de que juzguen que yo como y no ayuno tanto como dicen, y de que el Señor nos prepare á entrambas en la gloria la paga de la limosna que con tus guisos hiciéremos á los pobres.” Agradeció Catalina á su señora la nueva confianza, y le prometió complacerla al pié de la letra. A poco de la entrevista empezó á prepararle algunos guisadillos, que entraba en su cuarto cuando podia ser vista diciendo para quién eran; en lo que realmente no decia cosa que no fuese verdad, pues, recibéndolos Mariana ó por sí misma los pasaba á los pobres, ó los devolvía á la india para que así lo hiciera, quedando una y otra mui complacidas de su inocente y eficaz estratagema.

Estaba tan resuelta á ocultar por este medio del disimulo sus ayunos, que en la ocasion que voi á referir hubo de costarle mui caro. Una señora de Quito no menos visible que curiosa se propuso averiguar con sus propios ojos si era cierto lo que oia decir de Mariana, que no comia y que la alimentaba el pan de los ángeles; y como no era de esperar saberlo sino yendo á su casa, valida de su condicion y clase fuese á hacerle una visita tan excusada y fastidiosa como prolija. Armóse de paciencia Mariana teniéndola en su habitacion desde mui de mañana hasta el medio dia, dándole conversacion atable y procurando sacar algun fruto; y sea que tuviese interior ilustracion sobre el objeto de la visita ó que aprovechase la ocasion de mortificarse heroicamente, lo cierto es que mandó poner la mesa y convidó cortesmente á su huésped. No se hizo rogar mucho la señora, y á las primeras palabras, como quien ve la suya, aceptó y se sentó enfrente de ella, mezclando con cada bocado un acto de devocion porque comia con una santa, y otro de complacencia porque salia por sí misma de dudas. Vió en efecto que Mariana comia, y creyó que era falso cuanto le habian referido á ella, sin conocer que cuando se engañaba era entonces; y por cierto que no era extraño, pues Mariana comió desde el pincipio hasta el fin, haciéndose violencia cual nunca, y comprimiendo los esfuerzos

de su estómago, que pretendia lanzar cuanto sin su aprobacion se le iba dando. Llegó empero á su colmo la repugnancia, y pretestando al fin de la mesa no sé qué urgencia, salió de la habitacion y arrojó cuanto habia comido, sin que le quedase de aquel convite mas alimento que el del espíritu mortificado y maltratado á la par del cuerpo. Libre ya de congoja volvió risueña donde la aguardaba la señora, que levantando á poco la visita se fué á su casa mui pagada del desengaño, y faltándole sin duda tiempo para desengañar á otros no menos curiosos y alegar por testigos sus propios ojos. Celebró tanto Mariana esta ocasion de que el mundo no la tuviese por abstigente, que rebotando su corazon hubo de dar parte en el júbilo á doña Juana de Peralta, que se llamaba su hermana espiritual, y la ayudó no poco con su risa á solemnizar aquel paso.

El otro ardid de que echaba mano la sierva de Dios para ocultar sus ayunos, era dar á entender á todos que el no comer no era virtud en ella, sino mas bien efecto de su natural complexion ó temperamento. Y como que era imposible ocultar constantemente el ayuno á los de casa, le precisaba valerse de este segundo ardid con mas frecuencia que del primero. Decíales que su estómago estaba tan dañado que no admitia alimento de ninguna clase, y no mentia, pues le tenian tan estragado los severos y no interrumpidos ayunos, que no estaba ya en su mano evitar los perjudiciales efectos de lo que debiera sostenerla y alimentarla. Mas no por eso creo yo que dejase de merecer grandemente con su abstinencia; pues hasta la muerte tuvo firme la voluntad en tratarse de aquel modo terrible, y solo la necesidad tuvo poder bastante para vencerla á los últimos de su vida. Así lo testifica el venerable y apostólico misionero del gran rio Marañon P. Luis de la Cueva, el cual habiendo tratado con Mariana sobre las cosas de su espíritu cuando estaba en misiones, y confesándola algunas veces en lugar del P. Camacho ausente, escribe estas mismas palabras bajo juramento. "La hambre que tenia grandísima de Dios, de trabajos, mortificaciones y afrentas, le hizo instar tanto con el P.

”Camacho (á quien me dijo reconocia por su padre en
 ”el espíritu, y que fué el que desde su niñez la puso en
 ”él, desde que comenzó hasta el punto en que se hallaba)
 ”para que le diese larga en mortificaciones y penitencias,
 ”que se vino á desjarretar y quedar totalmente impedida,
 ”como yo la hallé sin poder practicar su distribucion y nú-
 ”mero de penitencias, que causan horror y admiracion.”
 Pero veamos si queda aun que admirar alguna cosa.

No desagradará al lector la noticia de que las pala-
 bras que tan á propósito se dijeron en los Cantares del es-
 poso divino: *Qui pascitur inter lilia*; consultando el origi-
 nal hebreo se transforman en estas: *Qui lilia pascit*; es
 decir que tan verdad es que el buen Jesus se apacienta
 entre azucenas, como que las apacienta y las nutre. A
 falta de otras pruebas bastaria la que nos suministra la
 azucena de Quito. No era razon que conquistado por
 ella tan á propia costa este título participase menos de
 sus frutos que una Catalina, una Rosa y mil otras á quie-
 nes apacentó el esposo: no era de estrañar que quien á Ro-
 sa del Perú la sostuvo sin comer muchos meses y sin mas
 sustancia que las especies sacramentales, se dignase de
 sustentar á Mariana por siete años enteros, los últimos de
 su vida, con el compendio de todas sus maravillas. Solo
 el divino pan era á propósito para su estómago; solo con
 las hostias consagradas se sostenia y cobraba fuerzas su
 delicado cuerpo; y le era tan connatural, por decirlo así,
 la comunión, que pudieron asegurar uniformes los tes-
 tigos que cuantas veces la impedían salir de casa sus
 achaques para ir á comulgar, se sentia desfallecida mucho
 mas de lo ordinario y le precisaba acudir á algun otro
 alimento, que era, como propio suyo, un puñado de yer-
 bas y raíces amargas con hiel y acibar por ingrediente.
 Afirma el P. Antonio Manosalvas que los siete últimos
 años de su vida en que fué su confesor, no probó Maria-
 na sustento alguno de la tierra: lo mismo aseguran bajo
 juramento sus familiares y deudos; y si tanto no basta,
 habrémos de acudir á la misma sierva de Dios, la cual
 hablando familiarmente un dia con sor Petronila de S.
 Bruno monja de Santa Clara, le dijo haber llegado al es-

tremo de no comer ni poco ni mucho; y preguntándole asombrada la religiosa cuál era su sustento, le respondió Mariana que el divino pan de la vida, Cristo sacramentado. Satisfizo en otra ocasion á Catalina, que le preguntaba con sencillez, cómo podia vivir si arrojaba lo que comia, diciéndole con sonrisa: *Cállate, nécia, que para eso voi á la iglesia de la Compañía diariamente, donde me como un cordero con huesos y carne, vivo y entero y mui suficiente para sustentarme.*

Padecia por aquellos años Mariana una cierta contraccion de fauces y apretura de garganta, que la impedian hablar, y solo le dejaban una respiracion mui afanosa y difícil. En la fuerza del acceso tomaba por todo remedio un sorbo de agua ó el jugo de un bocado de manzana ó de membrillo, de que solia proveerla su confesor el P. Manosalvas, y que masticaba con sumo trabajo solo por obediencia, sin tragar la parte sólida y privándose siempre que podia de aquel alivio, como en una ocasion que pasó sin él diez y ocho dias, hasta que le ordenaron formalmente que le tomase. Pero no quiero dejar de referir aquí como conclusion de este capítulo, por necesidad bastante largo, un suceso que confirma la mucho que se complacia el Señor en la mortificacion y obediencia que acompañaban al uso de las manzanas. Enviaba de vez en cuando una cestita de su huerta Leonor Rodríguez Palomeros, que habia pasado los primeros años en casa de Mariana; y viendo el padre de aquella cuánto agradecia la enferma el agasajo, le dedicó el mas hermoso manzano que habia en su huerto, cuidando de que nadie le diezmasse. Empezó desde aquel punto á cargarse tanto el árbol, que como al famoso peral de Santa Teresa siempre le encontraban lleno de fruta, con las ramas vencidas hácia el suelo y amenazando desgajarse. Bendicion tan copiosa alcanzó tambien á todos los árboles de la misma especie, tanto que con su producto pudieron mantenerse sus dueños algunos años. Y para que no quedase la menor duda de que la fecundidad era prodigiosa, apenas cesaron Leonor y su padre de enviar á Mariana las manzanas por una cierta aprension de que ella preferia en sus limosnas á otras

doncellas pobres, vieron que dejaban de producir tambien los árboles, primero el de Mariana y luego todos á la par, con lo que se maravillaron y corrigieron.

CAPITULO IX.

Pide Mariana á su esposo que no se le conozcan por fuera sus ayunos y penitencias, y lo consigue

Mucho ménos sin disputa de cuanto llevo referido sobre la austerísima penitencia de esta azucena cándida hubiera sido bastante para quebrantar el cuerpo de complexion mas robusta. ¿Qué no haria pues en una doncella de pocos años, cuyo físico estaba formado para servir de instrumento de una alma tan afectuosa y sensible como la suya? Marchita en poco tiempo la hermosura de su rostro, pálido el labio, macilenta y demacrada la mejilla, lánguida y amortecida la mirada, no le quedaba aspecto de persona viva, sino de animado cadáver. Veíanla así sus hermanas y demas parientes, y no pudiendo atribuir tan deplorable estado sino á los excesos del santo odio que se profesaba á sí misma, empezaron contra ella una persecucion tanto mas molesta y tenaz, cuanto que su origen era el amor y la prevision infalible de haber de perderla en edad temprana. Sorprendíanla á veces, y esperando sacar al fin algun provecho de su insistencia, le decian con facundia improvisada, que no consistia la maceracion de su cuerpo en consumirle y dar en tierra con él á fuerza de rigores, pues no siendo dueños de nuestra vida, tampoco está en nuestra mano el acabarla: que Dios es el que dispone de ella como señor absoluto, al paso que el hombre es como un mero administrador de los bienes del cuerpo, y como á tal no le compete destruir y disipar lo que se le dió, sino adelantarlo y conservarlo: que el derecho que tiene el prójimo para que ninguno le quite la vida por autoridad privada, ese mismo y aun mayor asiste al cuerpo de cada viviente racional para que la persona no sea homicida de sí misma. Otras veces pre-

viendo y confutando sus respuestas, le decian que si bien el zelo de agradar á Dios con la austeridad puede á las veces excusar de culpa y aun ser tambien mui loable, no lo es ciertamente cuando la regla de la discrecion no le mide, ni procura tenerle en la senda del medio, que para no errar es la única: que no habia para qué negar ó tergiversar lo que ellos mismos estaban viendo, y que de nada les servia decir que cuanto hacia no merecia nombrarse, si se comparaba con lo muchísimo que quisiera hacer por amor á su Dios, siempre que aquel poco y aquella nonada tenian un sobreescrito innegable en su rostro demacrado y cadavérico. Concluian con un epílogo elocuente y animado de fuertes imágenes, en que le representaban que su sangre era la propia de ellos tan cercanos parientes, y que no debia malograrla y arrojarla de sí á fuerza de golpes, que en todos hacian mella; y por si esta batería no la rendia, concluian con otra de resultado á su parecer infalible, á saber, que mas agradaba á su esposo una moderada penitencia de muchos años que un fervor arrebatado de pocos dias.

Fácil es de suponer que Mariana no podia oir tales arengas sin conmoverse profundamente y dar entrada en su alma á melancólicos pensamientos; y no ya porque ignorase que todo lo que hacia con aprobacion de su padre espiritual ó con superior ilustracion, agradaba sobremanaera al esposo, sino porque el corazon verdaderamente humilde se acongoja tanto al ver que se le tiene por virtuoso, cuanto se alegra el hipócrita. ”¡Yo (iba repitiendo entre las emociones de un dolor comprimido), yo en opinion de buena! ¡Yo tan floja tenida por penitente! ¡Yo tan peccadora creida santa! ¡Y mi rostro ha de ser la causa? ¡Ah! Que si esta ha de ser la ocasion para que juzguen tan mal, esposo tengo que la quite y deshaga el engaño. Si por amor suyo perdí la belleza; si por quererle imitar en la cruz donde no le quedó asomo de lo que era, se deslustró mi rostro; él es pintor divino que sabrá retocarle, y desvaneciendo ideas falsas que me favorecen, hará que me tengan por lo que soi en realidad, no por lo que miente el aspecto.” Pedia pues al esposo con instancia

que se le mudase, empeñada en aparecer hipócrita por huir de la que juzgaba insoportable hipocresía. Al cabo de muchos días de plegarias reforzadas con lágrimas y sollozos salió una mañana de su casa para recibir la sagrada comunión en la iglesia de la Compañía con firmísima esperanza de conseguir sus deseos, y llegándose al confesonario del padre Juan Camacho le comunicó su pretension, y le suplicó celebrase la santa misa á honra y gloria especial de la persona del Espíritu Santo, en quien cifraba toda su esperanza de consuelo. Celebró en efecto el padre; recibió Mariana el pan divino y volvió á hablar con el padre á su confesonario, al lado del cual se quedó dormida por un rato. Despertó y se levantó; pero tan transformada, que su rostro sonrosado y hermoso pudiera competir con el de un ángel; y porque las manos estaban en el mismo caso de mostrar al mundo su penitencia, fueron tambien partícipes del milagro y aparecieron llenas de carne y graciosas en correspondencia con el rostro. Hermosura tan nueva y tan repentina no podia ser obra sino del artífice divino y amante esposo de Mariana, que siguió complaciéndola hasta despues de la muerte, sin que esta fuese capaz de desfigurar su belleza, y mucho menos lo fueron las enfermedades y penitencias que la acompañaron hasta el sepulcro. Al verse ya escuchada tan á su placer rindió gracias al divino custodio de su humildad, y se confirmó mas y mas en que le agradaban sus sacrificios, supuesto que en cara y manos le ponía, por decirlo así, un muro inexpugnable contra la vanagloria y el aplauso humano, que segun S. Pedro Crisólogo (1) son los que combaten á la santidad, cuya ciudad es el ayuno. Y en efecto viéndola sus hermanas y parientes al cabo de algun tiempo tan linda y diferente de lo que era cuando le hacian aquellos cargos, le dieron el parabien por su docilidad no menos que así mismos por creerla recobrada para mucho tiempo, y porque lo atribuian á tan sano y acertado consejo. Pero Mariana disimulaba y se complacia tambien creyéndose rebajada no poco en el concepto de sus gentes, gozosa cada día mas de no tener

(1) Sobre el ayuno

otro testigo que su esposo de lo muchísimo que le costaba el amarle. Y por entonces no tuvo otro en realidad, como no fuera su confesor y la india confidente; mas algún tiempo despues rastreando sus domésticos, siempre en acecho, que en nada habia variado su tenor de vida austera, no pudieron menos de atribuir á operacion milagrosa la mudanza, y así lo depusieron con juramento, como consta en los procesos. Puede ser que á Mariana siempre quedase oculta en lo sucesivo esta noticia y conocimiento de los suyos; pero entre tanto es cierto que su esposo renovó en ella el premio concedido por Dios en los pasados siglos al ayuno, cuando mantuvo lozanos y graciosos con unas legumbres los rostros de Daniel y sus compañeros, y cuando supo añadir hermosura sobrenatural á los de Ester y Judit á pesar del ayuno, con el cual hubieran debido de enjugarse y empañarse.

Cooperaba tambien de su parte cuanto podia la penitente vírgen á los efectos de aquella prodigiosa mudanza, pues á la belleza y nutricion de cara y manos añadia una afabilidad tan rara en las palabras, que muchos buscaban oirlas para consuelo de sus almas. Aunque vivia entre sus parientes, dice uno de sus confesores, era lo mismo que si viviera en los desiertos; pero con tanto retiro no mostraba esquividad alguna con ellos. De nueve á diez de la noche, segun la distribucion de horas que copié, salia de su aposento á buscar agua y dar algún ligero esparcimiento á su espíritu mas bien á dárselo á sus hermanas y sobrinas. Juntábanse todas, inclusa su hermana mayor doña Gerónima, y con aquel rostro en que iba pintada la paz, hermosa hija de Dios, recreábanlas Mariana entablando sabrosas pláticas espirituales y sosteniéndolas sin violencia. A veces las llevaba á un sitio abierto, desde donde las convidaba á mirar el cielo estrellado, y las exhortaba con suavidad á vivir de tal suerte que mereciesen ser luceros de la gloria. Otras veces tomaba en sus manos la guitarra, y tocándola con primor, cantaba unas letrillas llenas de ternura y afectos á Jesus amante. Mucho tiempo despues recordaban aun sus hermanas y sobrinas alguna que otra estrofa suelta, en

la cual, mas que la armonía del metro ó pureza de la frase, descollaba el enardecido suspiro de la cantora: y era cosa que obligaba á amar á Dios el oirla modular estos versos:

*El gran monarca Jesus,
Del Padre Eterno heredero,
Teniendo la cruz por cama,
Hacer quiere testamento:
Porque la corona y clavos
Le tienen ya casi muerto,
Estando enfermo de amor
Por sanar al hombre enfermo . . .
Enfermedades de amor
Vos le han puesto en tal extremo,
Y es tan agudo el achaque,
Que no se le halla remedio.*

Puede ser que no llenen del todo al lector estos retazos de romance; pero de seguro llenaron al esposo, que era su objeto. Y en prueba de ello cantaba tambien Mariana alguna vez por desahogo amoroso en su cuarto, y mas de una se oyó desde fuera un conjunto de suavísimas voces que la seguian, y los de casa juzgaron que fuesen voces celestiales, fundándose en que nadie penetraba en el retiro de Mariana. Ella misma dijo en una ocasion que alababa á Dios con la guitarra en compañía de otras doncellas amigas: oyó la especie un sujeto de la familia y preguntó confuso á doña Gerónima, quiénes podian ser aquellas amigas; á lo que respondió ella resueltamente: Vírgenes sagradas del cielo que sin cesar la asisten. Y nadie estaba en el caso de saberlo mejor que doña Gerónima, que como hermana mayor era respetada y obedecida de Mariana.

CAPITULO X.

Heroica mortificacion de la penitente Virgen en no beber agua estando hidrópica

O fuese por la gran pérdida de sangre en la tan fre-

cuente abertura de la vena, ó por la escasez del alimento diario, ó porque pretendiese Jesus completar en su esposa la imágen de su humanidad paciente, ó mas bien por todo este conjunto de causas, lo cierto es que en los últimos tiempos de su vida llegó Mariana á padecer una cruel é incurable hidropeçia con la consiguiente tortura de sed voraz y continua. Exhausto su cuerpo de sangre, con la poquísimas agua que le daba se le inchaban las carnes, especialmente de las rodillas para abajo, de un modo monstruoso, como ella misma escribia á su confesor, y experimentaba todos los síntomas y el tormento de una persona hidrópica. Tienen tales enfermos su tirano y su verdugo en lo que mas apetecen, y el agua llega á ahogarlos no por fuerza y á mano armada, sino con suavidad y haciéndose amar sobre todo placer humano, pudiendo decirse que el agua es el dogal y el elemento del hidrópico, mientras que le abraza mas la sed cuanto mas bebe. Este fué tambien el empleo del agua con Mariana hidrópica; servir por largo tiempo de crisol y martirio, no ya porque el mucho beber agujonease su sed, segun la condicion general de los que por enfermedad buscan el agua, sino por la heroica constancia con que huia de ella, siendo así que la necesitaba como sierva sedienta. Pero dije mal que huia de ella, ó no debe entenderse sino que no la bebia: por lo demas empleaba la lengua en sus elogios, la imaginacion y los sentidos en verla y regalarse con ella, con una clase de tormento que solo podrá calcular quien haya experimentado alguna cosa en este género. Discurría detenidamente sobre las bellezas del agua y bienes que nos proporciona, trayendo á la imaginacion cuanto habia leído sobre ella ó era capaz de discurrir. La elogiaba porque por ella se alegran los prados y viven los peces, los animales y las plantas. En ella como en Océano sin límites veia encerrados todos los bienes del mundo, y una representacion natural del Eterno Padre, que es principio sin fin. La admiraba como elemento dominador que avasalla á los demas, y concluia exclamando: Bendito sea el Criador que te hizo tan hermosa y singular entre todas las criaturas. Loada sea para siempre su piedad, que nos dejó en tí un bosquejo

de sus misericordias. Con el mismo fin de alabar el agua y mortificarse no bebiéndola, salia de su cuarto á un comedor cercano, siempre que oia llover, y mirando deslizarse los arroyos y sintiendo correr tras ellos sus ansias, daba lugar á que se le abrasasen mas y mas las fauces, hasta que satisfecha ya de tormento se retiraba. No pocas veces cogia el agua en sus manos, y mirándola de hito en hito hacia ademán de aplicar al abrasado labio, y luego le retiraba fijando la vista en su amor sediento en la cruz, y la derramaba sirviéndole sus manos de ara y el agua de sacrificio, no menos generosa que David en el acto de derramar el agua de la cisterna de Betel.

A medida que encruelecia la sed, la mortificacion subia de punto, y el alma de Mariana llena de sobrenatural esfuerzo inventaba nuevas trazas para triunfar de un cuerpo, que al fin nada pedia fuera de su derecho. Tomaba en el momento de mayor apuro un jarro, que procuraba tuviese bien marcado el pico; íbase con él á la tinaja ó á la fuente, sacaba el agua, y estendiendo el brazo cuanto podia, pendiente el jarro de la mano, vertia el agua muy despacio hasta la última gota. Apurada aquella, volvía á llenar el jarro y volvía á vaciarle del mismo modo y con igual pausa: luego repetía la función tercera y cuarta vez, hasta que no pareciéndole posible martirizarse mas, daba la bendición al agua y sin probarla se volvía á su cuarto. ¡O poder inmenso de la gracia! Nada hai que te resista. No estrañará el lector esta exclamacion, porque le bastará haberse visto alguna vez acosado de la sed cerca del agua, sin poder por entonces beberla, para calcular algo de lo que podrá ser para un hidrópico tenerla en las manos, jugar con ella y ni abrigar siquiera esperanzas de probarla. Tres meses pasó Mariana en una ocasion sin beber una sola gota por milagro patente de su esposo, el que cuando se quejó de sed en la cruz, pudo consolarse con el singular denuedo con que algun día le habia de corresponder esta vírgen.

Durante su última enfermedad padeció tan horrible sed, avivada por el ruido de la acequia que corría por la calle de su casa, que llegó á pronunciar estas palabras en

un acceso de fiebre: ¡O quién me echara en esa acequia para mitigar tanto fuego! Oyóla una buena mujer que la asistia, y compadecida de su trabajo se ofreció á traerle un jarro de aquel ansiado refrigerio; pero Mariana al paso que agradeció la piadosa oferta, dijo: No, señora, que no la he de beber, pues ántes me recreo toda cuando pienso que tengo algo que ofrecer y en qué asemejarne á mi esposo.

Y para que se vea que este espíritu de mortificacion y penitencia heroica léjos de descaecer ó disminuirse iba en aumento hasta la muerte, es mui digno de singular recuerdo lo que solia hacer en tiempo de su última enfermedad. Agregándose al mal continuo el ardor de la calentura, llegaba un punto en que pedia un sorbo de agua, acaso por natural y no resistible instinto; pero si se mira á lo que pretendia pidiéndole, con acto premeditado y á todas luces heroico. Porque le llevaban en efecto el agua en un búcaro ó vasija de barro oloroso, y yéndosele tras ella los ojos y toda el alma, la tomaba en la mano, le daba mil vueltas, la miraba una y muchas veces, siendo cada mirada una saeta y cada instante un tormento: despues sin servirse de ella ni aun para enjuagarse la boca la apartaba de sí y la devolvía á quien se la habia llevado, ofreciendo tantos sacrificios, cuantas eran las gotas que encerraba la vasija.

Para mayor prueba de que la guiaba el espíritu de mortificacion y no el temor al agua dañosa siempre al hidrópico, concluiré esta materia refiriendo lo que le acontecia tambien con la fruta. Parte por lo que veian, y parte por lo que era de suponer, calculaban algunas personas lo mucho que debia de sufrir con la sed Mariana, y movidos de caridad le llevaban algunas frutas jugosas, para que sin beber la mitigase algun tanto. Veíalas ella con un placer y una ansia indecible, y hubiéralas adoptado en digno suplemento del agua, ó mejor diré que las adoptaba en realidad, pues empezaba á manosearlas y hacer ademan de llevarlas á la boca, hasta que al cabo de un rato concluia por enviárselas de regalo á su hermana doña Gerónima. Pero si tenia proporcion por haber alguien delante,

elegia mejor partido para padecer, y era pedir encarecidamente que comiesen aquella fruta, y ella se estaba mirando con atencion á quien se saboreaba con su sumo Sirva de sello á lo dicho el acto con que Mariana completó una série crecidísima de victorias á cual mas heroicas, y (permítaseme decirlo) únicas en su género. En sus últimos dias y estando ya para morir, mostró vivo deseo de comer uvas, y no faltó quien pensase que tal antojo en una criatura tan mortificada no carecia de misterio, siendo precisamente el vino que se saca de la uva la materia que destinó Jesus para convertirla en su sangre, de la cual se mostraba aquel corazon tan sediento. Como quiera que fuese, no hallándose uvas en la ciudad mui á la mano, se hicieron varias diligencias, y halladas por último, se le presentó un gajo ó racimo á la enferma, la cual tomó tres granos en reverencia de las tres divinas personas, y chupándolos arrojó los hollejos sin permitir probar uno mas siquiera. Si la peticion no tuvo otro motivo que la sed, aquellos tres granos sirvieron de fijo á sus entrañas de mayor incendio, como sirve poca agua al fuego material para avivarle: y si no fué sed, sino misterio, no podia escoger Mariana cosa mejor que aquel consuelo, último de su santa vida, para que supiésemos dónde estaba su alma hasta el postrer aliento.

CAPITULO XI.

Mortificacion portentosa de sus sentidos

Si los sentidos corporales son en frase del pontífice S. Gregorio (1) los cinco talentos que entregó el divino mercader á sus siervos, para que comerciando con ellos mientras viven en este mundo, tuviesen prontas á la hora de su venida, como él mismo dijo, las ganancias que se propuso en el providencial repartimiento; solo la angelical Mariana, que goza ya hacc mas de dos siglos del fruto de un capital inmenso, pudiera decarnos lo que le

(1) Homilia 9 ^a sobre los Evangelios

valió el uso de sus sentidos. Y no habia de decirnos cosa de gran asombro, cuando sabemos que toda su vida fué un ejercicio continuado de refrenarlos y dirigirlos, que es el único uso juicioso y acertado de unos instrumentos indiferentes de por sí para ganancia ó pérdida eterna.

Todo su tenor de vida desde los mas tiernos años revela una voluntad resuelta á no hacer uso de sus sentidos para conocer al mundo por de fuera, contenta con conocerle en sí misma por divina ilustracion para aborrecerle. Y como que esta voluntad jamás desmentida lleva consigo un conjunto de actos mas ó menos visibles, pero todos costosos y animados del espíritu de mortificacion habitualmente heroica, la de Mariana en este punto rayó tan alto, que bien puede servir de conclusion digna de este libro y epílogo, por decirlo así, de su admirable espíritu de penitencia. Discurriendo pues brevemente por todos los sentidos de su cuerpo, los ojos, que son las ventanas del alma, no le sirvieron jamás para pábulo de vana curiosidad; cosa á la verdad bien difícil para todos, pero mucho mas sin disputa para las hijas de Eva, que empezó á prevaricar por la vista, é imitadoras de la mujer de Loth, que tambien se perdió por ella. Sus ojos, cuando no podian abrirse sin algun riesgo ó disfrutar de la hermosura del cielo para elevar el espíritu, estaban por lo comun cerrados ó clavados en tierra, sobre todo cuando le hablaban; y esto lo hacia tan sin esfuerzo y tan sin sombra de artificio, que nadie atribuia su modestia sino á mortificacion, pasada ya á ser hábito virtuoso. Llevaba siempre cubierto el rostro con el velo, cuando salia de casa para la iglesia de la Compañía, y al verla pasar solia decir el médico Juan Martin que era imposible que humanos ojos la mirasen y no diesen gracias á Dios por haber formado tal criatura, y que su modestia no fuese viva reprension de la disolucion mas procaz y desenfrenada, porque su vista inspiraba honestidad y su composura pureza. Esta rara y singular modestia de los ojos y de todo su cuerpo fué la que principalmente le mereció el renombre de *santa*; pero tan general y bien sentido en toda Quito, que cuando los padres ó parientes

de alguna jóven casquivana y de modales libres querian obtener de ella el recato propio de su sexo, no reforzaban la exhortacion con otro ejemplo que el vivo y presente de su mortificadísima paisana capaz él solo de mudarlas ó confundirlas.

Persuadida desde mui luego de la suma verdad de aquella divina máxima: *No se sacia el ojo con ver, ni el oido con oir*, reprimió constantemente la curiosidad mujerial, y ni en las cosas mas lícitas y santas permitió á sus ojos algun desahogo. Jamás supo decir por haberlos visto de qué mérito fuesen los pasatiempos y diversiones de la ciudad, pues ni á los mas indiferentes acudió una sola vez en su vida. Lo propio debe decirse de las fiestas y regocijos públicos en ciertas ocasiones solemnes; lo cual no es ciertamente gran cosa en una vírgen recatada, si se compara con haber negado á sus ojos lo que otros buscan con ansia como incentivo de la piedad. Todo está dicho consignando lo que deponen con juramento en los procesos todos los testigos informantes, y entre ellos sus confesores, incluso el que predicó en su funeral, á saber, que jamás entró ni aun en otro santuario, ó visitó mas iglesia que la de la Compañía de Jesus, donde tenia cuanto podia apetecer, como no fuese una vez que se juzga haber entrado en el magnífico y suntuoso templo de S. Francisco en ocasion del entierro de su sobrina Sebastiana de Caso. Ni aun cuando hubo de recibir por consejo del P. Juan Camacho el cordon de la tercera órden del Santo, fué ella en persona al templo, sino que amante del retiro y temerosa de la curiosidad comisionó á otra para que se lo llevase.

Entre los infinitos actos de mortificacion con que enfrenó siempre su vista, no puede dejar de recordarse uno que comprendió un gran número de mui sensibles privaciones: hablo de no haberse decidido jamás á ir á visitar la milagrosa imágen de nuestra señora de *Guápulo*, que es el refugio de la ciudad de Quito, remedio de sus necesidades y una de sus mayores grandezas. Está colocada la preciosa efigie en un pequeño pueblo de indios llamado *Guápulo*, que dista de la ciudad cerca de una legua

y en un templo fabricado por la piedad antigua, que en la preciosidad de sus alhajas, en el vistoso ornato y suntuoso culto puede competir con los mejores de Quito. Testigos irrefragables de la proteccion que dispensa en él María á los necesitados de todo género, son los innumerables *votos* que penden de su altar y de las paredes del templo, en cada uno de los cuales se recuerda un beneficio y se representa un ánimo agradecido. Y estanta la fé y la confianza de aquella gente en su vírgen de *Guápulo*, y tanto el entusiasmo por visitarla, que se contaria por un milagro el que alguno no hubiese ido á verla y á gozar de la perspectiva del templo. Pues este prodigio de mortificacion se admiró en Mariana, que por agradar mas á su amada madre María mortificándose que yendo á honrarla ante su venerada imágen, se privó toda su vida del placer que de fijo hubiera tenido su alma hecha para grandes bellezas en ver y admirar la de aquel soberbio edificio. ¡Cuánto tendrá que rumiar y aprender aquí quien con esta ocasion se mire á sí mismo, y encuentre acaso que la mayor parte de su devocion se confunde con la vana curiosidad y no busca sino acallar el prurito de novedades, el cual paliado por el amor propio en todo se insinúa y vicia en su raiz las cosas mas santas! Mas no paró aquí la mortificacion de la vista en Mariana. Solia la piedad de aquellos fieles llevar procesionalmente la adorada imágen á la iglesia catedral de Quito, cuando peligraban sus mieses ó viñedos por el granizo ó lluvia deshecha, cuando veian el cielo de bronce, y en una palabra siempre que los amenazaba de cerca alguna calamidad. Por lo menos una vez al año no dejaban de llevarla en pomposo triunfo para festejar el patrocinio de las armas españolas, y en tales casos salia á recibirla la ciudad con su ayuntamiento, cabildo y religiones, animándose toda Quito de una nueva vida, y dando de ello buenas muestras en el adorno y colgaduras de ventanas y puertas, en el continuo repique de campanas y en el bullicioso ir y venir de la gentes, tan ansiosas de ver lo que cada año les causaba la misma novedad: los artesanos dejaban sus talleres, los merca-

deres sus tiendas, y era para la devota poblacion un dia verdaderamente festivo. Solo Mariana, á ninguno inferior en el cariño hácia su madre y patrona, parecia insensible en aquellos momentos, y nada era capaz de hacerla dar un paso para tomar parte en el comun alborozo. Entraba María Santísima con tan solemne recibimiento en una ocasion de pública necesidad, y diciéndoselo á Mariana un padre de la Compañía, que á la sazón se hallaba en su casa, y mostrando ella no poco regocijo, empezó el padre á persuadirla que fuese á ver el triunfal recibimiento, para lo que hizo una descripcion de la hermosura de la imágen y de la dicha de los que así la recibian y agasajaban. Hallándola indiferente redobló instancias y razones; pero sin adelantar nada, ni poder conseguir que se decidiese á marchar á la catedral, donde ya debia de estar la imágen. Tan inflexible resolucíon, que el padre calificó en su interior de dureza, llegó casi á enojarle; y conociéndolo la mortificada vírgen: *Padre, le dijo, pediré licencia á mi confesor, y si me la dá, haré lo que pide.* Fueron estas palabras como luz que de repente se refleja en lugar oscuro, porque aquel padre enmudeció, y calculando toda la perfección que se encerraba en la respuesta, no se atrevió á molestarla mas, ni á pretender una cosa, que aunque buena hubiera impedido en Mariana un bien de mayor cuantía. ¿Y quién duda que agradaria mas sin comparacion á María Santísima el que se privase ella de verla en su imágen sobre la tierra á trueque de visitarla mejor y preparar sus ojos para verla con ventajas por una eternidad cara á cara, y mas cuando en su habitacion tenia la pintura que le representaba la misma sobrehumana belleza? Ni son tampoco mui necesarios los retratos para quien como Mariana tiene tan purificada la vista superior, que goza de la contemplacion del original del mejor modo posible al humano destierro.

Si alguna rarísima vez puso los piés en casa ajena, fué por ejercitarse en obras de caridad, y no hai cosa mas repetida en los procesos jurídicos, ni mas conocida por tradicion en la ciudad de Quito, que el no haber

Mariana pasado por otras calles que las dos que dividian de su casa el colegio de la Compañía. Una excepcion hizo á esta regla, y fué porque pasando una mañana mui temprano para ir á la iglesia por la calle que tenia de costumbre, oyó á cierta distancia una voz que decia: *Aquí viene la santa*. Sintió ella tan vivo dolor como el que ocasiona golpe imprevisto; y empezando á llorar sin consuelo añadió aquel dia una disciplina á las de costumbre, y multiplicó sus maceraciones como para satisfacer por aquel juicio á su parecer tan errado y alejar de sí todo peligro de darle entrada en su alma. Desde entonces determinó mudar de camino y rodear por ciertas calles contiguas para no pasar por aquella en que habia oido el silbo de la serpiente; y hubiera seguido haciéndolo siempre, como lo hizo unos dias, á no habérselo prohibido su confesor mandándola que volviese á su antigua ruta.

No podia dejar de ser mortificadísima la vista de quien estaba tan retirada y ajena de las cosas del mundo, que viviendo entre sus hermanos y parientes jamás encontró en su compañía el mas mínimo impedimento para adelantar en la virtud. Su habitacion era mirada por propios y estraños como por Jacob la escala misteriosa, y la tenian por casa de Dios y puerta del cielo. Raras veces admitia visitas, y esas de personas que se le asemejasen en la virtud, ó de deudos mui cercanos; y solo un dia en el año, que era el de la Santísima Trinidad, abria su cuarto á todos los de casa, los cuales con la misma reverencia y temor santo con que pudieran visitar el santuario mas célebre, entraban á adorar á la Majestad divina ante un altarito que con especial esmero componia para aquella fiesta la ermitaña doméstica. Es verdad que diariamente salia de su clausura; pero como llevo repetido, era para entrar en otra mas rígida que disponia en su corazon, yendo á colocarse en un rincosito de la iglesia al pié de la escalera del púlpito, de donde no se movia sino para llegarse al confesonario y comulgatorio. Puso en aquel lugar una tarimilla tan pequeña, que no le servia sino para estar de rodillas; y en esta postura permanecia constantemente todo el tiempo que pasa-

ba en la iglesia, que era mucho, en especial en las cuasmas; pero tan atenta á su Dios presente, tan concentrada en sí misma, que jamás miró, ni habló con persona alguna, ni permitió que á ella le hablasen. Y estaba tan léjos de ahuyentar á las gentes este ademán recogido y austero, que muchas señoras, y particularmente doncellas devotas, llevadas de la fragancia de tan hermosa azucena, procuraban hacerle la corte como flores de menos mérito, fijaban su sitio junto al púlpito y la cercaban diariamente esperando amor de Dios y devoción mientras estuviesen á su lado; cosa que edificó mucho á Quito, y consoló siempre no poco á los padres de la Compañía.

Pero quien tan á raya pudo tener los ojos y de consiguiente el corazón, no había de tener sin custodia la otra puerta del alma casi tan espuesta como la primera, que es el oído. Nunca le abrió á cuentos vanos, novedades de mundo ó cosas inútiles, y mucho menos consintió que se deleitase con el dulce veneno de la detraccion, que no permitió jamás en su presencia; y era cosa sabida que lo que se hablase con Mariana había de ser de tal género, que pudiera comunicarse con Dios en la oracion. Su olfato, como quiera que sea el sentido de que menos hai que temer, nunca pudo desmandarse: con cuánto mérito de Mariana, solo ella lo sabe, que siendo mujer y por lo tanto aficionadísima á olores no consintió nunca en su cuarto sahumerios, esencias ó pastillas, ni llevó jamás sobre su cuerpo cosa de olor agradable, ni aun con pretesto de ser reliquias ú objetos devotos. Otro tanto hizo con las flores, cuyo balsámico aroma no percibió jamás advertidamente y de propósito, sino cuando las manejaba para ofrecerlas en grato holocausto á su santísima Madre ó á sus celestiales patronos.

Nada diré del sentido del gusto, pues puede creerse con fundamento que hubo de perderle quien tocante á no comer llegó al extremo que queda referido en este libro, y quien tenia además la hiel y el vinagre por salsa de dias clásicos. En cuanto al tacto, si se mira esparcido por todo el cuerpo y con un deleite especial en

el refrigerio del agua, recuerde el lector los excesos de penitencia que van contados, y la heroica abstinencia en la bebida, y verá si es posible idear mayor suplicio para un sentido siempre dispuesto á pagar con traicion mortal los halagos. Y si se mira mas bien como residente en las manos, instrumento de sensaciones sin cuento al alma que las maneja, siendo la de Mariana tan esquiva de toda impresion halagüeña ó peligrosa aun de léjos, no tocaban sus manos fina seda, ni lienzo suave, sino la tosca lana de que se vestia; y puede decirse sin temor de errar que lo que al comun de los mortales es vehículo de placer, fué para esta mártir voluntaria instrumento de pena y aumento de privaciones.

LIBRO TERCERO.

HEROICAS VIRTUDES DE MARIANA DE JESUS Y DONES PRODIGIOSOS CON
QUE LA FAVORECIO EL CIELO DURANTE SU VIDA.

CAPITULO I.

Su fe viva y su firme esperanza en Dios

Es mui digna de observacion y puede mui naturalmente aplicarse á Mariana de Jesus la prerogativa que el Espíritu Santo atribuye en el sagrado libro del Eclesiástico á la azucena. Habla con los que aman la virtud y la siguen, bajo el emblema de las flores, y les dice: *Brotad como la azucena; esparcid suaves olores de toda virtud, y echad asi mismo graciosas ramas: Florete flores quasi lilium, et date odorem, et frondete in gratiam* (1). Que Mariana de Jesus fuese azucena agradable á su esposo, quien la plantó en Quito para que desde allí embalsamase la tierra y estimulase á muchos á emular, ya que no á copiar sus candores, no hai para qué repetirlo, porque eso arrojan de sí en general los dos libros que preceden. Mas es preciso ver á lo que en particular convida esta bella flor, y cómo considerada ya en el libro anterior, cual azucena entre espinas de penitencia, se presenta ahora produciendo tantas nuevas azucenas como virtudes segun el dicho de San Bernardo: *Quod virtutes. tot lilia* (2). Empezarémos por la fe: siendo esta gran virtud cuando se hallaba animada de la caridad, como la semilla de donde brota todo el mérito de las buenas obras, el paje de hacha, por decirlo así, que ilustrando el entendimiento dirige no menos la voluntad humana en sus actos, y el firmísimo fundamento sobre que estriba

(1) Eccl., c. XXXIX, v 19

(2) S. Bern., serm. 70

todo el edificio de las virtudes, quien tenia tantas como Mariana, no podia menos de poseer una fe á toda prueba. Y en efecto brilló siempre en su alma la luz de esta divina virtud como el oro puro y sin mezcla de escoria de dudas ó perplejidades; y en la contemplacion de sus divinos misterios léjos de oscurecerse ó empañarse, se refinó su brillo y crecieron sus resplandores, Penetró, dicen los procesos jurídicos que tengo á la vista, penetró y entendió bien, segun es dado á la criatura, los misterios de nuestra santa fe católica romana; para lo que le sirvió no poco la educacion esmerada que recibió de sus padres, el ejemplo de su casa, llamada *casa de la oracion*, su trato frecuente y comunicacion íntima con sus confesores, á cual mas doctos y espirituales, las especiales instrucciones del hermano Hernando de la Cruz, gran siervo de Dios, y la continua lectura de las obras de Santa Teresa y de otras vidas de santos. De su viva fe es prueba evidente una série de hábitos y de acciones, parte referidas ya, parte que recordaré de nuevo, série quimérica é imposible en una alma de fe menos arraigada y profunda. Sin perder jamás de vista á su Dios presente multiplicó Mariana sin cesar los actos interiores mas propios de una alma que cree, ya de adoracion, reverenciándole como á su criador, ya de sumision, acatándole como á su rei, ya finalmente de adhesion, amándole como á su esposo. De la fe nacieron aquellos sublimes arranques con que deseó, siendo niña, salir con sus compañeras á convertir los infieles del Marañon y propagar la fe cristiana entre los moros; y los impulsos de la fe eran su guia cuando con encarecidas súplicas y ardientes lágrimas se empeñaba con su esposo por la propagacion de la fe católica y aumento y dilatacion de la cristiandad, envidiando de todo su corazon á los mártires porque habian logrado sus vidas perdiéndolas por tan noble causa. Hubiera dado su sangre en efecto por la defensa ó confirmacion de cualquier dogma católico y por demostrar la sumision que le merecia el dicho infalible de quien no puede engañarse por su infinita sabiduria, ni engañarnos por su indefectible veracidad. Y era esta fe tan fer-

viente y tenía tanta eficacia para excitar con natural impulso los afectos, que cuando hablaba Mariana de los divinos misterios, en especial de los que pertenecen á la divinidad de nuestro Señor Jesucristo y á su sacratísima humanidad, se encendía su rostro y palpitaba su corazón como si tuviese por cárcel el pecho. Aparte de la reverencia que tenía á los demas, la profesaba singularísima al misterio de la beatísima y augustísima Trinidad, á cuya amorosa providencia é inexhaustos tesoros acudía animada de viva fe en todos sus ejercicios y operaciones. al de la sagrada Eucaristía, que puede llamarse las delicias de Mariana, y al de la dolorosa pasión de Jesus. que robándole toda la voluntad solo le dejaba el pesar de no poder dar en justa recompensa toda su sangre.

Pero si no mereció tanta dicha, entretuvo sus ansias en lo que fuera digno empleo de la fe de un apóstol. Reunía á primera noche á todas las personas de la dilatada familia de la casa, sin esceptuar las esclavas é indias libres de servicio, y cuando las veía todas juntas, daba principio á una instruccion sobre los misterios de nuestra santa fe y oraciones de la iglesia. Con toda la eficacia propia de quien cree por conviccion y no por la costumbre ó el dicho humano, inculcaba aquellas verdades, y acomodándose á la capacidad y disposiciones de sus oyentes se quitaba, por decirlo así, de la boca lo que hubiera de comer, como fruta, dulces ú otros regalillos, por tener algo con qué atraer á los menos dispuestos á oirla ó galardonar á los mas prontos y felices en las respuestas.

Con la edad se arraigó en aquella bendita alma la fe, y con ella el deseo de cimentarla en otros, y no bastándole el teatro de la propia casa, juntaba cuantos pobrecitos acudían á la piedad de sus hermanos, que eran en gran número y ántes de distribuirles ella el alimento con sus propias manos, saciaba sus almas, mas necesitadas que los cuerpos, con la divina palabra. Poníase muy de propósito á explicarles la doctrina cristiana y las fórmulas de que para orar se sirve la iglesia, y sabía hacerlo con tanta claridad y llaneza de palabras y con tan oportuna

copia de ejemplos y comparaciones, que impresas insensiblemente en aquellas almas no avezadas al discurso las grandes verdades de la fe, daban á su tiempo el fruto que se proponia la pequeña y hábil maestra. Basta por ahora de su fe, que campo babrá para admirarla aun mucho mas en un sin fin de actos virtuosos y de no ordinarios sucesos, que irá presentando esta verídica narracion de su vida.

Plantada así en medio de su corazon la fe, cual árbol fecundo, no pudo dejar de producir como primer fruto la esperanza, que se funda precisamente en la creencia de lo que un Dios sumamente bueno y fiel promete á los que le aman. Sublimísima pues la tuvo y en grado heroico, sin que la combatiese jamás vaiven alguno de temor nimio ó desaliento y mucho menos de duda y vana presuncion. Su temor fué filial, dicen los procesos, y se cifró siempre en huir con singular esmero de toda sombra hasta de la mas leve culpa; pero jamás la abandonó la esperanza; ántes bien ella fué el áncora que fijó su corazon para que no fluctuase en la tormenta deshecha de sequedades y desconsuelos, con que plugo al esposo probarla por algun tiempo. Abismada con frecuencia en la consideracion de que su esposo mismo la habia criado para entregársele eternamente, era tan desmedido su gozo, que sus ojos eran dos fuentes de lágrimas de la mas dulce y consolatoria esperanza, y publicaban el ahogo de su pecho porque se le dilataba demasiado la posesion de su eterna dicha. Nada tiene pues de estraño que como efecto natural de esta esperanza le pareciesen una nonada todos sus martirios y las ocasiones, que no le faltaron, de gravísimo sufrimiento. Una de ellas fué la en que por comulgar diariamente, segun el consejo de su director, (cosa en aquel tiempo mui rara) vió suscitarse una borrasca promovida por personas espirituales y doctas, en que estaba ya para sucumbir acobardado su mismo confesor. Revestida entonces Mariana de aquel espíritu, que por haber confiado en Dios dispone de la divina fortaleza segun la frase de la Escritura, le dijo: *Ea, padre mio, confsemos en Dios; que su gusto se ha-*

rá y no el de los hombres. Y no confió en vano, como espondré en su lugar, pues halló propensos á su práctica y dispuestos en su favor aquellos mismos que tanto la motejaron en un principio. Segun la máxima y el ejemplo de todos los que la precedieron en la santidad, no ideaba ni emprendia cosa de mucho ó poco momento en que no se tuviese por instrumento inútil y sin provecho, colocando en Dios toda su confianza como en origen y fuente, autor y consumidor de toda obra buena.

Pero el mas sólido argumento y la mas inequívoca señal de su esperanza en Dios la colocan justamente los procesos jurídicos de sus virtudes en el total desprecio que hizo toda su vida de los bienes caducos de la tierra. *No he visto en mi vida*) pronunció en público su confesor en el sermón de sus honras), *no he visto en mi vida mayor desprecio de las cosas humanas, ni mayor aprecio de las divinas.* Y en efecto todo lo que por acá enamora mas, la salud, la vida, la honra, los placeres, los pasatiempos, las riquezas, todo lo holló Mariana con el pié triunfante, de quien se miraba como húspeda y peregrina en el suelo y tenia en otra parte su natural domicilio. El ídolo de la honra nada pudo con quien ocultó perpetuamente su persona y hasta su nombre: el del placer no recibió inciensos de quien tenia por ociosa la vida todo el tiempo que no se empleaba en padecimientos; y el del oro no alucinó por cierto á la que distribuyó, como consta en los procesos, toda su herencia entre sus hermanos, pasando despues sus dias en la escasez y la penitencia: cosa á la verdad que pasma; pero toda conforme con la disposicion de una alma, que como recuerdan y atestiguan los mismos procesos, solo parecia vivir por el ansia de desatarse á imitacion del Apóstol y estar con Cristo su esposo.

No menos que la fe se esforzaba Mariana á infundir y roborar en los ánimos de sus prójimos la esperanza; y si alguna persona le referia cosa que pretendiese hacer á gloria de Dios, y descubria en el plan alguna secreta confianza en las propias fuerzas, la corregia con dulzura y la hacia ver que confiar en los hombres, por

mui poderosos que se juzguen, es apoyarse en caña frágil y ya quebrada, y que solo Dios es la fuente y el manantial de la verdadera confianza. Quien acudia á ella en busca de consuelo en la afliccion ó de consejo en el aprieto, ya sabia que el tema de la respuesta era la confianza en Dios, y que la esperaba una exhortacion dirigida á avivar la esperanza de que el Señor como padre amoroso no faltaria en el momento de mayor conflicto.

Padecia disgustos y sinsabores sin cuento con su esposo aquella doña Escolástica Sarmiento que se crió con Mariana en la niñez, y que casándose despues se le convirtieron bien pronto en penas las delicias del matrimonio. Fué un dia á la iglesia de la Companía de Jesus en busca de un confesor para comunicar con él los medios que se le ocurrian á fin de dejar de padecer, aunque fuese á costa de una medida violenta; y no habiendo podido bajar el padre por hallarse enfermo, siguiendo el impulso de la desesperacion se salia ya de la iglesia, resuelta sin mas consejo á ejecutar un desatino. Con toda advertencia y por temor de algun estorbo á su resolucion no quiso ver, ni dejarse ver de Mariana, que estaba en la misma iglesia; pero mientras que apresurando el paso salia ya por las puertas, satisfecha de haber logrado su intento, con no poco asombro vió á Mariana á su lado, la cual reprendiéndola con blandura por la desacertada y violenta resolucion, la exhortó á que esperase sin falta y mui pronto el consuelo divino. Fueron tan eficaces sus palabras y derramaron tan á tiempo en el alma de la alligida señora el bálsamo del consuelo, que ella misma declara con juramento que acudiendo el Señor y correspondiendo á la confianza que se infundió en su alma, jamás desde aquel momento tuvo el menor motivo de disgusto con su esposo en los muchos años que uno y otro sobrevivieron. Como este, pudieran citarse varios sucesos, si no se opusiese el deseo de abreviar.

CAPITULO II.

De su abrasada caridad para con DIOS

La caridad, forma de las virtudes y reina que las impera, es al mismo tiempo la raiz de la vida del alma, no de otra suerte que el corazon es la raiz de la del cuerpo. Y así como segun la sentencia del sabio (1) no hai que perdonar diligencia alguna para guardar el corazon, así y con mucho mayor derecho exige la caridad que no quede diligencia por emplear cuando se trata de mantenerla viva y de conservarla. Entrando pues en el inmenso pié-lago de la caridad de Mariana de Jesus para con su Dios, no tendria yo que indicar á mis lectores otro norte para surcarle, que la descripcion hecha hasta aquí de los trámites de una vida corta, en verdad, pero consagrada toda al amor del divino esposo. Todas sus obras, sus palabras, sus pensamientos, desde que usó libremente de la razon hasta el último aliento, fueron animados de la caridad, no solo por no haberse visto jamás privada de la gracia santificante, sino porque procedian actualmente de un especial imperio del amor á su Dios. Sus mismas penitencias, su tenor de vida y sus acciones inimitables, dice con mucha razon el proceso, son la mejor y menos recusable prueba de su encendida caridad, la cual á la manera que el corazon de carne está siempre desasosegado con un suave movimiento, así estaba siempre en acto de inspirar nuevos afectos y nuevos medios de desahogarlos, como que era el corazon de todas sus virtudes. Su lengua no sabia articular mas palabra que *sea por el amor de Dios* en sus gravísimas enfermedades y continuas penas y congojas. Sus potencias no se empleaban sino en amar, y bien pudo su confesor compararla con los serafines en el sermon que predicó en sus honras; pues que los imitaba en no tener interrupcion en el amor. Bastaria por prueba, á falta de otra, una carta del P. Juan Camacho, á quien se debe todo crédito por su consumada prudencia, virtud y saber en lo que pertenece al espíritu. Escribiendo él al capitan Cosme de Caso le dice

(1) Prover., c. IV.

estas gravísimas palabras: *Mas tiempo y papel era menester para hacer estensa relacion de esta vírgen; mas dejando las muestras exteriores á tantos ojos patentes y reduciendo á breves períodos lo interior, digo lo primero que nuestro Señor la levantó á lo supremo de la contemplacion, que consiste en conocer á Dios y sus perfecciones sin discursos y amarle sin interrupcion.* Estas palabras lo dicen todo: amaba sin interrupcion; luego Dios era su vida, Dios su cuidado, Dios el fomento de sus ansias, el blanco de sus obras. En la iglesia, en la calle, en su casa moraba Dios en su corazon, sin que le perdiese un momento de vista, y con un género de comunicacion, que si pudo disfrutarle su alma, no puede describirle mi pluma. Una rápida ojeada á los principales pasos de esta vírgen basta para probar la verdad de lo dicho. Querer salir niña de su casa para convertir infieles, salir de ella por buscar la soledad, huir constantemente del deleite, buscar la penitencia y la mortificacion sin tregua ni descanso, tratar á su cuerpo como al peor enemigo, temer tanto el ser estimada cuanto se teme lo contrario en el mundo, abrazarse con el desprecio, olvidarse de sí y de sus intereses y acordarse sin cesar de su amado zelando siempre su honor y buscando su mayor gloria; hé aquí unos rasgos incesantes de amor y juntamente la vida de Mariana.

Mas como las llamas que salieron á lo exterior, no fueron sino una pequeña parte de este incendio, preciso será acudir á lo que sus padres espirituales nos dejaron escrito y á lo que dijo ella misma sobre el amor á su Dios. Sea el primero, despues de recordar el dicho del P. Juan Camacho, el varon apostólico y venerable P. Lucas de la Cueva, cuya declaracion jurada no puedo menos de trasladar aquí al pié de la letra. "Conocí, dice, á esta señora; la comuniqué en mi confesonario, reconociendo siempre en ella un lleno perfectísimo de toda virtud, hambre de Dios grandísima: esta le hacia oír su santa palabra con tanto gusto, que le era gloria. Buscaba estos ratos con ansia, y en ellos descubrí la alteza á que Dios la habia llamado, y la union que con su divina Majestad habia alcanzado. Lo que principalmente la llevaba y ar-

rebataba en esta comunicacion y conservacion de la pa-
 labra de Dios conmigo, eran los ejemplares que tocaban
 en grandes mortificaciones, penalidades y trabajos, oyén-
 dome en una de estas aquel lugar de Job: *Quis mihi*
tribuat ut veniat petitio mea, et qui cæpit, ipse me conte-
rut, et hæc mihi sit consolatio, ut affligens me dolore non
parcat. En cuya esplicacion se encendia y abrasaba en
 deseo de padecer toda clase de dolores, de mortifica-
 ciones, de afrentas y todo cuanto en este género le po-
 dia suceder; y aun llegando á las afrentas y diciéndole
 lo de una penitente del padre Baltasar Alvarez, á
 quien dicho padre habia sacado con gran victoria de la
 inquisicion, donde habia estado mucho tiempo sin que-
 rer defenderse, hasta que dicho padre *motu proprio* salió
 en su defensa con tanto dolor de la paciente, que en
 lugar de agradecerle la diligencia se quejaba llorando
 y decia á dicho padre: ¡Ah! P. Baltazar; ¡ah! padre mio,
 ¿eran de perder doscientos azotes, y por Toledo? Re-
 firiendo yo este ejemplo á dicha Mariana de Jesus en
 las razones que llevo dichas, y añadiéndole: ¿Qué dice
 U. á esto? ¿En qué disposicion se halla? ¿Pasaria á ser
 azotada en las calles de Quito, como lo deseaba la otra
 por las de Toledo? Me respondió con mas presteza de
 la que yo le habia hecho la pregunta, que sí y que mui
 de corazon, con tal afecto, que me dejaba admirado y
 sumamente edificado." Que su amor fuese en verdad
 fuerte como la muerte y de un temple tal hasta morir,
 que no buscase á su esposo por el regalo del unguento
 ó el deleite de los aromas, bien lo declaró el padre Alon-
 so de Rojas, que llamándola en el sermon citado serafin
 de caridad, refiere este caso que yo traslado fielmente.
 Un dia del achaque último de que murió esta señora,
 hablamos ella y yo del amor divino, y entre otras cosas
 que le dije una fué: vamos al cielo, señora, á pasear en
 compañía del cordero por los campos de la bienaventu-
 ranza. *Vamos, padre mio;* me respondió la enamorada
 vírgen. Yo le pregunté: ¿Por ventura alguna vez ha
 visto al cordero Cristo y á las vírgenes que le acompa-
 ñan? ¿Hase hallado con ellas en el cielo? Y ella con to-

da sinceridad respondió que sí. Yo estoi persuadido que esta vision no fué real, sino imaginaria. ¡O qué ilustrsimas tropas de vírgenes, le dije yo, serán las que acompañan al cordero! Las vírgenes mártires vestirán de colorado. *Sí, visten*, dijo ella. Las vírgenes que no son mártires, vestirán de blanco, dije yo. *Tambien visten de colorado*, respondió la enferma. Y yo repliqué: ¿Cómo pueden vestir ese color, si no son mártires? Porque la virginidad, respondió la virtuosa doncella y discreta anciana, es martirio, y la premia Dios con insignias de mártires. Y porque yo no pensase que la enferma se agradaba como niña de las galas del cordero y del olor de sus ungüentos, levantó la mano hácia un *Ecce homo* que tenia pintado junto al lecho, y llegó con los dedos muchas veces á señalar la corona de Cristo, como quien dice: No me agrado tanto de las galas del Cordero cuanto de sus espinas; no me aficionan tanto los aromas como el alabastro quebrado. Yo entonces enmudecí viendo tanta sabiduría y santidad en una doncella tan tierna, pareciéndome que en su comparacion no sabia yo el Christus de la cartilla del espíritu." Omito por evitar prolijidad muchos otros testimonios de sus confesores, en que dicen que su vida fué un acto no interrumpido de amor: y me ceñiré á referir alguna de las palabras con que ella misma descubria su incendio amoroso, y varios hechos que confirman la verdad de su dicho.

Decia pues mui á menudo *que se le abrasaba en amor el corazon*; y si no hallaba mas desahogo que levantarle de continuo y sin trégua hácia su esposo, y poner todo su conato en no hacer cosa que no fuera de su mayor agrado, era natural que sintiendo hasta lo vivo el olvido y las culpas con que le pagan y le ultrajan los hombres, dijese sin cesar que perdiera gustosísima su vida por evitar tamaña ingratitud, y que diera toda su sangre porque hiciesen aprecio los hombres de la de Cristo. Y si el amor hácia Raquel hizo que á Jacob le pareciesen pocos dias siete años de servidumbre, al amor de Mariana para con su esposo divino, como de mui distinta calidad, le parecia que los años de una vida breve eran siglos de dura-

cion infinita, y solo gozaba cuando podia creer no mui lejana la muerte, único medio para reposar en su centro. Acompañábala un dia hácia su casa Petronila de San Bruno, y al despedirse la detuvo Mariana para decirle con suma alegría y gozo espiritual: *Hermana, has de saber que ya se me va hinchando un pié, y no me da pena, porque es tan grande el ansia que tengo de gozar de mi Dios, que deseo ya morir. Háseme aparecido mi madre y querida santa Gertrudis, y me ha regalado con sus palabras, y me ha dicho cómo mi esposo me tiene guardadas siete sortijas mui preciosas. Y quedándose parada por un momento prosiguió con fervor mucho mas intenso. ¡O quién gozara de Dios! ¡Quién muriera por su amor! ¡Quién se abrasara en su amor! ¡Quién muriera por gozarle! . . .* En cuya repeticion de afectos y desahogo de celestiales ardores la dejó la compañera, partiéndose llena de devocion y de santa envidia. Sin duda por cobardía de esta ignoramos el misterio de aquellas sortijas; mas si por lo que de Mariana sabemos es lícito conjeturar, nada aventuraré diciendo que así como el rei Salomon tenia, segun Tertuliano, un anillo en que se veian enlazadas tres coronas, una de oro, otra de espinas y la tercera de plata, que sirviendo á las otras dos de lazo tenia por epígrafe é inscripcion: *Victoria del amor*; así en las sortijas de Mariana se simbolizarian sus victorias, pero enlazándolas todas el amor como triunfante.

Sus sentidos y potencias se ocupaban de continuo en amar á Dios solo; por lo que todas sus pláticas eran del amor divino, dirigidas á insinuarle y acrecentarle en los corazones de quien tenia la dicha de escucharla. De tan sublime ocupacion de potencias y sentidos provenia el estar á veces como estática y fuera de sí misma, como entre muchos otros lo esperimentó la referida Petronila de San Bruno. Sucedió que visitándola esta una tarde la rogó que tocase un poco la guitarra, y sin hacerse rogar mucho Mariana, deseosa de aprovechar toda ocasion de ofrecer ternísimos afectos á su dulce esposo, la tomó y templó, y á mui poco de empezar á tocarla se quedó enajenada y suspensa, fijos los ojos en el cielo, con una ma-

no en las cuerdas y otra en los trastes, en cuya postura permaneció desde las cinco hasta las seis de la tarde. Al dar las seis volvió en sí, y prorrumpiendo en un amoroso y vehemente suspiro: ¡Ay! hermana Petronila, dijo, ¡qué de cosas hai en el cielo! Y derritiéndose en seguida su corazón declaró su gozo inefable y todo divino en una avenida de dulcísimas lágrimas y en tan abrasados afectos y palabras tan fuera de lo ordinario, que la buena Petronila percibió en ellas una música celestial, que la enervorizó mas sin comparacion que lo que esperaba. Hablaré en capítulo separado y esprofeso de sus éstasis y arrobos maravillosos; pero no puedo dejar de recordar aquí que cuando entraba y tomaba puesto en la iglesia para comunicar de cerca con su esposo divino, dejaba caer hasta el pecho el manto que hacia veces de velo mui tupido, y teniendo abierta la boca para poder respirar con anchura y los ojos clavados en el cielo, quedaba tan sin sentidos, que ni oía las voces que le daban, ni sentia, aunque para llamarle la atencion la moviesen con violencia. Así lo esperimentó doña Ana Ruiz de Alvarado, sobrina segunda de Mariana. Fueron á comulgar las dos en compañía de doña María Flores de Paredes, madre de doña Ana, que depuso sobre el hecho, y concluida la accion de gracias trataron de volverse á casa madre é hija; pero queriendo despedirse de Mariana se fueron á su lado, la hallaron de rodillas y cubierta con el manto segun costumbre. Quédate con Dios, Mariana, le dijo doña María; pero Mariana permaneció inmoble; y reparando que no solo no respondia á la segunda y tercera vez, sino que ni aun daba muestras de oír con el mas ligero movimiento, la empujó con suavidad y en alta voz dijo dos voces: *Mariana, Mariana*. Sobresaltóse no poco aquella señora al ver que ni esta llamada era suficiente, y levantando temerosa el manto le vió la cara; pero ¿cómo? Enajenada y fuera de sentidos, con la boca dulcemente entreabierta, los ojos fijos en el cielo y las manos cruzadas ante el pecho. Atónita doña María á aquella vista quiso que su hija gozase de ella por un momento y le dijo: Ana, mira esto. Y llegándose la hija admiraron juntas aquel

prodigio del amor; y por no privar á su querida Mariana de rato tan halagüeño no insistieron en llamarla, sino que bajándole de nuevo el manto, la dejaron sumergida en sus envidiables y divinas delicias.

En mil otros casos la vieron del mismo modo suspensa; pero no hay por ventura mejor indicio del amor de Mariana hácia su dulce esposo y del éstasis que le causaba el amor, que lo que le sucedió una tarde en el jubileo de cuarenta horas que acostumbra tener la Compañía en sus templos los dias de carnaval. Deponen los testigos en el proceso que siendo ya hora de volver á casa para cumplir con sus distribuciones, salió de la iglesia con lluvia tan deshecha, que una criada y varias personas virtuosas que la seguian, tuvieron que rodear no poco para evadirse de los charcos y guarecerse por algun tiempo en el zaguan de una casa. Los precedió Mariana en la salida y tambien fué la primera que llegó, porque absorta en su Dios y con el velo tendido, sin reparar en los arroyos, ni apresurar el paso, con la misma modestia de siempre, se fué tan derecha á su casa como en tiempo sereno. Al llegar las compañeras no pudieron menos de manifestarle su asombro; pero este subió de punto cuando vieron que su manto estaba enjuto y sus piés sin señal de haber pisado agua, ni lodo, al paso que ellas con todas sus precauciones se encontraban caladas de piés á cabeza. Procuró la humilde vírgen desvanecer su admiracion diciéndoles con gracia: *Vaya, bien se conoce que no sabeis andar; ¿cómo yo no me he mojado?* A lo que respondió Leonor Rodriguez: Porque algun ángel os habrá servido trayéndoos el paraguas. No tuvo que responder Mariana, y pagó con una sonrisa mudando de conversacion. Mas no las convenció, porque así ellas como otras personas que la seguian atraidas de su ejemplo, estaban persuadidas de que el amor á su esposo la tenia tan embebecida y absorta, que ni los aguaceros de Quito, ni el ruido y el bullicio de las calleseran capaces de robarle su concentracion y recogimiento.

Pero como la sabiduría eterna se dignó de señalar la prueba sin escepcion de un amor verdadero, cuando dijo que nadie ama mas que quien dá la vida por su ami-

go, en su lugar diré por quién dió la suya Mariana, y al presente baste saber por quién quiso darla á todas horas. Anheló sin interrupcion ni descanso por entregarla en testimonio de amor, y así como el pebete de aromas aplicado al fuego exhala fragantísimo humo que embalsama y llena la casa, así el corazon de esta vírgen, encendido por la caridad, se derretia en eficaces deseos y ternísimos desahogos, que terminaban siempre en ansia de sacrificarse y perfumaban su casa con el olor del buen ejemplo. Leia una noche un pariente de Mariana el martirio de una santa mártir, y escuchando ella tantos tormentos y tan refinada fineza, cada palabra era una saeta, que abriendo en su corazon llaga amorosa preparó una erupcion de caridad. A la presencia de D. Juan Guerrero de Salazar, de doña Gerónima de Paredes, de doña Juana de Caso y de la india Catalina (que todos asistian á la lectura) prorumpió en estas voces: *¡O quién pudiera lograr la felicidad de la santa! ¡Dichosa por eternidades, pues supo ser fina con su esposo! ¡Feliz, pues con su muerte dió pruebas de su fineza y amor! ¡O si yo fuera tan dichosa que probara mi amor con el martirio! ¡O si tuviera ocasion de merecer que mis miembros fuesen atormentados de los tiranos! Solo idearlo me alegra: ¡qué fuera si lo gozara!* Pronunciando estas, que mas que palabras eran exhalaciones fogosas de una alma amante, se retiró á su cuarto pensando en el martirio, y pidiéndoselo á su esposo en breve y ardorosa plegaria se acostó con idea tan halagueña. A brevísimo rato despertó preocupada de la misma santa imaginacion; pero sin poderse levantar, descoyuntado todo su cuerpo, coja de una pierna, un brazo sin juego, lastimada la lengua, y tan descuadernada é inútil, que hubo menester valerse de brazos ajenos. Tres meses nada menos tuvo que guardar cama con intensísimos dolores en todos sus miembros; pero sobrellevados con tanto amor como los habia deseado y sin cesar de rendir gracias á su Jesus, que de algun modo habia satisfecho sus ansias. A la mañana siguiente del suceso, oyendo los de casa lo que pasaba, corrieron atónitos á su habitacion, y preguntándole la causa de tan raro accidente cuando la noche ántes la vieron

buena y sana, respondió solo por entonces: *De esta suerte desperté.* Grande fué la afliccion de sus hermanas y sobrinas viéndola en aquel estado; y como era natural, pensaron al instante en el remedio y quisieron llamar al médico. Oir Mariana nombrarle y temer que se publicase demasiado el suceso todo fué uno; por lo que se puso muy de propósito á calmarlas diciendo que no era achaque natural, y que no tenia inconveniente en referírsele cómo habia pasado. Aplicaron todos con ansia su atencion y oyeron que cobijada en su lecho y con el corazon abrasado en deseos de ser mártir como aquella santa, á poco de cerrar los ojos se habia hallado en el Japon y entre tiranos que por defender ella la fe la habian sentenciado á esquisitos tormentos despedazando su cuerpo miembro á miembro; y que luego que despertó, se halló con los dolores, molimiento de huesos y postracion en que la veían. Otro tanto dijo á la india Catalina, añadiendo que los dolores intensos que padecia, estaban en perfecta correspondencia con los tormentos del sueño. No necesita este caso comentarios, y basta añadir que consta de él por la deposicion de testigos, y que el confesor de la mártir de deseos le refirió en el sermon de honras con todas sus circunstancias. La oracion que tenia todos los viérnes del año, dice uno de sus confesores, se reducía á pedir á su esposo con suspiros y lágrimas, y con incansable instancia, que la hiciese digna de padecer algo por su amor y dar la vida por gratitud y en recompensa justísima de quien la dió en una cruz sin mas martirio, ni tirano que el amor á los hombres.

CAPITULO III.

Su caridad para con las almas de sus prójimos

Una misma es la virtud de perfecta caridad que ama á Dios por sí mismo, y la que ama al prójimo por su Dios, por ser uno mismo el objeto de entrambas; pero como se diferencian á pesar de eso en la cualidad y en el modo,

exige capítulo por separado la caridad de Mariana para con su prójimo. Como dimana el esplendor de la luz, el calor del fuego y la obra de razon del hombre, así la caridad del prójimo tiene por fuente manantial la caridad de Dios. Es la segunda ala del amor, dice S. Bernardo; y si ha de llevar á Dios, ha de igualarse por precision con la primera en tamaño y consistencia. Con entrambas voló nuestro serafin en carne Mariana de Jesus, y bien se comprende lo que seria la segunda con solo ponderar lo que va dicho de la primera. Mas como los bienes á que mira la caridad para con el prójimo, son de dos clases distintas, unos espirituales y propios esclusivamente del alma, otros corporales y solo del cuerpo; hablaré ahora segun la natural preferencia de la caridad de Mariana para con las almas. Era cosa mui frecuente oirla decir que si le fuera posible dar la vida por remediarlas, por lograr que sirviesen á Dios y alcanzasen el fin último para que fueron criadas, se tendria por mui dichosa y recompensada con ventajas de todos sus trabajos, por insoportables que pareciesen. Deseaba por lo tanto con ardor á todos y cada uno de sus prójimos el sumo bien de la felicidad eterna y todo el conjunto de medios con que se consigue tan imponderable dicha. Y de que no se quedase en deseos y en vanas y estériles palabras su caridad, empezó á dar pruebas irrefragables desde mui niña, cuando á la palabra añadia el ejemplo, y no cesaba hasta que lograba su zelo enfervorizar á sus compañeras y obtener que las siguiesen en las procesiones de penitencia con las cruces sobre sus delicados hombros y en las demas invenciones santas que quedan ya referidas. Siendo ya adulta tomó á su cargo la enseñanza de los domésticos, procurando sin cesar, aunque siempre con el tino y prudencia de que la dotó el cielo, introducir y fomentar mas y mas en sus almas el santo temor de Dios. Hacíase toda á todos para ganarlos con la dulzura á su esposo; y sus conversaciones comunes eran sobre la hermosura de la castidad y su mérito inapreciable, sobre la penitencia y su necesidad y sobre los admirables ejemplos que leia en las vidas de los santos. Obtuvo de sus hermanas y parientes y de la

numerosa gente dedicada al servicio de su casa que entablasen, en cuanto fuera posible, la saludable práctica de confesarse y comulgar cada semana y además en los días de algún jubileo ó indulgencia, cuidando ella de avisarlos á todos la víspera de comunión, á fin de que se dispusiesen con mas sosiego y provecho de sus almas. Despues ella misma los ayudaba á prepararse, empezando por actuarlos bien en la fe, esperanza y caridad y en otros ejercicios propios de tan importante y respetable práctica. Con ella y con la constante aplicacion de Mariana llegó mui pronto á parecer aquella casa un asilo de perfeccion religiosa; y si descubria negligencia ó descuido en alguien, ó llegaba á su noticia algun notable desliz de quien quiera que fuese, aplicaba los medios oportunos para la enmienda, los cuales consistian por lo regular en correcciones amorosas con palabras de tan eficaz elocuencia, que nunca dejaban de producir el fruto apetecido. Y por cierto que no era fácil resistir obstinadamente á un apóstol como Mariana. Todo zelo es amor: pero el suyo lo era tan á las claras, que al ver los delincuentes los castigos que ejecutaba en su inocente cuerpo en pago de ajenas deudas, no podian persuadirse á que la correccion no naciese de amor puro y ardiente; y al amor nadie resiste largo tiempo. Bien es verdad que hubo algun caso, en que cuidando Mariana con preferencia del bien de los mas, hizo que despidiesen de casa á quien sin dar esperanza de enmienda infundia temores de que pegaria á los demas el contagio.

Pero es digno de particular mencion un caso mui tierno, que descubre los quilates de la caridad de Mariana: refiérole la misma á quien sucedió. Esmerábase la zelosa y caritativa vírgen con una mozuela, á quien desde niña habia instruido y formado en el santo temor de Dios, frecuencia de sacramentos y vida cristiana, de modo que correspondiendo la juventud á la infancia daba muestras de querer ser algun día la corona de su maestra. Pero ¿qué no puede la rebeldía de las pasiones? Se despertó en ella con fuerza brutal la de la lascivia, y sacudió á poco todo freno, sin que bastasen para contener-

la ni la enseñanza de su ama, ni la memoria de su buena vida anterior, ni el amargo dejo de la culpa, ni en fin la presencia y compañía de sus señoras, á quienes tenia por tantos ángeles, pero sobre todo y sin comparacion de Mariana. Pudo tanto en ella sin embargo esta vergüenza, y eso que su caida era enteramente secreta, que tuvo por imposible seguir al servicio de su señora temiendo le leyese el interior, y no hallándose con fuerzas para arrancar de su corazon el afecto hácia la persona que en tan breve tiempo le habia arrebatado todos sus bienes. Persuadida pues de que no era posible servir á Mariana y no ser santa, estar con ella y no comulgar cada ocho dias, ser dohonesta y no reprenderla tan singular pureza, determinó fugarse, tanto mas temiendo que hubiese de publicarse con el tiempo su fragilidad. Fijó pues para la fuga una noche lóbrega y la hora de las siete; y llegado el momento mientras la delincuente buscaba un sitio donde dejar unas llaves que tenia á su cargo, le salió al encuentro Mariana, siendo hora en que jamás dejaba su habitacion, y le dijo que fuese á encender una vela. Hízolo así la jóven, y entrando con la luz en el cuarto, de buenas á primeras le dijo Mariana que no se fuese: luego la mandó sentar á su lado y con sumo cariño la rogó que le apretase los piés porque le dolian. Mientras la infeliz disimulaba y cumplia la órden de su señora, empezó Mariana á mirarla con apacibilidad, compasion y ternura, y con lenguaje cortado por la congoja le habló de esta manera: *Dime, hija, dime, ¿qué es esto que tienes? ¿Qué es lo que turba tu reposo? ¿Qué inquietud es la de tu corazon? ¿A dónde te quieres ir? ¿Y porqué?* Atónita la culpable al ver descubierta su resolucion, que con nadie de este mundo habia comunicado, negó resueltamente que pensase en marcharse; y sirviéndole tan poco el saludable aviso como al sacrilego Judas el de su divino maestro, léjos de entrar en sí, hizo ademan de marcharse, dejando las llaves que tenia en la mano á los piés de su señora. Al ver esto Mariana prosiguió con mayor fuerza; *¿Cómo me niegas tu partida, si de hecho me la aseguras dejando las llaves? Tómalas y vuelve en ti: mira*

que á cuatro dias de deleite siguen tormentos eternos. Mira que tú misma te labras la ruina y te buscas el precipicio. Ya sabes lo que te he querido y que solo ansío por tu bien. Mira que tú sola buscas tu perdicion. No me dejes, que á mi lado y acaso no en otra parte podrás hallar tu remedio. Lloraba sin consuelo la jóven al llegar aquí la zelosa Mariana, que al ver aquellas lágrimas le dijo: *¿Porqué lloras, cuando te quieres ir por tu gusto? ¿De qué te afliges, cuando imaginas regocijos y procuras á todo trance vivir alegre?* Pero tan tierna amonestacion y tan eficaces palabras solo sirvieron, por permission divina, para endurecer aquella alma, que á ojos vistas y sin poder alegar excusa se arrojó en el abismo á que la empujaba la pasion, marchándose despechada de la casa aquella misma noche. No volvió mas por allí, ni se presentó jamás á Mariana, cuya virtud no cesó de pregonar llamándola santa, y diciendo á todo el mundo que su señora le habia leído los senos del corazon con manifiesto milagro. Corrió, segun parece, toda la carrera del crimen; pero tambien se dice que al cabo de algunos años volvió como el hijo pródigo si nó á la casa, á lo menos al seno de su Dios abandonado, sin duda por el mérito y oraciones de quien la amó tanto desde niña.

Lloraba Mariana sin cesar las culpas de los hombres, y mui en especial las que se cometian en Quito su patria; para lo cual tenia señalada cierta hora los dias en que ya con fervorosas oraciones, ya con rígidas penitencias tocaba á las puertas de la divina misericordia para abrirlas á su prójimo. Su caridad se estendia hasta las mas remotas regiones ó de infieles, ó de herejes, en quienes veía con el padre S. Agustin otros tantos prójimos, y á estos, así como á los que se hallaban en pecado mortal entre cristianos, procuraba con todas sus fuerzas alcanzar la libertad de los hijos de Dios por medio de la oracion y de la penitencia, correspondiendo el Señor á sus deseos hasta con evidentes prodigios.

Enfermó gravemente un jóven que por sus estragadas costumbres era el escándalo de su casa y de cuantos llegaban á conocerle de cerca. Lleváronle al hospital real,

donde á poco la divina justicia le privó totalmente del juicio, sin darle tiempo para confesarse y morir como cristiano. Aflijida en extremo doña Catalina de Peralta al ver á aquel jóven que habia servido en su casa, sin facultad para confesar sus escándalos, y sin haber dado la menor señal de arrepentimiento, teniendo por inevitable su perdicion eterna, se fué á casa de Mariana y le espuso con lágrimas el caso, para que ella aplacase las iras de su celestial esposo. Escuchóla con compasion Mariana y tomó tan á su cargo el negocio, que hizo al corazon de su amado una dulce violencia orando y mortificándose; y el jóven recobró por entero su juicio y libertad, se reconoció, se confesó, y recibidos los demas sacramentos con notable compuncion y buen ejemplo, murió inmediatamente dejando en todos los ánimos el consuelo de una bien fundada esperanza.

No es menos portentoso lo que sucedió con un sacerdote de la ciudad de Quito. Pagaba el infeliz un tributo á la decaida humanidad en la pasion hácia una dama; pero tan arraigada y violenta, que no le bastaban esfuerzos para desasirse. Conociólo él así, á lo que parece, pues estando un dia en el atrio de la iglesia de la Compañía como esperando á Mariana de Jesus, se acercó á ella, lo mismo fué verla entrar, y le dijo al oido que la encomendase á nuestro Señor. Detúvose un poco la recatada vírgen, y contra su costumbre le dirigió la palabra para preguntarle cuál era su necesidad, y rogarle dos y tres veces que se la dijese, porque así podria acudir mejor con el posible remedio. No titubeó el sacerdote, viendo la instancia, en abrirle su pecho y le dijo en pocas palabras que tenia agravada el alma con la correspondencia de una mujer, de quien deseaba á todo trance librarse. Prometióle Mariana rogar por él, aunque indigna y pecadora, y aplicarle la comunion de aquel dia. Entró pues en la iglesia, donde de cierto sabemos que ofreció al Eterno Padre la hostia de propiciacion por la salud de aquella alma, y solo por conjetura probable que lo hizo con expansion extraordinaria de todos sus afectos por ser el caso tan fuera de lo ordinario. Deseoso el sacerdote de sa-

ber si Mariana habia cumplido su promesa, fué á esperarla en aquel sitio á las diez de la misma mañana, y llegándose á ella al salir del templo le preguntó con ansia si habia alcanzado buen despacho de su divino esposo. Tomando entonces ella un ademán entre compasivo y severo le dijo: *Señor D. Bernardo, tengo que decir á U. cosa que interesa á su salvacion eterna, aunque siento no poco haber de decírsela. Dispóngase U. para morir, porque dentro de ocho dias habrá dado cuenta á nuestro Señor en la otra vida.* Escuchó el sacerdote la nueva de su precipitada muerte, y dió tanto crédito á las palabras de Mariana, que confuso y sobresaltado se apartó de ella para ir á disponerse al gran paso. A mui poco de aquella segunda entrevista empezó á sentir el mal extremo, y á los ocho dias cumplidos, segun la prediccion, empleados por él en ordenar todas sus cosas, murió penitente y con grandes señales de haber alcanzado misericordia. Súpose este suceso de boca de Blas de Espinosa de los Monteros, íntimo amigo de aquel sacerdote, que habiéndose hallado presente, así cuando pidió á Mariana oraciones, como cuando recibió de ella la sentencia de muerte, lo depuso con juramento en el proceso y añadió que meditaba sin cesar en tan nuevo y singular acontecimiento.

Omito por ahora muchos otros no menos nuevos y singulares, que pudieran servir de prueba de la caridad de Mariana para con sus prójimos, porque habré de recordarlos en su propio lugar hablando del espíritu profético de nuestra vírgen. Solo haré mención para cerrar el presente capítulo de un hecho en que se revela su empeño por arrancar del borde del precipicio las almas de sus hermanos. Juana de Sanguesa, esclava de condicion, padecia graves disgustos y tropelías de su esposo Juan de Ribera, negro criollo y de génio terrible, que acechaba una ocasion oportuna para quitarle la vida. Entró la desdichada una vez á oír misa en la iglesia de la Compañía, y se puso junto á Mariana, que como dije ya, tenia su puesto al lado del púlpito. Tuvo el bárbaro marido noticia del paradero de su mujer en aquel instante, y llevado de brutal frenesí ideó aprovechar la coyuntura y manchar aquel

recinto con un asesinato sacrílego. Cogió al efecto el puñal, y poseído de ciego furor entró en la iglesia buscando con los ojos á su víctima. Aterrada esta al advertir su llegada corrió al lado de Mariana como á un asilo, la cual viendo lo que pasaba, se llegó al enfurecido Ribera y con irresistible dulzura le dijo: *Aquíetate, hijo, aquíetate; ¿qué es lo que pretendes hacer? Repara que vas á cometer una enorme culpa;* y añadió algunas otras palabras tan prudentes y amorosas, que sujetó á aquella fiera indómita é hizo saliese de la iglesia tan manso como un cordero el que habia entrado en ella como tigre sediento de sangre. Temia sin embargo la mujer caer en sus manos y recibía ir á su casa; pero conociendo bien á Mariana se tranquilizó cuando esta le dijo que no temiese, porque su mismo marido habia de buscar tercera persona para hacer las paces, y jamás se verificaria en lo sucesivo que le pudiese la mano ó por su causa se alterase la mas perfecta concordia. Todo se cumplió á la letra, pues Ribera solicitó las paces por medio de terceros, y hechas en efecto no tuvieron los esposos la mas leve desazon en treinta años que duró su matrimonio.

CAPITULO IV.

Caridad de Mariana para con sus prójimos en lo tocante á los cuerpos.

No iria fuera de camino quien comparase la caridad de la ínclita vírgen Mariana de Jesus con la palma, por dos razones: la primera, porque cuanto mas excelsa es la palma, mas la inclina hácia el suelo el peso de su fruto, así como la caridad de Mariana para con Dios, al paso que se remontaba hácia los cielos mirando siempre al sol divino, se inclinaba siempre hácia la tierra para emplear como fruto en su prójimo toda clase de obras de misericordia. La segunda conveniencia de esta comparacion ó semejanza consiste en que así como para que fructifique la palma, ha de estar plantada en pais templado y no en suelo frio, y solo en el primer caso da fruto copioso; así

teniendo sus raíces la caridad de Mariana en un corazón abrasado en el amor divino no podía menos de estar siempre abastecida de sazonados frutos. Desde muy niña tuvo una inclinación precoz á socorrer al necesitado, y apenas dejó las fajas y empezó á aprender á andar y á pronunciar las sílabas dió pruebas maravillosas de lo que la conmovían las miserias del prójimo. Viendo un día una tropa de pobres que pedían pan á la puerta de su casa, movida de compasión se fué á su madre, y como pudo le pidió una torta que había visto, y que se solía guardar como un regalo para su anciano padre. Resistióse la madre á dársela diciendo que la torta era para su padre y que no era todavía hora de traer el pan para el abasto de la familia; pero empezó la inocente niña á llorar tan sin consuelo, que por acallarla hubo su madre de darle la torta para que la repartiese entre los pobres. Hízolo al punto ella misma con sus manecitas distribuyéndola á pedazos hasta donde alcanzó; pero con un gusto y una devoción, que encantó á los pobres y enamoró á los de casa que presenciaron el paso. Y porque la limosna es la mejor usura para ganar, de suerte que como dice San Basilio (1), si una persona que no tiene más que un pan, se le da á un pobre que se le pide, puede estar cierta de que de él nacerán muchos y será semilla de otros, así se verificó al pié de la letra con el pan distribuido por la niña limosnera. Dios dará pan para mi papá, había dicho ella á su madre, cuando se le negaba la torta; y á poco rato de haberla repartido vieron entrar un niño y una india desconocidos con dos canastillos de muy rico pan que regalaba á la señora una persona que nombraron; pero que tampoco era conocida en la casa. Todos quedaron atónitos con un suceso de tan especiales y raras circunstancias, y la caritativa Mariana saltando de júbilo se fué á decir á su madre: *¡Veis, mamá, cómo Dios nos ha enviado tanto pan, porque dimos á los pobres la torta?*

A la puerta de su cuñado Cosme de Caso se repartían diariamente copiosas limosnas; y ya dije que Mariana salía á repartir á los pobres por su propia mano el sus-

(1) S. Basilio, hom. 13 sobre la limosna

tento; pero lo que no recordé entonces, fué lo que hacia todos los dias sin falta. Concluida la comida y la precedente instruccion y enseñanza de la doctrina cristiana, escogia entre todos los infelices el que le parecia mas asqueroso y repugnante, y con envidiable caridad y compasion le acercaba á sí y empezaba á espulgarle y quitarle los innumerables insectos en que hierven los indios, y que causan no pequeño asco al estómago mas robusto. A veces no era sola en este heroico ejercicio, pues viéndola su sobrinita doña Sebastiana Caso y llena de una santa envidia obtuvo licencia de su confesor para acompañarla. Tomaba pues cada uno de aquellos dos hermosos ángeles en carne un pobre por su cuenta, y compitiendo en fineza para con su Dios, á quien miraban en aquel desgraciado, le limpiaban y aseaban sobreponiéndose á los horrores de la vista, al intolerable hedor y al conjunto de cosas que se oponian naturalmente á dos niñas de su educacion y delicadeza. ¡Qué ejemplo para los fieles de toda clase, edad y condicion, y mui particularmente para los confesores y operarios, á quienes el deber de su ministerio puede exigir á las veces victorias insignes sobre la flaca naturaleza, aunque no tan heroicas! Despues de este añadia otro paso no menos tierno, poniendo en fila todos los pobres y besándoles los piés uno por uno; y finalmente concluia toda la grande obra con un prodigio creido tal por cuantos le observaron repetidas veces. Entrábase en su aposento, y sacando de él un canastillo de pan de flor mui regalado y particular le repartia á los pobres ántes de despedirlos, pero con un regocijo tal, que no podia disimularle, y escitando en aquella pobre comitiva las emociones mas vivas de placer y agradecimiento, que espresaban con un grito unánime apenas la veian salir con el carastillo. Tenia asombrados á todos los de su casa aquel pan, porque ni en ella se amasaba tanto, ni habia quien se le diese; y era frase comun llamarle pan bajado del cielo. Y ¿quién puede poner en duda que aquel Dios que envió á santa Dorotea manzanas regaladas, pudo enviar á Mariana pan esquisito para sus pobres? Bien lo merecia la caridad de la que en edad tan

tierna cumplia con ventajas el consejo de Isafas de partir su pan con el hambriento. Quitábaselo ella de la boca, y la racion que le daban, la trocaba con otra equivalente del pan para pobres, y con aquella socorria generalmente al mas necesitado.

· Pero ¡dichosa mil veces Mariana y dichosa tambien su casa, donde se merecia por la caridad que el Altísimo perpetuase los prodigios! Tenia la compasiva vírgen en su vivienda una ventana que daba á la calle, y cuando los pobres se veian acosados del hambre, ó cuando por enfermedad ú otra causa se habian quedado sin su racion de mediodia, tiraban una piedra á la ventana, ó con otra señal advertian á su perpetua provisoraz que estaban allí y no tenian mas recurso que su corazon caritativo. Si se encontraba ella con algo en su cuarto, al punto les echaba por la ventana el consuelo: si nada tenia, dejaba á Dios por Dios y corria en busca de su hermana ó de su sobrina doña Juana, y les pedia una limosnita para sus pobres. Entregábanle ellas con generosidad la llave de la despensa, y mas gozosa que el avaro cuando acumula sus tesoros, iba á sacar á dos manos cuanto concebía que pudiese ser al caso, contribuyendo el Señor con algun prodigio á los sentimientos de su alma, pues nunca se echaba menos un grano de maiz ó una migaja de pan por mucho que ella sacase. Reñíanla cariñosamente sus parientes, que no hallando merma en la despensa lo atribuian á su cortedad é inoportuna delicadeza; pero ella se sonreia como sabedora del portento, y les decia que descuidasen, porque los pobres iban siempre mui satisfechos. No es la limosna como la plata, dice el P. S. Agustin (1), porque la plata cuando se da, pasa al que la recibe, y el que la da, la pierde; pero la limosna al darla empieza á estar en el que la da, y si bien pasa al que la recibe, no sale del que la ofrece.

Con el voto que hizo de pobreza, no solo se desposeyó de todos los bienes que llama el mundo de fortuna, sino que renunció el derecho que podia en lo sucesivo adquirir á ellos, obligándose á no poseer ni disponer de

(1) S. Agustin, tom. II, en la carta 62 á Celestio

cosa alguna que le tocara, aunque fuera por el trabajo de sus manos, sin licencia de su confesor. No se arrepintió jamás de tan heroica resolución; pero aunque firme en ella, no podía hacerse superior á la congoja que le causaba ver á Cristo desnudo y necesitado en sus pobres. Dictó-le pues el Señor y ella adoptó el medio mas á propósito para dar algun alivio á su corazón sin faltar á la promesa. Pidió con permiso de su confesor á sus parientes, á cuyo favor habia renunciado todo su patrimonio, que le diesen libertad para distribuir entre los pobres la porción que le tocaba en la mesa y el dinero que pudiera adquirir con el trabajo manual en las horas que le tenia señaladas en la distribución diaria. Otorgáronsele ellos muy gustosos, y como su caridad era ordenada y prudente, procuró poner los ojos en personas necesitadas, á quienes la limosna hubiese de servir ántes de todo para sustento del alma alejándolas de la culpa. Recayó la elección acertadísima en una viuda con tres hijas, todas jóvenes y tan pobres, que no teniendo un pan que repartir, ni de dónde les viniese, estaban en continuo riesgo de perder lo que vale mas que el oro y las perlas á pesar de una educación virtuosa y del actual aprecio de su tesoro. Ponia pues diariamente con sus propias manos en una olla al levantar la mesa la parte que le tocaba y se la mandaba á la viuda pobre y á sus hijas, quienes no contando con mas socorro afirmaron mas de una vez que solo por él podían vivir, y que á la caridad de Mariana debían en uno infinitos bienes. Mucho se alegraban ellas con la provision diaria; pero mucho mas se regocijaba Mariana de dársela por amor de su esposo, el cual quiso mostrar con repetida maravilla su agrado en aquella espiritual y corporal limosna. Declaran unánimes los testigos en el proceso que sin acobardarse por frios ni calores iba Mariana á trabajar en el horno de su casa las noches que se amasaba el pan, y que diciéndole la gente de servicio que á qué fin trabajaba si el pan que hacia no le habia de comer, respondia con afabilidad: *Y cuando yo no le coma, ¿faltará un pobre en quien se lo gre mejor?* Seguía entre tanto su trabajo, y en conclu-

yendo tomaba en sus manos como dos onzas de masa, y con pasmo de cuantos la veian, formaba de tan escasa materia para la pobre viuda un pan tan grande y tan hermoso, que excedia en cantidad y regalo á todos los de la hornada. Tan repetido era este suceso, que ya llegó á no estrañar lo la gente de servicio, y lo atribuia á aquel Señor, cuya caridad hizo que cinco panes produjesen otros para alimento sobrado de cinco mil hambrientos.

En las horas que empleaba en la labor de manos, que eran tres cada dia estando sana, no se proponia tanto el evitar la ociosidad, cuanto el tejer á Cristo la túnica inconsutil, que es segun S. Agustin (1) la caridad ejercitada con el prójimo. Trabajaba pues para él persuadida que en el dia del juicio confesaria hecho á sí mismo el agasajo, y lo que podia allegar trabajando, pasaba por mano de su confesor á los pobres. No habia otra distincion para ella entre estos sino la mayor necesidad; pero á quien remediaba con singular gozo de su alma, era á un pobre sacerdote, cuyos singulares trabajos me ha parecido describir brevemente, para que campee mas y mas la caridad de Mariana; debiendo sin embargo advertir que no es mi ánimo se dé fácilmente crédito á mil vanas credulidades que el vulgo adopta sin distincion, y cuyo origen no suele ser otro que la ignorancia ó algun otro afecto desordenado de los que los forjan y esparcen. El caso de que vamos á hablar, podrá parecer á muchos ridículo y aun absurdo; pero ¿qué no puede la malignidad humana, y qué no permite á las veces el Señor en sus altos é incomprensibles designios? En las montañas de los Mainas y gran rio Marañon hai un curato llamado *Santiago*, cuyos feligreses, en el tiempo á que me refiero, estaban sumergidos en la mas completa barbarie y en las costumbres de un soez é inmoral gentilismo; sobre todo eran inclinados á toda clase de hechizos y maleficios, de que por instigacion diabólica se servian para todo género de maldades. Hai en aquel pais en particular una flor que en unas partes llaman *campana* y en otras *zimuri*, la cual beben cocida, y quedando con su fortaleza y vir-

(1) S. Agustin sobre el salmo XXII, serm 1.º

tud inebriante, enajenados de los sentidos, ven con claridad y distincion, segun ellos dicen, todo aquello que desean ver. El marido ve las infidelidades de la mujer, la mujer igualmente las del marido; el que quiere rastrear al delincuente ó al ladron, le conoce y ve donde está el hurto, cómo y cuándo se hizo; en suma su vista se estiende hasta donde quieren, y segun lo que pretende el demonio que los alucina. Abundaba tanto este pentilencial abuso, que contagiando tambien á las ciudades vecinas de Jaen y Borja hubiera hecho de todo su territorio un florido reino de Satanás á no tener el desencanto y contraveneno de la enseñanza de la divina lei propagada con los sudores de los misioneros de la Compañía. Era pues cura de la dicha parroquia de *Santiago* un sacerdote secular, á quien sus mismos feligreses, por no sé qué causa, con infernal arrojó intentaron hechizar de manera que perdiese el juicio para toda su vida; y no hallando traza de envenenarle las viandas, como querian, porque vivia advertido y con incesante cautela, acudieron á un atroz y sacrilego medio. Se dieron maña para haber á las manos el cáliz en que consagraba, y estrujando en él aquella yerba le prepararon y untaron bien con su zumo. Celebró el infeliz al dia siguiente sin reparar en el maleficio por ser mui demañana, y juzgando beber la sangre de Cristo para fortalecer sus potencias, se halló á mui poco privado de juicio y tan conocidamente loco, que fué menester llevarle á Quito, donde fueron inútiles todos los remedios para curarle. Socorríale mucha gente de la ciudad, á quien daba lástima ver á un sacerdote víctima de venganza diabólica; y Mariana tomó tambien á su cargo el hacer lo mismo. Inducíanla á ello motivos mui superiores, pues en primer lugar no podia tolerar su alma llena de fe y de caridad ver á un ungido del Señor en tan deplorable estado; y cuando los muchachos sin reparar en su dignidad le mofaban y escarnecian, se acongojaba ella sobremanera y no podia contener las lágrimas. Ademas tenia otra razon para señalar con él su instinto caritativo, y era el saber, sin duda por especial ilustracion del cielo, que tan sensible

trabajo le habia cogido en estado de gracia. Una prueba de que era acepto á Dios el esmero con su ministro se la ofrecia él mismo, cuando en medio de su locura daba señales de agradecimiento á su bienhechora como si estuviera en el uso mas cabal de sus facultades.

Su cuidado principal era el de los enfermos, y cuando habia alguno en su casa, aunque fuese de la mas baja condicion, como era la de los indios, ella hacia de médico, servia de cocinera, de enfermera, de madre, le enjugaba el sudor, le componia la cama, le barria el cuarto y le arreglaba todas las cosas con tanto aseo y devocion como si lo hiciera al mismo Cristo en persona. Su corazon no podia escuchar sin conmovirse el quejido del paciente, y á mas de disponerles ella los remedios usuales y caseros que sabia, se los administraba con gran puntualidad, y acompañaba aquel acto con palabras de tanta dulzura y tan propias para consolarlos, que cuantos pasaron por su mano, hallaron en su caridad el alivio que no pudo prestarles la medicina. En las almas del purgatorio tenia el objeto mas tierno en que emplear sus ordinarias limosnas de penitencias y oraciones, destinando todos los dias cierto tiempo para ganar por ellas indulgencias, oír misas y aplicarles eficacísimos sufragios. Finalmente la caridad fué la que marchitó esta hermosa azucena y la que le quitó la vida, como referiré en su propio lugar; es decir que su caridad fué todo lo que podia ser, segun la sentencia infalible de Jesucristo.

CAPITULO V.

De la virtud de la religion que resplandeció en Mariana, de su devocion á la pasion de Jesus, á su Santísima madre y á los santos.

La religion es una virtud por la cual damos á Dios el honor y culto que como á Señor y criador se le deben. Es virtud tan preciosa, que merece el primer asiento entre las virtudes despues de las teologales; y será mayor ó menor su brillo, segun fuere mayor ó menor el concepto que forme la criatura de Dios y de su infinita grandeza,

el aprecio que haga de su ser contrapuesto á la bajeza y á la nada del hombre.

Bien puede servir de ejemplar de esta virtud Mariana de Jesus, pues á imitacion de los serafines, al paso que cubria su rostro con el conocimiento de la propia bajeza y la nada de su ser, desplegabá con santo empeño y ardor sus labios para alabar á Dios en sus infinitas perfecciones y atributos, adorando siempre la divina simplicísima esencia, trina en personas y sin número en grandezas y maravillas. Desde mui niña profesó singular devocion á tan inefable misterio, como dije en otra parte, y no contribuyó poco á este altísimo sentimiento de religion el P. Juan Camacho, que siendo tambien mui devoto del mismo, fué el mas proporcionado instrumento para arraigar en su alma con sus consejos y máximas un amor entrañable á las tres divinas personas. Prevenia su fiesta con especiales ayunos, cilicios y disciplinas; y como tambien dije ya, no contenta en tal dia con acompañar sola el *Sanctus* eterno de los serafines, convidaba á los de casa, y todos adoraban el misterio en su altarito, en que se veía pintado al Eterno Padre con el Hijo en sus brazos mirando en él como en un espejo sus divinas perfecciones.

Todas las delicias de Mariana se reunian en el Eterno Padre, aunque sabia mui bien que no hai mas ni menos en el Padre que en el Hijo y en el Espíritu Santo, como no fuera la causa de su predileccion cariñosa el exceso de bondad que S. Pablo nos recomienda en sus epístolas, de habernos dado el Padre á su querido hijo Jesucristo. Depone con juramento un padre de la Compañía que la exhortó varias veces con razones teológicas á que se regalase igualmente con la segunda y tercera persona; pero ella amaestrada en la escuela superior de la contemplacion le respondia siempre que empleaba mui bien su amor en el Padre Eterno por ser como fuente de vida del Hijo y del Espíritu Santo; pues engendrando al Hijo, espira con el Hijo al Espíritu Santo.

De su respeto al santo templo, morada de la divinidad, de su compostura y modestia en él, asunto de las

conversaciones de Quito, dije en su lugar; mas para que se vea de lo que era indicio aquel exterior constantemente devoto, trasladaré aquí su práctica al poner el pié en la casa de Dios, que tenia escrita y dictada por el santo hermano Hernando de la Cruz. "Yo Mariana, decia, ruego humildemente á vuestra celestial hermosura, santísimo ángel de mi guarda, que me lleveis con el espíritu y pensamiento á la corte del cielo y me alcanceis de los ángeles mas principales que me dén audiencia. Haciendo cuenta que dejo las cosas terrenas y levántame sobre todas ellas, me pongo en la presencia de los cortesanos del cielo: represéntoles mis deseos, que todos son de la mayor gloria de Dios y la salvacion de las almas, pido primero con toda reverencia á los serafines ardentísima caridad, á los querubines sabiduría, á los tronos humildad, á las dominaciones mortificacion de cuerpo y sentidos, á las potestades victorias de tentaciones, á las virtudes aprovechamiento en todo género de virtud, á los principados sujecion, á los arcángeles pureza de cuerpo y alma, á los ángeles obediencia. Pido á los patriarcas fe, á los profetas esperanza, á los apóstoles caridad, á los mártires fortaleza, á los pontífices solicitud, á los doctores sabiduría, á los confesores obediencia, á las vírgenes pureza, para que toda Mariana sea agradable á los ojos de mi Dios y Señor." Admitida así á comunicar con los cortesanos de la gloria acercábase al trono del Altísimo, y con la retórica del amor le decia: "Dios mio, trino y uno, tan sabio como poderoso, y tan poderoso como bueno, y tan bueno como hermoso, y todo inmenso, gózome infinito de que seais, Dios mio, quien sois y de que tengais en vos todas las perfecciones y excelencias. O amaño tesoro mio, tú solo para mí y yo sola para tí. Tú solo bastas para hartar mi deseo, y en tí solo me contento; y yo, como si estuviera sola, no me ocuparé en otra cosa que en amarte, alabarte, glorificarte, servirte y obedecerte á tí, que eres todo único y sumo bien y eterno descanso."

Unido el Verbo á la humana naturaleza la sublimó de suerte, que quien ama á Dios y le venera en su esen-

cia, ha de amar y venerar á Cristo en su persona. Considerando pues Mariana la sacratísima humanidad de Jesus se llenaba de veneracion profunda y se deshacia en afectos, especialmente los nueve dias ántes de su natiuidad, durante los cuales, á mas de las penitencias que añadia en el adviento, preparaba al niño Dios muchos presentes. Veíale pobre entre humildes pajas, y que para remediar el daño que hizo la gula en el primer hombre, se vestia tan á su costa de la humana naturaleza; y disponia que todos los de su casa ayunasen aquellos nueve dias guisándoles ella la comida y sirviéndosela con sus propias manos. Llegada la noche de Navidad, formaba en su cuarto un pequeño nacimiento, juntaba á sus sobrinas y demas gente de la casa, y con singular ternura convidaba á todos á que con los pastores ofreciesen al recién nacido los ayunos de la novena. Luego ella rebotando de júbilo, decia: *Seais bieu venido, Señor y pastor mio, que os habeis dignado de venir á buscarme como á oveja perdida por mis culpas. Aquí me teneis, Señor, con vos.* Esto decia hincada de rodillas, llorando y besando al divino infante los piés y las manos con un transporte amoroso, que enternecia solo verla. Alternaba con estos coloquios otros no menos tiernos á su amantísima madre, y lograba enfervorizar tanto á toda su gente, que ni aquella noche, ni en el siguiente dia se oia hablar de otra cosa en la casa que de la dignacion infinita del Dios hecho hombre y de la solicitud y ternura de Mariana en adorarle y servirle. Completaba la fiesta, segun su costumbre, con la guitarra, y acababa de robar para su amante Jesus aquellos corazones cantando y acompañando con dulce melodía algunos versos, á que solia intercalar en prosa: *¡O cuándo será el dia que yo tenga esta fiesta en la gloria!*

Todos los misterios de su Jesus eran para ella objeto continuo de adoracion, y queria que lo fuesen para su hermana doña Gerónima y sus sobrinas, á quienes enseñó la jaculatoria que pronunciaba siempre que daba el reloj, y en particular al toque de oraciones del alba y del mediodia. *Bendita sea la hora en que mi Señor Jesucris-*

to encarnó, nació, murió, resucitó y subió á los cielos, y en que instituyó el Santísimo Sacramento del altar. *Alábenle, Señor, todas las criaturas de los cielos y la tierra para siempre jamás. Amen.*

Pero no parecia sino que el misterio de la sagrada pasion y muerte del Redentor no le dejaba veneracion y afectos para otra cosa. Esta era de ordinario la materia de su meditacion; y en hablando de los tormentos que Jesus su amante esposo padeció por nosotros, su corazon se liquidaba, por decirlo así, en lágrimas, se deshacia en suspiros y se perdía en deliquios de amor como el de una santa Brígida. No tenia arma por el estilo cuando intentaba ganar á algun pecador ó alentar á alguna alma justa para que trepara por la escarpada roca de la perfeccion. Jesus crucificado, como queda dicho hablando de su niñez, fué desde entonces su gran libro, y si bien se mira, no fué ella toda su vida sino un remedio de sus penas y dolores. La imagen de su divino esposo, abrevado de hiel y de tormentos, fué desde aquella edad el original que se propuso por modelo, y no es menester repetir aquí lo que va referido en el libro de su penitencia, por lo comun no imitable. *¡Ay costado herido de mi Jesus crucificado!* decia cuando niña azotándose el pecho con ortigas; y de la llama amorosa que salia de aquel costado divino, concebía su corazon el calor necesario para emprender y llevar adelante sin flaquear un conjunto de tormentos y destrozos de su delicadísimo cuerpo, que ha asombrado ya á mis lectores, y sin duda los ha obligado á reconocer en Mariana imitadora de Jesus la palabra de aquel que dijo: "Yo te seguiré donde quiera que vayas." A esto solo se enderezaban la pureza de su vida, la mortificacion de sus pasiones, el rigor de sus ayunos, el freno de sus sentidos, el desprecio de la tierra y el aborrecimiento del mundo. Hablar de la pasion de su amado era exprimir de sus ojos el llanto; contemplarla, abrasar su corazon; padecer por quien la toleró, poner el colmo á sus ansias.

Y quien las padecía tales por la veneracion y el amor á la pasion del Dios hombre, era imposible que no estendiese en justa proporcion sus afectos hácia la que le acom-

pañó en el penar, María Santísima, madre de Dios, reina de los ángeles y de los hombres y milagro de la divina omnipotencia. Era tan cordial y estremadamente fina la devocion de Mariana hácia esta señora, que toda descripcion serviria solo para deslucirla y rebajar sus colores. Teníala por madre, reina y señora y por seguro norte y guia de todas sus acciones, valiéndose de su patrocinio en todas sus necesidades y procurando con todas sus fuerzas propagar su culto y encender su devocion. Las primeras palabras que articularon sus labios, aquellos mismos labios que rehusaban tomar el pecho en ciertos dias y fuera de ciertas horas fueron *Ave María*. Desde que tuvo uso de razon pagó á su Santísima Madre el tributo diario del rosario, y algun tiempo despues empezó á reunir la gente de su casa y á rezarle en el cuarto de su sobrina doña Juana despues de haberle rezado ella sola en la iglesia, de ciento y cincuenta Ave Marías. En horas fijas y proporcionadas á las del oficio divino rezaba tambien diariamente el oficio parvo de María, y celebraba sus festividades con devocion especial, precediendo siempre su novenario de penitencias y otras obras espirituales y de limosnas que daba con licencia de su cuñado D. Cosme. Tenia, como ya dije, en su cuarto una imágen de bulto, con quien desfogaba su pecho enamorado y deseoso de servir y agradar en todo á su madre, y aunque no llegamos á tener noticia de los muchos favores que mereció á la que nunca queda á deber nada á sus hijos, permitió el Señor que pudiésemos rastrearlos por la finura con que se ocupó ella en merecerlos. Caia la ventana de su habitacion hácia la capilla del hospital real de Quito, donde se veneraba una hermosísima imágen llamada de los Angeles por tradicion antigua de que los ángeles la pintaron. Es el refugio de la ciudad en toda clase de apuros, y lo demuestran los portentos sin número que por su medio se ha dignado de obrar el Señor, de que son prueba los infinitos *votos* que penden en derredor de la imágen, la preciosidad del altar y el ornato magnífico de la capilla. Festejaba la ciudad de Quito en lo antiguo á su patrona todos los sábados con misa mayor y

por la noche con Salve, acompañada de escogida música, y cada año en el día de su fiesta con singulares regocijos y con la crecida limosna de quinientos pesos, destinada por un rico y cristiano caballero para dote de una doncella pobre. Algun tiempo despues se empezó á rezar todas las noches á coros el santo rosario en la capilla; y así creciendo por dias la piedad y la confianza de Quito se acrecentaba tambien el amor á María glorificada en aquella imágen. Era en tiempo de Mariana mayordomo de la capilla Juan Toribio de Guevara, hombre de sólida virtud y por tanto de mucha verdad, el cual jura en el proceso que durante los dos años que fué mayordomo, todos los sábados á cierta hora llevaba una india unos ramilletes de fragantes y hermosísimas flores con dos velas de cera, y que él sin saber quién las enviaba las ponía encendidas en el altar y así mismo los ramilletes. Entró en curiosidad de saber quién era la persona tan devota de María que la obsequiaba con tanta perseverancia, y aunque preguntó muchas veces á la india, jamás pudo saber nada de su boca, habiendo tomado mui bien las instrucciones de su señora. Cansado de preguntar inútilmente se resolvió un día á salir de cuidado por sus propios ojos, y siguiendo los pasos á la india al salir de la iglesia, vió que entraba en casa de Mariana. No tuvo bastante con esto, sino que entrándose tras ella con disimulo, llegó en puntillas y como pudo hasta mui cerca del cuarto de Mariana; y viéndola no sé cómo, le dió gracias de su cariño en nombre de la reina de los ángeles. Turbóse no poco la modesta vírgen, y despidiendo con buen modo y presteza al curioso devoto le dijo: *Dios nos dé su gracia, y conocimiento para servir á su madre. ¡Dichoso U. que sirve á tan gran señora! Sea ahora y para siempre.*

Tenia sin embargo la amante hija de María sus especiales confianzas y desahogos con la prodijiosa imágen de nuestra señora de Loreto, que se venera en la iglesia de la Compañía, honrada y festejada por una congregacion de españoles é indios. Dirigian la congregacion los jesuitas, y habia en ella pláticas, frecuencia de sacramentos y otros ejercicios de piedad con gran culto de María

y provecho de las almas. Visitaba pues Mariana aquella preciosa imágen todos los días; y llevada sin duda del título de Loreto, que le recordaba los muchos que tenía para confiar en la que como madre de Dios es arca de reconciliacion con el hombre, nada dejaba de pedir en aquellas visitas, y nada pedía que no consiguiese, como fué la muerte de su sobrina Sebastiana ántes que la casaran. *Reina mia, madre mia, señora mia, vírgen de vírgenes* eran los títulos cariñosos con que la invocaba; y á tan delicado acento ella sola sabe cómo respondía una madre que no tiene igual en ternura y correspondencia.

Entre los cortesanos del cielo miró siempre con predileccion á S. Ignacio de Loyola; y sin duda por el amor y devocion hácia él, amó y dió en su concepto y corazon el primer lugar á su Compañía; y recíprocamente el amor y veneracion hácia esta refinó sus afectos para con el santo. La Compañía, segun ya dije, fué siempre como su casa, su refugio, su madre y la única maestra de su alma. A ella se protestaba reconocida y obligada por la educacion de su espíritu, por sus deseos de perfeccion y por todos sus adelantamientos en la santidad, sin que jamás se confesase con sacerdote que no fuera de la Compañía, ni aun en otro templo que el suyo, como lo juran unánimes los que la vieron y trataron. Su vestido fué siempre una túnica negra de tela tosca á modo de sotana, como la que usa la Compañía, sujeta al cuerpo con un ceñidor de lana, cerrada de arriba abajo segun lo exigía la honestidad, sin cuello ni adorno alguno y con un nombre de Jesus en el pecho. Con el traje copió siempre todo el exterior y el proceder de la Compañía, evitando hasta la menor sombra de singularidad y estravagancia, y conservando aquella rara modestia, que siendo el objeto de varias y mui santas reglas dictadas por el santo fundador, no importa que la critique y moteje el mundo cuando la aplaude la verdadera piedad y la canoniza la iglesia. Quien así procedía en todo, no es extraño que á boca llena llamase padre suyo á S. Ignacio; que mirase á los hijos de este como á sus hermanos sobre la tierra, y dijese de sí misma á menudo: *Yo soi toda jesuita*. Ni tampoco hai

por qué estrañar que ellos la hayan mirado siempre como cosa propia y tomen tanta parte en sus glorias y regocijos. Como buena hija amaba y obsequiaba de corazon al amantísimo hijo de su gran padre, el incomparable apóstol de las Indias y del Japon S. Francisco Javier, y lo mismo hacia en proporcion con los demas santos de la Compañía.

Manejaba de continuo las obras de la ilustre doctora española santa Teresa de Jesus; y no era el último título para venerarla y amarla con tanto aprecio la no interrumpida correspondencia de afecto que medió entre aquel portento de su sexo y los hijos de Ignacio. Profesaba tambien una particular devocion á santa Gertrudis y al denodado escuadron de las once mil vírgenes con su celestial conductora santa Ursula, á quienes confesaba deber tantos favores, que no cesó hasta que vió introducida su devocion entre los de casa como debido agradecimiento. *Con el glorioso S. José dice su confesor, tenia familiarísima amistad: preparábase á celebrar su fiesta con siete dias de particulares cilicios, ayunos, disciplinas y con mas garbanzos dentro del calzado, diciendo con gracia que en honra y gloria de su S. José tenia que añadir algun garbancito mas en la olla.* Quiso tambien ser hija espiritual del serafin de Asis S. Francisco; y oyendo las muchas indulgencias y gracias de su cordon y escapulario, por consejo del P. Camacho su confesor, como ya dije, recibió el cordon y se puso al cuello un escapulario pequeño y que no se dejase ver por evitar singularidades.

Pero su devocion predilecta y especialísima puede decirse que fué la de santa Catalina de Sena, y que con ella tuvo sus mas finos amores. Gemela, por esplicarme así, en el espíritu de santa Rosa de Lima, se propuso como ella por original de perfeccion á aquella insigne esposa de Jesucristo; y si Mariana no le debió tantos favores como Rosa, en virtudes y espíritu tuvo aun Catalina quien la estudiase é imitase felizmente faltando Rosa. "Santa Catalina de Sena, dice el P. Antonio Manosalvas, "fué su maestra y dechado en todo, y sabia toda su vida de memoria, y con ella se consolaba en sus traba-

”jos y aficciones. Suplicábala la recibiese bajo su amparo y proteccion y la sacase victoriosa como ella habia salido de sus contradicciones; y así fué, porque los que la contradecian las comuniones, eran no solo doctos, sino virtuosos y que podian; no quiso la santa sino favorecer á su devota y quien la procuraba imitar en todo.”

CAPITULO VI.

Su devocion á Jesucristo Sacramentado

Entre los misterios que la fe católica venera en la sacrosanta humanidad de nuestro Señor Jesucristo, hai uno, que como enseña el Santo Concilio de Trento, es un erario en que se depositó por la divina bondad la suma de todos juntos. En él se derramaron los tesoros de la gracia, sin que escasease un Dios enamorado de los hombres ninguna cosa de cuantas podian haber menester en esta penosa peregrinacion hácia la patria. Por esto las almas santas, aunque en la meditacion de los demas misterios se apacienten gustosas y merezcan de su Dios muchos y soberanos favores, suelen ser mas y mas preciosos los que reciben gustando el verdadero maná de la Eucaristía. Así lo esperimentó siempre Mariana, la cual si bien no halló pasto proporcionado á su corazon y potencias fuera de los misterios de su divino esposo, tampoco le quedaba entendimiento para contemplar, ni corazon para amar otra cosa cuando le veia encerrado por el amor en el breve cerco de una hostia.

Desde que tuvo por primera vez la dicha de acercarse á la divina mesa, quedó tan aficionada á esta celestial vianda, que no cesaba de pedir á su confesor se la proporcionase de nuevo; y reconociendo el venerable P. Juan Camacho que aquella alma era posada digna de que Jesus repitiese sus visitas, le dió licencia para que todos los domingos y fiestas de precepto se acercara á recibirle. Hacíalo Mariana con estraordinaria disposicion, que no consistia tanto en confesarse y leer algun libro de-

voto, cuanto en un tenor de vida angelical, continuo ejercicio de penitencia y hambre santa de aquel pan, que es grano de escogidos. Algo mas adelante reflexionando el padre que era cargo de conciencia no acceder por entero á las fervientes súplicas de una niña, de quien no constaba que hubiese cometido jamás pecado venial con plena advertencia, que se daba en tales términos á la oracion y vida austera, y que con una pureza de angel reunia un sumo desprecio del mundo y una sed ardiente de la perfeccion, le permitió que entre semana recibiese á Jesus en su pecho dos y tres veces. Rayando ya Mariana en los doce años, la vió aquel varon experimentado adelantada en la virtud mas de lo que prometia su edad, entregada á una penitencia inimitable, á una oracion continua, á una obediencia y resignacion esmerada, á una humildad profundísima y tan ajena del mundo, que llevaba adelante sin desfallecer la guarda cabal de sus tres votos de la perfeccion evangélica. Vió ademas que todo este aparato de santidad y virtudes producía en ella un impaciente deseo de gozar de su celestial esposo y un amor tan violento, que solo descansaba en él y solo por él vivía, y despues de mucha consideracion, oracion y consulta de libros se resolvió finalmente á consolar las ansias de su bendita hija concediéndole la comunión diaria, que ella no omitió jamás mientras sus achaques se lo permitieron.

Pero aquí fué donde se estrelló la resistencia del enemigo de todo bien y mucho mas del aprovechamiento de una niña. Temió sin duda el maligno los aceros de quien aun sin una union tan íntima con su eterno adversario le ocasionaba funestas derrotas, y para salir con sus miras echó mano de instrumentos que por ser mas nuevos é inesperados fueron sin comparacion mas sensibles. Eran estos dos maestros de teología, y uno de ellos superior del P. Camacho, los cuales sin conocer el espíritu de Mariana, ni los quilates de su perfeccion al oír comunión cotidiana en una niña de doce años, se encandalizaron de tal modo, que sobre afear el hecho motejaron al doctísimo confesor y le trataron de poco prudente y considerado en punto de tanta monta. Con un zelo embozado

en capa de teólogo le dijeron que cómo permitía que una niña de tan cortos años usase cada día del pan que S. Agustin llama de grandes, olvidando el ejemplo de tantos santos, que apreciaron mas un reverente retraimiento de humildad que una excesiva osadía de fervor. Le hicieron advertir que la demasiada frecuencia suele convertirse en una pura costumbre, cuando no en menosprecio de lo que se instituyó no para pábulo de amor propio, sino para causar la santidad y pureza del alma. Le avisaron de lo mucho que puede en los niños el prurito de no ser menos que los demas. En suma no dejaron argumento que no tocasen, si bien con la desgracia de haber acudido en su busca al arsenal de la mera especulacion, siendo este un negocio en que si hubiesen consultado, como era razon, á la práctica y al caso concreto de Mariana, no la hubieran sentenciado sin oír su proceso. La comunión diaria es un nombre que causa pavor á la tibieza, y ofrece mil sutilezas á quien vive entre cristianos tibios, y que en nada se parecen á los de los primitivos tiempos de la iglesia. Siempre pues que se trata de este punto, la cuestion debe concretarse á si se ha de aprobar ó reprobar una práctica, que considerada con abstraccion de individuos, S. Agustin y S. Juan Crisóstomo ni la aprobaron, ni la reprobaron. Lo único á que tiene derecho la justa crítica, es á exigir la ejecucion del prudentísimo aviso de la santidad de Inocencio XI (1), quien al paso que protesta que no pretende quitar el uso de la comunión diaria, encarga toda consideracion en el asunto; pues no á todos debe concederse sin mucha prudencia y madurez. Pero esto fué precisamente lo que no vieron los detractores de la práctica de Mariana, fautores sin advertirlo de jansenísticas prevenciones; la prudencia y madurez con que el P. Juan Camacho permitió comulgar diariamente á una niña de tan estremada pureza y de una vida tan santa, que si ella no, tal vez no hai en el mundo quien pueda decir abrasado en amor de Jesus oculto en el sacramento: *Nobis datus, nobis natus ex intacta virgine.*

(1) En la bula sobre la comunión diaria.

Oyó el prudente y sabio confesor aquellas razones, y sufrió una especie de persecucion en silencio y con paciencia pero sin acobardarse, porque nada podia hacer mella en el ánimo de quien conocia con evidencia que nada hablaba con la que cada dia comulgaba con tan nuevo fervor como si nunca lo hubiese hecho; con la que tenia una comunión por disposición para otra y sentia con la hartura mayor hambre, creciendo por momentos el conocimiento y el amor de su esposo. Solo pues consiguieron que estando buena no comulgase Mariana á la vista de todos, sino que en la última misa le diese el P. Manosalvas la comunión, aconsejando no raras veces la prudencia que ciertas cosas lícitas y á todas luces santas se oculten por algun tiempo por escusar á los débiles ocasion de tropiezo. Pero no fué vana la confianza del P. Camacho, ni la de la misma vírgen esposa, que le animaba á renovarla cuando le veia perseguido y motejado por su causa. Los mismos padres, que tan de ligero la juzgaron, hubieron de dirijir despues su conciencia á falta del P. Camacho ausente, y reconociendo su rara santidad restituyeron al padre confesor su reputacion de hombre concienzudo y prudente, y alentaron á la hija á que siguiese usando de su derecho y adelantando para bien universal en la perfeccion por el medio mas natural y eficaz para conseguirlo.

Era tan necesario á Mariana el pan vivo que descendió de los cielos, que si llegaba á faltarle diariamente, se resentia su físico y perdía la salud y las fuerzas. Ordenóle su confesor en una ocasion, pocos dias ántes de la festividad de S. Juan Bautista, que dejase la comunión sacramental y se contentase con el deseo ardiente de recibir á su esposo, mas meritorio que el acto mismo cuando interviene la obediencia. Aunque tocada en lo mas vivo de su alma, obedeció como era de esperar, pero le salió bien caro, pues la acometió á poco una fiebre maligna, que no pudo mitigar el médico con todos sus recursos, é inspiró sérios temores á los de su casa. Fué á visitarla su confesor, y viéndola tan enferma y sospechando de la raiz de su dolencia le dijo al despedirse mas por con-

solarla que por esperanza de que hubiese de cumplirlo: *Mañana la aguardo en la iglesia para que comulgue*. Fué tan eficaz la brevísima receta, que á las cinco y media de la mañana siguiente estaba ya á la puerta de la iglesia aguardando qué el sacristan abriese. Salió el padre al confesonario, y al verla apénas podía creer que fuese ella la misma que visitó el día ántes; pero cuando supo de su boca que no habia tenido que hacer un gran esfuerzo, pues estaba buena y sin calentura, alabó al Señor en su compañía reconociendo la comunión por único lenitivo eficaz de todos sus males. La de aquel dia dedicado á S. Juan Bautista la acabó de poner tan buena, que el médico y todos los domésticos quedaron absortos y dando gloria á Dios, que preparó la salud á Mariana en su cáliz, *calicem salutis*, como leyeron los setenta intérpretes las palabras del Salmo.

En la confesion con que se preparaba para comulgar, hablaban mas sus ojos que su lengua, y prorumpia en tantos sollozos y lágrimas como si fuera la mayor delincuente del mundo. Acercábase á confesar ceñida de cilicios, toda devota y compuesta y con el alma de antemano tan pura, que sus confesores no hallaban materia suficiente para el acto sacramental, valiéndose para absolverla de cuanto en lo pasado hubiese ofendido á su divino esposo por ignorancia ó negligencia. Así lo declara el P. Juan Camacho: y preguntada ella misma un dia por otro confesor acerca de las diligencias que hacia para llegarse á comulgar diariamente, respondió: *Procurar que la union con mi esposo vaya cada dia á mas y sea mas estrecha; y así cada dia procuro amarle y quererle mas: estas son las diligencias que todos los dias hago*. Cuando acababa de comulgar, estaba tan profundamente recogida, que no permitia que persona alguna le hablase una sola palabra; y un dia que quiso decirle algunas sobre cierto negocio un padre grave de la Compañía, se apartó de ella con mucha edificacion apénas la oyó decir: *Padre, he comulgado*.

Comunicábasele tan íntima y sensiblemente su Jesus en la comunión, que llegaba tambien á participar el cuer-

po de los efectos de su divina visita. Así lo ponderó el padre Alonso de Rojas en el panegírico que predicó en las honras de la sierva de Dios, diciendo que un sacerdote al decir *Dominus vobiscum* vió su rostro lleno de resplandores y encendido como una ascua. Su mismo confesor asegura que le sucedia á veces no reconocerla por la cara, la cual *se le ponía como si fuera un ángel*, y le hacia dudar si era Mariana de Jesus la que habia comulgado.

Singularizábase su ternura con el amante divino disfrazado en el sacramento los dias de carnaval, en que la Compañía festejaba á Jesus y procuraba recompensarle de tantas ingratitudes exponiéndole á la pública veneracion de los fieles. Convidaba á sus amigas á gozar de su misma dicha, y desde el romper el alba hasta las seis de la tarde, que era el tiempo que estaba manifiesto, permanecia hincada de rodillas ante el altar del sacramento, cubierta con el velo, inmoble y sin probar bocado de la tierra, saciando su alma con el maná llovido del cielo. Cuantos la veian en aquella actitud, opinaban que arrebatada su alma hasta los cielos habitaba entre los que allí hacen la corte al cordero; y se convencian sus amigas cuando al querer despedirse de ella para volver á sus casas le dirijian alguna breve palabra ó la tocaban, pues no se verificó jamás que les respondiese ó diese señal de advertirlo. Y que semejante suspension y arrobo fuese divino, lo manifestaba el que enviándole su confesor recado de que no estuviera tanto tiempo de rodillas se sentaba al momento, si bien á mui poco volvía á su postura, satisfecha con haber obedecido á quien no le fijaba tiempo para el descanso.

Ya dije á otro propósito que esta era tambien su costumbre en la semana santa mientras permanecia Jesus oculto en el monumento; y solo añadiré que era tal su abstraccion y recogimiento durante aquellas veinticuatro horas, que ni el ruido de los que entraban y salian á rezar las estaciones, ni el de los grillos y cadenas que segun la costumbre de aquel tiempo solian arrastrar los penitentes, la molestaban. Jamás fué capaz de moverla de

su lugar por un momento siquiera la curiosidad de ver una devota procesion que pasaba por delante de la iglesia, imitando en esta difícil mortificacion lo que hacia en la del rosario santa Rosa de Lima. Viendo el hermano Francisco de Leon, sacristan de la iglesia de la Compañía, la asistencia de la sierva de Dios los juéves santos, la suplicaba que tuviese cuidado durante la noche del monumento y de cuanto habia en él. Admitia la complaciente vírgen el encargo; y como si dejase una guardia numerosa para defensa del templo y de sus alhajas, se iba aquel descuidado á dormir, confesando siempre que desde que tenia á Mariana de centinela en el monumento, jamás habia sucedido desgracia, ni faltado la mas mínima cosa. Interrumpia la oracion mental á que se entregaba delante del Santísimo Sacramento, con devotísimos coloquios y encendidos afectos, expresados en mui cortas palabras que tenia apuntadas en un cuadernillo, y que no pongo por estenso por no alargarme demasiado. Eran ellos producto de su corazon enamorado y finísimo para con su Jesus, aprendidos en la escuela á que asistió siempre, desde que usó de sus facultades, como se verá en el siguiente

CAPITULO VII.

Fervorosa oracion de Mariana: sequedades y desconsuelos con que su divino esposo la prueba: modo maravilloso con que los trueca en delicias.

Todo lo que dejo escrito en el libro de la mortificacion de Mariana, pudiera servir de regla para medir su oracion fervorosa; pues llamando S. Dionisio Areopagita ó el autor de las obras que llevan su nombre, virtud castísima á la oracion, supone para ser tal una severa mortificacion y un santo aborrecimiento de sí mismo. Gozarán de tranquila paz los sentidos y escucharán la voz del amado, si la mortificacion los gobierna; y tanto de ordinario se elevará el alma por la oracion á su Dios, cuanto se encuentre desasida de la carne y de su apetito. Mas sin echar

mano por ahora de esta prueba menos directa sabido es que en los primeros años, y cuando aun no gozaba del uso de la razon, se descubrió en ella una propension innata á hablar con Dios en el retiro de su alma, y que sin mas impulso que la inspiracion divina se recogia á este fin en la habitacion de su madre. Lo mismo hacia cuando estaba en el campo, ayudándola no poco la soledad y la vista de tantos objetos criados por el Señor para desahogar un corazon que amaba casi sin saber qué, y con afectos y palabras cuyo significado tal vez no penetraba de lleno. Despuntó finalmente en ella la luz de la razon, y aprovechando la capacidad de aquella mente vírgen empezó el P. Camacho á enseñarle las industrias para saber orar, las cuales, por mas que á muchos les parezca otra cosa, son bien pocas y mui fáciles, y todas se encierran en lo que el santo padre Ignacio de Loyola comprende bajo el nombre de *adiciones* en su admirable libro de los Ejercicios. Preparaba pues la bendita niña los puntos de meditacion, y poco menos que los aprendia de memoria; y buscando despues tiempo y lugar á propósito, hincada de rodillas y actuándose ántes de todo con viva fe y con humildad profunda en la presencia de Dios, meditaba atentamente los puntos preparados que por lo regular solian ser de la pasion de su divino esposo. Dos horas diarias permanecia en aquella edad de siete á ocho años con una clase de oracion que llaman los místicos *afectiva*, y en la que por consiguiente mas obraba la voluntad que el entendimiento, mas los coloquios que los discursos, mas los suspiros y las lágrimas que los argumentos y las razones.

Cuando llegó á los diez años, en la distribucion que se propuso observar con la bendicion de su padre espiritual, fijó entre dia y noche cinco horas y media para la oracion mental, fuera de la vocal y la que habia de tener en la iglesia, donde permanecia desde las cinco y media de la mañana hasta las diez y media los dias de labor y los festivos hasta las once y media. De la continua meditacion, á que se disponia con tan esmerada diligencia y como en conjetura dos ~~...~~ montáncos, pero ~~...~~ inalible

tributo, se dignó el Señor de elevarla á un estado sin comparacion mas sublime, haciendo que le conociese y amase con una luz tan viva y tan regalada, que apoderándose de su alma la sacaba como fuera de sí y la transformaba en una criatura mas bien celestial que terrena. Y porque en tan alta y delicada materia es preferible oír á sus mism^a confesores, referiré en primer lugar las palabras del F. Juan Camacho, hombre no menos docto en ambos derechos que en la sagrada teología y sobre todo mui versado en la ciencia mística. Hablando pues este padre de Mariana dice estas pocas palabras, llenas de jugo y mui de ponderar en hombre de tanta oracion y tan favorecido del cielo: *Nuestro Señor la levantó á lo supremo de la contemplacion, que consiste en conocer á Dios y sus perfecciones sin discursos y amarle sin interrupcion. Y en otro lugar: Gastaba lo mas del dia y de la noche en oracion así vocal como mental, exámenes, leccion espiritual y contemplacion, sin dormir apenas una hora. Siga al P. Camacho el venerable P. Alonso de Rojas, rector del colegio de Quito, maestro de teología en la Universidad y gran director de las almas. Moraba, dice, dentro de sí en la presencia de Dios, y andaba con cuidado en no perderle de vista, y estaba interiormente tan asida con la Santísima Trinidad, que decia no se podia apartar de Dios: con facilidad se levantaba en espíritu al cielo, y entre las vírgenes cantaba motetes á Dios. Finalmente andaba tan recogida en silencio y quietud sobrenatural, que muchas veces le sucedia andar como fuera de sí, y como una abeja se estaba cebando en el costado de Cristo chupándole la sangre. El santo P. Lucas de la Cueva, venerado de toda Quito y mas de los suyos por sus tareas apostólicas, dice de Mariana: En los ratos que la comuniqué, descubrí la alteza á que Dios la habia llamado, y la union que con su Divina Majestad habia alcanzado, punto que me comunicó, y yo la atajé diciéndole que no entendia aquellas materias tan realzadas, porque yo no habia entendido en mi vida sino lo mas ratero de la vida purgativa. ¿Cuál seria la elevacion de Mariana, cuando á su abuelo. Más sin echarmeo un gigante? El P. Antonio*

muchas letras y siempre igual á sí mismo en la virtud en medio de infinitos contrastes, dice hablando de la oracion de Mariana: *Despues de algunos años el Señor la levantó á una contemplacion y union con su amado esposo tan estrecha, que un solo punto no se apartaba de tenerle presente; y ya no necesitaba de los libros para saber lo que habia de contemplar, porque de cualquiera suerte que leia ú oia leer, le era ocasion para estarse dias y noches enteras alabando y amando á su esposo.*

Esto es lo que dicen sus confesores informados de lo que pasaba por aquella alma purísima, y lo mismo con corta diferencia pudieron haber dicho los que en el proceso auténtico atestiguan mil cosas exteriores, que eran prueba de su no interrumpida habitacion en el cielo; la compostura de sus ojos y persona, su riguroso silencio, su actitud en el templo, y mas que todo la habitual suspension y enajenamiento de sus sentidos, que á menudo llegaba á tenerla en un éstasis altísimo, de que citaré por ahora el siguiente ejemplo. Fué á ver á Mariana en su casa el presbítero y licenciado D. Sebastian Delgado, y entrando en su cuarto ántes que de dentro respondieran que entrase, la halló hincada de rodillas delante del esqueleto ó figura de cadáver que tenia en la caja, en profunda contemplacion, con los ojos en blanco, la boca entreabierta, y toda estática y sin sentidos. Los que acompañaban al sacerdote, que eran gente de casa, hicieron de intento ruido para que volviese en sí, y él daba voces para lo mismo; pero tan en vano, que temiendo contrariar la obra de Dios cerró la puerta, y se volvieron todos admirados del suceso. No bien hubo salido el sacerdote, despertó Mariana de su dulce sueño, y con aviso sin duda de su esposo salió de su cuarto y fué en busca del sacerdote con el rostro hecho una ascua y toda corrida por haber sido descubierta; y habló con él del negocio, que era cosa perteneciente al honor divino. ¿Y quién podria calcular las ilustraciones, los goces y delicias de aquella alma en tales casos, que como diré á su tiempo se repetian con frecuencia? Solo Dios lo sabe, y á nosotros nos dejó como en conjetura dos cosas; los ojos de Mariana siem-

pre llorosos y sus párpados siempre enrojecidos, y la tirria del demonio contra la oracion de aquella sierva, que permitiéndoselo el Señor, usaba mil estratagemas para impedirle. Referiré algunos nada mas, sacados de los procesos, por no ser difuso. Meditaba una vez devotísimamente en la pasion de nuestro Redentor, y cuando mas engolfada estaba en aquel mar de dolores y angustias, inventó el maligno que saliese de debajo de su altarito una como tropa ó procesion de cáscaras de huevo, que chocaban unas con otras y hacian un ruido molesto. Otra vez se valió de una gran navaja, que hizo dar vueltas mucho tiempo en el aire, acercándose tanto á Mariana, que parecia querer herirla. Llevó en otra ocasion, mientras se preparaba á orar, la navaja por el cuarto á compas y con acompañamiento de un sonido como de muchas castañuelas; pero amenazando herir á la que con la oracion le declaraba la guerra. En ninguna de estas ocasiones daba el menor indicio de miedo la denodada vírgen; y eso que alguna vez, como diré pronto, la dejó mui mal parada; y en cuanto á este último baile infernal de la navaja se contentó con decir á su autor: *¡Porqué me tientas tanto, maligno? ¡Qué fruto esperas? Te engañas si pretendes estorbar mi dulce reposo, porque en la ayuda de mi Jesus tengo segura defensa. Soi criatura débil; pero el Señor de los ejércitos me amparará con su brazo.* Dichas estas palabras se puso á la oracion, y el orgulloso enemigo corrido se fugó del cuarto maldiciendo sus industrias. Si alguna vez (como lo refirió la misma Mariana á doña Juana Caso, de cuya boca lo oyó quien lo depone en los procesos) tomaba el demonio la forma de cierto perro sin pelo, que comunmente se llama de la China, y empezaba á aturdirle con sus molestos ladridos; armada de soberano esfuerzo le cogia Mariana y le ataba al pié de la cama, sujetándole allí Dios mientras su esposa atendia á buscarle en la contemplacion. Preguntábale algunas veces doña Juana cómo no tenia miedo de aquel animal, y ella sonriéndose decia: *¡Y porqué tener miedo si no puede hacer mas que fastidiarme gruñendo y ladrando?* Constan igualmente las luchas, que como dije,

hubo de sostener con el infernal adversario, por las que amanecía de cuando en cuando toda acardenalada y sin poder dar un paso; y hubo vez que segun ella misma, dijo á Fr. Gerónimo Paredes su hermano, ponderándole la crueldad de los infernales ministros, batallando con ellos la mordieron en un muslo tan cruelmente, que estuvo cuatro meses en cama y quedó coja de aquella parte. Se asegura tambien, bajo juramento por quien lo vió, que en otra ocasion le arrancó el demonio la lengua de cuajo, dejándosela pendiente fuera de la boca como de un hilo; y que yendo á comulgar al otro dia se le restituyó á su posicion natural y quedó perfectamente buena. Otra noche vió Mariana, mientras oraba en su cuarto, que le apagaban la luz que tenia encendida junto al féretro, segun costumbre; y ella léjos de atemorizarse se echó en el mismo féretro para tomar algun descanso, como solia hacer á veces y queda ya referido. Allí pasó lo restante de la noche, y cuando al amanecer abrió la ventana para disponerse á salir á misa, vió que el esqueleto que habia quitado y puesto en el suelo para echarse ella en su lugar, estaba sentado en una silla con los brazos cruzados ante el pecho y con un aspecto capaz de atemorizar al espíritu mas alentado y resuelto. Confesó Mariana misma á quien refiere el hecho, que por un momento se apoderó el terror de su alma; pero reflexionando quién era el autor de la burla, la despreció, echó agua bendita al esqueleto y le puso de nuevo en el ataúd con el responso de costumbre: *Dios te perdone, Mariana.*

Pero no fueron estas solas las luchas, ni tampoco las mas récias que tuvo que sufrir el espíritu de esta esforzada doncella. Mientras el suave y apacible viento del divino consolador de las almas dirijió su rumbo, eran para ella bonanza los odios y la persecucion del abismo; mas cuando para acrisolar á su esposa se oscureció el divino sol y la navecilla empezó como á zozobrar, aprovechándose Satanás del sueño aparente del soberano piloto, apuró Mariana hasta las heces del amargo cáliz del desamparo. Trocados en afanes los goces, la devocion en tédio y las lágrimas en aridez y sequedad insuperable.

vióse desaparecer de su alma el sobrenatural impulso á todo lo bueno y la vehemente propension á vivir del pan de los ángeles, y en lugar de la benéfica lluvia que le hacia tan llevadero el pasaje por tan árido y abrasado desierto, no venian sobre ella sino combates, tédios, desconsuelo y una apretura de corazon, cuyo extremo ella sola pudiera referir. Escribiendo á su confesor le decia que eran tales sus tristezas y desamparos, que estaba casi determinada á dejar la comunion cuotidiana, siendo así que dejarla era para ella dejar la vida. Y á la verdad que no hai prueba mas eficaz que estas espresiones de lo que pudo llegar á padecer quien solo por la comunion tenia robustecida el alma y con vida su maltratado cuerpo. *Pidió á nuestro Señor, dice el P. Juan Camacho, no la llevase por camino de regalos, sino de asperezas y trabajos á imitacion de doña Maria Vela, á quien fué mui aficionada, y cuya vida leyó mui de ordinario para imitarla; y consiguiólo de suerte, que los tédios, desolaciones y agonias que padecia, le hubieran mucho ántes ocasionado la muerte, si nuestro Señor no hubiera milagrosamente, como pienso, conservado la vida para aumentarse sus méritos; y aunque tan desconsolada, no le daba tanta pena su desconsuelo, cuanto el temor de ser á otros molesta y mostrárseles menos amorosa en sus respuestas. Pero ¿cómo no habia de ser amorosa en medio de sus incesantes agonias quien las soportaba con un heroismo propio del que no ve felicidad posible fuera del padecer sin testigo y sin consuelo? Desde que como dejo referido en otra parte, oyó de boca del P. Lucas de la Cueva el lugar de Job *Quis mihi tribuat* etc., estaba tan encendido su corazon en deseos de emular penando á aquel milagro de paciencia, que sus labios no sabian articular, ni su mente concebir cosa que no se pareciese al desahogo del profeta atribulado. No contenta con haber aprendido el testo de memoria, pidió encarecidamente y repetidas veces al padre que se lo tradujese y se lo diese por escrito. *El lugar de Job*, dice aquel varon venerable, *no paró, ni me dejó parar hasta que se lo di en romance, como lo hice desde la villa de Riobamba, escribiéndolos**

para su consuelo y su continuo ejercicio de repeticiones de grandes trabajos, mortificaciones y afrentas, de que padecia hambre. Recibida la traduccion leíala continuamente, meditaba sobre ella sin cesar, y avivando en su corazon mayores ansias de desconsuelos la comentaba de esta manera: "Aunque indigna me reconozco, soberano esposo mio, de tener la dicha de imitaros desamparado de vuestro padre en el ara de la cruz; pero no es otro mi ruego que el pedir os humildemente que no cesen en mí los golpes de mano tan poderosa. Ya empezasteis, Señor, á labrar mi alma con el cincel de vuestras misericordias: por tales reconozco los desconsuelos que padezco, y las penas que experimenta mi corazon aflijido. No suspendais, Señor, el brazo en castigar á una criatura tan indigna como yo, tan ingrata á tantos beneficios como de vuestra liberal mano he recibido; pues en esta vida es favor vuestro castigo, y mucha gracia el penar. Apretad mas el azote de vuestra justicia contra la esclava que con tan poca lealtad os ha servido. Repetid los golpes de la tribulacion contra quien como yo se hizo tan insensible á vuestros toques. Mis culpas y tibieza os piden el purgatorio en esta vida. Mas penas, Señor, mas trabajos, mas aflicciones y desamparos. Confieso servirme de un infierno para el deseo que tengo de gozaros. Pero ¿qué merezco. Dios mio? ¿De qué otras cosas pueden ser dignas mis ingratitudes y tibiezas sino de infernales ahogos y desconsuelos? Mas como miro en ellos vuestro beneplácito y agrado, solo es mi deseo se cumpla vuestra voluntad; que siendo vuestros los miro por regalos, por alivio y cariños. Ya empezasteis, esposo mio, á regalarme con penas; pues proseguí misericordioso en dar el cumplimiento á mis ansias. Solo os pido en lugar de gozos penas, por consue- los tribulaciones y por refrigerios sequedades; y esta será mi mayor consolacion, ver que no ceseis de castigarme; esta mi mayor alegría, tener yo mayores dolores que padecer. ¿Cuándo merecí yo, Señor, gozar de la apacibilidad de vuestro rostro, ni entrar en el tálamo de vuestros favores ó en las bodegas del vino suave

”de vuestros consuelos? Pues huid de mí, amado mio. Vengan mas tédios y sinsabores; pero miradme, aunque de léjos, con vuestra gracia y amparo.”

Y en efecto la oyó el amado y la satisfizo, si bien preparándose á pagarle su desvío aparente con una inundacion de bien merecidas delicias. Redobló sus ahogos y tristezas la ausencia del venerable P. Camacho, instrumento que reconoció ella siempre escogido por Dios para llevarla á la santidad; y aunque quedó en su lugar el P. Antonio Manosalvas, á quien profesó Mariana cordial afecto, y que le dispensó singular cuidado y asistencia, á poco se le quitó tambien su esposo, llevándosele á otra parte por la voz de la obediencia. Confesábase en aquella doble ausencia con el apostólico varon P. Luis Vazquez, rector del colegio; pero no parecia ser el destinado por Dios para ayudarla á llevar su enorme peso; y así léjos de encontrar alivio se agravaron sus sequedades y desconsuelos. Entre lágrimas y suspiros, como tórtola que gime en la soledad, se arrojó un día tan de veras á los piés de su divino esposo pidiéndole que le deparase una persona con quien desahogar un corazon amante y oprimido, que mereció oír una voz que le decia resueltamente: *Auda á la iglesia de la Compañía, y al primer religioso que saliere de la clausura á la iglesia por la puerta de mi Javier, háblale y comunícale; que él será tu padre espiritual y te encaminará.*

Un siglo se le hizo á Mariana la noche que mediaba hasta la hora de poder ir á la iglesia. Madrugó mas de lo ordinario al dia siguiente para coger puesto junto á la capilla de S. Francisco Javier y aguardar allí el prometido consuelo. Estaba en lo mas vivo de su ansiosa expectativa, cuando vió salir por la indicada puerta al hermano Hernando de la Cruz; y llamando ella entonces al hermano Sebastian Delgado, que era el sacristan, le dijo suplicase al padre que habia salido á la iglesia, que le overa una palabra. Fué el hermano con el mensaje á Hernando de la Cruz, y aunque le dijo que era Mariana de Jesus quien le buscaba, no le permitió su amor á la observancia ir á hablarla sin licencia del superior. Recibió

Mariana la respuesta, que la dejó edificadísima y mas ansiosa de comunicarle sus penas y descubrirle toda su alma; y obtenida por el mismo hermano sacristan la licencia logró finalmente hablarle. Hizolo por entonces de pié y no con mucha detencion; pero fué lo bastante para que desde aquel dia quedase entablada entre aquellas dos almas una íntima comunicacion, y la de Mariana entregada al cuidado y sometida al gobierno de Hernando. Salió este de la iglesia sin saber lo que le pasaba con aquella novedad y tan fuera de sí, que encontrando al sacristan le dijo lleno de júbilo: *¿Sabe, hermano Sebastian, con quién he hablado? Pues sepa que es admirable Dios en sus santos; no es menos que una santa Catalina de Sena, un verdadero ángel en carne.*

Corresponde en la Compañía á los hermanos coadjutores el humilde oficio de Marta; y si bien se les inculca que con el ejemplo siempre y con las palabras, cuando puedan hacerlo sin pasar los límites que les fija su grado, promuevan la gloria de Dios con la mejora de su prójimo, solo por extraordinaria providencia puede confiárseles el cuidado y direccion de los demas. Y ya por esto solo podrá colegirse el concepto de santidad que gozaba el hermano Hernando en el colegio, pues desde aquel dia hasta la muerte de Mariana, que acaeció siete ú ocho años despues, consintieron los superiores que la gobernase y dirijiese, aprobándolo tambien sus confesores, que sucesivamente fueron los PP. Luis Vázquez, Alonso de Rojas y Juan Pedro Severino. Un superior sin embargo hubo que llevó á mal aquel magisterio del hermano Hernando, creyéndole mejor empleado, segun su vocacion, en la cocina ó en las faenas domésticas; pero solo sirvió su repugnancia para confirmar mas y mas ser voluntad de Dios que así se hiciese; pues conociendo con luz divina el P. Lucas de la Cueva que aquella era justa escepcion de la regla general, obtuvo licencia del superior de la provincia para que Hernando comunicase con Mariana dos horas todos los dias.

Aprendia muchísimo de aquella niña el venerable y espiritual hermano (que son los títulos que se le dan en

sus declaraciones en el proceso), y salia absorto y como aturcido descubriendo un campo siempre nuevo en las conferencias diarias; y á su vez Mariana, dirigida hasta entonces por graves teólogos y doctos maestros, confesaba que aprendia mas del humilde hermano Hernando, aleccionado en el crucifijo, que de los que estudiaban en los libros. Refiere el P. Pedro de Alcocer en los cuadernos que dejó escritos sobre la vida de la venerable vírgen, que ofreciéndosele tal vez á Mariana algunas dudas en su retiro durante la noche, y á hora que era imposible comunicárselas á su maestro, las escribia brevemente en un papel; y lo que es de una ocasion en particular, afirma que no le faltó portador seguro, siéndolo un ángel que le llevó y trajo la respuesta. Cita dicho padre como testigo de vista á doña María Arias Altamirano, quien lo declaró auténticamente; y la gravedad y virtud del sugeto que lo afirma, merece que el lector no niegue crédito al prodigioso suceso. Deseoso el hermano Hernando de que Mariana mantuviese vivo el ardor que producian en ella las conferencias de espíritu, le compuso unas fervorosas jaculatorias con encendidos actos de las virtudes teologales y sublimes anhelos á la perfeccion, que muchos varones espirituales copiaron del cuaderno en que las tenia Mariana, y que yo omito por temor de que haya de crecer este volúmen mas de lo justo.

Lo que no puedo omitir es que con la comunicacion y trato de tan santo hermano se despejó el cielo para Mariana, y calmados los vientos de la desolacion, y disipadas las tinieblas, comenzó á gustar de nuevo las delicias de la contemplacion y á sentir la presencia de su esposo. Obedecia al nuevo director como á quien Dios habia puesto en su lugar, y atendia á sus dichos como á oráculos, gobernándose por ellos en todos los ejercicios así interiores como exteriores de la vida espiritual y devota. *Dios* (dice ella misma en carta al P. Antonio Manosalvas), *Dios es mui piadoso consolador de los desconsolados: bendito sea él para siempre. Amen. Padre mio, desde que trato las cosas de mi alma con el hermano Hernando de la Cruz, vivo una vida alegre: mucho me consuelan sus pa-*

labras. *En verdad, padre mio, que es un santo. Con el padre Vázquez no hago mas que reconciliarme. Dios lo ha ordenado así. ¿Quién le puede resistir? Cúmplase su voluntad. Para santa me quiere. En otra al mismo padre, en que le dá cuenta de su vida, dice: Trato con el hermano Hernando de la Cruz las cosas de mi alma: mucho me consuela. Todos sus deseos son que yo sea una santa, que me ejercite mucho en la virtud de la humildad para subir por escalones de fe, esperanza y caridad á la cumbre de la perfeccion. V. P. lo tenga por bien, y no se me enoje; que esto lo ha guiado Dios. Dicen que quien con sabios trata, presto será sabio. Este nuestro hermano es un santo.*

Bastarian estos elogios en boca de Mariana para creer que era santo aquel hermano y formar el mas elevado concepto de las lecciones que daba á su discípula, y de las medras que en breve hubo de tener esta bajo tan santo magisterio. Mas para que se conozca mejor uno y otro, y sea bendecido el Señor, el cual en el estado mas humilde se complace en colocar á veces el trono de su mayor grandeza, no será fuera de propósito un breve rasgo sobre la vida y méritos de este hermano, cuya memoria vive aun en la ciudad de Quito.

CAPITULO VIII.

Breve noticia del venerable hermano Hernando de la Cruz

Nació el hermano Hernando de la Cruz en la antigua ciudad de Panamá, de padres nobles y ricos; y heredando con la sangre la hidalguía y el apellido ilustre, se llamó D. Fernando de Ribera. Desde la infancia descubrió en su carácter aquella mezcla de docilidad y viveza, que suele ser pronóstico de grandes cosas cuando no falta una buena guia; y si no se inclinó á los estudios á pesar de la comodidad que tuvo de dedicarse á ellos, no fué porque le arredrase el trabajo, sino por el recelo que abrigó desde niño de que si llegaba á ser docto seria sacer-

dote; grado para el cual no se hallaba con fuerzas. Pero si no se dedicó á las letras, tampoco pasó la juventud en ocio culpable, ocupándola toda en ejercicios propios de la nobleza. Componia versos en toda clase de metros, pero tan elegantes y conceptuosos, que deleitaban el oido y daban que admirar á la imaginacion mas feliz y ejercitada. Dedicóse tambien á la esgrima, y llegó á manejar las armas con tanto pulso y acierto, que muchos caballeros de Panamá le buscaban para adiestrarse con él. Pero en lo que descolló verdaderamente, fué en la pintura; y aunque la emprendió en un principio solo por pasatiempo, despues se echó de ver que era disposicion del Altísimo que sobresaliese en ella, por el gran bien que por su medio habia de hacer á las almas. Mui amable hicieron en Panamá tan lucidas prendas á D. Fernando de Ribera; pero quiso Dios que mejorase de fortuna abandonando su patria y sus parientes.

Llamó el Señor con eficaz impulso á servirle en el claústro á su única hermana, dotada de mil gracias y de rara hermosura; y porque le merecian singular aprecio las hijas de santa Clara y en Panamá no las habia, determinó su hermano D. Fernando llevarla donde quiera que las hubiese, arrollando toda clase de obstáculos á trueque de que lograse su dicha. Supo que florecia en Quito aquel instituto, y sin que le acobardasen afanes, gastos y peligros de mar y tierra, emprendió el largo y arriesgado viaje; y llegando felizmente á su término y consiguiendo sin dificultad que se abriesen á su hermana la puertas del santo asilo, la vió emprender una vida en que creciendo sin cesar llegó á la perfeccion mas sublime y murió en suave olor de santidad y virtudes heroicas. Gozosísimo quedó Fernando al ver logrado su deseo, y bendijo una y mil veces un viaje, que hacia visibles los amorosos designios de la Providencia sobre su hermana. Mas no tardó mucho en conocer que el tiro de la Providencia era doble, y que sin saberlo habia ido á buscar en Quito lo que en Panamá no hubiera soñado siquiera haber de ser su destino.

Tuvo D. Fernando, no sé con qué motivo, un desa-

ño con cierto caballero de aquella ciudad; y como de mucho brío y destreza en el manejo de la espada, hirió en la lid á su competidor tan gravemente, que se temió muriere. Retiróse del palenque Fernando herido tambien, pero en el corazón; pues hizo en él tanta mella el suceso, que desde aquel punto no pudo desechar de sí la idea de que su futura felicidad era inseparable del abandono del mundo. Luchó por algun tiempo con aquella idea, y cediéndole finalmente la palma, entró en un nuevo contraste por no saber á cuál de las religiones lucidísimas, que á la sazón habia en Quito, daria la preferencia. Valióse del consejo de muchos en negocio de tanta monta, é inclinándose todos á que donde quiera que se consagrara á Dios, aspirara al sacerdocio, puso la resolución última en las manos del Señor. Finalmente siguió los impulsos secretos de su alma, y un dia que recibió con este intento á Jesus sacramentado, pretendió ser admitido por hermano coadjutor temporal de la Compañía de Jesus en el colegio de Quito. Precedieron las pruebas con que se asegura esta religion sagrada de los que quieren seguir su santo y apostólico instituto; y hallando los superiores que era vocacion á todas luces de Dios, le recibieron con sumo júbilo de ambas partes.

Apénas recibido en la Compañía, pensando qué sacrificaría á su Dios como prenda del mayor holocausto á que aspiraba, trocó el apellido honroso que le hacia tan conocido, y en vez de D. Fernando de Ribera quiso llamarse el hermano Hernando de la Cruz. Quemó ademas todos los papeles de sus poesías que conservaba, y á que reconocia en su corazón algun apego, sin que en los veinte años siguientes pensase en componer un verso, hasta que la obediencia se lo ordenó, y compuso unas rimas en que esplicó lo mas delicado y recóndito del magisterio de espíritu. Reconoció el acierto de su eleccion á los pocos dias de noviciado; pues lejos de resistírsele cosa alguna de la regular observancia le parecian ideadas á medida de su fervor y genio cuantas distribuciones usa la Compañía para formar á sus novicios. Su modestia y recogimiento, su caridad y obediencia, su sencillez y aplicacion al tra-

bajo, que son las virtudes á cuyo logro desea la Compañía ver consagrados sus hermanos coadjutores, formaron su carácter desde el noviciado, y le merecieron universal aprecio. Hechos los votos del bienio, que segun las constituciones de la Compañía le unieron con Dios como verdadero religioso, le ocupó la obediencia en el ejercicio de pintar, en cuyo arte era primoroso. Dedicóse por tanto tiempo y con tan constante aplicacion á este trabajo, que á él se le debieron todos los lienzos que adornaban la iglesia, los tránsitos y demas piezas públicas de aquel colegio. Quanto pintaba puede decirse que lo ideaba ántes en la meditacion, pues todas sus obras respiraban piedad y conducian á amar á Dios, verdadero maestro y principal modelo de Hernando. Instruia en la pintura á algunos seglares, y sin duda que les enseñaba mas en lo que mas sabia; pues aprendian con preferencia el arte de amar á Dios, siendo todos tan recogidos y ejemplares, que lejos de desedificar á los de casa, en cuya compañía pasaban la mayor parte del tiempo, les servian de confusion y estímulo. Mientras los tenia juntos y ocupados en la pintura, se leia un libro espiritual, y cuando no, les hablaba de cosas pertenecientes á la perfeccion de su estado y bien de sus almas, valiéndose á veces de la misma pintura como tan á propósito para arraigar en ellos el temor y amor de la fuente de toda santidad y belleza. Muchos de aquellos jóvenes abandonaron el mundo para ser todos de Dios en la religion; y entre ellos floreció con especialidad un indio llamado Pedro, á quien recibió por donado la órden de S. Francisco. Pasando á España por custodio de su provincia de Quito el mui R. P. Fr. Diego Uclés, le señalaron á Pedro por compañero, y fué tan notoria su virtud, que dispensando el reverendísimo padre general de la órden le admitió á la profesion. A cabo de algun tiempo volvió á su provincia, y murió en el convento de Granada con tal opinion de santidad, que á porfía le rompieron el hábito para guardar reliquias, y se necesitó mucha industria para poder darle sepultura. Hubo tambien otro, que tomando el mismo hábito de S. Francisco fué sacerdote ejemplar y predicador de nota. Por

este estilo se distinguieron casi todos los discípulos de Hernando con indecible agrado de la majestad divina, que perpetuaba así el fruto de sus desvelos.

De otra manera le perpetuó también, y fué inspirándole que pintase dos lienzos de grandes dimensiones, los que se colocaron después debajo del coro de la iglesia de la Compañía. En el que cae al lado de la epístola, delineó el infierno con todos los horrendos, extraños y rigurosos castigos de la Divina justicia sobre los miserables que lloran sin fruto por toda una eternidad su desdicha. Al lado del Evangelio se colocó el en que se ve la resurrección de los predestinados y la posesión que se les dá de una interminable ventura. Pintólos Hernando con tanta maestría, primor y viveza, que puestos en aquel sitio han sido por largo tiempo predicadores eficaces y fervorosos, cuya muda elocuencia ha obrado no pocas admirables conversiones. Y si á los escritores que dejaron libros á la posteridad, dice S. Gerónimo, que les corresponde gloria particular por el fruto que con ellos producen en la iglesia; bien es de creer que la tendrá y mui grande el hermano Hernando por haber hecho con el pincel mas acaso que mil otros con la pluma. Bien es verdad que también trabajó con esta en provecho de las almas, pues como queda dicho con el beneplácito y bajo la dirección de sus superiores escribió unas poesías llenas del espíritu del Señor, en que espresó á lo vivo con la sabiduría aprendida en la oración los secretos de la vida perfecta.

Toda la vida de este bendito hermano era un ejercicio no interrumpido de orar, segun se dice en la carta de edificación que se escribió sobre él, como suele hacerse de los que mueren en la Compañía, y siempre se le observaba como suspenso y en la presencia de Dios, levantando su espíritu hácia él con fervorosas jaculatorias, aun cuando estaba con el pincel en la mano. Su devoción para con el Santísimo Sacramento era singular y ternísima, visitándole cada día siete veces y recibéndole tres cada semana con gran júbilo y provecho de su alma. Fué varón penitente y mui dado á toda clase de asperezas, no siendo por cierto la última de sus mortificaciones el que

en veinte años no saliese de casa sino rarísimas veces. Su castidad fué angelical, guardándola una rigorosa vigilancia sobre sus sentidos y en particular sobre la vista, que casi por milagro levantaba del suelo. Pobre, humilde y caritativo, era las delicias de todos, notándose en él singularmente una virtuosa propension á juzgar bien y echar á la mejor parte que podia todo lo que veia en otros; aunque fuesen á las veces cosas menos loables y hasta notorios defectos. En suma nada hai que añadir á lo que escribieron los padres de aquel colegio en la citada carta de edificacion de veinticuatro hojas de á folio, diciendo que desde que vistió la sotana hasta que murió (y pasaron muchos años) no se observó jamás que hubiese quebrantado la menor regla de la Compañía. Y no es esta pequeña alabanza, pues en aquellas reglas, muchas y muy menudas, se contiene todo lo mas subido y acendrado de la santidad y de las virtudes.

Venerábanle los de casa como á varon perfecto, y como á persona iluminada por Dios le estimaban tanto que no pocas veces consultaron con él puntos de solución difícil los maestros de teología, quedando siempre satisfechos de su profunda, clara y terminante respuesta. Esparcióse tambien su fama entre los estraños, y llegó á acreditarse tanto de místico consumado y de jesuita perfecto, que con escepcion rara y tal vez única le permitian los superiores enseñar á muchos el camino del cielo y oír á no pocos prebendados y gravísimos sugetos de otras religiones, que ansiaban por encomendar á Hernando la solución de sus dudas. Las religiosas, que no podian buscarle con frecuencia, le llamaban á menudo á sus conventos, creyéndese afortunadas cuando podian oírle. En la sacristía le buscaban mujeres de todas clases y estados: su pobre aposento era visitado sin cesar por sugetos de suposición en el mundo; y era tal su acierto y destreza, y hablaba tan á propósito de lo que iban á proponerle, que cada palabra suya era un documento, y nadie se retiraba de su lado pesaroso de haberle visto.

Plugo al Señor darle el premio de sus esclarecidas virtudes llevándosele para sí, como lo deja esperar su san-

ta vida, un año despues de la muerte de Mariana de Jesus, á los cincuenta y cinco de su edad, con tanta paz y sosiego, que bien se echaba de ver que aquel era el apasible sueño del justo. Ya desde que supieron su enfermedad los que se preciaban de ser sus discípulos en el espíritu, se ofrecieron á asistirle y servirle en ella, sin permitir que fuese sola la Compañía la que usase con él la caridad que acostumbra con los suyos en tales casos. Esmeráronse en accion tan piadosa los muy reverendos padres maestros Fr. Luis Toan, provincial por entonces de los mercenarios, Fr. Juan de Cea y Fr. Francisco de Baena, provinciales que habian sido ambos de la misma religion, y otros sugetos distinguidos, eclesiásticos y seculares. Apénas se reconoció cadáver su cuerpo, fué cosa para bendecir al Señor el ver á aquellas mismas personas tan venerables por sus canas y sus empleos honoríficos arrodillarse y besar los piés al humilde hermano Hernando, quejándose á voces de que los dejaba en desamparo. Acudió toda la ciudad á porfía á venerar al siervo de Dios, á besarle manos y piés y hacerle mil añicos la sotana y el manto para tener algun recuerdo de quien tanto los habia edificado y favorecido. Corrió el funeral por cuenta de los reverendos padres de la Merced, que le hicieron suntuoso y proporcionado á su estimacion y afecto hácia el difunto, aumentando la solemnidad la asistencia de todas las comunidades, del cabildo eclesiástico y de toda la clerecía y las voces de los que se hacian lenguas publicando sus virtudes y llorando su orfandad por aquella muerte. Sepultóse el cadáver en la bóveda de la iglesia del colegio despues de haber admirado todo el concurso que sus ojos quedaron mas claros y resplandecientes que cuando estaba vivo, y tales que parecian dos luceros: no faltó quien lo atribuyese á parte del premio reservado al venerable hermano por la caritativa sencillez con que miró siempre las acciones de sus prójimos.

Aquí pondré fin á la reseña prometida de las virtudes de este admirable hermano, si no cual ellas la merecen por ser muchas y que exigirian un dilatado volumen, suficiente al menos para que mis lectores tengan al-

guna idea del instrumento elegido por Dios para dar como la última mano al gran cuadro de perfeccion formado por nuestra vírgen.

CAPITULO IX.

Votos de pobreza, castidad y obediencia que hizo Mariana, y cómo los observó.

Si bien Mariana por seguir la voluntad de su divino esposo, tan claramente manifestada, trocó el retiro del cláustro, á donde la llevaba su deseo, por las paredes domésticas; no dejó de conocer que en la soledad del propio corazon y sin salir de su casa podia firmar, por decirlo así, la escritura de entrega total á su soberano dueño, y de renuncia absoluta é irrevocable del mundo en los tres votos de pobreza, castidad y obediencia. A la edad pues de diez y seis años, corta sí, pero suficiente para la madurez y comprension que requieren tales actos, hizo en el divino acatamiento los tres referidos votos, que mas tarde escribió de su mano con esta fórmula.

Omnipotente y sempiterno Dios. Yo Mariana de Jesus hago voto y prometo á vuestra Divina Majestad delante de la siempre vírgen María, madre de Dios, y de toda la corte del cielo de guardar pobreza, y de vivir y morir guardando perpetua virginidad y obediencia á mi confesor; y pongo por testigo acá en la tierra á mi P. Juan Camacho, á mi P. Antonio Manosalvas, á mi P. Luis Vázquez y á mi P. Hernando de la Cruz.

MARIANA DE JESUS.

En cuya fórmula hai que advertir dos cosas: la primera que no fué escrita á los diez años, sino como ya dije, mas tarde; pues en aquella edad no habia podido aun conocer Mariana mas que al P. Juan Camacho y no á ningun otro de los que nombra: la segunda que el poner ella por testigos en la tierra á los cuatro padres de la Compañía, no fué decir que hubiese hecho sus votos en manos de alguno de ellos; porque ni esto es, ni jamás

fué conforme al instituto de la Compañía, ni pueden sus hijos admitir por via de voto la obediencia de nadie. Lo natural por tanto y lo que únicamente procede en esto es que ligada Mariana á sus solas con Dios y por especial inspiracion de su esposo, daba parte de sus sagrados vínculos á los diferentes confesores que se sucedieron, para que con este conocimiento la dirijiesen mejor en el espíritu, y que miraba ademas como preceptos sus menores insinuaciones de todo género en virtud de aquella madura y espontánea oferta.

Y fué tal en realidad, aunque consagrada á los diez años, pues bien léjos de asomar jamás al ánimo de Mariana el arrepentimiento, la renovaba en cuantas misas oía á la elevacion de la hostia y del cáliz, ofreciendo al Eterno Padre su cuerpo, sus haberes y voluntad, que era cuanto tenia, en union del sacrificio incruento de su divino Hijo. Ahora bien, por el voto de pobreza, que consiste en una voluntaria y perfecta renuncia de los bienes que la persona posee ó puede adquirir por cualquier derecho, renunció Mariana todo su pingüe patrimonio y todos los derechos que pudiera tener en adelante, en el capitan Cosme de Caso, en su hermana doña Gerónima y en los hijos de este matrimonio. Y como que el único móvil de su voto era el amor de Dios y el deseo de la perfeccion evangélica, no se reservó la mas pequeña renta para sus necesidades, sino que desnudándose de todo pidió á sus hermanas que la sustentaran por caridad y de limosna como á cualquier otro pobre que llegase á su puerta. Todas sus alhajas eran un lienzo ó cuadro de la Santísima Trinidad, una pequeña efigie del niño Jesus una imágen de Nuestra señora de Loreto, unas estampas de S. Ignacio, S. Francisco de Asis y otros santos de su devocion, una almohadilla de labor, unas tijeras, un cortaplumas, unos libros espirituales y varias vidas de santos, muchos cilicios y disciplinas, tres cruces, un ataud y una guitarra con que acompañaba sus desahogos amorosos con el crucifijo que tenia siempre á la vista. Todo cuanto habia en su cuarto era sumamente pobre; y lo era tanto su persona, que á mas de los testigos que se pre-

sentaron en los procesos, jura el doctor Alonso de Soto, cura beneficiado del pueblo de *Sicchos*, haberla visto siempre mui aseada sí, pero con un vestido de lana de color mui obscuro á modo de sotana cerrada con mangas ajustadas y sin cuello particular, como ya dije, y con un manto de lana negra. Jamás tuvo cosa propia, dice su confesor, pues lo poco que queda dicho, era prestado de su hermana doña Gerónima. Nunca dió ni recibió cosa alguna sin licencia de su confesor, y hasta la llave de su almohadilla la tenia entregada al mismo para no ser propietaria en lo mas mínimo. Cuanto podia allegar con el trabajo de sus manos, con licencia que pidió á su cuñado y hermana, pasaba á manos de su confesor y de ellas á las de los pobres. Desposeida de todo enteramente nada dejó que heredar, como no fuesen los instrumentos de sus penitencias, pues con la única alhaja que guardó siempre bajó al sepulcro, y fué la mortaja que tuvo prevenida muchos años. Y no es estraño que quien rayó tan alto en esta virtud evangélica, quisiese á imitacion de muchos santos ejercitarla hasta en la muerte, logrando que su hermana doña Gerónima la trasladase en su última enfermedad á la propia habitacion y cama, donde tuvo especial gozo en morir desasida de todo lo humano y sin cosa propia. Bien puede decirse que así como las avecillas cuando van á tomar vuelo y remontarse á lo alto, fijan los piés mejor en el suelo y le pisan con mayor fuerza, así Mariana como águila generosa holló los bienes caducos de este mundo para subir á su Dios con vuelo mas raudo y espedito.

Heroica fué tambien la obediencia de Mariana, y en ella se vió bien patente lo que es esta noble virtud, un holocausto en que el alma se ofrece toda á su Dios hostia viva y agradable por mano de sus ministros. En lo temporal practicaba una sumision exactísima á sus hermanos, y en especial al capitán Cosme de Caso y á doña Gerónima, al capitán Juan de Salazar y á su sobrina doña Juana, y tenia por un precepto todo cuanto le pidiesen. No bien le insinuaban una cosa cualquiera, cuando para ejecutarla dejaba lo que tenia entre manos; por lo cual solian ellos proceder con mucha reflexion y cautela hasta en sus mas

pequeñas insinuaciones. Viéndola amenazada de hidropesía y estenuada en extremo por la abstinencia la animaban á comer y le decian que no bebiese; y la obediente vírgen hacia del agua el uso que dije hablando de su abstinencia: en cuanto al comer, persuadida de que el manjar le servia mas de daño que de alimento, le tomaba sin embargo, aunque sin mas provècho que el de la obediencia para el alma; pues el cuerpo tenia que arrojarle á poco sin poder evitarlo. Lo mismo le sucedia cuando sus confesores la mandaban comer, segun queda referido en el libro segundo; pero bueno será añadir aquí un caso prodigioso en materia de obedecer á sus confesores durante sus enfermedades. Cuéntalo como testigo de vista el capitan Juan de Salazar, y de su boca dijo haberlo oido un padre de la Compañía, varon de virtud y letras, quien siempre dió total asenso á la autoridad del testigo. Mandó un padre espiritual á Mariana que no bebiese gota de agua en quince dias, porque su salud se deterioraba visiblemente: y fuese ó nó acertado el mandato, quiero decir, dictase Dios ó nó á aquel padre una prueba tan dura, lo cierto es que Mariana obedeció y en quince dias no probó el agua.* Fatigábala sin tregua la sed; y cayendo en aquel intervalo un aguacero, se fué á ver llover mui despacio, segun dije que le dictaba en tales casos su espíritu de penitencia, y tomando un poco de agua con ambas manos se puso á mirarla sin mas intencion que la de irritar su sed. Quiso en aquel momento el Señor mostrarle visiblemente lo que le agradaba su obediencia; pues aquella agua sin derramarse una gota desapareció introduciéndose por los poros de su cuerpo. Admirada Mariana al ver que sus manos quedaban vacías sin hacer con ellas el menor movimiento, volvió á coger agua dos y tres veces; y otras tantas se repitió el prodigio, quedando convencida de que lo era, y mas animosa para proseguir en una abstinencia en que se complacia hasta tal extremo el divino esposo.

Como en esto, así en todo lo demas, se entregó por entero á la direccion de sus confesores con obediencia heroica, escuchando la voz del padre espiritual como orá-

culo y no dando paso alguno en el camino de la virtud sin que tuviese por guía el beneplácito de él. De cuanto pasaba por su alma, de oracion, de mortificaciones y penitencias, daba cuenta exactísima todos los dias; pero con tal humildad, gemidos y sollozos como pudiera hacerlo la mas ingrata criatura en presencia de su juez, confundiéndose por no corresponder finamente á los muchos y grandes beneficios que recibia de su amado. Pero aun hai mayores pruebas de su ciega y perfectísima obediencia. Sentia tanto Mariana que la tuviesen por virtuosa, cuanto el mayor hipócrita puede gustar de que le tengan por santo; y este era el origen de la estremada reserva con que procedia en órden á las cosas de su espíritu y comunicacion con el cielo. Conocia bien esta disposicion de su hija espiritual el P. Juan Camacho, y para probar su obediencia la mandó que diese cuenta menuda de cuanto pasaba por su alma, sin callar cosa alguna aun de los favores sobrenaturales, á su sobrina doña Juana; y avisó de paso á esta de la órden dada á Mariana. Tocada la tan humilde como obediente vírgen en lo mas vivo, llamó sin embargo á la sobrina, y manifestándole el precepto de que ya tenia ella noticia, la hizo sentar á su lado y se puso mui de propósito á referirle sus cosas, como pudiera hacerlo al director de toda su confianza. Le descubrió cuáles eran y en qué grado las virtudes que ejercitaba, el rigor de sus penitencias y los favores de su esposo, en una palabra no dejó pliegue alguno en su corazon, ni seno en su bendita alma que no espusiese á los ojos de Juana. No sabré ponderar el placer con que ella escuchaba una relacion tan fuera de lo comun, y en que tenia parte tan viva su corazon por el gran amor que profesaba á su tia: lo cierto es que llena su alma de nuevas tan peregrinas, procuró despedirse pronto de ella y volverse á su cuarto para apuntar todo lo que habia oido, ántes que se le borrara la circunstancia mas mínima. Pero no lo logró por cierto; pues llegando al umbral de su habitacion se halló sin especie alguna en la memoria y sin rastro de lo sucedido. Confusa y acongojada sobremanera volvió donde estaba Mariana, y hallándola como riyéndose le dijo: *Por Dios,*

Mariana mia, que me vuelvas á referir todo lo que me has dicho, porque de nada me acuerdo. No hai razon para que me niegues ese gusto, cuando ya una vez me le diste. Siguió Mariana sonriéndose, noticiosa del suceso ántes de la relacion de su sobrina, y le respondió: Ya para obedecer te descubrí lo que por mi alma pasaba; mandómelo mi confesor, y cumplí con la obediencia. Sí, replicó Juana; pero ¿qué respuesta daré á nuestro padre cuando me pregunte sobre lo que me has dicho, cuando todo se me ha borrado enteramente? Le dirás, concluyó la tia, que ya le obedecí, y que mi esposo no gusta de que se sepan mis cosas mientras yo viviere; y así no tienes que cansarte en balde. Quéjate de tu memoria, ó saca por conclusion ser espresa voluntad de mi Dios que no se registren sus secretos. Quedó Juana sobre admirada confusa y triste por verse privada de recuerdo tan halagüeño, y que no volvió á recobrar hasta despues de la muerte de Mariana, cuando recordó aquellas y muchas otras cosas que pudo contar á sus hijas las carmelitas, quienes lo refirieron para gloria de la humilde y obediente vírgen.

Refiere el P. Manosalvas de sí mismo, que siendo jóven y poco diestro aun en el régimen de las almas, mandaba á Mariana algunas cosas poco conducentes á la perfeccion á que el Señor la guiaba, y que ella obedecia ciegamente á pesar de las luces con que le daba á entender su esposo que aquello no iba mui á derechas. *Verdad es, añade el padre, que con instinto superior me buscaba luego y con suma humildad me decia dándome un libro: Lea, padre mio, en su aposento; y yo le leia y encontraba haber errado, si bien no con error de voluntad, sino de entendimiento. Mandábanla algunas veces los confesores por probar su obediencia que dejase la comunión en tales y tales dias y que no fuese á misa, ni pusiese los piés en la iglesia, y ella lo hacia así puntualmente; pero como no la mandaban que no enviasen allá su corazón, comulgaba con el deseo y tenia su espíritu en la iglesia, oyendo desde su cuarto todas las misas que se decian en la capilla de los Angeles. En estos y otros muchos sacrificios que le costaba el obedecer, no perdía jamás la serenidad del ros-*

tro, ni la paz del alma; y diciéndole la india porqué no iba á la iglesia, respondia sonriéndose: *Porque soi hija de obediencia*. Bien lo demostró y con este hecho pondré fin á la materia de este voto, saliendo un dia mui enferma de la iglesia, y tanto que juzgó no poder volver á casa por su pié y se resolvió á ir en una silla de manos. Vióla el P. Lucas de la Cueva, y dijole por mortificarla: *Buenos estamos. ¿Merece Mariana silla de manos? Váyase, señora, á pié como se vino*. Risueña y obediente la que todo lo posponia á la voz de Dios, bajó sin decir palabra, y aunque con sumo trabajo, se fué por sus propios piés hasta su casa.

Respecto del voto de castidad bastaria decir que resplandeció en ella esta virtud hermosa como en la azucena la blancura, y que si se llamó por excelencia azucena, fué tal por la castidad, como lo fué un Juan Bautista, á quien los doctores de la iglesia llamaron frecuentemente *lilium castitatis*. Mas como no basta en punto tan delicado lo que aparece en lo exterior para rastrear lo que pasa por el espíritu, solo la autoridad de sus confesores podrá convencernos de que Mariana fué dechado de castidad y fiel retrato de un ángel en alma y cuerpo.

Habia hecho voto de castidad y virginidad, dice el padre Juan Camacho, que conservó sin un mínimo pensamiento que la pudiese mancillar, ni átomo de imaginacion que de mil leguas pudiese deslustrarla. El P. Alonso de Rojas en el sermón de sus honras lo confirma diciendo: *Tan admirable fué esta sierva de Dios en su pureza virginal, que en toda su vida no sintió movimiento libidinoso en su cuerpo, ni pensamiento sensual en su alma; de modo que mas parecia ángel que mujer; y decia que ella pensaba que á las doncellas no se les ofrecian estas cosas, de suerte que á su espíritu purísimo acompañó un cuerpo que se le pareció en la pureza, exento casi de todas las leyes de naturaleza. ¿Quién lo eximió? La extraordinaria penitencia, que de tal suerte lo transformó en ángel, que ignoraba lo que todos padecemos*. Y en otra parte añade: *Tan ceñida llegaba Mariana de Jesus á comer el cordero Cristo, que no solo extinguió el apetito sensual á fuerza de batería de*

penitencias, sino que lo transformó en virtud, lo espiritualizó é hizo tan casto, que no solo ignoró movimientos lascivos en el cuerpo, sino pensamientos livianos en el alma. Lo mismo declara con juramento el P. Manosalvas diciendo: Su castidad fué angelical; jamás se confesó de cosa que oliese á menos pureza; y solia dar gracias á Dios que de este vicio la hubiese librado tan misericordiosamente, que ni aun imaginarlo podia.

Siguiendo las huellas de santa Catalina de Sena, su gran protectora y dechado, consagró, como ya dije, la pureza con voto al divino esposo en la edad desiete años; de modo que sus grandes merecimientos en esta materia venian de mui atrás cuando hizo los tres votos de pobreza, castidad y obediencia. Pero el demonio era natural que se portase con ella como con la inocentísima Catalina; y viendo que no le permitia el Señor manejar su imaginacion y mancillarla con feás lantasmás y torpes sugestiones, se valió varias veces de peor batería, presentando á su vista corporal lo que solo puede forjar el infierno. Se refiere en los procesos que muchas veces se le ponian á la vista personas de diferente sexo, las cuales con acciones y ademanes nefandos y abominables procuraban inquietarla y hacerla precipitar, si fuera posible; pero ella, amparada de la sombra de su esposo, sin perder un solo instante, rebatia tan á tiempo el recio asalto, que corrido el que es la misma desvergüenza, no se atrevia á replicar por entonces. Otras veces la acometia de un modo mas embozado, pero no menos peligroso; como quando al ir á pasar por la capilla de San José, en la iglesia de la Compañía, se le hizo contradizo un jóven perfectamente portado, y con mil agasajos y cortesías se le ofreció por servidor en quanto se dignase de mandarle. Conoció Mariana con luz divina al maligno, y llegándose á él le dijo que guardase alguna de aquellas reverencias y humillaciones para su Criador y pidiese perdon de su soberbia, si queria alcanzar misericordia; y que en quanto á ella era una criatura pobrísima é indigna de que nadie la estimase. Viendo el demonio un ejemplo semejante de humillacion y oyendo que le predicaban humildad, le fal-

tó tiempo para desaparecer como humo, y á Mariana para ir á contárselo á su confesor, de quien se recibió la noticia en el proceso. Otro caso por el estilo le sucedió saliendo un dia de la iglesia para su casa; pues al llegar al pretil se le acercó un mancebo mui fino y bien vestido, y con estudiadas palabras empezó á decirle que le tenia robado hacia tiempo el corazon; que no podia vivir sin ella y que por entonces le permitiese acompañarla hasta su casa. Atónita Mariana al oír tales razones le respondió que ella era una pobre doncella; pero que no habia menester de sus ofertas; y creyendo mas oportuna la fuga que cualquier resistencia, volvió á entrar en la iglesia, y llena de sobresalto mandó llamar á su confesor, le refirió el suceso y le pidió que saliese con ella hasta la calle. Hízolo por complacerla el padre, y no viendo á persona alguna se persuadieron ambos de que aquel fingido galan era el demonio, que con tales embustes pretendia lo que no habia de lograr de una vírgen tan visiblemente protegida por su divino esposo.

Viendo el enemigo perpetuo de Mariana el poco fruto de sus ardides cuando los trazaba en persona, se valió de los hombres haciéndolos concebir afectos abominables á la vista de la inocente y recatada doncella. Referí ya en el libro segundo un caso de esta especie y la generosa y franca respuesta que dió á un desalmado que la tentaba en la iglesia. Pues no fué sola aquella vez, porque tambien se valió el maligno de otro hombre, en cuyo corazon encendió un afecto nada culpable por cierto, pero siempre peligrosa para la extremada pureza de Mariana. Entre los que por sus virtudes la amaban mas y le profesaban mayor veneracion, habia un oidor de la audiencia de Quito, el cual viéndola pasar un dia hácia su casa, refieren los procesos que atraído de su rara modestia é impelido de un amor casto se llegó á ella en medio de la calle, y ántes que pudiese apercibirse, le dió un abrazo y un beso, pidiéndola que le tuviese presente en sus oraciones. Quedó, como es de presumir, Mariana avergonzada y confusa; y despidiéndole con brevísimas y humildes palabras llegó á su casa anegada en llanto, y se dió fuertes golpes en el

pecho y el rostro solamente porque habian tenido la desgracia de que los tocase un hombre. Lavóse con gran afán la cara deseando raerse, si posible fuera, la piel; y no contenta con esto se fué á buscar desahogo y consuelo con su sobrina doña Juana. Informada esta del caso le dijo que estuviese tranquila, pues no era motivo para tantas lágrimas una accion indiferente y sencilla por parte de aquel señor, y por la suya enteramente imprevista é inevitable. *Todo lo conozco*, respondió Mariana sin consuelo, *todo lo conozco, y así es como tú juzgas; pero ¿qué dirá mi esposo siendo celosísimo de su honra?*

No estrañará el lector despues de este hecho que Mariana huyese, como el cordero del lobo, del trato con los hombres. Llegó uno á su casa con pretesto de no sé qué negocio, y avisando á su señora una mestiza que vivia en la familia, llamada María de Paredes, asustada la vírgen con tal anuncio, le dijo: *¡Jesus María! ¡Un hombre tiene que hablar conmigo! Ruégote que no me traigas hombres para que me hablen; échalo luego de casa diciendo estar ocupada, y si volviere otra vez, dile que no tengo licencia de mi confesor para hablar con él, y que si tiene negocio de importancia que comunicar, lo vaya á tratar con los padres de la Compañía.* En lo cual no hizo por cierto otra cosa que seguir los prudentísimos consejos de todos los santos padres de la iglesia, pero en particular de S. Bernardo (si es suyo el tratado que aquí se cita), cuando persuadía tan de propósito á su hermana que evitase á todo trance el trato y la familiaridad con hombres (1).

Todo era consecuente en esta honestísima doncella. Jamás se le oyó palabra que no fuese mui pura, ni en su presencia se propasó nadie á cosa que pudiese ruborizarla. Su modestia infundia honestidad; y las pocas veces que le vieron el rostro fuera de casa, les pareció á las personas que tuvieron tal dicha, que veían el de un ángel. Finalmente un dia ántes de morir pidió con ternura y encarecidas ansias á su hermana doña Gerónima, á su sobrina doña Juana y á otra virtuosa doncella que vivia en su cuarto, que por Dios ellas solas con la

(1) S. Bern., sermon 58 á su hermana

debida decencia amortajasen su cuerpo, y no permitieran que nadie mas pusiese en él las manos.

CAPITULO X.

Paciencia inalterable, conformidad perfecta con la voluntad divina, humildad profundísima de Mariana de Jesus

Si la paciencia es aquella noble virtud que conserva la paz del alma en medio de los trabajos y tribulaciones de esta vida; al hablar de la de Mariana pudiera contentarme con trasladar aquí lo que de santa Paula escribió S. Gerónimo en su carta á Eustoquio: *Con largo martirio se coronó; pues no solo la efusion de la sangre por la confesion de la fe merece el nombre de martirio, sino tambien una immaculada servidumbre del entendimiento refinada en el fuego de las enfermedades en que se perfeccionan las virtudes.*

Fueron sus achaques gravísimos y tan continuos, que bien puede asegurarse que entre su complexion delicada, ayunos rigurosos, penitencias inimitables, corto sueño y mucho trabajo vino á quebrantarse la salud, pasando en continua calentura los últimos ocho años y acortándose la vida, de que no gozó mas que veintiseis. Eran ordinarios en ella los dolores de estómago y de cabeza, flujos de sangre por la boca, dolores de costado, malignos tabardillos, y en especial un dolor tan intenso, que como ya dije, pensaba ella misma que si llegara á durarle un cuarto de hora, le quitaria la vida. En los últimos años se agregó á estos padecimientos el durísimo é intolerable achaque de la hidropesía, con que se completó el cúmulo que tenia preparado el Señor para manifestar que su esposa vivia por puro milagro y que habia de ser víctima de la caridad.

Pero lo que pasmaba á sus hermanas y sobrinas, que la veian con mas frecuencia, era el ver cómo sobrellevaba el conjunto de sus dolencias siempre en pié, hasta que el mal la imposibilitaba del todo, y sacando fuerzas de

flaqueza para no perder la comunión, que al paso que fortalecía su alma, daba también vigor al cuerpo. Nunca la vieron hacer demostración alguna exterior, ni prorumpir en la más ligera queja ó impremeditado lamento; siempre paciente y sufrida, siempre resignada y conforme con la voluntad divina, y recibiendo las penas por regalos y los achaques por finezas. Hallóse en una ocasión tan enferma y atormentada de tantos dolores, que no tuvo más remedio que dar consigo en su pobre cama; y entrando á visitarla y consolarla doña Juana Caso y doña Catalina de Peralta, le dijo aquella llena de compasión: *Mariana, ruega á tu esposo, pues te concede todo lo que le pides, que mitigue tus penas y dolores. ¿Cómo puedo suplicarle yo tal cosa* (respondió Mariana con presteza) *habiéndole pedido que me los dé, y cuando tan dadivoso se ha dignado de concedérmelos? Y así aunque es grandísimo el tormento que yo paso, lo llevo con amor, porque viene de su mano.* Todo su deseo era penar, y puede decirse que lo deseaba tanto, cuanto por lo común desean gozar los que se horrorizan con sola la idea de padecer; y así es que anheló siempre intensamente por tener dolor de muelas, habiendo oído decir que era penosísimo y de notable merecimiento.

Ni fué menos insigne su paciencia y conformidad con la voluntad divina en los contratiempos y reveses de fortuna, que hubo de tolerar su familia hasta el extremo de quedar todos pobres de muy ricos que eran, y parar en una cárcel el capitán Cosme de Caso, según queda referido. En tan borrascoso mar de penas y de trabajos asegura uno de sus confesores que su ánimo estaba siempre en calma y no se le caían estas palabras de la boca: *Gracias á Dios de que se acuerda de los suyos, y pues es padre nuestro, él lo remediará como más convenga.* Su rostro afable y risueño jamás se descompuso por ningún humano accidente; y el P. Manosalvas llega á jurar que no sabía lo que era airarse, y que nadie pudo conocerla hija de Adán por lo irascible.

Quien penetra hasta qué punto suele refinarse en el corazón de las personas más espirituales y virtuosas, que

se ven libres de otros afectos, el cariño á sus confesores, podrá calcular el mérito del ejemplo que en este particular les dejó Mariana. Confesábala el zelosísimo y venerable apóstol de los Mainas P. Lucas de la Cueva, y en su direccion y consejos tenia el único consuelo durante la terrible prueba de sequedades y desvíos de su divino esposo; cuando al acercarse el tiempo de volver á sus queridas misiones le dijo que se quedase con Dios y le encomendase mui de veras á su Divina Majestad, que le llamaba á otra parte. Manifestóle Mariana el sentimiento que era natural; pero diciéndole el padre que no lo sintiese, porque aquella era la voluntad del Señor; *Pues si así es, padre mio, respondió, ya no lo siento; váyase mui enhorabuena, y cúmplase en todo la voluntad de mi esposo.*

Por lo que hace á la humildad de esta gloriosa vírgen, bastará saber lo que llevo dicho de su amor de Dios á quien sepa que así como es cierto lo que dijo el evangelista S. Juan en nombre de Dios á santa María Magdalena de Pazzis, que nunca se hallaria el corazon lleno de la humildad ó con el vacío de su nada sin que le ocupase el amor de Dios, así lo es tambien que quien ama mucho á Dios, es mui humilde. La humildad pues fué siempre como la sal de sus virtudes, que se dirijian todas al amor ó eran fruto del amor. El cuidado que tenia de que se lavase bien la sangre que derramaba con las disciplinas, las excusas que daba de su abstinencia, la voluntad de que nada se supiese de cuanto hacia de bueno, y la súplica á su Dios para aparecer hermosa y con colores en el rostro á fin de que no la tuviesen por penitente, todo en una palabra llevaba en ella el esmalte de la humildad. Pero bueno será oír tambien á sus confesores en esta materia, ya que ellos la conocian mejor de lo que la humildad le permitia á ella misma conocerse.

El P. Juan Camacho pronuncia estas breves y sencillas palabras: *Fué humildísima, y sentia en extremo que la tuviesen por virtuosa; por cuya causa mucho tiempo buscaba los rincones de la iglesia porque no la viesen.* Afirma esto mismo el P. Juan de Enebra, de la Compañía, y dice que asistiendo á aquella iglesia lo mas lucido de la ciudad,

como mujeres de odores y otras muy principales, se llegaban al pié del púlpito donde Mariana tenia su sitio, y la pedian con instancias que las encomendase á Dios en sus oraciones. Sentálo en el alma Mariana, y para evitar estos lances solia mudar de sitio los dias de fiesta y de concurso, buscando los rincones de la iglesia donde no pudiese llegar la vista de sus admiradores. Sucedia otras veces por el contrario que algunas señoras de categoría que no conocian á Mariana, se llegaban á su puesto y pretendian ocuparle con alguna pequeña alfombra ó tapete que mandaban desdoblar para unir en lo posible la comodidad con la devocion. Conocia la humilde vírgen el intento, y al punto se retiraba, cediendo su derecho de preferencia á quien no podia alegar otro que la humildad de la que se dignaba de cedérsele. Y nada extraño era este proceder en persona que tenia de sí el concepto que nos dice quien como el P. Manosalvas la conocia tan á fondo. *Sentia bajísimamente de sí, porque decia ser la mas mala y perversa de cuantas almas vivian en el mundo; pues debia mas que todas á su Dios y correspondia menos que todas. Si alguna persona se le encomendaba en sus oraciones, respondia que eso tocaba á las que estaban muy cercanas á Dios; que ella se sentia y conocia por la mas mala de todas; pero con todo hacia con mucho cuidado lo que se le pedia.*

Exhortaba á todos y con frecuencia á la santa humildad, y lo que recomendaba, lo encarecia con el ejemplo. Jamás, como ya dije, se sentó á la mesa con sus hermanos y parientes; pues luego que adivinando las horas de la comida los habia servido con humilde cariño se iba á la cocina á fregar platos y hacer lo demas que era menester, con la misma sumision con que pudiera ejecutarlo una esclava de la casa. Para hablar algun rato notable, aunque fuese con personas de la mas vil condicion, se sentaba en el desnudo suelo, asegurando á quien instaba porque se sentase en otra parte, que aquel era el sitio mas á propósito para ella.

Veneraba profundamente, como dije tratando de su obediencia, las decisiones y consejos de sus confesores; y una vez que con santa simplicidad manifestó una idea que

no era del todo conforme á esto, nos dejó ejemplo de la humildad mas profunda. Hablando hácia los últimos de su vida con el P. Lucas de la Cueva, le descubrió una queja amorosa que tenia con el P. Juan Camacho; y era que por haberla dejado correr tan sin freno en sus penitencias la habia casi imposibilitado para practicar las que tenia señaladas en su distribucion. Advirtió al punto que lo hubo dicho, que aquel padre habia obrado así por instinto peculiar del cielo, y despues de maduro exámen, segun lo dice él mismo en una carta; y se arrepintió tanto de haber abrigado por un solo instante y manifestado aquella queja, que valiéndose del mismo P. Lucas escribió al P. Camacho á Riobamba, donde á la sazón estaba, pidiéndole mil perdones y anonadándose en su presencia como si hubiese cometido la mas enorme iniquidad del mundo. Así por esta carta como por lo demas, que tratándola advirtió el P. Lucas, dice de ella con juramento que conoció en su alma una humildad profundísima.

Tambien la reconoció el hermano Hernando de la Cruz en otro ramo de la misma virtud, que consiste en atribuir á Dios todo lo bueno y á sí mismo todo lo malo que se descubre en el alma. Entre los fervorosísimos actos que por instruccion de este santo hermano ejercitaba continuamente, uno era decir con todas las ansias de su corazón: *Amantísimo Jesus, quita de mí todo lo que te desagrada; hazme toda á medida de tu corazón. Yo me conozco y desprecio por vil, y quiero ser vil y despreciada en mis ojos y en los de todo el mundo por tu amor.* Pero la mayor prueba de su humildad, si bien mui sensible por otro estilo, la debemos al mismo hermano Hernando. Informado plenamente del interior de Mariana y de los favores que recibia de su amante esposo, juzgó que habia de ser para mucha gloria de Dios, edificacion de la iglesia y notable provecho de las almas que la venerable vírgen escribiese todo lo que pasaba por la suya. La mandó pues con espreso precepto que notase de propia mano todos sus ejercicios, sentimientos espirituales y favores con que la distinguia su celestial amante; á cuya imitacion, resentida vivamente la humildad de Mariana, mostró una repugnancia grandísima apoyán-

dola con cuantas razones pudo haber á la mano, aunque todas inútiles; pues Hernando constante en su determinacion confirmó segunda vez el precepto. Resignada la humilde vírgen se fué á encomendar el negocio á su esposo, esponiéndole su pena con penitencias y lágrimas, y dando principio á la enojosa tarea, borraba el llanto, por decirlo así, una por una las líneas que iba escribiendo, hasta que sin poder ya resistir á tanta congoja, volvió á su director y le suplicó tan de veras y con tantas lágrimas que por amor de Dios librase de aquella obligacion á la mas indigna criatura de la tierra, que disponiéndolo así el Señor, condescendió el hermano Hernando y le levantó el precepto. Esta es la causa de vernos privados de mil noticias, que hubieran hecho mucho mas útil y preciosa esta historia.

Fué notorio en toda Quito lo que le sucedió con la sirva de Dios á Francisco Antonio Murillo, vecino de aquella ciudad. Veíala muchas veces en la iglesia de la Compañía hincada de rodillas y tan inmoble y compuesta, que creyéndola una santa, ideó seguirla cuando saliese de la iglesia y pedirle que le encomendase al Señor. Com olo pensó, así lo hizo por dos veces, aunque una y otra inútilmente; pues siguiéndola con atencion y cuidado se le desaparecia sin poder dar con ella por mucho que aguzase la vista. Procuró la tercera vez seguirla mas de cerca, y viéndola entrar en su casa, se llegó á ella y le pidió con humilde devocion que le encomendase á Dios mui de veras. Pudo mui bien acaecer, sin milagro, que Mariana se descabulliese aquellas dos veces siendo tanto el gentío que suele transitar por las calles de Quito; mas él lo referia siempre como un prodigio por ser bien ancha, despejada y derecha la calle por donde acostumbraba ir Mariana, y constarle ademas el ansia con que la seguian sus ojos desde que salia de la iglesia. Acaso quedará confirmada la opinion de Francisco Antonio con el siguiente suceso, en el que se echa de ver cómo aprobaba el cielo con prodigios la humildad de su querida esposa.

Dos sobrinas suyas que la conocieron y trataron, y ambas fueron despues carmelitas descalzas en la ciudad de

Cuenca, á ochenta leguas de Quito, deponen con juramento que la madre Catalina de los Angeles, sobrina de Mariana é hija de doña Juana Caso, siendo de edad de cinco años entró en una ocasion en el aposento de su tia, y viendo un papel sobre la mesa, con travesura de niña le cogió y jugando con él se fué á donde estaba su madre. Vióle doña Juana, y hallando que contenia una peticion al hermano Hernando de licencia para hacer cierto número de mortificaciones, empezó á leerle y le guardó para concluirle despues con mas desahogo á sus solas. Entre tanto, para que la niña resentida por habersele quitado el escrito no fuese á quejarse á Mariana y la descubriese, le dió otro papel cualquiera. Echó menos Mariana el suyo y buscándole inútilmente en todo el cuarto se impuso en lo que podia ser, y fué llena de congoja al de doña Juana á preguntarla por el papel que habia cogido Catalina de encima de su mesa. Y o la ví, respondió aquella con disimulo, que andaba con un papel; le habrá echado en un rincon. Desconsolada Mariana con la respuesta se retiró á pedir á su esposo que tuviese cuidado del escrito y no permitiese que nadie le leyera. Estaba ella en su oracion, cuando movida de mayor curiosidad doña Juana y creyéndose ya sin testigo, abrió el escritorio en que habia guardado el papel entre otros muchos, y con el asombro que es de suponer, le encontró reducido á cenizas mientras los demas estaban intactos. Este suceso jamás se le borró de la memoria, refiriéndoselo á sus hijas muchas veces; de lo que resultó que se difundiese por la ciudad con no poca alabanza de la humildad de Mariana.

CAPITULO XI.

Suplica Mariana á su esposo que no la lleve por el camino de visiones y revelaciones; pero no lo consigue, como lo demuestran algunas que en este mismo capítulo se refieren.

Dicen que á los que viajan por las cercanías de la Arabia feliz, los consuela de tal manera la fragancia de sus aromas, que atraidos y como empapados de su suavidad,

ni se les hace áspera la jornada, ni sienten el calor y la fatiga. Sea de esto lo que se quiera, no puede negarse que hai almas que si corren en seguimiento del celestial esposo, las lleva mas el olor de sus preciosos ungüentos que el acibar de la cruz, y que solo cuando se ven conducidas del apacible soplo de los favores divinos caminan alegres y generosas hácia la patria celestial. No era de este temple el fervor de Mariana, como fácilmente lo echará de ver quien lea cuanto dejo dicho sobre su constante amor en medio de las sequedades y desconuelos. Un ejemplo bien brillante de este espíritu de amor fuerte y desinteresado nos le recuerda el P. Antonio Manosalvas en la declaracion jurada que dejó en estos términos: *Lo que con mas ahinco suplicó continuamente á su celestial esposo Jesucristo, fué no tener visiones, ni recibir tales favores en esta vida, suplicándole se los reservase para la gloria. Es decir que Mariana deseó siempre poseer á su esposo, pero no tanto en esta vida cuanto en aquella que es la patria de la posesion y del descanso; y si en esta vida tambien, no tanto entre los resplandores y goces del Tabor, cuando entre las tinieblas y amarguras del Calvario. Así pudo decir el P. Alonso de Rojas en el sermón de sus honras: No fué amiga de revelaciones, raptos ó éstasis; ántes bien los aborrecia, y por esta causa no queria leer los libros de santa Gertrudis, porque trataban de ellos.*

No tuvo otro motivo su constante aversion á revelaciones y favores extraordinarios que su profunda humildad, imitando en esto al centurion del Evangelio; y aunque reconocia lo mui liberal que era su divino esposo y que no negaba caricias á sus esclavas, le decia: *Apártate, Señor, de mí, porque soi una vil criatura y pecadora, y conózcome por indigna de tus regalos. Solo quiero penas y trabajos que me lleven en tu seguimiento al Calvario; no glorias que me conduzcan al Tabor.* En cuanto á los libros de santa Gertrudis, venerábala ella lo mismo que á santa Brígida, y formando en su contemplacion un gran concepto de la liberalidad de su esposo, que hasta tal extremo se comunicó á sus criaturas, decia sin embargo, con una comparacion mas útil para su alma que todas las revela-

ciones: *¿Cuándo yo, vil criatura y desagradecida á mi esposo, podré merecer un rasgo de los cariños que hizo á su esposa Gertrudis el señor del universo? ¿Cuándo mis tibiezas podrán alcanzar algo de sus favores? Nunca. Pues para que no se me ofrezca el mas leve antojo de mujer, quiero apartar de mí los libros de mi querida santa Gertrudis; y en este despegobien conoce la santa que solo pretendo venerarla, servirla y quererla mas como á esposa tan allegada de Dios, y no poner á mi vileza é indignidad en ocasiones de ensoberbecerse elevándose el pensamiento á lo que no merece ni es capaz de conseguir.* Lo que sí leía con atencion, cuidado y aprovechamiento, eran las obras de la santa madre Teresa de Jesus, robándole toda el alma las palabras que á esta santa dijo el Señor: *¿Piensas, hija, que está el merecer en gozar? No está sino en obrar, en padecer y en amar.* Leccion tan bien aprendida de Mariana, que rumiándola sin cesar no apetecia sino el padecer y el ejercicio de sólidas y costosas virtudes. Agradóle no menos entre los documentos dados por su divino esposo á la misma santa estotro: que no se ha de hacer hincapié en los gustos y regalos espirituales, sino en el buen testimonio de la conciencia; y desde entonces con mayor ahinco procuró purificar su alma y ejercitarla en afectos y deseos de solo y puro padecer. Leyó finalmente en el libro de las Moradas que la misma santa habia conocido á varias personas que no solo no buscaron gustos y recreos, ni los desearon, sino que por el contrario pidieron á su esposo crucificado no tenerlos en vida; y Mariana, conformándose con este ejemplo tan de su gusto y estimándole como un hallazgo, pidió siempre á su Jesus que no la llevase por la senda de revelaciones y favores, sino por la de espinas y trabajos, como queda ya tambien referido en el libro segundo de esta historia. Forzoso es pues decir con su confesor el P. Rojas *que ella subió al cielo por el camino llano que abrió Cristo desde la casa de Pilato hasta el Calvario: que ascendió á la perfeccion por la segura senda y camino sólido de las virtudes por donde fueron los santos: que no hubo en su vida bajío alguno en que pudiera naufragar su santidad, ni Scila, ni Caribdis en que pudieran padecer tormenta*

alguna sus confesores.

Bien es verdad que no siendo Dios como los hombres, los cuales, si se les pide que no se molesten en hacer favores y regalos, retiran la mano, y solo se muestran liberales en ofertas, aunque no puede decirse que llevase á Mariana por caminos extraordinarios, tampoco dejó tal cual vez de mostrársele liberal, regalándola con su presencia. Las especies que, como dije ya, se borraron por entero de la mente de doña Juana Caso apenas oyó la relacion que de todos los secretos de su alma le hizo Mariana por órden de su confesor así que murió esta, se reprodujeron tan vivamente en su memoria, que pudo referirlas con toda distincion á sus hijas las carmelitas, quienes las declararon con juramento ante el juez eclesiástico señalado por el ordinario para el exámen de la vida y virtudes de la venerable vírgen. Acordóse, entre otras cosas, de haberla oido decir que en varias ocasiones habia visto en la hostia consagrada á nuestro Señor en forma de hermosísimo niño, que mostrándosele risueño llenaba su alma de la alegría de que participan los ángeles, quedando ella tan gozosa, que no era capaz su lengua de esplicar lo que por los ojos se comunicaba á su corazon. Recordó tambien haberle dicho que otras veces al comulgar y pasar la sagrada forma por la garganta conocia sensiblemente que pasaba el niño Jesus y la dejaba anegada en gozos espirituales y en consuelos y favores que la disponian á amarle cada dia con mas ansia y finura.

Un hijo de doña Juana Caso, llamado Cosme de Salazar, que despues fué religioso de la Compañía de Jesus y murió en concepto de gran virtud y ejemplar observancia, entró un dia siendo niño de mui pocos años en la habitacion de Mariana, y la halló con otro niño en la faldá recreándose en su vista. Atónito con la novedad salió corriendo en busca de su madre y diciendo á voces: *Mamá, mamá, tia Mariana está jugando con un niño.* Deseosa doña Juana de saber quién fuese, se apresuró á ir al aposento de Mariana, y adelantándose esta le dijo: *¿Para qué dejais entrar muchachos en mi cuarto?* No respondió doña Juana, sino volviéndose á su hijo le preguntó con qué ni-

ño jugaba su tia; y el inocente, señalando á un niño Jesus que estaba pintado en un lienzo de nuestra Señora, dijo: *Con este, con este jugaba; yo la vi:* de donde pudo colegir la madre que el Dios niño, soberano señor de cielos y tierra, era el que regalaba á Mariana con su vista.

Infinitas fueron las misericordias singulares y extraordinarias gracias que recibió esta dichosa virgen de la fuente de toda gracia y tesoro de toda riqueza, el augustísimo Sacramento del altar. Dejando aparte las ya referidas y las que pudiera añadir, si no temiese hacerme prolijo, solo diré alguna cosa de lo que refieren testigos de vista en los procesos. Declara la madre Petronila de San Bruno, que siendo ella todavía seglar y teniendo á Mariana por amiga mui querida y maestra en toda virtud, se llegaba á veces á ella despues que habia comulgado, y la solia hallar dulcemente ocupada con su esposo y en éstasis tan perfecto, que por mas que la llamaba y la movia, no podia lograr que la atendiese: que aguardando larguísimo rato hasta las once y mas de la mañana, hora en que ya no solia haber gente en la iglesia, la oia prorumpir en ayes y sollozos; y que al recobrar el uso de sus sentidos y verla á su lado le decia con admiracion: *¡Aun estas aquí, Petronila?* Lo propio depone tambien con juramento la india Catalina que le sucedia cuando Mariana la llevaba á la iglesia, no por ostentacion de llevar criada, sino para que se avizase á la piedad oyendo misas y comulgando á menudo; y á mas de este testigo doméstico hai otros, que como dije en su lugar, experimentaron la misma dificultad en hacerla volver de sus arrobos y completa enajenacion en aquellos preciosos momentos.

CAPITULO XII.

Algunas revelaciones prodigiosas, que debió Mariana á la intimidad con su divino esposo.

Aunque el angélico doctor santo Tomas reduce toda clase de revelaciones á la profecía, la cual no es otra cosa en su sentir que una noticia de cosa futura ó de presente,

pero oculta en lo exterior y á la que no alcanzaria con infalibilidad y certeza el humano entendimiento, si no mediase la locucion divina que escucha la criatura; me parece mui oportuno recordar en este capítulo algunas revelaciones de nuestra vírgen separándolas de las que con mayor propiedad podrán llamarse profecías, y que referiré despues.

El año 1643, penúltimo de la vida de Mariana, se hallaba el P. Antonio Manosalvas en la villa de *Riobamba*, que dista 24 leguas españolas de Quito, y atendia tan de asiento por órden superior á la enseñanza de la latinidad, que ni él ni nadie era capaz de prever humanamente mudanza de lugar ó destino; cuando el dia de juéves santo, mientras asistia á los solemnes maitines, le dieron una carta, en cuyo sobre conoció la letra de su amada hija en Jesucristo. Gozosísimo por verse con la escritura de un ángel, apenas terminada la funcion quitó el sobre, y empezando á leer se sucedió á la alegría el asombro, pues leyó que por saber ella que en breve habia de volver á Quito, y porque la falta de viático no le detuviese, le enviaba un poco de bizcocho amasado con huevos, esperando que agradeciese mas la buena voluntad que el regalo. Hijo sumiso de obediencia el P. Antonio no pudo calcular otra cosa sino que por algun especial motivo que él ignoraba, intentase llamarle el superior y se lo hubiese comunicado á Mariana, para que ella como á padre espiritual le anticipara la noticia. En esta probable conjetura pasó el viérnes y sábadó santo y el domingo de Pascua; cuando llegado el lunes por un lance que no era dado al hombre prever, y que no declara el padre mismo que refiere el suceso, se juntaron en sesion los regidores de la villa y resolvieron ser convenientísimo enviar á Quito persona inteligente, que tratase la materia con el señor Obispo y la Real audiencia. Pusieron por unanimidad los ojos en el P. Antonio Manosalvas, y habiéndole intimado la comision él la aceptó, se puso en camino para Quito, y llegó á aquella ciudad tributando alabanzas al Señor por ver la manera imprevista y prodigiosa con que se verificó el anuncio de Mariana, y admirando siempre mas el mérito de sus virtudes. A los dos dias llamó á la santa vírgen, y como confesor suyo la preguntó de

quién ó por dónde había sabido su vuelta á Quito; á lo que respondió ella con suma humildad y reverencia: *El esposo que tengo, lo sabe todo, y tambien sabia esta venida; por lo cual envié á V. P. el viático competente.*

Y porque lo que se siguió lo declara dicho padre con juramento y pertenece al mismo suceso, creo deber ponerlo en este lugar, como quiera que pareceria mejor colocado entre las profecías de Mariana. Concluido el negocio que le llevó á Quito, trató el P. Antonio de llevar con toda prontitud á *Riobamba* la respuesta; y ántes de partirse, con indecible desconsuelo de una y otra parte se despidieron padre é hija para volverse á ver cuándo y donde Dios dispusiera. Habíanse alejado ya uno de otro algunos pasos, cuando llamó Mariana al padre con grande animacion y le dijo: *Padre mio, raya con Dios, y mire que tenga paciencia y mucha conformidad con la voluntad de Dios; porque le están esperando muchos trabajos, y todos han de ser de cosas que ha de sentir mucho, porque son tocantes á su honra y reputacion.* Creyó el P. Antonio firmemente cuanto le decia su hija por la pasada experiencia; y ántes de dos años, segun él mismo refiere, hubo de sufrir inocentemente graves quiebras en su reputacion, que le acrisolaron no poco.

Pero no fueron estas solas las razones que tuvo el P. Manosalvas para formar y conservar siempre un elevado concepto de su bendita hija. Confesóla una vez, y en seguida se fué á la sacristía para celebrar y administrarle la sagrada Eucaristía á hora ya tarde, segun costumbre, mientras duró la tormenta contra su comunión diaria; pero estando para revestirse, le llamó Mariana y le dijo que fuese primero á reconciliarse de dos culpas que había cometido en tiempos pasados (y se las indicó), las que nunca había confesado por puro olvido. Atónito el padre al reconocer la verdad de aquel dicho fué de contado á ponerse á los piés del confesor y declararle sus culpas, formando propósito, que cumplió siempre en lo sucesivo, de no salir jamás á la iglesia á confesar sin haberse reconciliado primero.

Un hijo de Catalina de Peralta, mujer honrada y vir-

tuosa de Quito y madre de leche de Mariana, llamado Antonio de Paz, tuvo unas palabras con otro, de cuyas resultas vinieron á las manos, quedando herido de muerte el desgraciado Antonio. Afligida y sin consuelo alguno la madre fué á ver si podia hallarle en las palabras de Mariana; y al verla esta entrar en su habitacion anegada en llanto, le dijo que sabia mui bien á lo que se encaminaba su visita; pero que era forzoso resignarse é ir sin pérdida de un momento al hospital real donde estaba el hijo, y hacer que se confesase bien y recibiese los demas sacramentos, porque la muerte le amenezaba de cerca: que diese cabida en su corazon á la conformidad con la disposicion divina, pues el Señor queria hacer prueba de su paciencia. Oyó la madre el terrible anuncio, y dándole perfecto asenso se fué en persona al hospital, refirió á su hijo el dicho de Mariana y le indujo á recibir con suma paz los sacramentos en las veinticuatro horas que le duró la vida. Apenas espiró, salió Catalina transida de pena, y sin saber cómo dirigió sus pasos vacilantes hácia la casa de Mariana, que halló cerrada por ser hora mui tarde de la noche: tiró una piedra á la ventana, y asomándose la que velaba en oracion, le dijo: *Ya sé, Catalina mia, que vienes traspasada de dolor por la muerte de tu hijo Antonio: no tengas pena, y da muchas gracias á la divina Majestad, porque está en carrera de salvacion: no vayas contra la voluntad de Dios, sino dale muchas gracias.* Mucho fué sin duda el consuelo que recibió Catalina; pero mayor sin comparacion su asombro, porque las circunstancias la hacian creer justamente que solo Dios podia haber comunicado á Mariana el suceso.

No fué de menor consuelo la noticia que tuvo tambien, por revelacion divina, de la suerte de un hermano suyo en la fatal ruina que ocasionó un terremoto en la ciudad de Cuzco. Al llegar á Quito la triste nueva de aquella catástrofee, pensativa y sobresaltada doña Gerónima, y temiendo no sin fundamento que su hermano hubiese sido uno de los muchos que quedaron sepultados entre las ruinas se lo dijo así á Mariana, quien le respondió alegre y tranquila que no tuviese temor alguno, porque su hermano

estaba salvo. Y así era en efecto, quizá por las oraciones de Mariana, á quien nadie sino su divino esposo pudo dar noticia del suceso al mismo tiempo que acaecia á cuatrocientas leguas de distancia.

Dije ya en el libro segundo, al tratar de la abstinencia de Mariana, que en los últimos siete años de su vida se sustentaba con el zumo de manzanas y membrillo, el que no tanto tomaba por sustentarse, cuanto por abrir y desahogar sus fauces cerradas por falta de humedad con no leve tormento. Referí tambien allí que la mujer y una hija de Hernando Palomeros, administrador de las haciendas del padre de Mariana, tomaron á su cargo la provision de manzanas para la enferma, escogiendo las mas hermosas y sazoadas, hasta que pudiendo mas la envidia que la caridad en aquella mujer, dejó de enviar el regalo ofendida por cierta preferencia que creia ver en Mariana hácia unas doncellas pobres. Un dia, pues, entre otros, que quiso su buena hija llevar á la enferma algunas manzanas mas sazoadas y hermosas que lo ordinario, se lo estorbó la madre por la susodicha razon, diciéndole que seria mejor emplearlas en los pobres del hospital. Desistió la hija de su empeño como era su deber, y yendo al dia siguiente á misa á la iglesia de la Compañía, se llegó á ella Mariana y le dijo que le agradecia mucho la voluntad de enviarle las manzanas; pero que habia hecho mui bien en obedecer á su madre, y que las guardase, porque las disfrutaria una sierva de Dios del convento de santa Catalina. Quedó pasmada la jóven al oir de boca de Mariana lo que solo sabian ella misma y su madre, y de vuelta á su casa refirió á esta lo sucedido, quedando entrambas en expectativa y con la curiosidad que es fácil de presumir. Pero no las atormentó mucho tiempo, pues al tercer dia saliendo á la esploracion de costumbre una novicia del convento de santa Catalina entró casualmente en casa de Palomeros, y al ver aquellas manzanas se la antojaron algunas, y despues de comer allí mismo cuantas quiso, se llevó las demas al convento. No pasó inadvertido el suceso para madre é hija, quienes comprendieron bien la familiaridad que tendria la enferma con

el celestial esposo, cuando de cosas tan triviales le daba individual noticia.

CAPITULO XIII.

Se refieren algunas de las innumerables predicciones de Mariana en prueba del espíritu de profecía con que la enriqueció su esposo

Aquel insigne don, cuyo deseo recomendaba tanto S. Pablo á los fieles de Corinto bajo el nombre de profecía, preferible al de lenguas, le poseyó la bendita vírgen Mariana tan á medida del deseo del santo apóstol, que de ella se pudo decir que hizo oficio de profeta hablando con los hombres para exhortarlos, edificarlos y consolarlos, que son los tres fines á que se dirige la profecía. Será prueba de los tres lo que dijere en este capítulo, empezando por las predicciones que dirigió á exhortar á la virtud; y advierto que no referiré ninguna de cuyo tenor, palabras y verificacion á su tiempo no conste en los procesos autorizados sobre la vida, virtudes y milagros de la esclarecida vírgen de Quito.

Tenia Juan Guerrero de Salazar un niño llamado Cosme, que no por inclinaciones viciosas, sino por pueril travesura le daba pesadumbres notables no menos que á su buena madre, sin que de la correccion y castigos sacase mas provecho que empeorar de dia en dia con indecible desconsuelo de sus padres. Intentaron ellos castigarle con mas rigor de lo acostumbrado una vez que se les escapó de casa; y saliendo Mariana de su cuarto, donde el niño se habia refugiado, para apadrinarle dijo á sus padres que no le castigasen, porque en adelante no les daria que sentir, sino que viviria sumiso y aplicado como lo deseaban. Y así fué en realidad, porque Cosme de tan travieso pasó á ser mui quieto y juicioso, y mejoró tanto, que con el tiempo entró en la Compañía de Jesus y murió en ella de sacerdote ejemplar, dejando á todos mui edificados y satisfechos de su conducta religiosa.

Otra hija tenia el mismo Juan Guerrero, llamada Catalina, de la que varias veces he tenido que hacer mencion

en esta obra; y hablando un dia Mariana con doña Catalina de Peralta le dijo: *Esta niña no se ha de casar, porque Dios la tiene reservada para una gran santidad.* No tenia la niña, cuando Mariana profetizó sobre ella, mas que seis años, y llegando á edad competente para elegir estado, se propuso su padre casarla con persona principal y acaudalada de Quito, y pasó á celebrar el contrato con el pretendiente, sin sospechar siquiera que su hija pudiese oponer una sola palabra. Hizo mas aun, pues sin conocimiento de la misma preparó el ajuar necesario; y cuando ya todo estaba en orden, fué á darle parte, llevando con sus propias manos y presentándole una por una las joyas y galas de novia que su amor paternal le habia dispuesto, y prometiéndose de su obediencia un sí que haria la dicha de padre é hija. Miró con detencion y admiró Catalina aquellos magníficos atavíos; y aunque como buena hija dió muestras de agradecer la voluntad con que se empeñaba su padre en labrar su suerte, le dijo sin embargo con resolucion superior á sus años que habia puesto los ojos en el mejor esposo, y que nada seria capaz de impedirle consagrarse á él en el nuevo convento de santa Teresa, que á la sazón se fundaba; por lo cual eran mui de agradecer, pero del todo inútiles semejantes preparativos, ya que sus desposorios lo exigian de otra clase. Confuso quedó el padre con tan inesperada salida; pero no desconfiando de superar una resolucion que á su entender era capricho juvenil, no tardó en buscar terceras personas que la inclinasen al matrimonio ó probasen su vocacion al claustro. Corrió entre tanto la voz de que la hija de Juana Guerrero Salazar se casaba; y oyéndolo doña Catalina de Peralta se reía diciendo que en vano se fatigaba su padre, pues era de todo punto imposible que se saliese con la suya, habiendo dicho lo contrario la venerable vírgen. En efecto duró por algun tiempo su empeño y apuró todos los recursos, hasta que pudiendo mas la constancia de Catalina entró con su bendicion y permiso en el antiguo convento de carmelitas descalzas, llamado así, á diferencia de otro nuevo de la misma ciudad, de donde salió á poco tiempo para fundar otro en Cuenca, que la vió morir con el nombre de madre Catalina de

los Angeles y fama de no comun santidad.

Pretendian á un tiempo por esposa á doña Ana Ruiz de Alvarado dos personas principales de Quito; y aunque resuelta á casarse no sabia á cuál de las dos dar la preferencia por ser entrambas igualmente apreciables. Deseosa de que Marana eligiese fué á verla en compañía de su madre doña María Flores de Paredes, prima hermana de nuestra vírgen; y con gran detencion y minucia le descubrió las prendas que distinguian á cada uno de los pretendientes, dejando la eleccion en manos de su tia. Oyó esta todo el relato, é ilustrada con espíritu profético, volviéndose á su prima, le dijo: "Ambos sugetos son mui buenos y dignos de tu hija; pero si se casa con el primero, disfrutará luengos años de la felicidad de un buen matrimonio; si con el segundo, le gozará poco tiempo y despues de perderle pasará grandes trabajos." Poco habia que titubear para decidirse á la parte mas favorable; y sin embargo por uno de aquellos yerros tan comunes en los casamientos, escogió la madre el segundo caballero sin mirar á los infelices pronósticos de Mariana, que se cumplieron á la letra; pues al paso que doña Ana quedó viuda bien presto, y en su viudez tuvo mucho que padecer, el primero que la pretendia vivió por muchos años disfrutando los bienes de que hubiera participado ella si se hubiese atendido al consejo de su tia.

Habia casado doña María Caso, hija legítima de Cosme de Caso y de doña Gerónima, hermana mayor de Mariana, con un caballero de la villa de S. Miguel de Ibarra, distante veinte leguas de Quito; el cual murió desempeñando el cargo de depositario de dicha villa. Quedó la infeliz sola y sin amparo, llena de ahogos y deudas, jóven y en tierra extraña sin el resguardo de sus padres; y viéndose así escribió una carta á su tia Mariana, para que con sus oraciones le alcanzase del Señor fuerzas en tan terrible aprieto. Respondió Mariana á la carta diciendo que no se afligiese, porque dentro de pocos dias casaria con un hombre mui de bien y de suma diligencia que la sacaria de sus apuros. Escrita la respuesta cayó Mariana enferma, y al llevarle el santo viático le acompañó con un cirio el

capitan Alonso Sanchez de Espinosa y Lima, regidor perpetuo de Quito. Entró hasta el mismo cuarto de la enferma, quien al verle fijó los ojos en él; pero por tanto tiempo, que como depuso él mismo con juramento, temió que estuviese leyéndole el corazon y echándole en cara sus culpas, si bien eran otras mui distintas las intenciones de Mariana, la cual fijaba con aquella mirada el esposo para su sobrina. Murió la sierva de Dios, y tratando aquel caballero de volverse á España, su patria, y desechando por lo mismo varios casamientos, cuando le propusieron la sobrina de Mariana, sin deliberar un momento aceptó gustoso, por entrar, segun él decia, en una casa de santos y ser pariente de la venerada vírgen. Contribuyó no poco á acelerar el enlace el recuerdo de aquella mirada tan fija en ocasion tan solemne, con que le parecia haberle designado y aceptado Mariana por su sobrino. Celebrado el matrimonio, se fué á la villa de S. Miguel, donde en poco tiempo desempeñó las haciendas y pagó las deudas de su esposa, viviendo despues con ella algunos años, hasta que quedó viudo, en completa felicidad y concordia.

Habia dispuesto María de Paredes que una hija suya se casase con cierta persona que le parecia mui á propósito; y comunicando con Mariana el designio, oyó de su boca que mirase bien lo que hacia, porque si se efectuaba aquel matrimonio, ella y su hija habian de pasar muchos trabajos y disgustos. Pospuso María el sabio consejo á su capricho, y al mes de casada la hija se hubo de entrar en el convento de santa Catalina á pedir desde allí la anulacion del matrimonio, alegando tales causas, que la obtuvo en efecto por sentencia del ordinario. Segunda vez intentó casarla la madre y volvió á pedir parecer á Mariana: sin duda se hallaba tan dispuesta como la vez primera á seguirle, pues oyendo que si la colocaba de nuevo, pasaria mas trabajos que con el primer marido, la casó á pesar de todo, y ella misma depuso con juramento que fueron tales las penas y quebrantos de una y otra por aquel matrimonio, que no parecia pudieran tolerarse en su género cosas peores.

Visitaba un dia á Mariana doña Juana de Paralta, natural de Quito, acompañada de una hija suya, por nom-

bre María, y ofreciéndose hablar de una pequeña india llamada Antonia, que servia por entonces á la venerable vírgen, y que sin atender á los ejemplos y exhortaciones de su señora descubrió una cierta demasiada libertad en sus costumbres, dijo doña Juana de repente: *¿Si será tan mala con el tiempo mi hija como tu india? . . .* *¡O* (respondió Mariana, profetizando de ambas), *tu hija se ha de casar, y ha de temer á Dios y ser virtuosa; pero esta mi india por su mala vida ha de tener mala muerte.* Oyendo doña Juana el pronóstico favorable procuró casar cuanto antes á su hija; y en el matrimonio, que duró muchos años, sobre gozar de mucha paz y ventura, vivió mui temerosa de Dios y mui dada á la virtud. En cuanto á Antonia su criada, pasados algunos años, estando ausente de Mariana y dando rienda suelta á todos sus apetitos, sin hacer caso de la triste profecía de su señora, llenó la medida, y la justicia de Dios permitió que la matara á puñaladas un negro.

Hallábase un mancebo de Quito tan apasionado por una mujer, que no pudiendo lograr sus criminales intentos mientras la resguardaba la casa y vigilancia de sus padres, intentó robarla. Verificado el rapto, sin duda por convenio de entrambos, hicieron todos sus parientes las mas esquisitas diligencias para dar con la desaconsejada jóven y restituirla á su casa; pero siendo todas en vano, acudieron al oráculo de Mariana, y con las palabras que les dictaba el dolor mas vivo, la suplicaron que alcanzase del Señor á aquella infeliz una resolucion semejante á la del hijo pródigo, á quien habia imitado en la fuga. No satisfechos con la promesa que les hizo la caritativa vírgen, formaron empeño con el P. Juan Camacho, su confesor, para que le impusiese una como obligacion de rogar á Dios por el logro de sus deseos; y el buen padre mandó á Mariana que rezase todos los dias una salve á María Santísima, á fin de que entrambos se convirtiesen y la oveja descarriada volviese al paternal aprisco. Doña Juana de Peralta, doña Catalina y doña Gerónima interpusieron tambien sus ruegos, y Mariana que en tratándose de un negocio de tan señalada caridad, no habia menester de tantos estímulos, le tomó

tan á pechos, que sin cesar un momento oraba y clamaba al cielo, y no dejaba resorte alguno que le pareciese capaz de mover á compasion el corazon de su dulce esposo. Pasados algunos dias de súplicas y clamores, estando ella en la iglesia de la Compañía, se pusieron á su lado las tres señoras poco há mencionadas para repetir el encargo; y Mariana con breves, pero mui resueltas palabras les dijo: *No se aflijan, porque les hago saber que las tales dos personas se han de reducir á buena vida y han de tener mui buen fin y dichosa muerte.* No tardaron mucho en reconocer la verdad de la prediccion, pues el jóven impelido de su conciencia reconoció su mal estado, y entrando en el claustro de S. Francisco vivió con ejemplar observancia y murió santamente; y ella se trocó tambien y dejó grandes señales de predestinacion en la piedad y frecuencia de sacramentos con que perseveró hasta la muerte.

No fué menos singular y prodigiosa la profecía que en mui diversa materia hizo á sus parientes, quando se hallaban pobres y necesitados; pues exhortándolos sin cesar á la conformidad con la voluntad de Dios y á que amasen la pobreza, á la que están reservados los tesoros del cielo, solia añadir que todos sus parientes habian de ser pobres y gozar de poco ó ningun descanso en esta vida. Así lo refirió bajo juramento en los procesos doña Ana Ruiz de Alvarado en el año de 1671 quando se le tomó declaracion, y añadió estas palabras: *Como se ha verificado.*

Comunicó el Divino esposo á Mariana en mil ocasiones luz sobrenatural para conocer infaliblemente y no por simple conjetura el éxito de dolencias que amenazaban con una muerte mas ó menos próxima: en cuyo género referiré brevísimamente alguno que otro suceso. Doña María de Troya, mujer del licenciado D. Alonso de Arauz, declaró haver hecho mencion varias veces una india vieja, que sirvió algunos años de lavandera á Mariana, de que habiendo caido gravemente enferma, le envió á pedir la medicina en que tenia la mayor confianza, que eran sus oraciones. Prometióselas Mariana; pero tambien le dijo que no temiese, porque de aquel mal no moriria; y añadió mas, que mientras le lavase por caridad la ropa, ni moriria, ni

tendria ningun achaque. Así fué realmente, llegando á ser mui anciana y muriendo de vejez cuando ya por sí no tenia fuerzas para ejercitar aquel oficio. Habian desahuciado los médicos á D. Manuel de Ceballos; y doña Juana Vivas, su mujer, que en todos sus trabajos solia tener por refugio á Mariana, fué á proponerle con lágrimas el estado de su marido, y para que abogase por su salud ante su divino esposo. Oyóla Mariana, y con rostro risueño empezó á consolarla diciéndole que no tenia porqué afligirse, pues la muerte es una deuda que han de pagar todos los vivientes; pero que si bien la vida de su marido estaba en manos de Dios, no le haria morir de aquel mal, sino que para su consuelo se le dejaria por algun tiempo. A poco de haber hablado Mariana se levantó de la cama el enfermo, y vivió otros dos años, celebrando siempre con su mujer la profecía. Cayó en cama con la última enfermedad María de Miranda, hermana de Petronila de S. Bruno é hija espiritual de Mariana, y á los cinco meses de enferma le envió un recado con su hermana Petronila diciéndole que por Dios fuese á verla, porque era grande en extremo su deseo de hablar un rato con ella y comunicarle las cosas de su alma. La respuesta de Mariana fué decir que en el cielo se verian; que no buscarse gusto ni alivio en esta vida, porque mui presto se hallaria en la gloria, y que ella la seguiria á mui poco. Para mayor suavidad y consuelo hizo un ramo de claveles y se lo mandó dejándola en expectativa del feliz suceso, que se verificó en efecto, pasando María casi al instante á mejor vida, y Mariana al cabo de un año.

Refiere en declaracion jurídica el M. R. P. predicador Fr. Juan Martinez Zarco, primero religioso de la Compañía y luego de la orden de S. Agustin, que siendo jesuita y teniendo á su cargo la congregacion de los morenos con el título de S. Salvador, habia en su capilla un nicho en que se veneraba la efigie del *Ecce Homo* intitulada el Cristo del Consuelo; pero que en el tiempo á que se refiere, estaba como abandonada y sin clase alguna de culto. Celosa pues Mariana del honor de su esposo, dice el padre que se llegó un dia á hablarle, y le dijo que no

pareceria mal que todos los viérnes se cantase una misa al santo Cristo del Consuelo, como se hacia los sábados á Nuestra Señora de Loreto. Encontró el padre mil dificultades en el proyecto, y todas se las propuso á Mariana; mas ella lèjos de retroceder añadió que no tardase en poner manos á una obra que habia de redundar en mucha gloria del Señor, quien le habia escogido para llevarla á cabo á pesar de grandes contradicciones; y que ella misma seria la primera en alistarse, prometiéndole para principiar, con licencia de su confesor, un real de á ocho y una libra de cera. Como que la empresa era de Dios, y así lo creyó el padre que conocia á fondo la virtud de Mariana, todo se venció felizmente, y empezó la congregacion con tales auspicios, que creciendo en brevísimo tiempo llegó á ser el santo Cristo del Consuelo uno de los santuarios venerados de la ciudad con particulares demostraciones de devocion y de afecto. Llamóse en lo sucesivo aquel altar de la buena muerte, haciéndose en un principio delante de él, en un viérnes de cada mes, una plática fervorosa sobre la muerte: despues se hizo cada ocho dias con esposicion del Santísimo Sacramento, media hora de oracion mental y otros ejercicios. Todos los viérnes del año se cantó por la mañana en el mismo altar una misa solemne hasta el de 1686, en que se dispuso fuese rezada cantando al mismo tiempo alguna afectuosa letrilla. Consiguieron los padres de la Santa Sede un jubileo plenísimo para el viérnes de la semana de pasion, dia en que se celebraba la fiesta del Santo Cristo del Consuelo; y como despues se llamó de la buena muerte, lo mismo que su congregacion, se obtuvo tambien indulgencia plenaria para todos los fieles que asistiendo á las pláticas confesasen y comulgasen cuando se hacia el ejercicio del mismo nombre.

Insigne fué tambien otra profecía de Mariana al P. Juan de Enebra, religioso de la Compañía de Jesus, de cuya boca se supo, divulgándose por el colegio de Quito, cuyos padres vieron su cumplimiento. Hablando un dia dicho padre con Mariana, le dijo esta que en su última enfermedad no habia de dar que hacer ni á médicos, ni á enfermeros, ni ocasionar gasto de medicinas. Dió entero cré-

dito á la prediccion el buen sacerdote; y como que ella equivalia á un anuncio de muerte repentina, se disponia diariamente para morir, y llevaba dia y noche al cuello el Crucifijo, á que estaba concedida indulgencia plenaria para el artículo de la muerte. Enfermó una vez gravemente, y diciéndole el médico que era preciso disponerse para morir con los santos sacramentos, menospreció su dicho; y á los padres que le preguntaron la causa, respondió que habiendo hablado Mariana, estaba segurísimo de que moriria en pié sin médicos ni medicinas. Y no se equivocó por cierto; pues bajando un dia al refectorio comun despues de haber visitado al Santísimo, segun su costumbre, en la escalera le acometió un accidente, que sin darle mas tiempo que para recibir condicionalmente la estremauncion, le dejó cadáver en un escalon sin trabajo de enfermeros, sin solicitud de médicos y sin gastos de medicinas.

Refiere el P. Fr. Francisco de Peralta, de la orden de S. Francisco, haberle contado Fr. Gerónimo de Paredes, hermano de la venerable vírgen, que estando en conversacion un dia con ella le dijo lo siguiente: *No quiera Dios, hermano mio, que yo te vea morir cura de indios; porque si mueres en esa ocupacion, te has de condenar; pero yo te ofrezco alcanzar de mi esposo la seguridad de tu salvacion haciendo que no seas cura cuando mueras.* Sucedió pues que en el último tercio de su vida pretendió una doctrina con seguridades de obtenerla, por tener de su parte así al reverendísimo comisario de aquel tiempo como á los padres de la provincia Fr. Nicolas López y Fr. Juan Mejía; pero nada consiguió, y hubo de retirarse á la doctrina de Tocachi por compañero de Fr. Francisco de Peralta, que iba á ser cura propio de aquel pueblo, distante diez leguas de Quito. Cayó enfermo á poco tiempo; y agravándose el mal, le llevaron para su curacion á dicha ciudad, donde murió la víspera de S. José sin ser cura. Hasta aquí solo se ve cumplida la primera parte de la profecía. En cuanto á la segunda que miraba á la salvacion de Fr. Gerónimo, ocurrió el dia de S. José que una turba de indios corrieron de tropel y con confusa algazara á casa de Fr. Francisco Peralta diciéndole que el padre

Fr. Gerónimo de Paredes estaba diciendo misa en la iglesia con una casulla blanca. Respondióles el cura que lo habrían soñado, pues sabían que ellos mismos le habían conducido á Quito. Instaban los indios diciendo que fuese S. P. á verlo, y estando en esto llegó á Quito un hermano de la Compañía, llamado Marcos Guerra, con la noticia de que el día ántes había muerto en su convento el P. Fr. Gerónimo. Atónito con la nueva el doctrinero Fr. Francisco empezó á dar crédito á la vision de sus indios, y quedó convencido de que era así realmente cuando el juéves santo del mismo año, que fué á pocos dias de la fiesta de S. José, volvió aquella gente sencilla con la misma noticia añadiendo la circunstancia de que Fr. Gerónimo llevaba calzado blanco.

Pondré fin á este capítulo de las profecías de Mariana, con una, que por haber sido acaso la mas pública y notoria en Quito, le granjeó mayor veneracion y fama de santidad, y que á ninguna cede en autenticidad, declarándola con juramento los testigos, y entre ellos el P. Antonio Manosalvas.

Veinte años ántes de que se fundasen las carmelitas en Quito comunicó el Señor á su esposa tan á las claras todo el secreto de su providencia acerca de la fábrica del convento, que rebosando de placer dijo á su confesor el P. Manosalvas que el cuarto en que ella vivia, habia de ser habitacion de las esposas de Jesucristo. Hablando en varias ocasiones con su cuñado D. Cosme de Caso y su hermana doña Gerónima, con Juana y Sebastiana, sus sobrinas, y con Juana Guerrero Salazar, les dijo resueltamente que la casa donde vivian, habia de ser convento de religiosas carmelitas descalzas y que serian veintiuna; por lo cual les suplicaba, en especial á Juan Guerrero, que de ningun modo se deshiciesen de una casa, que como alhaja preciosa tenia Dios reservada para relicario de sus misericordias. Lo mismo jura Petronila de S. Bruno haberle dicho varias veces su íntima amiga Mariana, añadiendo siempre estas ó semejantes exclamaciones: *¡O quién fuera dichosa de ser esclava de vírgenes tan sagradas! ¡O si yo mereciera ser una de las escogidas para esposas del gran rei!*

Si llegara á vivir en ese tiempo, fuera la primera que procurara lograr de esta dicha, que lo es y grande el ser hija de mi amada la venerada madre santa Teresa.

Con mas precision y particularidades habló á María de Paredes, mestiza, á la india Catalina y á María Arias, española, todas las cuales dispuso el Señor le sobreviviesen para poder declarar jurídicamente el hecho en los procesos. Volviendo un dia Mariana de comulgar llena del sobrenatural regocijo que la inundaba en tales casos, al entrar en su casa, de que á la sazón estaban ausentes los suyos, llamó á los tres referidos testigos, y despues de mandar cerrar las puertas de la calle les dijo: *¡Qué á propósito es esta casa y sitio para convento de carmelitas descalzas! Pues sepan que aquí se ha de fundar con el tiempo Vengan conmigo, y verán trazar las oficinas.* Y llevándolas por toda la casa les decia: *¡Qué gustosas vivirán aquí las carmelitas!* En este sitio estará la portería, allá el torno; esto será refectorio, aquello cocina. La iglesia caerá en el lienzo de la calle, y en el cuarto donde yo vivo, estará el coro. Así trazó la fábrica y repartió las oficinas de aquel convento, cuando ni por asomo pensaba nadie en fundarle en aquel sitio; y es mui digno de ser admirado el orden de acontecimientos con que dispuso el Señor que se cumpliese en todas sus partes la profecía. Murió Mariana, y pasados algunos años fué nombrado obispo de aquella diócesis D. Agustin de Ugarte y Sarabia, prelado de prendas de toda clase, quien para incremento de la piedad y mayor servicio de Dios dispuso la fábrica y fundacion de un convento de carmelitas, impetrando por una real cédula el superior beneplácito. Sorprendido por la muerte en el año 1651 no pudo dar cima al santo proyecto, pero le dejó eficazísimamente recomendado á su albacea y al dean de su catedral D. Alvaro de Ceballos, quienes á costa de gruesas sumas eligieron el sitio para la fundacion detras del convento de la Merced, á cierta distancia de la casa de Mariana, donde pusieron en orden celdas, oficinas y todo lo demas de que podian haber menester las fundadoras, que iban de la ciudad de los Reyes. Viendo tan adelantadas las cosas D.

Martin de Arriola, presidente de aquella Real Audiencia, que era uno de los que entendian en la fábrica, cuentan que se reia diciendo: *Veamos cómo se verifica la profecía de la criollita*. Y no lo vió por cierto, pues en aquel mismo año de 52 le visitó la muerte; que á no morir hubiera visto en el siguiente de 53 cómo pasando las fundadoras el mar del Sur llegaron á Quito y las hospedó en su casa el capitan Alonso Sanchez de Luna y Espinosa en el mismo cuarto que habia sido de Mariana y en la misma casa del vaticinio, no para que se quedasen allí, pues el convento estaba detras de la Merced, sino por disposicion divina, que empezaba ya á ponerlas en posesion de su casa. Llegó el tiempo de pasar al nuevo convento, y María de S. Agustin, sobrina del fundador y gran sierva de Dios, dijo estas palabras al capitan Alonso de Luna en el acto de despedirse: *Que esperaba de la Divina Majestad volver del convento á donde la llevaban, á la casa donde las habia hospedado, y que allí habia de ser y perseverar el convento del modo que lo habia profetizado Mariana de Jesus*. En efecto á los siete meses de su traslacion al convento, por las muchas incomodidades de aquel sitio, mandó el señor virey del Perú D. Luis Enriquez de Guzman, conde de Alba y Lista, oido el parecer del señor Arzobispo, que se trasladasen de nuevo las carmelitas á la casa del capitan Alonso Sanchez de Luna, llamada así, no porque fuese suya, pues era propiedad de Juan Guerrero, sino porque en ausencia de este la habitaba aquel. Luego que llegó á Quito la orden del virei, tomó á su cargo el regidor Sanchez de Luna, previo el consentimiento de su dueño, disponer todo lo necesario para que la casa fuese convento, sirviendo él mismo á las religiosas como de administrador ó apoderado y mandando echar los cimientos para la iglesia. Pusieron las primeras piedras D. Cristóval Bernardo de Quirós, arcediano de la catedral, provisor y vicario general del obispado y despues Obispo de Chiapa y Popayan, y el oidor D. Juan de Morales Aramburu, que como mas antiguo presidia la audiencia por muerte del presidente Arriola; y así dichos señores como lo mas del clero y pue-

blo que asistió á la ceremonia, quedaron admirados y agradecidos al Señor al ver el modo prodigioso con que se cumplia el vaticinio, y publicaron por mucho tiempo la santidad de Mariana.

Verificada ya la sustancia de la prediccion, quedaban por cumplir las parciales profecías del sitio de la iglesia y oficinas; pues en la primitiva traza del edificio se invirtió todo el orden designado por Mariana, y la iglesia caia á la plazuela del convento de santa Clara, el coro en otro lugar bien diverso del aposento de la santa virgen, y ni el torno, ni la portería, ni la cocina seguian el plan marcado por ella. Pero como que al fin habia de cumplirse todo al pié de la letra, dispuso la Majestad Divina que por lo mal fabricado de iglesia y la falta de proporciones de toda la casa, entrase el hermano Marcos Guerra, de la Compañía de Jesus, á fabricarles un nuevo templo en el mismo sitio profetizado por Mariana, y que siendo como la llave maestra de lo demas del edificio, hubiese de variarse toda la distribucion de este y cumplirse la profecía en todas sus partes. Muchos fueron los testigos de esta prediccion hecha por Mariana varias veces y en diversas ocasiones durante su vida y verificada nueve años despues de su muerte. Pero tiempo es ya de admirar otros prodigios de la divina diestra en operaciones milagrosas de que eligió á Mariana por instrumento.

CAPITULO XIV.

Milagros que obró en vida Mariana de Jesus.

Es observacion del doctísimo Cornelio Alapide (1) que aquellos santos que siguieron un tenor de vida comun en cuanto á ayunos y austeridades, aunque mui adelantados en la virtud, no se cuentan entre los que obraron maravillas en mayor número; así como por el contrario raros son los santos dados á los rigores de una penitencia singular é inimitable, de quienes no se refieran estupendos

(1) Sobre la epíst. I de S. Pablo á los corintios, cap. IX, v. último.

y multiplicados prodigios. Y hablando de Mariana de Jesus, si bien no puede, ni debe el católico atribuir á los muchos milagros que se refieren en el proceso auténtico, mas que una fe humana, mayor en verdad de toda excepcion en su género, pero al fin humana, en ella se verifica al pié de la letra la observacion del escritor citado. Prescindiendo de los portentos que quedan ya referidos y que no habrá olvidado el lector, y sin hacer mérito de que la misma existencia de Mariana fué un prodigio perenne de veintisiete años, como lo arroja de sí esta leyenda, contaré algunos de los que recuerda y atestigua el proceso, pues seria interminable tarea describirlos todos.

Ausentáronse de Quito para visitar sus haciendas el capitán Juan Guerrero de Salazar y su esposa doña Juana Caso, y por no llevar el engorro de una niña que tenían de solos tres años, se la dejaron encomendada á su tia Mariana. Jugaba un dia la inocente en el patio de la casa, y llegando una recua de mulas de la hacienda, hubo de acercarse tanto á una de ellas, que recibió una coz en el rostro; pero tan violenta, que le destrozó narices y quijadas, y quedó tendida en el suelo, bañada en sangre y sin dar señal alguna de vida. Presenció la catástrofe la india Catalina, y cogiendo en brazos á la niña á quien ya tenia por muerta, destrozado el corazon de pena y anegada en llanto corrió á enseñársela á Mariana, la cual como si hubiera recibido aviso, salió al encuentro á la india, tomó entre sus brazos á la criatura y exclamó: *¡Ai! Dios mio, ¿qué dirán ahora sus padres? ¿Qué descargo daré yo de este suceso?* Dicho esto, alentó la confianza en el poder de su esposo, y mandando llevar un trozo de carne de vaca le aplicó al rostro de la niña y se encerró con ella en su cuarto, como Eliseo con el hijo de la Sunamitis. Allí la puso en su propia cama, y arrodillada á su lado empezó una oracion fervorosa que duró una hora entera, acompañándola con suspiros, con fe y con esperanza segurísima de conseguir el consuelo. Concluida la fervorosa deprecacion, tomó de nuevo en brazos á la niña, y llamando á la india Catalina y á los demas de casa se la hizo ver

buena y sana y tan sin lesion, que ni señal casile quedaba del golpe. De paso les dijo estas palabras: *¡O qué eficaz medicina ha sido la carne de vaca, pues con ella ha curado Dios á mi sobrina!* Bien pudo la humildad de Mariana atribuir en lo exterior la repentina curacion á la eficacia del pedazo de carne; pero como que la humildad es verdad, no dejó de dar interiormente toda la gloria á su Dios, confesando su indignidad y ningun mérito y atribuyendo el caso á operacion milagrosa al referírsele en confianza á una amiga. No dicen los testigos que juran en el proceso, si estaba muerta ó nó la niña: solo sabemos de seguro que no daba señales de vida y que tenia tres años; y añaden tambien que como en prueba del milagro le quedó una señal delgada como un hilo en la cara, que era menester mirarla con mucha atencion para distinguirla; pero que la conservó siempre, aun siendo carmelita descalza en el convento de Cuenca con el nombre de sor Catalina de los Angeles. Finalmente deponen con juramento que *quedó mas hermosa despues del milagro, con la particularidad de que aun cuando salia al campo, donde con el sol suelen empañarse las hermosuras, ni el sol la ofendia, ni los aires la quemaban.*

Tambien la madre doña Juana Caso esperimentó la predileccion de Mariana. Habia mandado construir una urna para una bellísima imágen de María Santísima de Copacabana, título con que veneran en el Perú á la reina del cielo; y por haber tomado mal las medidas sin contar con la corona de la imágen no fué posible hacerla entrar en la urna, á la que faltaban cuatro dedos de altura. Entró por casualidad Mariana en el cuarto, y preguntando porqué no se colocaba aquella imágen en su sitio, le dijo doña Juana que por ser chica la urna; pero que no seria malo que procurase ella hacerla entrar, y quizá obraria un milagro. Al oír esta palabra se horrorizó la humilde vírgen, y tapándose el rostro huyó hácia su habitacion. Al dia siguiente entrando en casa de vuelta de la iglesia, observó que su sobrina estaba mui afligida; y reconocida la causa le dijo que hiciese la prueba una y muchas veces; pero al oír que la prueba estaba hecha y

repetida y que todo era inútil, porque la urna tenia poco mas de media vara y la imágen con su corona tres cuartas, la tomó Mariana en sus manos, y diciendo: *Esta urna se ha hecho para esta imágen*, la colocó sin ninguna dificultad, y quedó allí por muchos años en memoria del prodigio. Por tal le tuvieron todos, así como lo que sucedió en el mes de octubre de 1670, cuando al caer una ahalacion en casa de doña Juana anduvo culebreando al rededor de la imágen sin dejarle la mas pequeña señal, ni quemar un solo cabello, contentándose con hacer algun daño en un pié de la mesa en que descansaba la urna.

Otro prodigio semejante obró Mariana en cosa suya propia, y fué en una imágen del niño Jesus en quien tenia sus amores y todo su recreo, entretenimiento y regato, como lo confesó ella misma á su confidente Petronila de San Bruno. Mandó hacer una silla proporcionada á su gracioso cuerpecito; y disponiéndolo así el Señor, tuvo la silla la misma falta de medidas que la urna y salió tan estrecha, que no era posible colocar en ella á su Jesus. Triste y desconsolada Mariana puso la silla sobre el altar con ánimo de mandar hacer otra; mas al ir á verla al dia siguiente la halló tan capaz, que cupo en ella el niño con desahogo, y se llenó su alma de tanto gozo, que no pudo menos de llamar á Petronila para que fuese testigo del gracioso portento.

Acometida doña Gerónima de Paredes de los dolores del parto último, temian sus domésticos que perdiese en él la vida por muchas razones. Su edad era ya mas que mediana, sus dolencias muchas; pero lo peor de todo era una apostema que tenia en el vientre, la que si con algun esfuerzo llegaba á reventársele, parecia inevitable la muerte. La misma paciente, sabedora de su peligro y avisada de él mas de lo que era menester por los llantos y clamores de sus hijos y domésticos, estaba sin alientos y esperaba su fin de un momento á otro. Entró en esto Mariana de vuelta de la iglesia, y advirtiéndole el sobresalto de la familia se retiró á consultar con su divino esposo lo que habia de hacer en tan inminente riesgo. Concluida su breve oracion fué desalada al cuarto de Gerónima, y apar-

tando las personas que la asistian, dijo: *Yo sola he de partear á mi hermana*; y llegándose á ella y suspendiéndola entre sus brazos la hizo dar á luz la criatura con toda felicidad y arrojar de paso la apostema que tanto la atormentaba. Así los presentes como los que oyeron despues el caso, atribuyeron á puro milagro cuatro cosas: el esfuerzo con que Mariana niña y débil tomó en peso á Gerónima, el parto tan pronto y feliz, la salud que desde aquel dia gozó la que hasta entonces vivia llena de achaques, y por último la misma recién nacida, pues no solo pudo recibir las aguas de la regeneracion, sino que con el tiempo fué religiosa carmelita de gran virtud y prudencia y una de las fundadoras de Cuenca, llamándose sor Andrea María de la Santísima Trinidad.

Aconteció en la misma casa de Mariana otro suceso parecido en la persona de una negra llamada Beatriz, esclava de Juan de Salazar. Veíase la infeliz apuradísima con las apreturas del parto, y todos pronosticaban su muerte y la del furto de sus entrañas, cuando noticiosa Mariana de aquella necesidad salió de su aposento á socorrerla, y poniéndole la mano en la cabeza le dijo estas palabras: *Dios sea servido de alumbrarte con bien*. Apénas las pronunció, pudo la paciente dar á luz con toda felicidad una criatura, que bautizada fué á gozar de Dios al otro dia. Refiriéndoselo á Mariana su sobrina Juana Caso, respondió regocijada que aquel negrito estaba destinado al cielo y que era esclavo dichoso, pues disfrutaba ya de la libertad de hijo de Dios.

Habia parido tambien otra india doméstica, y estaba tan escasa de leche, que la criatura lloraba sin cesar la falta de alimento, acompañándole la madre, la cual veia acabarse por momentos la vida de su hijo. Compadecióse Mariana de tantas lágrimas, y preguntando á la india la causa, y habiéndola sabido de su boca, le prometió eficaz remedio y específico infalible para aquella clase de males. Retiróse en seguida de su cuarto, y poniéndose en oracion fervorosa pidió á su esposo el específico prometido, y no cesó de pedirsele hasta que ilustrada su mente con luz superior volvió á la india y la mandó que tomase unas

hojas de ciertos higos indígenas de aquel país y diversos de los de Europa por su fragancia, las cociese en agua y percibiese aquel vaho. Fué sin duda el tal remedio una capa con que la humildad de Mariana cubrió el milagro; pues á mas de que aquellas hojas no son de virtud conocida para aumentar la leche, la de la india creció de repente apénas percibido el vaho, y María de Paredes que padecía de la misma escasez y criaba dos gemelos, no pudo conseguir una gota mas por cuantas repeticiones hizo del mismo remedio.

CAPITULO XV.

Milagros que obró Mariana por intercesion de santa Rosa de Lima, y otros varios debidos á su caridad para con el prójimo.

A poco de haber fallecido en Lima la esclarecida virgen Rosa, prez y lustre de la ciudad de los Reyes, volvió de la misma á Quito el capitan Cosme de Caso, y refirió por menudo á Mariana así sus heroicas y singulares virtudes, como la opinion que gozaba de santidad, y los prodigios con que su celestial esposo se habia dignado de favorecerla en vida y en muerte. Hizo tan profunda mella en el alma de nuestra azucena, por lo parecida á la de la Rosa del Perú, la relacion del capitan Cosme, que si bien no la veneraba públicamente por no estar aun canonizada por la Silla Apostólica, le erigió un altar en su pecho y le consagró en él los mas decididos afectos. Recibió á mas de aquellas noticias unas hojas secas de rosa, que habian servido de gala al difunto cuerpo de la santa virgen, é hizo tanto aprecio de ellas, que juzgó tener en cada una un tesoro y una panacea ó remedio universal para toda clase de enfermedades. Como lo deseó y esperó así fué en efecto; y me contentaré con recordar para prueba dos solos casos.

Enfermó María de Paredes de un violento tabardillo tan cruel y riguroso, que hubieron de administrarle la extremauncion. Preguntó doña Gerónima al médico por

el estado de la enferma, y oyendo que no daba esperanza alguna de vida y que duraria mui poco, se fué sumida en el dolor á ver á Mariana y referirle la fatal sentencia. Al oirla la sierva de Dios dijo llena de confianza: *No, no, de esta vez no ha de morir; yo le enviaré una bebida, con que mejorará y recobrará la salud.* Sacó luego las rosas secas, y cociéndolas en un poco de agua se las envió á la enferma, diciendo que con aquella medicina sanaria si la tomaba con fe. Bebió con ansia el agua la desahuciada, y al momento empezó á mejorar y en pocos dias se halló buena.

De la madre pasó el milagro á la hija, llamada Leonor Rodriguez, pues enfermado de mal de corazon que la dejó sin sentido, y yendo la madre á buscar remedio en Mariana, le halló por medio de las mismas hojas de rosa, pero tan cumplido, que despues de la primera toma no volvió en su vida la enferma á padecer de tal accidente.

Visitó Mariana á su íntima amiga doña Juana de Peralta en ocasion que estaba casi moribunda por un terrible tabardillo; y hallándola mui descaecida y fatigada y con todo el aplanamiento de quien ve ya mui próximo el término de su existencia, le cogió las manos, y compadecida de su estado le dijo: *No te aflijas, que no has de morir de esta enfermedad, y has de durar muchos años: ¡que! ¿piensas que has de llevarme la delantera y ver á Dios ántes que yo? Pues sepas que primero he de morir yo que tú.* Crecia el mal entre tanto y con él la tristeza de la enferma, la cual asistida de sacerdotes de la Compañía creia morir de un momento á otro á pesar de la promesa de su amiga. No pudo soportar largo tiempo aquella vista su hermana doña Catalina, y saliendo de la habitacion por no verla espirar fué desalentada á la iglesia de la Compañía, donde postrada en un rincon empezó á dar salida á las lágrimas y desahogo á su pecho, esperando la noticia de una pérdida que creia irreparable. Vióla de léjos Mariana, y se acercó á preguntarla por la salud de la enferma: escuchóla enternecida, la consoló como pudo y se fué á ofrecer por tan urgente necesidad la comunión de aquel dia. Despues de comulgar volvió á Catalina y le dijo:

Bien puedes irte segura á casa, porque tu hermana no ha de morir de esta enfermedad. No pudo dar entera fe á sus palabras la acongojada Catalina, y preguntándole el fundamento de tan resuelta promesa, aseguró Mariana que así se lo habia prometido la reina de los ángeles María Santísima hablándola desde su imágen del Pilar colocada sobre el Sagrario. Cobró aliento con su dicho doña Catalina, y se volvió llena de confianza á su casa donde halló á su hermana tan notablemente aliviada, que pedia de comer. Comió en efecto con mui buen apetito: á poco entró el médico en la casa preguntando si habia fallecido, y al encontrarla con semblante alegre y pulso tranquilo exclamó: *Señoras, ¿por dónde ha venido esto? Esta salud es un prodigio mui grande.* Por tal le tuvieron todos al ver en breve con entera y perfecta salud á la que creian envuelta en una mortaja. Pero lo que es mas de admirar en este caso, es que siendo otras veces el mayor estudio de Mariana ocultar los divinos favores, pudiese tanto en ella la caridad, que por enjugar las lágrimas de doña Catalina, no tuvo reparo en decirle que la misma reina de los ángeles le habia hecho la promesa.

Por esta misma caridad con sus prójimos mereció Mariana que la Omnipotencia Divina obrase en su favor otros prodigios, que referiré brevemente. Llegó á Quito y se hospedó en casa de nuestra vírgen, como que era su prima hermana, doña María Rodriguez de Paredes, cuando á poco se le lastimó de tal suerte un dedo de un pié, que sobre temerse que sobreviniese un cáncer, la obligaba á cojear con mucha incomodidad. Entró un dia en el cuarto de Mariana, yencareciéndole el triste estado del pié, y los dolores tan agudos que sufría, compadecida vivamente la prima le dijo que se descalzase, tomó un poco de saliva de su boca, la aplicó á la parte dañada, y puesta sobre ella una hoja no se sabe de qué planta, le aseguró que pronto se veria sana. No habian pasado doce horas cuando le preguntó Mariana cómo se sentia, á lo que hubo de responder la enferma que el pié estaba bueno desde que habian tocado á él sus manos. Sonrióse entonces la enfermera, y le dijo que se descalzase de nuevo para la-

varle los piés con agua tibia y proseguir la cura, y hallando en efecto el pié enfermo sin señal alguna de lo pasado, dió á Dios las mas humildes gracias y se retiró á su cuarto sumida en su propia nada, pero llena de gratitud y de amor al soberano médico, á cuya amabilidad y destreza atribuia con razon el portentoso.

Sucedió con esta misma señora que siendo jóven soltera y habiendo mandado hacer un vestido para presentarse en dia determinado, no podia recogerle á tiempo por falta del dinero necesario, que ni tenia, ni podia pedir á Cosme de Caso, su tutor ausente. Fué con su ahogo á Mariana, no tanto porque de su pobreza esperase el remedio, cuanto por comunicarle su pena, y excitó en aquella alma sensible la compasion hasta el punto de obtener de Dios un milagro. Empezó por animarla á que confiase en Dios que nunca falta con el oportuno socorro; y cuando al cabo de larga plática la despedia algo mas consolada, le pidió por favor que cerrase la ventana, porque ya el sol llegaba al ocaso. Quiso complacerla su prima; pero por mas que forcejeaba, no le era posible cerrar, hasta que diciéndole Mariana que mirase si habia algun estorbo en el cerco, miró y con indecible asombro vió que lo que se oponia á sus esfuerzos, era una moneda ni mas ni menos del valor que ella necesitaba para salir de su apuro. Anunció al punto á la prima el hallazgo, y esta atribuyéndolo á lo que realmente era, le dijo: *¿Qué mas quereis, si Dios ha dado el remedio conforme á vuestra necesidad?*

Tambien refiere con juramento el licenciado José Rodriguez de Paredes, vecino de S. Miguel de Ibarra y sobrino de Mariana, que siendo niño y viviendo todos en una casa, un dia de la Ascension del Señor se fué en compañía de un primo suyo, hijo del capitán Cosme de Caso, y de un negrilla esclavo á oír misa al convento de S. Francisco. Sospechó Juan Guerrero de Salazar, á cuyo cargo estaba la familia, que aquellos niños no habian oido misa en dia tan solemne, y quiso castigarlos ejemplarmente; para lo cual los mandó entrar en la habitacion de Mariana, que habia salido poco ántes dejándosela abierta sin duda por disposicion divina. Llevó juntamente dos in-

dios para que fuesen el uno potro y el otro verdugo en la ejecucion de los azotes. Estando todos allí, cerró las puertas por dentro con una fuerte aldaba, y sordo á las protestas y razones, á los clamores y lágrimas de sus víctimas, mandó descargar sobre ellas sin piedad fieros golpes. A los primeros llegó Mariana, y hallando cerrado y oyendo lo que pasaba dentro, mereció por la compasion viva de su alma que milagrosamente se abriesen de par en par las puertas; á cuya novedad no pudo menos el zeloso Juan de Salazar de suspender el castigo, que dejó á poco del todo, cuando le dijo Mariana con seriedad que aquel proceder era injusto, pues los niños habian oido en efecto misa en S. Francisco, como ellos aseguraban.

El prodigio siguiente que descubre tambien su caridad y compasivo corazon, es de los mas admirables que se lee en los procesos, y al mismo tiempo de los mas auténticos, estando conformes en todas sus circunstancias los dichos de los testigos que lo juran. Vivía en casa de Mariana un indio casado con una india llamada María, á quien aquel, que era de oficio tejedor, mantenía con el trabajo de sus manos. Sembró el padre de la discordia su infernal cizaña en el matrimonio, y dejándose arrebatado el indio de rabiosos celos y brutal enojo (á lo cual se añadía la embriaguez producida por la *chicha*, de que tanto abuso hace aquella gente), ideó una bárbara venganza, propia de quien aun en el cristianismo conservaba resabios de gentiles. Se llevó una mañana á la mujer con pretexto de bañarse en el rio *Machángara*, á un sitio llamado *Ichimba*, pequeño cerro junto á la ciudad, por lo comun solitario y mui á propósito para la iniquidad que meditaba. Al llegar á cierta parte que cae á las vertientes del rio, ató las manos por la espalda á la mujer, y descargó sobre ella tanto golpe, que la dejó toda descoyuntada y herida. No paró aquí su enorme brutalidad; porque haciendo de una faja un dogal la ahorcó con sus propias manos, y teniéndola por muerta la echó en un barranco, y para que no se descubriese su crimen, la tapó con tierra y con matorrales. Tenía Mariana noticia del funesto suceso por revelacion divina, y con lágrimas y gemidos in-

consolables pedia á su divino esposo poder y gracia para el socorro de aquella desventurada. Oyóla el Señor y le inspiró que llamase á un cierto Roldan que vivia cerca de su casa, y le dijese que en tal paraje habia enterrada una india; que fuera allá, la desenterrara y la condujera á su presencia con el mayor sigilo posible. El dicho de Mariana y la curiosidad estimularon á aquel buen hombre, y buscando á otros dos se fué al sitio indicado: por las señas vino á dar con la persona que parecia cadáver, la sacó de aquel monton de tierra y malezas, mandó á los otros dos que cargasen con ella, y juntos la llevaron á casa de Mariana. Atravesada ella de mayor pena á tal vista, pero mas firme que nunca en su confianza, no hizo otro remedio que estrujar una rosa que tenia en su cuarto, y aplicársela por todas las señales de los golpes y al rededor de la garganta. Acudió el Señor á esta sencilla operacion con su omnipotente virtud, y no bien hubo aplicado Mariana la rosa, empezó la que parecia muerta á cobrar aliento vital, y en poquísimo tiempo se halló tan buena y sana como si no hubiera ocurrido jamás lance tan atroz y funesto, sin que le quedase mas que alguna señal en la garganta y por el cuerpo, prueba y recuerdo del singular prodigio. Leonor Rodriguez, española, y la india Catalina, que declararon el suceso en la presencia del ordinario, dijeron bajo juramento, que habiendo preguntado á la india María quién la habia protegido en aquel conflicto, ó á qué santo se habia encomendado, respondió haber visto como entre sueños en medio de sus congojas y agonías de muerte á su señora Mariana de Jesus, que le prometia no abandonarla. Sirvió este prodigio para obrar otro no menos notable en la reforma de vida y resurreccion del alma de la misma india María, muerta por el pecado; pues en adelante sirviendo de lavandera á Mariana observó con diligencia y puntualidad los divinos preceptos, fué mui dada á la virtud y frecuencia de sacramentos y mereció que las personas de la casa la tuviesen en concepto de mujer sólidamente piadosa

Pondré fin á la relacion de los milagros que se sirvió el Señor obrar en vida de Mariana, diciendo que le

agradó tanto no solo la caridad de su sierva para con el prójimo, sino hasta su conmiseracion para con los irracionales, que no dudó confirmarlo con un prodigio. Habia en casa de Mariana un mastin, al que arrojaron los criados, no sé porqué motivo en un pozo. Allí se conservó vivo el animal por espacio de treinta dias, gracias á la compasion de Mariana, la cual le echaba diariamente el pan suficiente para su sustento, hasta que al cabo de un mes llamó á sus sobrinas doña Juana y doña Sebastiana, y concertó con ellas buscar unas sogas y un cesto ó una espuerta para sacar al infeliz animal del pozo. Hiciéronlo así las tres; y dispuesto ya todo segun el plan, echaron la barquilla suponiendo que el mastin se embarcaria apénas viese el remedio de su necesidad. En efecto sintieron peso y empezaron á tirar las tres á una, hasta que vieron el perro al brocal del pozo, pero con una circunstancia que las dejó pasmadas, y fué que quedándose en el fondo el canasto subió el perro con las manos atadas con la soga, como si abajo hubiera alguien que hiciera la ligadura. Dieron las tres gracias á Dios y sacaron por documento lo mucho que debe de agradar al Señor la piedad y caridad que se usa con el prójimo, cuando tanto mostraba complacerse en la compasion hácia un bruto.

LIBRO CUARTO.

SU GLORIOSA MUERTE, VENERACION DEL PUEBLO Y GRACIAS PRODIGIOSAS
QUE OTORGO EL SENOR POR SU INTERCESION.

CAPITULO I.

Ofrece Mariana su vida á Dios por la salud de su patria, y el Señor acepta el sacrificio

Cuando el Divino maestro quiso demostrar á sus discípulos lo sumo y mas acendrado de la caridad, todo lo compendió diciendo que nadie amaba mas que aquel que esponia su vida por la persona amada y se ofrecia generoso por el amigo para librarle de la muerte. Y aunque el noble heroismo de esta caridad consiste principalmente en esponer la vida por la salvacion eterna de las almas, como lo hicieron los apóstoles siguiendo el ejemplo del Divino maestro, y sin reparar en el peligro á trueque de conquistar y salvar al mundo, tambien, dice S. Gregorio (1), significan aquellas palabras que es heroicamente caritativo quien se ofrece liberalmente por la salud y vida temporal de su prójimo. Corría el año de 1645, cuando la Divina Majestad quiso castigar con misericordia los vicios y pecados de la provincia de Quito, enviándole como despertador una série de terribles temblores de tierra. Empezó el azote por la ilustre villa de Riobamba, cuyos habitantes, sordos á las primeras voces de Dios y despreciando algunos pequeños terremotos producidos por un volcan alimentado en las entrañas del vecino cerro Tunguragua, merecieron sentir uno tan espantoso y extraordinario, que á su impulso cayeron todos los edificios á tierra, y pasaron á ser sepultura de vivos los que eran guarida de culpas. Llegaron á Quito los terribles sacudi-

(1) Lib. 3 de los Diálogos, cap. 37

mientos, haciendo temer allí las mismas calamidades que en Riobamba; y así como destruidas por Nabucodonosor las ciudades de Tiro y las demas de Judea, no se juzgaron libres los de Jerusalem, así los de Quito, noticiosos de la ruina de Riobamba, temian con fundamento mayores castigos. Aquejaba ya á la ciudad una pestilencia mortífera de alfombrilla y garrotillo, pero tan tenaz y maligna, que de noventa jóvenes que vivian en el colegio de San Luis, solo tres no experimentaron sus rigores, cayendo enfermos los demas y muriendo no pocos. A proporcion fué el estrago de toda la ciudad, y llegaron á poblarse sus iglesias y cementerios de cadáveres y á no oirse en ella otra cosa que el clamoreo de las campanas y el alarido de los pobres enfermos. Era precisamente el tiempo de la santa cuaresma, y no faltaron zelosos predicadores que imitando á Jonás pronosticasen á Quito su próxima destruccion, si no arrancaba á Dios de la mano el azote con la conversion y la penitencia. Predicaba en la iglesia de la Compañía los domingos por la tarde el P. Alonso de Rojas, esponiendo la historia de Josué ante un concurso tan lucido y numeroso, cual le merecia la fama de su virtud y talento, y llegando al domingo cuarto de su tarea, ofreció al pueblo la remision de sus culpas, y le mostró abiertas las puertas de la divina clemencia, con tal que volviese humillado y contrito á su Dios. Concluyó la exhortacion con una súplica ternísima y ardiente en que rebotando su caridad por los labios, ofreció públicamente á la Divina Majestad su vida por la salud del pueblo, y pidió que castigase en él lo que habia de perdonar en la República, y que solo para su vida pasase á ser ejecucion lo que para los demas fuera amenaza. No aceptó el Señor la oferta, aunque nacida de zelo tan semejante al de Moisés, y segun todas las apariencias hubo de ser así por la mediacion de Mariana. Estaba ella al pié del púlpito, y al concluir el predicador su ferviente peticion, transportada de caridad se ofreció en voz alta á su divino esposo, cual víctima para aplacar su cólera. Calló de repente, y luego siguió diciendo en lo interior de su pecho: " Mi confesor es muy necesario para la salvacion de las almas: su vida es im-

"portantísima para reducir al rebaño de mi esposo sus ove-
 "jas: de su direccion ha menester el pueblo, de su en-
 "señanza la juventud, de sus talentos mi madre la Com-
 "pañía. Mi vida está por demas en la ciudad: amo al pró-
 "jimo como Cristo le amó, á mis paisanos como á herma-
 "nos de Jesucristo; pues si este Señor ofreció liberalmente
 "su vida por dar á las almas vida y librarlas de la eterna
 "muerte, yo por imitarla os ofrezco, Dios mio, querido
 "esposo de mi alma, desde luego y al momento mi vida
 "porque cesen en Quito vuestros enojos, se templen vues-
 "tros rigores y libreis á mis paisanos y hermanos mui
 "queridos del azote que descargais con la peste, y de la
 "ruina que se teme por los temblores. Conozco ser de po-
 "co valor la oferta, pues soi criatura vil y despreciable;
 "pero suplan mis ansias esta falta. Aceptad mis clamores
 "y deseos, pues en cada uno ofrezco mi corazon: ejecutad
 "en mí vuestras iras; castigadme á mí sola porque no pa-
 "dezca mi patria, ni sientan vuestra justicia sus mora-
 "dores." Esta era la retórica elocuente de su caridad, cuyo
 panegírico formó el que predicó en sus honras con las pa-
 labras siguientes, que cito como prueba y confirmacion de
 suceso tan importante en la vida de nuestra vírgen.
 "Finalmente, dice, murió mártir, no solo por amor, ni
 "por el rigor del tormento, sino por el beneficio de su
 "oracion: oid cómo. Predicaba yo en este lugar, aunque
 "indigno ministro del Evangelio, el domingo cuarto de
 "cuaresma por la tarde la historia de Josué, y receloso
 "de las calamidades que padecia nuestra república, de
 "que nos dieron aviso las del temblor y ruina de Riobam-
 "ba, hice un apóstrefe á Dios suplicándole templase sus
 "enojos y se sirviese de mi vida, que yo se la ofrecia por
 "la salud del pueblo; que castigase en mí lo que habia de
 "perdonar en la república. No admitió Dios mi oferta,
 "ni oyó mi oracion que era tibia, y mi vida de ningun
 "valor; pero sí admitió la misma oferta que en este tiem-
 "po le estaba haciendo con ardentísimo afecto, al pié de
 "este púlpito, Mariana de Jesus, ofreciendo su vida por la
 "salud del pueblo. Esta fué la causa de su muerte, como
 "se infiere con evidencia; pues retirándose á su casa cayó

"enferma aquella noche del achaque de que murió: luego
 "fué mártir si no á violencia de tormentos, sí á la eficacia
 "secreta de su oracion, sí á la fuerza de su caridad."

En fecto pareció que el Señor habia aceptado la oferta en el hecho de haber cesado del todo los temblores empezando á respirar la ciudad desde aquel punto. La epidemia cesó tambien tan felizmente, que jura el doctor D. Juan de Troya, como testigo de vista, que por Pascua ya no habia un caso siquiera, ni sombra de sus reliquias. Y hubo de costar bien caro á Mariana esta preservacion de Quito; pues lo mismo fué retirarse á su casa despues del sermon, se vió acometida de tan grave enfermedad, que se reconoció que era la última de su vida, sin darle lugar á que volviese á salir de casa y acabándola en menos de dos meses de extraordinario padecer. No pretenderé yo ahora hacer eco á los encomios que mereció Mariana de sus compatricios y á las bendiciones que sin cesar le prodigaron por largo tiempo despues de su muerte, porque me reconozco con infinitamente menor capacidad de ensalzar como merece el heroismo de esta oferta cristiana, que la que tenia el orador romano cuando dijo, sin pasar la esfera de lo natural, no haber cosa mas dulce, ni mas amada que la patria y que ofrecer liberalmente la vida por socorrerla. Dejando pues á los panegiristas de esta vírgen insigne todo el inmenso campo que les convida á recorrer este sublime rasgo de una breve, pero privilegiada existencia, me contentará con referir los efectos de la aceptacion divina del sacrificio.

CAPITULO II.

Ultima enfermedad de Mariana y ejemplos de virtudes que dió en ella

Postrada en cama Mariana el dia 26 de marzo y acudiendo los médicos, no tan solo hubieron de reconocer inútiles las medicinas que le aplicaron, sino que ni aun fueron capaces de calificar la especie de mal que padecia. Tampoco pudieron informar sobre él en los procesos

los testigos de lo que ocurrió en aquel tiempo: solo se deduce de cuanto deponen que aquella enfermedad no era única, sino un agregado de varias y un conjunto de penosísimos síntomas; pues la hidropesía se le aumentó, la calentura fué grande y excesivos los dolores de todo el cuerpo. Algunos de tan enormes padecimientos los declara su confesor diciendo "que fueron tales, que respirando con "estraña dificultad y violencia, en cada respiracion le pa- "recia que agonizaba ó exhalaba su espíritu por la boca. "La fiebre era tan ardiente, que aunque se le aplicaron "muchas y diversas medicinas con continuas evacuaciones "de sangre en copiosas sangrías que le hicieron, ni se "mitigaba el ardor, ni el médico que la asistia pudo con- "cebir esperanzas de su salud. Cada dia se le agravaba mas "el achaque y recrecian los dolores poniéndola en las puer- "tas de la muerte, para que en todos tiempos se parecie- "se á Cristo crucificado. Asistiéronla sus hermanas y mu- "chas de sus parientas, atravesadas de pena de ver pade- "cer á Mariana sin alivio; y aunque fué mucha y extraor- "dinaria su solicitud en buscar remedios y discurrir me- "dicinas para su curacion, reconocian ser envano sus cui- "dados y casi ningunas sus esperanzas." No le faltó en todo el tiempo de su enfermedad la asistencia de sus con- fesores, que lo eran por entonces el P. Luis Vázquez y mas principalmente el P. Alonso de Rojas, con quienes se confesaba de ordinario y comunicaba las cosas de su conciencia, descubriendo al segundo en particular los secretos de su vida y la oferta que de ella habia hecho por salvar á su patria, sin que le ocurriese el mas mínimo pensamiento de arrepentirse de su sacrificio; antes bien con nuevo fer- vor y complacencia siempre que trataba de ratificarle. Tambien la asistió con singular amor y cariño el santo hermano Hernando de la Cruz; y con él, así como con cuantos la rodeaban, no eran otras sus pláticas que de Jesus crucificado, de los infinitos goces del cielo, del amor divino y de las ansias con que anhelaba su corazon por el centro de sus deseos, que era la posesion eterna de su dueño. Cual avecilla generosa aprisionada en la cárcel de su cuerpo batia las alas hácia el cielo, y se lamentaba de



la ausencia de su amado; pero tan resignada á su voluntad, que no rehusaba mas larga ausencia á trueque de mas y mas parecérselo padeciendo.

Intensísimos eran en realidad los dolores que sufría en todo su cuerpo, sin hallar en ellos mas consuelo que contemplar á su esposo desamparado y dolorido en la cruz; tanto que ponderándolo su confesor dijo públicamente haber querido Dios que la muerte de esta su sierva se conformase con su vida, y que la que viviendo había caminado por la senda de la amargura, muriese en el Calvario, retratando antes en sí misma los dolores y desconsoles de su esposo. Y como en Cristo fué martirio atrozísimo la sed, que le obligó á romper el silencio y quejarse; así la hidropesía ocasionó á su esposa un indecible tormento de sed, tanto mas vivo y doloroso, cuanto mas decidida estaba á imitar á su divino modelo, quejándose sí, pero no aceptando el refrigerio que le ofrecían compadecidos los suyos, como dejo referido en el libro segundo.

Notables fueron mil otros ejemplos de raras virtudes que nos dejó en esta última enfermedad, parte de los cuales recordé ya tratando de su penitencia, y no hai para qué repetirlos: solo haré mencion de algunos que conducen á consignar por entero las circunstancias de su gloriosa muerte. Fué tan rara su honestidad aun en los últimos momentos de su vida, que ni el ardor de la fiebre, ni el desasosiego de tantos males juntos, fueron capaces de obligarla á hacer el menor ademan descompuesto para buscar algun alivio. Pero lo que es mas de admirar aun, y prueba que su honestidad no pudo mejorarse, es que reconociendo claramente Mariana que aquella enfermedad era la última, llamó á su hermana doña Gerónima y á su sobrina doña Juana, y con tiernas palabras y encarecidas súplicas les pidió que la amortajasen sin permitir á persona alguna, por amiga ó allegada que fuese, que se acercara á ver ó á manejar su cuerpo. Supo pedirlo con tanta y tan eficaz ternura, que las dos hubieron de prometer ejercitar con ella aquel oficio de caridad por mucho que les costase. Pero llegó á mas alto grado su espíritu de pureza, porque no contenta con la palabra de hermana y sobrina, pidió á

su querido esposo que como custodio y protector de su cuerpo le librase despues de muerta de todo contacto humano, haciendo que al espirar se redujesen sus carnes á menudo polvo y ceniza. Ejemplo raro de honestidad, que demuestra lo mucho que amaria esta virtud en vida la que hubiera preferido la destruccion de sus miembros despues de muerta á la pena de verlos objeto de curiosidad licenciosa.

Ibase agravando por momentos el mal, y de paso la pena y la zozobra de toda la ciudad, porque temian todos que el Señor sin atender á sus lágrimas, quisiese llevarse para sí á su paisana, y preveian la falta que habia de hacerles, siendo su dechado con el ejemplo y con la oracion su escudo. Pretendian muchos consolarse al menos con su vista y admirar su rostro angelical, para que quedase mejor grabado el retrato en sus corazones; pero mui pocos merecieron esta dicha fuera de sus hermanas y algunas amigas dedicadas á la vida espiritual; por no querer la humilde vírgen que se admitiese en su cuarto á personas estrañas. Sabedor del grave estado de Mariana el Sr. D. Fr. Pedro de Oviedo, obispo á la sazón de aquella Diócesis, mandó á pedir licencia á la enferma para ir á visitarla y darle su última bendicion; y aunque la sierva del Señor se entristeció muchísimo con demostracion tan honrosa, y rogó encarecidamente á su divino esposo que estorbese aquella visita, hubo de conformarse al cabo, y su pastor tuvo el gusto de visitarla. Al verle Mariana entrar por sus puertas le dirijió estas palabras, hijas de su profunda y sincera humildad: *¿Cómo, señor, á una pobrecita como yo visita V. S. I.? ¿Qué demostracion es esta con quien es un desecho de la ciudad?* Grande fué el consuelo del piadoso prelado en aquel rato; y en la dulce y fervorosa plática espiritual que tuvo con ella, quedó confirmada la opinion que tenia de su santidad, pero no satisfecha del todo su devocion, pues queriendo cojer la mano de Mariana para besársela con reverencia, al notar el ademan la humilde y recatada vírgen con singular presteza y mui á tiempo la retiró dejándole sin aquel consuelo, pero sumamente edificado y con siempre mayor concepto de la santidad de la mo-

ribunda.

Fué ya forzoso llevarle con solemnidad el santo viático; y aun en esto mismo parece quiso mezclarse su humildad, pues temerosa de que si se le llevaban de la catedral, que era su parroquia, seria mayor la pompa y acudiria mas gente, con peligro de que penetrasen algunas personas en su habitacion y la viesen salpicada de sangre y con otros indicios de su penitencia, obtuvo del propio párroco que llevaran á su Divina Majestad de la iglesia del hospital de los pobres. No le salió sin embargo segun sus cálculos, pues el mayordomo del hospital, llamado Gaspar de Morales, que era el encargado del preparativo para la funcion, convidaba á cuantos encontraba por la calle, diciéndoles: *Vamos á alumbrar al santísimo sacramento del altar, que quieren llevar del hospital á una santa y sierva de Dios*; por lo cual y por haberse esparcido rápidamente la noticia acompañaron al Señor alumbrando varias de las personas mas visibles y principales de Quito. Llegó pues á la presencia de Mariana el soberano huésped, centro de sus potencias, imán de su corazon y vida de su alma; y deshecha en lágrimas y sollozos, arrodillada á los piés del sacerdote, recogiendo para ello todas sus fuerzas, con mas ansias que palabras y con la humildad de una esclava y el cariño de una esposa, le recibió en su pecho como prenda segura de la bienaventuranza que aguardaba mui presto.

Varias son las pruebas del ansioso desasosiego de su corazon desde aquel momento por gozar cuanto antes de la vista y posesion de su amado; pero solo referiré lo que sucedió con el R. P. Fr. Juan Martinez Zarco, religioso á la sazón de la Compañía. Deseoso de visitar á la enferma en los últimos de su vida, se valió del ardid que servia á otros para verla, ofreciéndose por compañero del padre Luis Vázquez un dia que iba á confesarla en lugar del P. Alonso de Rojas, ocupado en aquel momento; y yendo en efecto y diciendo á la venerable vírgen al despedirse que dispusiese de su inutilidad para cualquier cosa en que pudiera servirla y consolarla, agradeció Mariana vivamente la oferta y le dijo estas formales palabras: *Padre*

mio, no le pido otra cosa sino que en sabiendo mi muerte se me dé prisa en que yo vea presto á mi Dios, ayudándome con sus sacrificios. Esta fué la única súplica de quien no tenia mas pretension que ver á Dios apenas dejase el cuerpo.

Otros ejemplos de virtudes no menos admirables dejó Mariana en estos últimos dias de su vida; y citaré como prueba las palabras con que lo declaró bajo juramento el testigo vigésimo cuarto en presencia del ordinario. "Con ser mortal el achaque, dice, no quiso, ni pudo comer carne, ni tomar una sustancia, como se lo ordenaban los médicos; y hasta el dia en que murió, no se acostó en la cama, ni se desnudó; y solo se arrimaba á ella vestida, y á veces se inclinaba sobre un colchon que habian llevado al cuarto de la dicha Mariana de Jesus su hermana y sobrina." Que en todo aquel tiempo no comiese, lo dejó escrito en el libro segundo al tratar de su abstinencia, y atestiguado por sus confesores; y aunque lo que añade este testigo de no haberse acostado en todo el tiempo de su última enfermedad, no lo especifican otros, tampoco lo niegan; y bien puede prestarse fe á quien sobre no tener quien se le oponga lo afirma con juramento; tanto mas que el espíritu y tenor constante de vida de Mariana nos convidan á creer que nada hubo de parecerle mucho á trueque de hacer ver hasta en esto á su esposo que estaba en vela aguardando su llegada. Mas datos hai sin embargo de que el último dia de su vida no estuviese en cama, como tomando alientos para la gran jornada; pues de ello hacen mencion los mas de los testigos.

CAPITULO III.

Puede el habla Mariana tres dias antes de su muerte, y papeles que escribe como por testamento

Iba empeorando por momentos la enferma, y llegó á tal extremo la hidropesía, unida á dolores intensísimos en el pecho, que le quitó el habla el dia 23 de mayo, im-

pidiéndola del todo el que pudiese formar una sola palabra y buscar así algún alivio por la boca, si bien le quedaron vivos y enteros los demás sentidos hasta el momento de su dichoso tránsito. Causó gran pena esta novedad á sus hermanas; pero fué sin duda una gracia especial con que quiso regalarla y complacer á su humildad el divino esposo. Esparcida la noticia de que se moría sin remedio, se llenó la casa de gente, entrando en ella muchas personas de distincion de todo sexo y estado, ansiosas de pedir á la enferma que se acordase de sus paisanos en el seno de Dios y les alcanzase el perdón de sus culpas y la bendición de sus casas y familias; pero no lograron sus deseos, diciéndoles las personas que asistían á Mariana, que era excusado el verla, cuando ya sin habla no comunicaba sino con Dios en su corazón. Desistían por tanto de su empeño; pero hubo no pocos que quisieron y lograron penetrar hasta su habitación para gozar algunos momentos de la dulce vista de su apacible y tranquilo semblante.

Así otorgó el divino esposo á Mariana el favor que tanto deseaba, según consta por declaración de Petronila de S. Bruno, á quien dijo aquella un día en el seno de la amistad, que estaba pidiendo á su Dios con fervientes y repetidas instancias que en los días próximos al último de su vida le quitase el uso de la lengua, dejándole el de los demás sentidos. Deseosa la amiga de saber la causa de tan extraña petición, le respondió Mariana: *Hermana mía, aquel tiempo no es de hablar, sino de estar con Dios, que hay mucho que entender en él, y es mejor hablar y estar con Dios que hablar de Dios. Y así lo hacía en verdad en aquel triduo de mudez, empleando sus locuciones interiores en ofrecer su corazón al que era centro de sus deseos, y ejercitándose en intensísimos actos de fe, esperanza y caridad, de humildad, de resignación, de paciencia y de las más sólidas virtudes propias de tan preciosos momentos.*

Solo Dios es sabedor de los consuelos y avenidas de fervor santo que en los tres días inundarían su purísima alma, y que quedaron ocultos acaso por especial disposi-

cion del cielo, pues como dice su mismo confesor, aunque aguardaban todos y él mui especialmente que se manifestasen en tal tiempo algunas ráfagas de su santidad en favores y regalos visibles del Señor, quiso mas bien que su muerte correspondiese á la mayor parte de su santa vida. Sin embargo, en un papel que como algunos otros escribió para suplir el defecto del habla, declaró un favor singular, segun consta por declaracion jurada de persona que vió y leyó dicho papel. "Estando ya sin habla, dice "el testigo, en presencia del hermano Hernando de la "Cruz, pidió por señas recado de escribir, y sentándose "en la cama, como si no tuviera achaque alguno, le dió "cuenta de su alma escribiendo estas razones. Mi madre "Santa Catalina de Sena me ha venido á visitar, y me ha "mostrado una guirnalda hermosísima, para que con ella "me corone el día de mi partida, y me dice que el viér- "nes á la noche, entre las nueve y las diez, han de ve- "nir mí esposo y mi Señora la Reina de los cielos, de "Loreto, su madre, por mí."

Los mas de los testigos refieren que este era el modo con que Mariana se comunicaba aquellos últimos dias á sus confesores para descubrirles su interior y librarse de las ilusiones del enemigo; y en cuanto al papel de que acabo de hablar, son mui notables en él tres cosas. En primer lugar la visita de santa Catalina, idea de vírgenes y dechado de santidad, se confirmó con otro suceso que voi á referir. Declaró en presencia del ordinario Antonia Rodriguez Palomeros, con otros dos testigos, que viviendo ella en el convento de santa Catalina de Sena, y estando una noche en la celda de una religiosa y en compañía de otra tercera, entró la venerable madre Ana de S. Pablo, de quien hice ya mencion, gran sierva de Dios y mui amiga de Mariana, y dijo con la intimidad de hermanas á las otras dos religiosas: *De esta vez, hermanas mias, se nos muere sin remedio nuestra Mariana de Jesus.* Preguntáronle las tres afligidas el motivo de dar con tanta resolucion la noticia, y respondió francamente que *por haber venido á visitarla del cielo santa Catalina de Sena para llevársela á la gloria con una lucidísima guirnal-*

da para su triunfo. Todo esto lo oyó Antonia, y llena de la angustia que era propia de quien educada en casa de Mariana habia gozado de sus ejemplos, salió al día siguiente del convento ansiando verla y buscar algún consuelo; pero al llegar á su casa la encontró sin el habla, que habia perdido la misma noche que la madre Ana de S. Pablo dió la noticia de su futuro tránsito. Y es evidente que no pudo esta religiosa tener conocimiento de la visita por conducto humano, cuando Mariana no escribió el referido papel hasta el día siguiente á la pérdida del habla.

Lo segundo que arrojaba aquel escrito, era la profecía del día y hora de la muerte, que habia de ser en viérnes y entre nueve y diez de la noche. Todo lo vieron verificado al pié de la letra los que la asistieron, como luego se dirá; pero entre tanto Mariana sentia tal regocijo viendo que se abreviaba el plazo, que no contenta con espresarle por escrito, el mismo día veinticuatro de mayo dijo á sus hermanos por señas, mostrándoles tres dedos de la mano, que solos tres dias le quedaban de penas. Entendieron ellos con tanta claridad la cifra, que no hubieron menester de mas esplicacion para conocer el poco tiempo que les quedaba de gozar de tan dulce compañía; y si bien el verla padecer tanto les era en extremo doloroso, se consolaban no poco viendo la tranquilidad de su corazon y el regocijo de su alma. Ni solamente en estos dias últimos y en esta enfermedad dió la nueva de su muerte; porque segun referí en el primer libro, gozando de salud y tres meses antes fijó el tiempo que le quedaba de vida, cuando alentaba á su sobrina doña Sebastiana Caso para subir á la gloria, diciéndole que para la Pascua inmediata del Espíritu Santo la tendria á su lado en aquella mansion de júbilo.

Contiene tambien el citado escrito el nuevo y mas apreciable favor que le dijo santa Catalina habia de hacerle su esposo, bajando á su casa para llevársela en compañía de su Santísima madre; y tambien esto se verá verificado en el capítulo siguiente.

Llegó el día veinticinco y segundo de su nudez, de-

dicado aquel año á la gloriosa memoria de la ascencion del Señor, y así por el vehemente deseo que sentia de acompañarle á los cielos, como por celebrar de algun modo especial la solemnidad del misterio, se levantó de la cama en que estaba recostada, y sacando fuerzas de flaqueza se fué con gran trabajo hasta la ventana del cuarto, que caia en frente de la capilla de Nuestra Señora de los Angeles del hospital real, y desde allí oyó cinco misas de rodillas. Satisfecha así su devocion pidió por señas papel, pluma y tintero; y habíendolo empezó á notar con pulso débil algunas breves cláusulas, cuya sustancia fué la siguiente. La primera, que por amor de Dios la llevasen al cuarto de su sobrina doña Juana Caso; cuya cláusula se la dictó la humildad y pobreza, por las que no queria morir en cama, ni en cuarto propio, ni donde hubiese peligro de que se observasen los instrumentos de su rígida penitencia. La segunda cláusula fué, que le diesen de limosna una mortaja, y á los padres de la Compañía les suplicaba que diesen á su cuerpo sepultura en la iglesia de su colegio y bajo el altar de Nuestra Señora de Loreto, mostrando así el amor entrañable que como buena hija tuvo siempre á la Compañía, no menos que la gratitud con que moria por haberle debido la educacion y enseñanza. Súpose tambien despues, por la declaracion jurada de su íntima amiga doña Catalina de Peralta, que bastante tiempo atrás habia alcanzado Mariana licencia del padre general de la Compañía para ser enterrada en el colegio de Quito. Y á la verdad estaba mui en el órden que no faltase el difunto cuerpo de la iglesia, cuando la adornaba aun en vida como una reliquia; y que precisamente se depositase en la capilla de Loreto, donde su alma habia tenido el verdadero templo de la paz y un seguro refugio en aquella gloriosa imágen, que despues se colocó en la iglesia del noviciado de la Compañía de Jesus en el asiento de Latacunga. La tercera cláusula que escribió, se la dictaron la piedad y la reverencia debida á los que tuvo por sustitutos de padres en la crianza; pues con humildes palabras agradecida al capitán Cosme de Caso la santa educacion y el paternal abri-

go que habia recibido de él, sin permitir que echase menos las paternales ternuras. Cerraba el escrito pidiendo á su hermana doña Gerónima y á su sobrina doña Juana que luego que muriese la pusiesen boca abajo, porque habia de arrojar mucha sangre por la boca, como sucedió en efecto, llenándose una palangana y empapando despues en ella una sábana para repartirla en pequeños trozos á infinitas personas ansiosas de poseerla. Todos creyeron, y con mucha razon, que la honestidad la movia á hacer esta demanda, temerosa de que por asearla hubiesen de tocar demasiado su cadáver.

CAPITULO IV.

Preciosa muerte de Mariana de Jesus

Amaneció el dia tercero del impedimiento de lengua, y pidió Mariana por señas que la llevasen á la ventana de su cuarto para oir una misa que se decia en el altar de Nuestra Señora de los Angeles, y tomar licencia sin duda de la soberana efigie para ir á ver su original en la gloria. Lo pidió con tanta uncion y ternura, que á pesar de su estado hubieron de condescender y llevarla en brazos á la ventana, desde donde oyó una misa ofreciendo en ella toda su alma al Padre Eterno, de quien era devotísima. Concluido el sacrificio y renovado el de Mariana, la volvieron á llevar al cuarto de doña Gerónima, donde ya residia, para morir en lecho ajeno; y á poco tiempo volvió á ratificar la noticia de su muerte, diciendo por señas en un solo dedo de la mano que aquel dia era el único de su vida. Hiciéronle observar las que la asistian, que no era razon quisiese morir en aquel dia, no habiendo llegado aun de su hacienda el capitán Cosme de Caso, de quien era mui justo recibiese la bendicion ántes de morir, ya que le tenia por padre; pero la enferma satisfizo á sus razones, dando á entender por señas que no moriria hasta que llegase D. Cosme; y desde entonces no cesó de preguntar de cuando en cuando por su vuelta.

Llegó finalmente el deseado, y hecho un mar de lágrimas al saber que se le moría la que había sido el alma y la vida de su familia, se fué desalado á verla y á redoblar con su vista las penas de su acongojado espíritu. Apenas le divisó la enferma, empezó á darle en cada mirada un abrazo, y en cada sollozo una muestra de agradecimiento, que explicaba también por los ojos derramando hilo á hilo lágrimas tranquilas; y al cabo de un rato de mutuas y tiernas miradas le pidió como pudo le echase su bendición. Hizolo así lleno de tristeza D. Cosme, asombrado de ver morir á un ángel, y á lo que yo creo formando en aquella bendición las alabanzas de Dios por haber criado á Mariana para asiento de la gracia, y objeto de sus finezas.

Persuadido ya el facultativo de que eran inútiles todos los recursos del arte, apeló al remedio extremo, que completa la salud del alma y la da también al cuerpo, si le conviene; y recetó la santa extremaunción, que recibió Mariana con señales extraordinarias de devoción y alegría. Estaban á su lado los padres de la Compañía de Jesús Luis Vázquez, Alonso de Rojas, Alejo Ortiz y el venerable hermano Hernando de la Cruz sugiriéndole los sentimientos y afectos más á propósito para el gran paso á la eternidad, si bien poco había menester ella de quien le sugiriese afectos, cuando toda el alma enajenada en su Dios se le veía pintada en los ojos, que no cesaban de derramar copioso llanto, clavados en el Crucifijo que estrechaba entre sus manos. Estaba en actitud tan envidiable la dichosa virgen, cuando al levantar una vez los ojos á lo alto empezó á desasosegarse y hacer señas á los circunstantes de que venían del cielo espíritus soberanos para conducirla á la gloria, y que su querido esposo en compañía de su Madre Santísima le traía una palma y una corona para llevársela con todas las insignias de triunfo. No entendieron bien algunos de los circunstantes las señas que hacía con las manos, y se acercaron á pedir la explicación al hermano Hernando de la Cruz, quien la dió diciendo lo que acabo de referir: y rastreando por el movimiento débil del pulso junto con

el significado de aquellas señas que le quedaban pocos instantes de vida, se acercó á uno de los dichos sacerdotes y le dijo que cuanto ántes podia hacerle la recomendacion del alma. Leida en efecto con gran consuelo y ternura de la moribunda, insinuó el mismo hermano al P. Alonso de Rojas que ya era tiempo de conducirla al cielo con los dulcísimos nombres de Jesus y de María. Aplicóle entonces el padre á los labios la imágen de Jesus crucificado y le dijo que besase los piés de su redentor y los bañase de lágrimas, agradeciéndole los pasos que habia dado para salvarla y el haberla enseñado á vivir y morir en su imitacion y seguimiento. Pasó despues á hacerla besar la llaga del costado diciéndole con dulzura: *Entre, señora, en las entrañas de la misericordia divina, en que nos visitó el sol, que comenzó su carrera desde lo mas alto de Dios. Busque como paloma el nido del árbol de la vida, Cristo, la llaga de su pecho, para librarse de la tempestad desecha de la muerte.* Aquí se detuvo la enferma por algun tiempo besando la llaga y bebiendo, por decirlo así, con ansia de hidrópica las aguas de la divina gracia que despedia aquel Santísimo costado, cuando de repente y con un movimiento ansioso se abalanzó á besar las espinas de la sacrosanta cabeza de su Jesus, en cuyo ósculo sin los horrores de la agonía en un visible acceso amoroso pasó su purísimo espíritu á las manos de su esposo celestial, en edad de veintiseis años, seis meses y veintiseis dias, el viérnes 26 de mayo de 1645 entre nueve y diez de la noche.

Muerta la santa vírgen Mariana, si bien el golpe hubo de ser sobre toda ponderacion sensible para sus hermanas y demas parientes, fué cosa mui de notar que siendo la mayor parte mujeres, ninguna pudo verter una lágrima; ántes bien sintieron todas un placer y un júbilo que calificaron de nuevo, y tan vivo como si hubieran recibido la noticia mas placentera y alegre. Y no tardaron mucho en tener motivo de mayor regocijo, porque apénas espiró Mariana, se puso de rodillas delante del altarito aparejado para la enferma el venerable hermano Hernando de la Cruz, donde permanecié, segun lo juran

los testigos, por espacio de una hora tan absorto y fuera de sentidos, que ni oía las palabras, ni sentía el empuje de doña Juana Caso y otras personas que le hablaron en aquel tiempo é intentaron moverle. Al cabo volvió de su enajenamiento y fervorosa oracion, y con voz animada y semblante risueño dijo estas palabras: *No tienen de qué afligirse, señoras, por la muerte de esta felicísima mujer, porque sin parar en el purgatorio se fué derecho al cielo á gozar de Dios con tantos merecimientos, que le sobran muchos para partir con los pobres que quedamos por acá.* Y volviéndose á sus parientes les pidió dos cosas; la una que ejecutasen la voluntad de Mariana enterrándola en la iglesia de la Compañía; y la otra que no pensasen en gastar luto, ni en dar muestras de sentimiento, pues en aquella muerte no habia motivo de pena, sino materia de gozo y parabienes á la república entera; y era muy puesto en razon que haciéndose fiestas á Mariana en el cielo, se la festejase tambien entre los hombres. Concluido el breve razonamiento, se llegó el venerable hermano al cuerpo de la difunta, y postrado con gran veneracion de rodillas le besó las manos y los piés, siguiéndole los sacerdotes y demas personas presentes en aquel acto de reverencia hácia el cadáver, que fué digno tabernáculo de tal alma.

CAPITULO V.

Veneracion extraordinaria de la ciudad hácia Mariana difunta, y sucesos prodigiosos acaecidos antes de su entierro

Fieles á la súplica de Mariana, su hermana y sobrina se encargaron de amortajarla; y porque la habian oido decir en vida no pocas veces que el pobre hábito de S. Francisco que tenia el esqueleto de sus meditaciones, era su mortaja, determinaron ponérsele como la mas preciosa gala que pudiera apetecer su espíritu de penitencia. No les costó poco el hacerlo, pues hubieron de quitar de su cuerpo los cilicios de rallo de que hablé en el

libro segundo, dejando el de la cintura por no poder desunirle de la carne que asomaba por los agujerillos. Así logró Mariana bajar al sepulcro con los atavíos de esposa del rei de los mártires. Quedó su cuerpo despues de vestido con tales apariencias de vivo, que parecia no haber causado en él mudanza alguna la muerte; ántes bien como si hubiesen retocado su hermosura, tomó su rostro un no sé qué de mas apacible, se sonrosearon sus mejillas, y flexibles todos sus miembros empezaron á exhalar un perfume tan delicioso, que juntamente con la vista de aquel semblante infundia devocion y enamoraba las almas.

Estimulados sus parientes, así del concepto que tenían de su santidad, como del dicho del venerable hermano Hernando, dispusieron colgar con rico damasco y preciosa tapicería, toda la sala donde habia de esponerse el cadáver y ademas forrar la caja de tafetan carmesí con encajes de oro y clavetearla con tachuelas doradas. Todo se ejecutó como se dispuso; y en una mesa colocada en medio de la sala, cubierta de vistosa colcha y adornada de clavellinas, rosas y otras flores de mano y del tiempo, pusieron como mas preciosa flor á la bendita azucena, matizando tambien su precioso sayal con variedad de flores. Dieron singular realce á aquel tierno espectáculo las religiosas del convento de santa Clara, enviando una hermosa palma y una riquísima corona, que hicieron un gran papel colocadas aquella en la mano y esta en la cabeza de la triunfante vírgen.

Como quedó el cuerpo tan hermoso y aun mas lozano que en vida, fué mui fácil que un diestro pintor la retratase con propiedad y semejanza, aunque no con la mortaja, sino con la sotana de la Compañía que llevó hasta su muerte; y es mui probable que la retratase entre otros, si no entonces, algun tiempo despues, el venerable hermano Hernando, de cuya destreza en el arte habló ya largamente. Lo cierto es que se esparcieron por toda aquella provincia muchos retratos en mui poco tiempo, y todos mui parecidos y conformes así en el traje de jesuita, como en la peregrina belleza de su rostro. Era

este, según los referidos retratos y las noticias que llegaron hasta nosotros, algo abultado, pero en proporción agradable, apacible, cariñoso y de color muy blanco; los ojos negros, grandes, y rasgados, la frente ni muy espaciosa, ni demasiado estrecha, las cejas negras, tendidas y pobladas, las mejillas teñidas de un dulce color de rosa, que fué el que puso su esposo y pintor divino por disimulo á su penitencia; la nariz delgada con moderación y la boca pequeña; bello conjunto sin duda y anuncio verídico de una alma como la que va pintada en este retrato de su vida y santas acciones.

Divulgóse aquella misma noche la noticia de su glorioso tránsito, y con ella corrió de casa en casa el sentimiento y el aplauso; pues al paso que todos la lloraban difunta, se hacían panegiristas de sus heroicas virtudes. Al día siguiente ya era pública y universal la emoción aun en los pueblos vecinos, y tal, que con entusiasmo nunca visto en ellos, ni en la misma ciudad de Quito no se oía mas voz que la de *ya murió la santa; la santa se nos ha muerto*. Con espontáneo y devotísimo impulso llegaban á la casa de Mariana oleadas de gente, que en confusa mezcla, sin distinción de clases, sexos, edades ni condiciones corrían á verla y venerarla; y queriendo ser todos los primeros con porfía santa y no pudiendo serlo, se llenaron las tres calles inmediatas de infinito gentío que publicaba á voces las glorias de la difunta: sobresalían los pobres, quienes lamentaban á gritos una muerte que les arrebatara la Providencia visible en sus trabajos.

Entrado el primer tropel en la casa empezó á hacer extremos de veneración; y aunque no tuvieron modo de saquear su cuarto que encontraron bien cerrado, llevándose como ideaban, sus pobres alhajas, cilicios y disciplinas, sin el menor miramiento se abalanzaron al cuerpo y le arrebataron las flores, le despedazaron el hábito y le cortaron parte del cabello; y hubiera pasado á mas su osadía á no haber habido personas que defendieron así el cuerpo como sus vestidos interiores. Pusieronle segunda mortaja, que duró menos que la primera, y no sirvió mas que para cebar la inconsiderada devoción de

los que entraron de nuevo, quienes con mayor audacia que los primeros la redujeron á menudas trizas, saliendo vanaglorioso y triunfante el que sacaba mayor retazo. Los que no pudieron lograr tanto, se contentaron con hacer tocar al rostro de la difunta medallas y rosarios, que consideraban despues y repartian como inestimables reliquias.

No puedo pasar en silencio dos casos con que pareció que el Señor queria honrar y defender la honestidad y pureza de Mariana aun despues de muerta; pues llegando mucha gente del pueblo á tocar la cara de la sierva de Dios se le hinchó con deformidad notable. Advirtieron aquella repentina hinchazon sus hermanos, y atribuyéndolo á lo que era en realidad, mandaron con imperio á los circunstantes que se retirasen ó se abstuviesen de tocar mas aquel rostro, que se hinchaba por no poder resistirlo la honestidad de Mariana. Desistieron de su devoto empeño todos á una por la novedad del aviso; y en efecto el rostro bajó de pronto y recobró con el colorido de ántes su belleza y lozanía. Afirman los testigos que varias veces se repitió el prodigio, segun acudia gente nueva que osaba tocar aquel rostro, al que no hubieran venido mal en tal ocasion el antiguo lema de la azucena: *Oculis, non manibus.*

El segundo acontecimiento no fué menos portentoso; porque despues de haberle robado los dos hábitos de san Francisco se cubrió el cuerpo de un sudor aromático, pero tan copioso, que fué menester enjugarle el rostro con delicados lienzos y algodones, los cuales se repartian como reliquias á los que no tuvieron la dicha de arrebatarse algun trozo de la mortaja. Llegó á tal punto la estimacion y el aprecio de este sudor, que no pudiendo lograr una parte aunque mínima, los que por el apretado gentío estaban léjos del cadáver, inventaron colocar como pudieron unas mesas y ponerse sobre ellas atando á unas varas ó cañas mui largas un hilo ó cuerda tambien larga, de la cual pendia el algodón, que tocado al rostro de la difunta retiraban para sí y se lo llevaban á fin de guardarle como un milagroso hallazgo.

Viendo los hermanos y demas parientes de Mariana

que el santo entusiasmo de aquellas jentes crecia en vez de calmarse á medida que pasaban las horas, y temiendo que llegasen á cortarle los dedos de manos y piés, como ya amenazaban hacerlo á falta de otras reliquias, consultaron entre sí y se resolvieron á repartir al pueblo gran parte de la ropa y de los cilicios de la sierva de Dios, con lo que entretendrian la devocion mientras se hacia hora del entierro. Ejecutáronlo así en efecto; pero como viesan los dependientes de justicia que el remedio no era nada eficaz, hubieron de poner en la casa y en derredor del cadáver guardias, que con espada en mano le defendieran de todo arrojó. Con este arbitrio pudieron vestirle por tercera vez, y cediendo el tropel se hubieron de contentar con verle y besar sin desórden los piés y las manos cuantas veces lo exigia su devocion; para lo que tuvieron tiempo suficiente por haber estado espuesto en aquella sala treinta y dos horas. Durante este tiempo puede decirse con verdad que Mariana fué el asunto de la conversacion en toda Quito y sus cercanías, por las plazas y caminos, en las calles y en las casas, pues no se oía mas que una voz comun que encomiaba sus virtudes y la colocaba al lado de los mayores santos.

El mismo Dios que unió los labios para formar el panegírico de su fiel sierva, unió tambien los corazones para que le tributasen el postrer obsequio; pues llegado el domingo 28 de mayo se sacó el cuerpo como á las cuatro de la tarde, y fué tal el concurso, que á mas de estar atestadas de gente las casas se llenaron de un cabo á otro las dos calles que median entre la casa de Mariana, que fué despues convento del Cármen, y la iglesia de la Compañía. Indicio fué este sin duda del singular aprecio y veneracion de la ciudad; pero lo fué mayor el que sin haber precedido convite alguno se presentasen á acompañar el cadáver á mas del Ilustrísimo Señor Obispo con su venerable Dean y cabildo, los párrocos de todo el contorno, todas las religiones, la Real Audiencia y el corregidor con todos los regidores y ministros seculares; de suerte que no hubo condicion, edad, ni sexo que no acu-

diese á honrar á Mariana ó en las calles ó en el templo. Iba el precioso depósito en hombros de sacerdotes vestidos de sobrepelliz, y era tal el ansia de participar de la honra de llevarle, que de trecho en trecho se retiraban unos para dar lugar á otros, que á veces eran tambien seculares de distincion y categoría. Caminaban en derredor del féretro las mismas guardias que le sirvieron en casa de resguardo, y detrás iban los padres de la Compañía como custodiando el tesoro con que los enriquecia el cielo.

Para que no se interrumpiese la série de prodigios, permitió el Señor que la fiesta de Nuestra Señora de Loreto, que se celebraba por lo regular el domingo segundo despues de Pascua de Resurreccion, se trasladase aquel año al dia mismo del entierro de Mariana; por lo cual encontró el acompañamiento colgada y alhajada la iglesia y expuesta á la veneracion pública en el altar mayor la sagrada imágen. Entraba pues el cadáver por la puerta principal situada frente por frente de dicho altar, y con asombro y aclamacion instantánea de todos los circunstantes abrió un ojo y le dejó ver hermoso y resplandeciente como un lucero: pasó adelante, y al colocarle en el sitio destinado para el entierro abrió el otro y fijó entrambos en la preciosa efigie de María Santísima de Loreto. Atónito el P. Alonso de Rojas, que estaba próximo al cadáver, exclamó: *¡O qué gran prodigio!* Siguiéronse los gritos de entusiasmo y alabanza del gentío inmenso que no cabia en el anchuroso templo; y como era de temer que se repitiesen las escenas del dia ántes, se subió al túmulo y con suma reverencia cerró aquellos ojos abiertos por milagro, y así pudo darse principio al oficio de difuntos, estando en derredor del féretro muchos religiosos y colegiales del colegio de San Luis. Unos y otros recibian del pueblo y de personas distinguidas in finidad de rosarios, cruces y medallas, que algunos sacerdotes tocaban sin cesar al rostro y manos virginales de Mariana; y entre otros fué á hacer tocar el suyo con singular devocion y afecto el Ilustrísimo D. Fr. Pedro de Oviedo, Obispo de Quito y Arzobispo despues de las

Charcas.

Crecia por minutos el entusiasmo y santo frenesí de las gentes; y llegó á tal extremo ántes de que concluyese el oficio, que armados de tijeras y navajas pudieron penetrar hasta el mismo cadáver, y empezando á hacer trizas la mortaja intentaron cortarle los dedos; lo que hubieran hecho de fijo, si la Real Audiencia no hubiese dispuesto al punto que se clavase la tapa de la caja y sin dar tiempo á la conclusion del canto se bajase á la bóveda. Todo se ejecutó con presteza y hasta con precipitacion, sin dar lugar á que se entonase el último responso, y en medio de la gritería confusa y el tropel casi impenetrable de la gente. La bóveda en que depositaron los padres el precioso tesoro, fué la de Juan de Vera Mendoza y de doña María de Vera, que se llamaba de S. José por estar en su capilla; ofreciendo así sepulcro provisional á Mariana, como lo notó despues el panegirista en sus honras, el gloriosísimo Patriarca, ya que no podia hacerlo su esposa, por no estar acabada aun á la sazón la bóveda de nuestra Señora del Loreto.

CAPITULO VI.

Sucesos prodigiosos en casa de la difunta virgen: honras y traslacion de su cuerpo á la bóveda de nuestra Señora de Loreto

A falta de las innumerables pruebas de la verdadera santidad de Mariana que van referidas en esta obra y están sacadas fidelísimamente de los procesos de su beatificacion, pudieran bastar las que se dignó dar el cielo en diversas ocasiones despues de su glorioso tránsito, y cuya relacion tiene el mismo respetable origen. Depone pues en el proceso primeramente la madre Andrea de la Santísima Trinidad, sobrina de Mariana, y de ocho años de edad cuando murió su tía, lo que le pasó con una devota imagen de Jesus crucificado que quedó en el cuarto de Mariana, pintada en lienzo, de una vara de alto, y que por devocion solia la sierva de Dios tener cubierto con un velo de tafetan morado. Abrió la niña un dia aquel

cuarto, cuya llave tenia, y vió que el velo del Crucifijo estaba levantado y recogido todo en la parte superior del cuadro: cubrióle de nuevo sin hacer el mayor alto en la novedad, hasta que entrando segunda vez, sin haber dado á persona alguna la llave, le vió lo mismo que la primera; y no sabiendo á qué atribuirlo dió parte á su madre y domésticos de lo que ocurría. Desearon todos saber si era verdad el hecho, y yendo al cuarto de Mariana pudieron observarlo no una, sino muchas veces; pues cuantas dejaban corrido el velo al salir, otras tantas le veían subido y arrollado sobre la cabeza del Crucifijo cuando entraban de nuevo. Once años despues de la muerte de Mariana, estando ya para ser religiosa carmelita la misma sobrina, volvió á observar el prodigio por espacio de unos veinte dias, convidando á presenciarse tambien á doña Feliciana de la Rua S. Roman, esposa del regidor Alonso Sanchez de Luna, con quien habitaba en casa de su tia. Muchas serian las conjeturas de lo que semejante portentoso tan repetido y evidente pudiera significar; pero lo cierto es que aquella jóven creyó tener en el cuadro de su tia un tesoro y se le llevó al convento, donde se guardó con suma veneracion colocándole en el coro de las religiosas cuando pasaron á la nueva casa, que como dije, era la misma de Mariana convertida en monasterio.

Por el mismo tiempo ya próximo á la traslacion vieron varias personas que de la ventana del cuarto que fué de la sierva de Dios, salian brillantes rayos de luz: uno de los que los vieron, fué el mismo regidor Sanchez de Luna, el cual llegando á casa á deshora de la noche y viendo aquellas luces preguntó á su esposa doña Feliciana si habia ido al cuarto de Mariana con alguna hacha encendida. Respondió la señora que ni ella, ni nadie, pues estaba el cuarto bien cerrado; y yendo D. Alonso á pesar de la respuesta á examinarlo por sí, halló en realidad cerradas perfectamente puertas y ventanas; por lo que conjeturó, así como los demas que en otras noches observaron los mismos resplandores, que eran cosa extraordinaria y divina.

No fueron estas solas las demostraciones festivas del

cielo; pues aquella india Catalina que habia servido á la difunta y vivia junto á su casa, oyó denoche una música celestial en el mismo cuarto de su señora; pero música tan melodiosa y dulce, que le robó toda la atencion y le embelesó el alma. Poseida de placer tan nuevo empezó á distinguir con claridad la voz de Mariana y de doña Sebastiana su sobrina que cantaban como á duo, y deseando comunicar su júbilo, envió á llamar al regidor Sanchez de Luna y á su esposa. No estaba aquel en casa, y su señora temerosa en extremo de las cosas de la otra vida no se atrevió á ir; pero envió á una negra de su servicio y á otras personas de su familia, las cuales todas oyeron y gozaron lo mismo que Catalina no aquella noche sola, sino muchas otras, sin poder obtener jamás que doña Feliciana pasase á oírlo y gozarlo una siquiera. Y fué mas singular aun el prodigio; pues siendo la india Catalina mui sorda por su avanzada edad, tanto que era preciso dar gritos descompasados para hablarla, desde el punto y hora que oyó la voz celestial de Mariana y su acompañamiento, recobró perfectamente el oido. Así lo jura el regidor Sanchez de Luna en su declaracion auténtica, diciendo haber él mismo experimentado ántes la gran sordera de la india y despues su total expedicion en oír y responder á los que la hablaban. Tanto este señor como su esposa testifican tambien haber percibido en la habitacion de Mariana un olor tan suave y una fragancia tan exquisita y nueva, que vencia la de las materias aromáticas y de los preciosos perfumes.

A las honras que hizo el cielo á la sierva de Dios, correspondieron las que le dedicó la tierra. Un mes poco mas ó menos despues de su glorioso tránsito se celebraron en la iglesia de la Compañía, y todo fué en ellas extraordinario, el concurso, el aparato y las muestras especiales de veneracion y de aprecio, que referiré brevemente. El concurso fué lucidísimo y mui numeroso, es decir, casi toda la ciudad de Quito con su Obispo D. Fr. Pedro de Oviedo, los dos cabildos eclesiástico y secular, las religiones y la Real Audiencia. El aparato consistió en colgaduras de terciopelo carmesí y otras precio-

sas telas, que cubrían de arriba abajo todo aquel magnífico templo, adornado también con muchísimas luces: solo se cubrió de negro el féretro y el altar mayor para la celebración del divino sacrificio. Tuvo por panegirista de sus virtudes á su mismo confesor en los últimos años el P. Alonso de Rojas, el cual desempeñó su cometido con el acierto y la afectuosa elocuencia de quien tenía tanto conocimiento del asunto y tan interesado el corazón en agotarle. Acompañaron al predicador en sus alabanzas muchos de la Compañía y algunos seglares, que adornaron el túmulo con poesías elegantes, así castellanas como latinas, espresando en sus conceptos el universal de que gozaba esta vírgen, y del que no es prueba indiferente el haber permitido los padres de la Compañía en su iglesia un funeral de persona finada un mes ántes con el aparato y la devoción que pudiera consagrarse al recuerdo de un santo.

Concluida la pompa fúnebre, se dirigió la concurrencia, precedida de las autoridades eclesiástica y secular, á la bóveda de S. José para sacar el cuerpo y trasladarle á la de Nuestra Señora de Loreto ya acabada, cumpliendo así la petición de Mariana de que la enterrasen á los piés de su madre y señora María Santísima. Abrieron la caja los padres jesuitas, y hallaron el rostro tan hermoso y tan risueño como si fuera de persona viva; y temiendo algun arrojé de la piedad cerraron al punto y trasladaron su tesoro á la antedicha bóveda, donde le colocaron entre las incesantes aclamaciones del pueblo, que sentía el júbilo que suele infundir el Señor en las traslaciones de los santos, dándose unos á otros el parabien de tener á Mariana por paisana y protectora.

A los tres años de esta traslación dispuso el regidor Sanchez de Luna lugar mas honroso para su venerable parienta, y entrando en la bóveda con algunos padres de la Compañía abrieron el ataúd y hallaron el cuerpo ya deshecho, y segun dice la declaración, *hecho una pasta* de preciosísimo olor. Pusiéronle pues con decencia en un cofrecillo de plomo y este en una caja de piedra, y le trasladaron y colocaron debajo del altar de Nuestra Señora de

Loreto en otra caja forrada de precioso damasco con este epitafio: *Aquí yace la angelical vírgen Mariana de Jesus y Paredes.*

CAPITULO VII.

Veneracion que mereció Mariana difunta á sus paisanos, y elogios que de ella hicieron sus confesores.

Divulgada en la provincia de Quito y sus inmediatas la dichosa muerte de Mariana, se difundió tambien con la velocidad del rayo la fama y la menuda relacion de sus admirables virtudes; por lo que no hubo, puede decirse, particular de alguna consideracion, ni monasterio de religiosas que no pretendiese poseer alguno de los muchísimos retratos que de ella se sacaron apenas muerta. Nacia esta amorosa competencia de una cierta confianza, que rayando en seguridad se apoderó como por encanto de los ánimos de toda aquella gente, segun la cual habian de ver á Mariana tarde ó temprano declarada su protectora y ejerciendo desde el cielo y sobre sus altares el oficio de abogada, asilo y refugio de todo el reino. En el capítulo siguiente dirémos los nuevos motivos que tenian diariamente para esperarlo, y referirémos algunos de los muchos prodigios debidos a su intercesion: por ahora basta saber que movidos de esta esperanza no menos que de gratitud, pidieron los de Quito ante los jueces ordinarios se hiciesen competentes diligencias y se recibiesen jurídicas declaraciones sobre las virtudes de Mariana para poner la causa ante el infalible juicio del Romano Pontífice. Pero ya es tiempo de consignar el concepto que de ella tuvieron los que manejaron su conciencia, por si no basta lo que dejo referido en varios lugares.

Los PP. Juan Pedro Severino y Luiz Vázquez, cuyos cargos importantes, letras y santidad bosquejé en el primer libro, hablando con ingenuidad religiosa de la virtud de Mariana usaron de una cierta ponderacion, que en sus labios vale sin duda mucho. Llegóse al P. Vázquez un devoto colegial de S. Luis y luego párroco de S. Ro-

que de Quito, llamado Cosme Sedeño, y le preguntó como á confesor que habia sido de la sierva de Dios, cuál era el juicio que formaba de su santidad. A lo que respondió el padre estas precisas palabras: *Santa Catalina de Sena no fué mas santa que Mariana de Jesus*. Lo mismo sucedió con el P. Juan Pedro Severino. Acababa de explicar en su cátedra teológica un dia á los pocos de haber fallecido Mariana, y deseosos los discípulos de saber con individualidad algunas cosas de su espíritu y virtud de boca del padre, que la habia tratado y confesado, preguntáronle su parecer acerca de lo conmovida que estaba la ciudad, y si en efecto merecia tanto la difunta. Empezó entonces el P. Juan Pedro á hacer por respuesta grandes encomios de muchas santas vírgenes, y en especial de santa Catalina de Sena, y terminó con estas palabras: *Pues á mi juicio no son menores grados de santidad los de nuestra Mariana de Jesus, que los que tiene santa Catalina de Sena*. Bien sabian estos dos varones insignes que solo á Dios toca sondear el mar de la perfeccion de una alma, midiendo en cada santo la anchura y profundidad del amor en que consiste la plenitud de la lei; y nadie estrañará por tanto que yo cite sus tan resueltas palabras como prueba excelente de la santidad de nuestra vírgen.

Hicieron eco con los suyos á estos elogios los padres Pedro, Marcos, Hernando, todos de Alcocer, y Juan de Enebra, profesos de la Compañía, y respetables por letras, virtud y desempeño de cargos delicados é interesantes en su orden, los cuales se hacian lenguas ponderando la prodigiosa santidad de Mariana. El P. Pedro de Alcocer empezó por desahogo de afecto á escribir su vida; mas le atajó la muerte mui á los principios de su trabajo. Nada diré del sumo aprecio y alta veneracion que mereció al P. Alonso de Rojas, de cuya oracion fúnebre ó panegírico he trasladado ya algunos trozos en el discurso de esta historia; pero no puedo menos de copiar íntegra la carta que el P. Juan Camacho, propio y principal instrumento de la santidad de Mariana, escribió al capitán Cosme de Caso al recibir en Riobamba la noticia de su glorio-

sa muerte. Dice así: "Señor Cosme de Caso: No sé si dé
 "á U. el pésame ó pláceme del aviso que me escribe;
 "porque á mí sí me pesa de la falta que hará tan lucido
 "ejemplo de santidad. Pláceme la seguridad que tengo
 "de la mucha gloria que goza, como la memoria de ha-
 "ber sido yo, aunque indigno, el instrumento de que nues-
 "tro Señor se sirvió para promoverla á tan alto grado
 "de virtud. Mas tiempo y papel era menester para ha-
 "cer estensa relacion de ella; mas dejando las muestras
 "exteriores á tantos ojos patentes, y reduciendo á breves
 "puntos lo interior que puede servir al sermon, digo lo
 "primero: que nuestro Señor la levantó á lo supremo de
 "la contemplacion, que consiste en conocer á Dios y sus
 "perfecciones sin discursos y amarle sin interrupcion.
 "Las penitencias mientras la regí yo, fueron raras y ma-
 "yores que las que naturalmente parece pudiera tolerar
 "un cuerpo tan débil, si bien por estar persuadido des-
 "pues de mucha atencion y exámen á que eran inspira-
 "das de Dios, se las permití. Seis y siete cilicios juntos
 "traia muchas veces, y algunos de ellos de cardas. Las
 "disciplinas, hasta derramar sangre en ellas, dos y mas
 "veces las hacia cada dia. Dormia muchas veces amarra-
 "da á una cruz, otras sobre una escalera. Los ayunos mi-
 "lagrosos, porque dejados los de pan y agua que fre-
 "cuentemente hacia á los principios por espacio de algu-
 "nos años, no se desayunaba sino de quince en quince
 "dias, y entonces con una rebanada de pan que volvia á
 "rebosar. Habia hecho voto de castidad y virginidad, que
 "conservó sin un mínimo pensamiento que la pudiese
 "amancillar, ni átomo de imaginacion que de mil leguas
 "la pudiese deslustrar; de obediencia á su confesor, que
 "exactísimamente observó; de pobreza que guardó des-
 "pojándose de cuanto tenia, hasta de la llave de sus alha-
 "jillas, y no recibiendo, ni dando nada sin licencia de su
 "confesor. Gastaba lo mas del dia y de la noche en ora-
 "cion así vocal como mental, exámenes, leccion espiri-
 "tual y meditacion, sin dormir apénas una hora. Fué
 "rarísima la pureza de su alma, siendo forzoso para ab-
 "solverla, por no dar materia cierta, recurrir á alguna

"cosa de la vida pasada. No perdió la gracia bautismal
 "en toda ella. Fué humildísima y sentia con extremo el
 "que la tuviesen por virtuosa; á cuya causa mucho tiem-
 "po buscaba los rincones de la iglesia porque no la vie-
 "sen. Pidió á nuestro Señor no la llevase por camino
 "de regalos, sino de asperezas y trabajos á imitacion de
 "doña María de Vela, á quien fué mui aficionada, y cuya
 "vida leyó mui de ordinario por imitarla, y consiguiólo
 "de suerte, que los tédios, desolaciones y agonías inte-
 "riores que padecia, le hubieran mucho ántes ocasio-
 "nado la muerte, si nuestro Señor no le hubiera mila-
 "grosamente, como pienso, conservado la vida por au-
 "mentarle sus méritos. Y aunque tan desconsolada, no
 "le daba tanta pena su desconsuelo quanto el temor de
 "no ser á otros molesta y mostrárseles amorosa en sus
 "respuestas. Mucho mas pudiera alargar esta relacion;
 "pero para el intento esto bastará. Guarde Dios á U. co-
 "mo deseo. Riobamba y junio seis de mil seiscientos y
 "cuarenta y cinco años.—*Juan Camacho.*"

CAPITULO VIII.

Apariciones de la sierva de Dios y milagros que obró el Señor por su mediacion con doña Gerónima de Paredes.

Dos veces consta que se apareció Mariana despues
 de su muerte, y una y otra con tan admirables y prove-
 chosas circunstancias, que me ha parecido conveniente
 hacer de ellas capítulo por separado. La una acaeció en
 la hacienda de una sobrina suya, llamada doña María
 Rodriguez de Paredes, en el territorio de S. Miguel de
 Ibarra, cerca del pueblo conocido con el nombre de *Tum-
 babiro*, y fué en esta forma. Servia á dicha señora una
 cierta mestiza llamada Beatriz, que padecia habitualmen-
 te de dolores intensos de cabeza; y llegó en una ocasion
 á apurarla tanto, que compadecida su señora le aplicó
 un huesecito de su tia, atándosele con una venda teñida
 en su sangre. Hizo esta operacion á eso de las nueve de

la noche, y dejando á la paciente en su lecho al parecer mas sosegada, se retiró á su habitacion, y se recogieron así ella como su padre y una tia suya que á la sazón estaba en la hacienda. Ignoraban todos que la infeliz mestiza tenía trato ilícito con el mayordomo de la casa, y por lo tanto estaban bien ajenos de lo que iba á hacer á poco de quedar sola, que fué admitirle en su cuarto á pesar de sus dolores y del sagrado apósito de las reliquias. No habian pasado mas que breves momentos cuando vieron entreambos que se abria el techo de la pieza y entraba por él una señora bella y majestuosa; pero con el rostro airado y severo, con una vara de fuego en la mano derecha y sirviéndole como de pajes cuatro jóvenes, cada cual con una hacha encendida, y que llegándose á la mestiza le dijo: *¿Cómo te atreves, siendo tan deshonesta y lasciva, á tener mis reliquias en tu cuerpo? Quitátelas luego ó te quitaré la vida con esta vara.* Llena de pavor la infeliz delincuente arrojó al punto al suelo el hueso y la venda que tenia en la cabeza, y desapareció de repente la vision, quedando de nuevo el cuarto en tinieblas. No es para dicho el espanto de los dos pecadores, que sin poder moverse, como si estuviesen atados de piés y manos, empezaron á dar gritos pidiendo socorro á todos los de la casa. Acudieron al momento doña María de Paredes, su tia y su mismo padre temerosos de algun caso imprevisto; y entrando en el cuarto los hallaron abismados en un mar de lágrimas, cubiertos de un sudor frio, trabada la lengua y sin libertad siquiera para respirar. Procuraron calmarlos, y viendo las reliquias en el suelo y preguntándoles la causa de tan espantosa novedad, lo oyeron todo de su boca juntamente con la peticion de que por Dios los casasen cuanto ántes para salir de tan mal estado. Entonces el capitán Francisco Rodriguez exclamó diciendo: *¡O, quién tuviera aquí un escribano, que diera fe y testimonio de caso tan prodigioso!* Pero si tan pronto no, hízose despues ante el juez ordinario señalado para esta causa. Lo que sí se verificó sin pérdida de tiempo, fué el matrimonio; pues al dia siguiente los unió el párroco, divulgándose el suceso por toda Quito, y sacando todos en consecuencia que Dios

velaba por el honor de su sierva, y que las reliquias de los santos merecen suma veneracion y respeto.

La segunda vez que se apareció, fué á su hermana doña Gerónima de Paredes, enseñándonos la conformidad que es justo tengamos en todo acontecimiento con la voluntad divina. Hallábase dicha señora en las haciendas que tenia en el pueblo de S. Miguel, cuando le llevaron la noticia de que su hija dona María Caso, mujer del regidor Sanchez de Luna, estaba en Quito mui enferma y en peligro de muerte; y sin reparar en el rigor de la estacion, ni en la deshora de la noche se puso en camino para verla y asistirle en aquel lance. Iba sobre su cabalgadura encomendando su necesidad á Mariana ya difunta y diciéndole estas palabras: *Hermana mia, alcanzad de vuestro esposo la salud de mi hija que la tengo bien apurada*; cuando acometida de breve sueño vió á la sierva de Dios, que le decia: *Un imposible es el que pides, hermana, porque está decretada la muerte de tu hija, y así conviene*. Despertóse, al desaparecer la vision, doña Gerónima tan persuadida de la muerte de su hija, que no pensaba en otra cosa que en conformarse con el divino decreto. Llegó á Quito, y al entrar en casa de la enferma dijo por primera salutacion á los que salieron á recibirla: *Infaliblemente muere mi hija*; y aunque todos empezaron á darle esperanzas, ella insistió en lo mismo, procurando que se atendiese únicamente al remedio del alma. Quiso doña Catalina de Peralta saber la causa de tanta insistencia en su opinion, y Gerónima le refirió el suceso, que en efecto tuvo el desenlace que era de creer, pues murió la enferma, y su madre quedó enteramente tranquila y conforme, confiando en que correria de cuenta de Mariana el suplir su falta en todas las necesidades de la familia.

Bien lo esperimentó propicia por dos veces la misma doña Gerónima en dos enfermedades mui peligrosas, de que la sacó milagrosamente. La primera fué de cinco cirros que la molestaban en los pechos y le causaban intensos dolores y bien fundado recelo de que creciendo acabasen con su vida ó á lo menos se la hiciesen en estre-

mo miserable. Apurábanse todos los remedios y recursos de los facultativos, que ya no encontraban qué ordenar; y viéndose un día sumamente acongojada, avivó su fe, alentó su confianza y se aplicó á la parte dañada unos lienzos teñidos en la sangre que arrojó Mariana por la boca despues que espiró: luego con devoto y encendido afecto y hablando con su hermana, mas con el corazon que con los labios pronunció estas palabras: *Hermana mia, como has sanado á otros, sáname á mí*; y añadió una breve oracion para que el Señor la sanase por intercecion de su sierva. Terminar ella la súplica y huir los dolores y desaparecer toda incomodidad fué una sola cosa, siguiendo el total alivio en lo que le quedó de vida. Diversos testigos juran en el proceso que con aquellos lienzos empapados en la sangre de Mariana se hicieron muchos prodigios, si bien no citan las personas con quienes se obraron, ni refieren sus circunstancias.

El otro caso, en que consiguió doña Gerónima la salud, por la proteccion de su hermana, fué un cruel tabardillo que se juzgaba sin remedio, y en cuyos mayores accesos le pusieron una camisa de la sierva de Dios, con la que empezó á mejorar hasta el punto de desaparecer la calentura y hallarse sana enteramente, teniendo el suceso los médicos por sobrenatural y milagroso.

CAPITULO IX.

Milagros que se dignó de obrar el Señor por la invocacion y el retrato de Mariana

Juran conformes cinco testigos el siguiente prodigioso suceso como público y notorio en la villa de Ibarra. Viajaban á pié hácia el pueblo de Cayambe una mujer española con un hijo mui pequeño y un indio; y habiendo de vadear por fuerza un rio peligroso llamado *Guachalá*, dijo la mujer al indio que le vadease primero llevando al niño en brazos, y que ella los seguiria cuando los viese en la orilla opuesta. Dicho y hecho; cargó el indio

con la criatura y empezó á pasar el rio; mas á los pocos pasos sintió tan violento el ímpetu de la corriente, que todos sus esfuerzos fueron inútiles, y así él como la criatura fueron arrebatados y envueltos entre las olas. Viendo la madre desde la orilla la inevitable pérdida de su hijo siguió el impulso del corazon é invocó con todas sus ansias á Mariana de Jesus, pidiendo al Señor por la intercesion de esta su sierva socorro y auxilio en tan urgente necesidad. Aun no habia concluido la súplica, cuando el indio se encontró con el niño en la misma orilla del rio en que se hallaba la madre, sin saber á quién atribuirlo. Bien lo sabia ella, que cuando invocó á Mariana, lo hizo llena de confianza. Pero no acabó aquí el milagro, pues registrando el cuerpecito del niño le hallaron sin la menor lesion, ni señal alguna de los golpes que por necesidad hubo de recibir en las peñas y malezas del rio.

Otro semejante milagro sucedió con Diego Calahorra. Atravesaba sobre una mula el caudalosísimo rio que con el nombre de *S. Felipe* pasa lindando con el asiento de Latacunga, y halló tan rápida y crecida la corriente, que arrancado de la mula se vió, como él mismo dijo, con la muerte tragada y sin esperanza alguna de vida. En tan terrible aprieto se acordó de Mariana, cuya reliquia llevaba al cuello; y encomendándose al Señor por su intercesion mui de veras, sin pronunciar mas palabras que Jesus y María, se halló libre á la orilla del rio y sin la menor lesion. Empezó al punto á dar las debidas gracias á Dios y á su protectora, y no lo dejó en mucho tiempo, publicando el hecho para que otros acudiesen á su patrocinio en casos de apuro; y el que jura sobre este suceso, añade estas palabras: *Yes comun opinion en esta ciudad de Quito que los que se valen del patrocinio de esta sierva de Dios, alcanzan lo que pretenden.*

La que tan propicia acudia á la invocacion de su nombre, no se hacia rogar cuando se confiaba en su retrato. Estaba, segun refieren los procesos, el Doctor don Luis de Troya, canónigo de la iglesia de Quito y provisor y vicario general de su Diócesis, desahuciado ya

por envejecido mal de orina. Entró á visitarle el venerable hermano Hernando de la Cruz, su amigo, á quien dijo estas palabras: *Ya tengo la sentencia de muerte; no hai sino encomendarme á Dios mui de veras.* Respondióle el hermano que tuviese buen ánimo y confiase en Dios, pues él tenia una eficaz medicina; y diciendo esto buscó quien fuese á su aposento y trajese de él un retrato de Mariana, muerta poco tiempo ántes. Llegó el retrato, y diciendo el hermano que aquella era la medicina, rogó al enfermo que se le aplicase al vientre con gran confianza en el Señor y en los méritos de Mariana; pero él no quiso aplicársele á aquel sitio por temor de ofender la extremada pureza de la santa vírgen, sino mas bien sobre la cabeza y corona. Gozoso Hernando al ver el concepto que mostraba de la santidad de su paisana, le confirmó en él diciendo: *Hace U. mui bien en venerar á la sierva de Dios, porque está en el coro de las vírgenes entre las cuatro mas privilegiadas.* La mejoría con la aplicacion del retrato fué instantánea, y la completa cura tan pronta y radical, que sin cesar de elogiar á su protectora vivió muchos años despues el afortunado canónigo.

Hallábase doña María Rodriguez de Paredes, sobrina de la sierva de Dios, en compañía de su hermano don Alonso en una hacienda é ingenio de hacer azúcar, de su propiedad, que con el nombre de *Palacara* dista ocho leguas de la villa de Ibarra. Un dia pues que rendida de la fatiga y del sueño se descuidó una morena, se pegó fuego á la cocina de la casa contigua al ingenio, y hallando pábulo bien dispuesto en la paja que cubria el techo y en unos cañaverales no mui lejanos, empezó á arder con tal furia, que bien presto se conoció ser inútil todo humano recurso para atajarle. Acordóse en buena hora doña María de un retrato de su tia, que tenia en su habitacion; y yendo presurosa en su busca le llevó, se lo presentó al fuego, y luego abrazada con él pronunció estas tiernas palabras llenas de fe: *Tia mia, ¿cómo permítes que se nos abraze la poca hacienda que tenemos?* Dicho esto se acercó mas al fuego

poniéndole como por barrera la imágen; y allí fué donde se obraron de repente varios prodigios, porque el retrato empezó á arrojar un como sudor ó rocío mui copioso, y estando el cielo mui sereno, cayó de repente un aguacero tan fuerte, que él solo bastó para extinguir el incendio, y dió tiempo y comodidad de sacar sin lesion á la morena que estaba aun en la cocina. Todos á una reconocieron el portento y tributaron al Señor y á su fiel sierva el merecido homenaje.

Estaba de parto doña Gerónima Miño, sobrina tambien de Mariana, y viéndola rendida ya por los dolores, y perdidas casi de todo punto las fuerzas, el confesor que la asistia, que era el P. Pedro Hernando de Alcocer, de la Compañía, al mirar colgado de la pared un retrato de Mariana se levantó á cogerle y dijo á los circunstantes con gran confianza: "Si tienen aquí el remedio; ¿á cuándo aguardan á aplicarlo?" Invocado el patrocinio de la sierva de Dios, al punto salió á luz la criatura; pero como no se concluyese del todo el parto, se abrazó la parienta con la imágen de Mariana colocándola en ella su confianza. Seguía á pesar de todo la vehemencia de los dolores, hasta que tomando en sus manos el confesor el retrato y poniéndoselo sobre la cabeza á la enferma, quedó esta libre de todo lo que la molestaba, y los circunstantes maravillados y animados á confiar siempre mas en proteccion tan poderosa.

Mui semejante fué el caso ocurrido con doña Mariana de Paredes, otra sobrina de Mariana y vecina de la villa de Ibarra, la cual hallándose atormentada de recios dolores de parto por ocho dias enteros, se temia con fundamento que hubiese de perder la vida, porque ya no servian medicinas, ni bastaba para resistir tanto tiempo el mucho valor de la paciente. Al cabo de dichos dias hubo á las manos, no sé como, un retrato de su tia, y asiéndole con gran fervor y seguridad de ser oida, le pidió que la amparase en lance tan apurado; lo que consiguió en efecto dentro de mui poco, arrojando la criatura muerta con asombro de los circunstantes y singular aumento de amor y confianza en el corazon de

la favorecida.

Sucedió en la misma villa que estando una infeliz mujer muy enferma de mal de corazón, que la sacaba de juicio y la tenía en un continuo martirio, sin que nada le aprovechase, halló el remedio en el retrato de Mariana. Compadecido de la desgracia el doctor Tomas Fernandez de Oviedo, cura de Pasto, que á la sazón se hallaba en dicha villa, y sabiendo que el capitán Cosme de Caso tenía un retrato de la sierva de Dios, se lo pidió para aplicarle á la paciente, como lo hizo en efecto con tan feliz resultado, que por tenerle un corto rato al lado del corazón, logró no padecer de semejante mal en todos los días de su vida.

Deseando Manuel Guerrero de Salazar, sobrino de la venerable vírgen, tener un retrato propio de su rostro se fué desde Quito á la villa de S. Miguel de Ibarra á pedir al secretario Jacinto Gomez Bedon el que tenía en su poder, para mandarle copiar al vivo. Volvía gozoso Manuel á Quito con el retrato colgado al pecho en compañía del capitán Diego de Miño y un criado suyo, hablando de la santidad y prodigios de la sierva del Señor, cuando al llegar á un mal paso en las quebradas sierras que hai entre el pueblo de *Tocache* y *Tabacundo*, tropezó la mula en que cabalgaba con tal violencia, que cayendo el ginecé á tierra se halló con la cabeza metida hasta los hombros en un lodazal, un brazo sobre otro y encima de su cuerpo la mula con el peligro de perecer que era consiguiente. Crecia el conflicto por la imposibilidad de sacarle en que ponian á sus compañeros la estrechez del camino, la mucha agua y lodo y el poquísimos número que eran para tamaña empresa. En tan apurado caso no quedó mas recurso al afligido corazón de Guerrero que acudir al patrocinio de su santa tia; y lo hizo tan á tiempo y con tanta fe, que pasando por allí unos indios casi á la media hora de la caída, le sacaron entre todos sin la menor lesión y sin que hubiese padecido avería el retrato pintado en una tabla. Pero no concluyeron aquí las finezas de Mariana y los prodigios de su retrato; porque prosiguiendo Ma-

nuel su camino y llegando al pueblo de *Guayllabamba*, le acometió aquella misma noche un gran accidente con síntomas tan graves, que todos creyeron llegada su última hora. Renovó él su confianza en el experimentado patrocinio, é implorándole segunda vez á las cuatro de la mañana se halló libre de la disenteria que amenazaba destruirle, y en estado de proseguir y concluir felizmente el viaje.

Por el mes de marzo de 1697 acometió un tabardillo tan cruel á doña Josefa de Escorza, que no hallando sus padres remedio alguno en lo humano acordaron llevar á la enferma un retrato de Mariana, para que con su vista y fervorosa oracion se obrase el milagro que esperaban. Así sucedió en efecto; pues no bien hubo entrado en la habitacion el retrato, la enferma empezó á mejorar hasta ponerse mui en breve buena completamente.

CAPITULO X.

Curaciones milagrosas obradas por Dios con el contacto de algunas reliquias de Mariana.

Doña Francisca de Carvajal, mujer legítima de D. Domingo Fernandez Folleco, habia padecido por espacio de seis años unos tumores en la cara tan obstinados y molestos, que no la dejaron pasar en tanto tiempo un momento siquiera sin agudos é insoportables dolores. Un dia pues que afligida y casi desesperada, como ella misma declaró, salia de su hacienda hácia el camino real que conduce á *Tumbabiro*, se encontró con doña María de Paredes, hermana de Mariana, y refiriéndole su extremada pena y sin igual tormento le pidió por amor de Dios le diese una reliquia de su santa hermana. No tardó la compasiva María en darle un pedazo de la sábana de cerdas en que tan á menudo se envolvía la santa vírgen, y que siempre llevaba consigo por veneracion y devoto recuerdo; y agradecida la una y satisfecha la otra del acto de caridad se separaron igualmente seguras del buen

resultado de su confianza. Llegó á su casa la paciente, y vendándose la parte dañada con la reliquia, la tuvo así dos dias enteros, al cabo de los cuales la desató y vió que su rostro no tenia el mas mínimo vestigio de haber padecido cosa alguna. Fácil es de conjeturar el júbilo de su alma y lo mucho que procuraria agradecer y publicar el beneficio milagroso, que fué uno de los mas notorios y que mas contribuyeron á aumentar la devocion y el afecto hácia Mariana así en Ibarra como en Otavalo y su territorio y en la misma ciudad de Quito.

Con un retazo de la misma sábana obró el Señor otro prodigio en una sobrina de Mariana, doña Gerónima de Paredes, la cual molestada de una hinchazon contumaz en la mano derecha se aplicó aquella reliquia una noche, esperando que habia de levantarse buena, como sucedió en efecto, con asombro y agradecimiento de su padre y demas parientes, que lo eran tambien de tan insignie bienhechora.

Casi lo mismo sucedió con una virtuosa doncella llamada Manuela de Infauti. Mas de un año de padecer llevaba ya con un disforme lobanillo en una rodilla, que le impedia casi toda clase de movimiento y se resistia á los mas eficaces y exquisitos remedios, cuando la aconsejaron que se aplicase alguna reliquia de la vírgen Mariana, de cuyos prodigios cundia la fama por todas partes. Pidió alguna á su confesor, y habido un trozo de camisa de la sierva de Dios, se vendó con ella la rodilla á eso de las diez del dia, y al descubrirla á la misma hora del siguiente halló que el lobanillo se habia consumido hasta quedar del grandor de un hueso de durazno. Aplicóse con nueva confianza por segunda vez la reliquia, y en brevísimo tiempo sin mas medicinas quedó sana enteramente.

Yendo Francisca Duran á una posesion que tenia en el valle de *Chillo*, á cuatro leguas de Quito, halló una india llamada Angelina tullida de un brazo; y compadecida de su trabajo le dijo que si queria sanar se encomendase mui de veras á la sierva de Dios Mariana de Jesus, muerta en Quito en opinion de gran santidad, y le dió

para que se le aplicase un pedazo de faja y sábana de la santa vírgen. Obedeció la india, y al punto empezó á mover el brazo, quedando en breve sana y capaz de trabajar con él toda su vida.

Veinte dias llevaba de agudísimos dolores la india Catalina de Paredes por la hinchazon de un tumor rebelde debajo de un brazo; y como por haberse educado en casa de Mariana poseia varias prendas suyas, como una porcioncita de cabellos, un pedazo de cilicio y otro de vestido, se las aplicó á la parte enferma invocando el favor y patrocinio de la sierva de Dios; y en breve rato se halló libre de todo dolor y manejó el brazo sin dificultad y como si nada hubiese padecido.

Todas las industrias de muchos médicos habian sido inútiles para curar á D. Francisco de Arellano, vecino de Quito, una llaga que le atormentaba ya hácia doce años, cuando una noche se puso en ella un pequeño retazo de lienzo, que habia sido de Mariana y que él guardaba como un tesoro, y á la mañana siguiente se halló sano, sin que le quedase rastro siquiera de cicatriz.

Es mui comun en aquellos paises una cierta enfermedad de hinchazones ó bultos en la garganta, que á lo mui incómodas añaden una deformidad notable. Adolecia de este mal una niña de seis años, y compadecida de verla tan monstruosa doña Francisca de Acevedo le puso al cuello una cinta de las que habian servido de adorno al ataud de Mariana. Correspondió á la fe el resultado; pues á los cuatro dias se halló la niña sin bultos y con la garganta reducida á su estado primero y justas proporciones.

La misma señora, animada con el suceso referido, ofreció la reliquia á María de Paredes para remedio de un terrible dolor de muelas que la tenia en un grito. Tomó una partícula de hueso de la santa vírgen, y envolviéndola en un papel se la puso en la quijada hácia la parte donde le apretaba mas el dolor. Sin otra diligencia cesó este al momento con pasmo y gratitud de todos, y mas de la paciente.

Una doncella llamada Catalina de Sotomayor pade-

cia de jaquecas; pero tan pertinaces y crueles, que la obligaban á tirarse por los suelos y dar gritos y hacer ademanes descompasados. Supo que doña Mariana de Salazar, sobrina de la sierva de Dios, poseia un huesecito de su santa tia: pidióselo y se lo aplicó á la cabeza con tan feliz mano, que desde entonces no volvió á sentir asomo de su dolencia.

Asaltó al P. Diego Santos de Ceballos, de la Compañía de Jesus, siendo novicio, un dolor tan vehemente de estómago el día 26 de enero de 1671, que le obligó á dejarlo todo y meterse en cama. Acordóse de una reliquia de Mariana que tenia, y rezando una Ave María, y aplicándosela al estómago sintió desaparecer el dolor, sin que volviera á molestarle.

Llegó á la ciudad de Quito D. Carlos Francisco Manrique Perez de Lara, caballero de la orden de S. Juan y marqués de Santiago; y una mulata que llevaba en su compañía, llamada Damiana de los Reyes, á mas de otros achaques que contrajo en el camino, se vió acometida de tan vehemente dolor de oidos, que cogiéndole gran parte de la cabeza y de la cara la hacian como salir fuera de sí, segun ella misma y su amo declararon con juramento. Exhortóla el marqués á que se encomendase á la santa vírgen Mariana de Jesus, y de paso le aplicó al oido un pedacito de su preciosa carne, orando entrambos con viva fe el breve rato que le tuvo. Como esperaban y deseaban desapareció el dolor; pero no solo este, pues con él huyeron los achaques contraidos en aquel viaje, quedando la mulata sana y agil para toda su vida.

Miguel Sanchez Barragan, vecino de Quito, tenia un hijo de ocho años desahuciado ya y mui á los últimos por agudísimo dolor de costado; y saliendo casualmente de su casa como para buscar algun alivio de su quebranto, vió pasar al P. Hernando de Alcocer, que le relirrió el caso sucedido con la mulata del marqués de Santiago. Conforme iba contando el padre, se iba avivando en Miguel la esperanza de tener parte en los favores de Mariana; y concluida la relacion sacó el rosario, rezó una parte de él, y encomendó al Señor la salud de su hijo

por los méritos de su sierva. Hecha esta diligencia fué á ver al enfermo, le contó lo ocurrido, y animándole á que invocase á Mariana, empezó á hacerlo el niño casi sin alientos, y de repente le asaltó un paroxismo que le dejó como muerto. No por esto desmayó el padre; ántes bien siguió invocando á gritos á la que era toda su confianza, y que en efecto le oyó; pues á mui poco rato volvió en sí el niño y empezó á mejorarse, quedando bueno y sano en mui pocos dias.

Tambien curó de repente de un tabardillo una hija de María de Guevara con la aplicacion de un retazo de la sábana de cerdas y un lienzo empapado en la sangre de Mariana. Cayó en un profundo sueño la enferma al sentir en la cabeza aquellas reliquias, y en pocos instantes quedó sana.

El P. Pedro Ignacio de Cáceres, de la Compañía de Jesus, estuvo desahuciado y casi á la muerte por una aguda pulmonía el año de 1672. Confesóse para morir, y preguntando al confesor si tenia alguna reliquia de su santa hermana Mariana y oyendo que sí, se la pidió y habídola se la aplicó á la cabeza á eso de las once de la noche, durante la cual durmió con mucho sosiego. Al amanecer estaba casi limpio de calentura y con indicios de la salud que recobró mui en breve.

A un indio molestado de tercianas dobles dió Tomas de Paredes á beber en un vaso de agua algunas partículas de la sangre coagulada de Mariana, y no le volvió la calentura.

Pero quien participó en grado eminente de los beneficios de la sierva de Dios, fué doña María Duchicela, india de nacion, de linaje nobilísimo, como descendiente de los Incas, cacica principal del pueblo de Yaruquíes en la jurisdiccion de Riobamba y señora de rarísimas prendas en todo género. El año de 1644 viviendo todavía Mariana fué doña María á la ciudad de Quito á entablar no sé qué pleito, y al dia siguiente, que era sábado, quiso encomendar su negocio á María Santísima asistiendo á la misa que se celebraba en la capilla de nuestra Señora de los Angeles. Estaba oyéndola desde la calle llena de joyas y

ostentando lujo y profanidad que daban realce á su hermosura, cuando al pasar Mariana por allí, de vuelta de la iglesia, y tocando á alzar en aquel momento se arrojó junto á doña María, y despues de la elevacion del cáliz la saludó con cariñosas palabras sin haberla visto jamás hasta entonces. Concluida la misa trabó conversacion con ella, la preguntó cómo se llamaba, el objeto de su ida á Quito y varias otras cosas, y le dijo que tenia mui lindo nombre, que fuese mui devota de la reina de los Angeles y que no malograra sus raras prendas; que en cuanto á volverse á su pais á los quince dias, como pensaba, quizá no seria así y que ya se lo diria la Virgen Santísima. Dijo todas estas cosas con tanta gracia y dulzura, que doña María quedó enamorada de ella, y preguntando despues á varias personas quién podria ser aquella jóven, todos le dijeron que segun las señas era Mariana de Jesus, á quien Quito tenia en concepto de santa. Fuese con la noticia á buscarla á la iglesia de la Compañía, donde ella misma confiesa que tenia repugnancia á entrar por horror á sus religiosos, y hallándola debajo del púlpito y pidiéndole que la encomendase al Señor, le respondió Mariana que desde que la habia conocido, era uno de sus cuidados hacerlo; pero que la exhortaba á frecuentar aquella iglesia y rendirse á las divinas inspiraciones de hacerse santa. Por dicho de la misma señora sabemos que aquellas palabras fueron siempre para su alma en lo sucesivo agudísimos estímulos y golpes que la impelian á darse á Dios del todo, como lo hizo, santificándose mas de dia en dia sin salir de Quito hasta su muerte y perseverando en la virtud bajo la direccion de los padres á quienes antes tenia aversion tan insuperable.

Con esta dichosa señora pues obró el Señor muchos prodigios por intercesion de su sierva, y fué el primero que siendo de natural tan iracundo desde niña, que á cualquier disgusto la hacia la cólera caer en tierra privándola de sentido, puso por intercesora á Mariana para alcanzar la mansedumbre y logró por tal medio mudar de condicion enteramente.

En todo apuro y en necesidades de cualquier especie acudía la buena señora al patrocinio de Mariana y la encontraba propicia. Así le sucedió por ejemplo cuando sin amparo alguno humano en ocasión de haberle puesto pleito su marido, pidió un retrato de Mariana, y encerrándose con él suspiró y lloró tanto, que sin mas recursos alcanzó que el tribunal fallase á su favor contra toda humana esperanza. Otra vez que el dueño de la casa donde vivía, le echó por no sé qué reyerta, se fué al cuarto que habia sido de Mariana, y allí de rodillas la invocó y á poco halló vivienda cómoda, de donde no salió hasta morir.

Dedicóse esta señora á la tanta loable obra de caridad de recoger criaturas huérfanas, mantenerlas en gran número y darles estudios y estado como si fueran cosa suya propia. Acometida una de estas niñas de doce años de un terrible pasmo en la cabeza quedó privada de juicio, con los ojos torcidos y horriblemente desfigurada. Al punto la llevó doña María al sepulcro de Mariana, y rogó al P. Hernando de Alcocer que abriese la caja de piedra en que reposaban sus huesos: logrado este favor, metió la cabeza de la niña en la caja y al sacarla se la vió buena y sana, en su cabal juicio, con los ojos en su lugar y sin señal alguna de su molesto accidente.

Pero no solo ha obrado el Señor estas y otras insignes maravillas por medio de las prendas y reliquias de su sierva, sino que en sus mismas reliquias se ha dignado á veces de hacer gala de portentos. Por tales tuvo dos su mismo confesor el P. Antonio Manosalvas, quien declara en esta forma. "Cada año se cortaba Mariana el cabello y hacia una cabellera ó trenza que dedicaba á alguna imagen del niño Jesus ó de su Santísima madre. Con este mismo pretexto de dedicarla á alguna imagen le propuse que me diese una, si bien en realidad era para guardarla como reliquia: diómela en efecto hace mas de veintiseis años, y se conserva aun dentro de un escritorio tan sana y sin polilla como si estuviera recién cortada. Lo propio ha sucedido con un cingulo hecho por ella para mí con sus propias manos; pues han pasado ya mas de veintiocho años, y guardado en el mismo sitio que el ca-

"bello á pesar de ser de lana, no le ha tocado la polilla, ni
 "cosa alguna de las que suelen consumir en breve tiempo
 "la ropa."

CAPITULO XI.

Singular patrocinio que ha mostrado Mariana con las mujeres que estaban de parto.

Concluiré de hablar de los milagros de la gloriosa vírgen refiriendo algunos que pertenecen á una misma materia, en que parece quiso el Señor glorificar á su sierva dándole un poderío especial para ahuyentar los peligros del parto en las mujeres que le experimentaban difícil. ¿Quién sabe si esta sucinta relacion, añadida á lo que dejo ya referido en esta materia, reanimará la confianza en quien se encuentre en semejante riesgo para gloria de Dios y honor de la santa vírgen?

Tuvo Leonor Rodriguez Palomeros la fortuna de heredar el cordon de S. Francisco que llevaba la sierva del Señor debajo de la sotana, y con él un tesoro de gracias, principalmente á favor de las parturientas, pues como ella misma declaró ante el Ordinario, tanto las de Quito como las de muchos pueblos comarcanos le pedian el cordon, y saliendo con toda felicidad de su apuro se lo devolvian con la añadidura de grandes muestras de agradecimiento. Así le sucedió entre otras con una india, la cual pasados ya cuatro dias en continuos dolores, á cuya vehemencia no le parecia posible resistir mas, apenas se puso dicha reliquia parió feliz y prontamente. Lo propio sucedió á otra india en el pueblo de Santa María Magdalena en un penosísimo y arriesgado parto de dos gemelos.

Declara la misma informante que yendo á Quito desde la villa de Ibarra doña María de Paredes, hermana de la sierva de Dios, halló una mujer apuradísima en el parto, porque nacia de piés la criatura, y compadeciéndose doña María de su trabajo sacó y le aplicó una venda que habia servido en las sangrías de Mariana, y un cilicio de su uso, y al punto se volvió la criatura naciendo de cabeza

con notable asombro y júbilo de la partera y de cuantos conocieron el caso.

Semejante fué el prodigio obrado en una miserable india de casa del capitán José de Salazar, sobrino de Mariana. A los cuatro días de vehementes dolores solo logró que descubriese la criatura un brazo, y llamando á un sacerdote para que la confesase, y viendo este que era imposible hacerlo sin que la paciente tomase algun refrigerio, mientras la esposa del capitán fué á prepararle, se acordó de un huesecito que tenia de Mariana, y llevándose lo en lugar del alimento se lo aplicó al vientre y logró que la criatura retirase el brazuelo ya hinchado y denegrido y saliese á luz con toda felicidad.

Con una faja de la sierva de Dios obtuvo Catalina López que una india, apuradísima en el parto, diese á luz dos criaturas; y Catalina de Paredes aplicó con el mismo feliz resultado unas reliquias del vestido y de la mortaja de Mariana, á otra india, que amilanada ya y sin alientos, al cabo de largos esfuerzos para parir, rogaba que la dejaran morir en paz, pues era desesperado el caso.

Sintió Damiana de los Reyes dolores como de parto, segun ella misma se esplica, á los tres meses de embarazo, y temiendo el aborto y el malogro de la criatura, se encomendó tan de veras á Mariana, cuya proteccion habia experimentado ya, como queda referido, que sin hacer otro remedio cesaron los dolores y desaparecieron todos los síntomas.

Una hija de Blas de Espinosa de los Monteros, llamada Ana, mujer de Diego Calahorrano, habiendo dado á luz una criatura muerta, empezó á sentir una hinchazon y unos dolores en el vientre, que hicieron temer por su vida á todos sus deudos. Apurados todos los remedios y lleno de pena su buen esposo, se acordó de un pedacito del vestido de Mariana que le habia dado por gran regalo el capitán Juan Guerrero de Salazar; y alentando su confianza en Dios, se lo aplicó en el vientre á su mujer, la cual arrojó al punto una materia tan fétida y corrompida, que con el olor infestó toda la casa, quedando en el mismo instante buena, y tan agradecidos todos sus pa-

rientes, que empezaron á publicar la benignidad de Mariana y á referir el caso, el cual contribuyó no poco á que se estendiese la devocion y confianza en ella por todo el distrito de Latacunga, donde acaeci6 el prodigio.

Tenia doña Gerónima Moran de Butron una esclava en la ciudad de Santiago de Guayaquil, la cual en el año de 1697 se vió tan apurada por cuatro dias consecutivos con los dolores del primer parto, en que para colmo de pena tenia la criatura muerta en el vientre, que todos la daban por muerta tambien á ella y ya tenian por escusados los remedios humanos. Acudieron doña Gerónima y su esposo á la proteccion de Mariana, y enviando á pedir un retrato suyo le pusieron delante de la alligida mujer, la cual á su vista cobró tal aliento, que tardó poquísimo en arrojar con toda felicidad la criatura muerta.

Semejante y mas prodigioso aun fué el caso de doña María de Castro, la cual en el mismo año despues de haber tenido en el vientre la criatura catorce meses (fenómeno poco frecuente) empezó á sentir tan agudos dolores y una tan invencible dificultad en parir, que ya no esperaba sino la muerte. Acudióse tambien con el retrato, el cual aplicado al vientre de la enferma obró el prodigio á poco de haber empezado los circunstantes el rezo de las letanías; y porque salida la criatura muerta no se concluía todo, como era de desear, y aun parecia peligrar la madre, se le aplicó de nuevo el retrato y se halló libre de todo aprieto y peligro.

Aquí pondré fin á la narracion de los prodigios obrados por el Señor á la invocacion de Mariana y aplicacion de sus reliquias, por temor de que este volumen crezca mas de lo regular, y no por falta de materia, pues me la suministrarían aun muy abundante tanto el proceso antiguo del año 1670 como el moderno de 1742. En uno y otro hai pruebas tan auténticas como pueda desearlas el espíritu mas suspicaz, de que el Señor queria glorificar á su sierva é iba preparando el camino para lo que ha obrado en nuestros dias.

CAPITULO ULTIMO.

Curaciones instantáneas y milagrosas de Angela Polido Escorza, aprobadas por la santidad de nuestro Beatísimo padre el Papa Pio IX para la beatificación de la V Mariana de Jesus.

En noviembre del año de 1760 doña Angela Polido de Escorza, natural de Quito, creyó estar embarazada, si bien no mucho despues tuvo motivo suficiente para ponerlo en duda. Iban pasando los meses, y aunque experimentaba varias incomodidades semejantes á las que habia sufrido en otros embarazos, sentia tambien síntomas que nunca habia observado en tales casos, y en particular unos dolores acerbísimos. Así los médicos que se consultaron, como las personas que podian decidir con certeza en caso tan nuevo, fueron siempre de opinion que doña Angela estaba embarazada; tanto mas que ella misma á mas de observar la elevacion de su vientre aseguraba que muchas veces le habia parecido sentir algun movimiento de la criatura.

Se concluyeron finalmente los nueve meses y pasaron ademas otros nueve, sin que apareciesen síntomas ó anuncio de parto; lo que tenia en confusion y asombro á cuantos médicos la visitaban.

Juzgaron pues que la causa de la elevacion del vientre de doña Angela era otra enfermedad; pero resistiéndose esta á todos los recursos del arte, puso en tal apuro á la paciente, que á los veinte meses de mal pensó que se moria y se decidió á confesarse. Recibió este sacramento con las mas serias y convenientes disposiciones; y luego se aplicó á la parte enferma un relicario, en que juntamente con otras reliquias de santos canonizados habia una de Mariana, aunque sin encomendarse á ningunno en particular. Quedóse dormida á poco, y el resultado fué mitigársele los crueles dolores que padecia, aunque no disminuyó en lo mas mínimo el gran volúmen del vientre, que ya la impedia dar un paso y hasta hacer el mas ligero movimiento.

Llegó aun á mas la extravagancia del mal; pues el peso y el estorbo que tenia en el vientre, empezó á parecerle que se subia sensiblemente hácia el pecho y la garganta, haciéndola temer de quedar ahogada. A tan terribles

padecimientos se agregaron fuertes convulsiones de todo el cuerpo que acabaron de quitarle todo reposo; y persuadida de que se acercaba su fin, para el cual se preparó con los santos sacramentos, y sintiendo que poco á poco se agravaba su mal y crecía la fatiga, se tragó un pedacito de hueso de la sierva de Dios Mariana, que tenia en su poder, y se encomendó á su proteccion no tanto para obtener la salud del cuerpo, de que ya no tenia rastro de esperanza, cuanto para impetrar sus auxilios en la última hora. Llamaron los de su casa al médico mas acreditado en la ciudad, el cual recetó cierta medicina para que tomándola por algunos dias la enferma se calmasen algun tanto las convulsiones, pues para librarla de la hinchazon del vientre, que amenazaba sofocarla, no conocia remedio alguno en el arte.

Fuese pues efecto de la medicina ó mas bien favor de la sierva de Dios, lo cierto es que doña Angela sintió que se calmaba su interior inquietud y movimiento y que se mejoraba notablemente, si bien quedó siempre imposibilitada del todo é incapaz de moverse ó de volverse hácia algun lado, mas pesada que un plomo, y deforme y monstruosa por la hinchazon extraordinaria del vientre.

Habia llegado doña Angela en tal conformidad al dia 6 de Setiembre del año 1762, cuando confiesa ella misma que estando segun costumbre en un incesante tormento, sintió en su corazon un natural impulso de acudir á Mariana de Jesus para obtener la salud por su medio. Llamó pues á una mujer que la asistia, y mandándola que le llevase un fragmento de hueso de la sierva de Dios que tenia en su habitacion, lo tomó en la mano y empezó á dirigir á Mariana una ardiente súplica para que le alcanzase de Dios la salud, prometiéndole varios obsequios si se la otorgaba, y entre otros dar al punto un dinero que le habian entregado para la causa de su beatificacion. Concluida la súplica, tomó en la boca un pedacito de aquel mismo hueso y con grandísima fe lo tragó.

En el mismo momento que tragaba el hueso, es decir, hácia el anochecer de aquel mismo dia 6 de Setiembre, pasó al cuarto de la enferma su esposo D. José Ruiz Nieto, llevando consigo á doña Josefa Castillo, amiga de la casa

y muy en particular de la enferma. Iba dicha señora á visitarla segun costumbre, y aquel dia le llevaba una devota novena á María Santísima. Recibió doña Angela con singular placer el librito, y en el mismo momento empezó á rezar algunas de sus oraciones con mucho sosiego y sin ningun afán, segun que ella misma depuso despues, como si no tuviese ya el terrible peso de su vientre tan crecido y disforme. Estaba entre tanto distraida y pensando en otra cosa doña Josefa, cuando al volverse á mirar al lecho de la amiga, observó por el bulto que habia tornado á su estado natural, y no pudo menos de decirle exclamando: *Angela mia. ¿dónde ha ido á parar tu hinchazon?* Volvió en sí entonces tambien doña Angela, y advirtiendo la repentina mudanza, fácil es de concebir el ternísimo afecto de gratitud con que deshecha en lágrimas empezaria á dar gracias á su libertadora Mariana de Jesus, á quien reconocia deber una curacion tan instantánea y prodigiosa.

Apénas se publicó en la casa el extraordinario prodigio. se puso en movimiento toda la familia, como era natural; y acudiendo todos con presteza á la habitacion de la poco ántes moribunda y ya sana y robusta, la vieron con sus propios ojos fuera de la cama, andar, moverse, doblarse con toda la posible agilidad y espedicion; á cuya vista derramaron mas lágrimas de gozo que las que hubieran derramado por la fuerza del dolor si doña Angela hubiese muerto, como aguardaban de un momento á otro.

Descansó muy tranquila las horas restantes de aquella noche, y al dia siguiente se dejó ver perfectamente sana de cuantos en la ciudad quisieron asegurarse por sus propios ojos de la evidencia del portentoso: luego prosiguió en el mismo estado de completa salud sin la menor reliquia de mal tan grave y pertinaz. Hiciéronse jurídicas informaciones sobre el hecho; y queda y quedará siempre en perpetua memoria, primero para gloria del Señor y despues para honor de su sierva Mariana de Jesus, un prodigio tan estrepitoso y raro, como es el que desapareciese en un solo instante un mal tan inveterado y cruel, sin la menor señal de crisis á que pudiese atribuirse la cura.

Añade en su deposicion doña Angela que no paró aquí

la generosidad de Mariana para con ella. Mucho ántes de padecer el referido mal en el vientre habia solido experimentar ciertos vahidos que la privaban enteramente; y al sentir que le daba uno algun tiempo despues de la prodigiosa cura no tardó en acudir llena de confianza á su bienhechora, y dice que atándose á la frente su reliquia cesó al momento el anago y no volvió en su vida á experimentarle.

Gozó doña Angela los doce años siguientes de perfectísima salud, hasta que en el de 1771 plugo al Señor probarla con nueva y peligrosa dolencia. Sintió que le nacia en el útero un grueso tumor, el cual poco á poco creció hasta impedirle todo movimiento. Llamado á toda prisa D. José Clotario, médico doctísimo, practicó sus observaciones y decidió que la causa del mal eran dos cirros interiores de extraordinario tamaño é incurables por la dificultad de aplicarles el oportuno remedio. Quiso la piadosa señora recibir los santos sacramentos, y se confesó con el párroco D. Juan Ignacio de Aguila, el cual la exhortó á que acudiese á la proteccion de Mariana de Jesus, suplicándola de nuevo que la pusiese buena. Obedeció doña Angela, y todo aquel dia que fué el 12 de Febrero de 1772, tuvo estrechada en su pecho una imágen de la venerable vírgen. Al dia siguiente quiso ir á la iglesia para recibir la sagrada comunión, y hubieron de llevarla poco menos que en peso por la fuerza de los dolores. Apénas recibió el cuerpo del Señor, oyó una voz en el corazon que le decia que estaba concedida la gracia: y lo estaba realmente, pues poniéndose de pié bajó sola y sin apoyo la escalerilla del altar mayor, y llegada á la mitad de la iglesia dió un grito y dijo: *Milagro*. Oyó de rodillas la santa misa, y acompañada de gran muchedumbre de gente volvió á su casa como en triunfo buena y sana y como si jamás hubiese padecido la menor cosa.

Aquí concluye la narracion de la vida, virtudes y milagros de la angelical doncella Mariana de Jesus de Paredes, destituida, si se quiere, de las cualidades propias de la historia en cuanto al estilo y lenguaje; pero no de su primera dote, que es la verdad. Nadie puede negar crédito sin nota de temerario á los procesos auténticos de su canonizacion, de los cuales, como he repetido mas de una vez,

está sacada fielmente esta historia; pero si los procesos son tan admirables, nadie extrañará tampoco que Mariana por tan cortos años de vida mereciese el honor sumo de los altares, quedando solo que referir por conclusion de toda la obra cómo le preparó su esposo este honor excelso.

Desde el año 1670, veinticinco despues de la muerte de la sierva de Dios, en que se dió principio al primer proceso por el Ilustrísimo Señor obispo de Quito D. Alfonso de la Peña Montenegro, se atravesaron tantos obstáculos para la introduccion de la causa en Roma, que no pudo verificarse hasta el 17 de Diciembre de 1757, en cuyo dia y año la siguió de propia mano el Pontífice Benedicto XIV. Desde entonces no cesaron de elevarse al Vaticano súplicas, especialmente de América, para que se abreviase el plazo en lo posible, y no fueron pocas las personas de condicion ilustre, entre ellas algunos príncipes y soberanos de Europa, que se empeñaron vivamente para lo mismo. En efecto á pesar de las dificultades de los tiempos y de la catástrofe de la Compañía de Jesus, que tomaba una parte mui activa en la promocion de la causa, esta siguió su curso, aunque mas lento, y el sumo Pontífice Pio VI declaró heroicas las virtudes de Mariana en su decreto de 19 de Marzo de 1776. Dado ya este primer y mui interesante paso, seguia el segundo, la aprobacion de los milagros obrados por Dios á la invocacion y mediante los méritos de su sierva; y despues del rígido exámen de costumbre, en que Roma se excede á sí misma, el sumo Pontífice Pio IX aprobó los dos milagros de tercer género que van referidos en este capítulo en su decreto de 13 de Enero de 1847. Finalmente el dia 30 de Setiembre de 1850 el mismo sumo Pontífice Pio IX, que felizmente gobierna la Iglesia, colmó el júbilo del mundo católico y en particular el de la América del Sur declarando por sudcreto llamado del *Tuto* que podia procederse con seguridad á la beatificacion de Mariana, como se hizo en efecto, celebrándola con la acostumbrada solemnidad, y aclamando la Iglesia universal á la vírgen azucena de Quito BEATA y comprensora feliz en el cielo, desde donde se promete tenerla por defensora y patrona mientras milite sobre la tierra. Así sea.

INDICE.

LIBRO PRIMERO.



| | <i>Pág</i> |
|---|------------|
| Nacimiento y primera educacion de Mariana | 1 |
| CAPÍTULO I.—Patria y padres de la beata Mariana de Jesus. | ibid. |
| CAP. II.—Providencia milagrosa con que protege y salva el cielo la vida de la niña Mariana. | 7 |
| CAP. III.—Mayores finezas de Mariana para con su Dios y nuevos favores que le mereció en la niñez. | 12 |
| CAP. IV. Prosigue el mismo argumento con siempre nuevas finezas entre Mariana y su Dios. | 17 |
| CAP. V.—Santo tenor de vida de Mariana: su devocion á los cortesanos del cielo, en especial á la Santísima Virgen, quien la favorece extraordinariamente: su fervor en la primera comunion que recibe á los siete años. | 26 |
| CAP. VI.—Breve digresion sobre la vida y excelentes méritos del P. Juan Camacho y demas confesores de Mariana de Jesus. | 34 |
| CAP. VII.—Renueva Mariana á los diez años el voto perpetuo de castidad y añade los de pobreza y obediencia. Concibe y ordena el plan de salir de su casa para convertir infieles, y el Señor se lo desbarata. | 41 |
| CAP. VIII.—Huye Mariana al desierto, y su Dios la vuelve á casa con un prodigio. | 46 |
| CAP. IX.—Impide Dios el desigmo de los parientes de Mariana que la quieren ver religiosa. A los doce años emprende vida solitaria en su propia casa. | 49 |
| CAP. X.—Breve reseña de las virtudes heroicas de doña Juana Caso, sobrina de la beata Mariana de Jesus. | 55 |
| CAP. XI.—Santa vida y dichosa muerte de la esclarecida virgen doña Sebastiana de Caso. | 71 |

LIBRO SEGUNDO.

| | |
|---|-------|
| Su vida y asperísima penitencia en el retiro de su casa. | 81 |
| CAPÍTULO I.—Industrias de la venerable virgen Mariana, con que procura tener la idea de la muerte por despertador continuo para entregarse á la penitencia. | ibid. |
| CAP. II.—Rígida distribucion de las horas del dia y de la noche entablada por Mariana en su retiro | 86 |
| CAP. III.—Cruelles disciplinas con que castigaba Mariana su de- | |

| | |
|--|-----|
| licado cuerpo. | 88 |
| CAP. IV.—Rigor espantoso de sus cilicios. | 93 |
| CAP. V.—Singulares penitencias de Mariana los viernes: su costumbre de imitar á lo vivo la crucifixion de su esposo. | 97 |
| CAP. VI.—Prodigiosos sucesos á que dieron lugar las muy frecuentes sangrias de la virgen Mariana. | 102 |
| CAP. VII.—Invencion austerísima de Mariana para padecer mientras daba algun descanso á su cuerpo. | 109 |
| CAP. VIII.—Abstinenca singular y ayunos extraordinarios de Mariana. | 113 |
| CAP. IX.—Pide Mariana á su esposo que no se le conozcan por fuera sus ayunos y penitencias, y lo consigue. | 125 |
| CAP. X.—Heroica mortificacion de la penitente virgen en no beber agua estando hidrópica. | 129 |
| CAP. XI.—Mortificacion portentosa de sus sentidos. | 133 |

LIBRO TERCERO.

| | |
|---|-------|
| Heroicas virtudes de Mariana de Jesus y dones prodigiosos con que la favoreció el cielo durante su vida. | 141 |
| CAPÍTULO I.—Su fé viva y su firme esperanza en Dios. | ibid. |
| CAP. II.—De su abrasada caridad para con Dios. | 147 |
| CAP. III.—Su caridad para con las almas de sus prójimos. | 155 |
| CAP. IV.—Caridad de Mariana para con sus prójimos en lo tocante á los cuerpos. | 162 |
| CAP. V.—De la virtud de la religion que resplandeció en Mariana, de su devocion á la pasion de Jesus, á su Santísima madre y á los santos. | 169 |
| CAP. VI.—Su devocion á Jesucristo Sacramentado. | 178 |
| CAP. VII.—Fervorosa oracion de Mariana sequedades y desconsuelos con que su divino esposo la prueba modo maravilloso con que las trueca en delicias. | 184 |
| CAP. VIII.—Breve noticia del venerable hermano Hernando de la Cruz. | 195 |
| CAP. IX.—Votos de pobreza, castidad y obediencia que hizo Mariana, y cómo los observó. | 202 |
| CAP. X.—Paciencia inalterable, conformidad perfecta con la voluntad divina, humildad profundísima de Mariana de Jesus | 212 |
| CAP. XI.—Suplica Mariana á su esposo que no la lleve por el camino de visiones y revelaciones, pero no lo consigue como lo demuestran algunas que en este mismo capítulo se refieren. | 218 |
| CAP. XII.—Algunas revelaciones prodigiosas que debió Mariana á la intimidad con su esposo | 222 |
| CAP. XIII.—Se refieren algunas de las innumerables predicciones de Mariana en prueba del espíritu de profecía con que la enriqueció su esposo. | 227 |
| CAP. XIV.—Milagros que obró en vida Mariana de Jesus. | 239 |
| CAP. XV.—Milagros que obró Mariana por intercesion de santa Rosa de Lima, y otros varios debidos á su caridad para con el prójimo. | 244 |

LIBRO CUARTO.

| | |
|--|-------|
| Su gloriosa muerte, veneracion del pueblo y gracias prodigiosas que otorgó el Señor por su intercesion. | 251 |
| CAPÍTULO I.—Ofrece Mariana su vida á Dios por la salud de su patria, y el Señor acepta el sacrificio. | ibid. |
| CAP. II.—Última enfermedad de Mariana y ejemplos de virtudes que dió en ella | 251 |
| CAP. III.—Pierde Mariana el habla tres dias antes de su muerte, y papeles que escribe como por testamento. | 259 |
| CAP. IV.—Preciosa muerte de Mariana de Jesus. | 264 |
| CAP. V.—Veneracion extraordinaria de la ciudad hácia Mariana difunta, y sucesos prodigiosos acaecidos antes de su entierro | 267 |
| CAP. VI.—Sucesos prodigiosos en casa de la difunta vírgen honras y traslacion de su cuerpo á la bóveda de nuestra Señora de Loreto. | 273 |
| CAP. VII.—Veneracion que mereció Mariana difunta á sus paisanos, y elogios que de ella hicieron sus confesores. | 277 |
| CAP. VIII.—Apariciones de la sierva de Dios y milagros que obró el Señor por su mediacion con doña Gerónima de Paredes. | 280 |
| CAP. IX.—Milagros que se dignó de obiar el Señor por la invocacion y el retrato de Mariana. | 283 |
| CAP. X.—Curaciones milagrosas obradas por Dios con el contacto de algunas reliquias de Mariana. | 288 |
| CAP. XI.—Singular patrocinio que ha mostrado Mariana con las mujeres que estaban de parto | 295 |
| CAPÍTULO último.—Curaciones instantáneas y milagrosas de Angela Polido Escorza aprobadas por la santidad de nuestro beatísimo padre el Papa Pio IX para la beatificacion de la V. Mariana de Jesus | 298 |

FIN.





VISA
DE
MARIANA
DE JESUS